Seix Barral

Guillermo Alonso

El efecto deseado



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Lema

Parte 1. Pandora

Parte 2. La criatura

Parte 3. Nelson

Parte 4. Gaspar

Agradecimientos

Créditos

EL EFECTO DESEADO

Guillermo Alonso

Seix Barral

A Elvira García Lemos,
por si aún puedes leer esto

Cuando estás construyendo tu propia creación
nada es más real que una verdadera imitación.

AIMEE MANN*, Frankenstein*

PARTE 1
PANDORA

Estimada señora:

He trabajado desde niño en un hotel. Tengo don de gentes, sé solucionar contratiempos de electricidad, fontanería, carpintería, cerrajería y pintura y domino todas las tareas del hogar excepto la cocina, pero me han dicho que ya tiene usted una cocinera. Sé hacer labores básicas de cafetería, detrás y delante de barra, y tengo el carnet de manipulación de alimentos. Aún no tengo el de conducir, pero me han dicho que ya tiene usted un chófer. A cambio, camino mucho y rápido. Puedo hacer de secretario, manejo pequeñas nociones de economía y sé llevar cuentas y cuadrar cajas. Cuido mi imagen, soy organizado, no me puede el estrés, conozco los protocolos de higiene, me adelanto a las necesidades de los demás, y podría trabajar bien en equipo, pero prefiero un trabajo que haga yo solo. No le molestaré cuando no desee ser molestada, también soy experto en ser invisible. No me supone ningún esfuerzo, lo agradezco. Solo, invisible, es mi manera favorita de estar.

(Esto es lo que Gaspar escribió, muchos años después, sobre Pandora.)

¿Ve algún fantasma en esta imagen? Pandora dice que sí, que están en esta fotografía y también en otras, que están por toda la casa. Ella es la mujer del centro, cuyas manos arrugadas y salpicadas de manchas no parecen pertenecer al mismo cuerpo que el rostro tensado y liso que refleja la luz del flash, como si lo acabasen de barnizar. Posa siempre en el centro de todas las fotografías y hace que ríe entrecerrando los ojos, abriendo la boca y mirando al techo, esté sentada o de pie (en esta imagen está sentada porque a Clemens, el que es gay y cojo, se le ha caído un inglesito de cangrejo sobre su falda y tapa la mancha con la manga de la blusa). A su alrededor hay cinco personas, cuatro hombres y otra mujer, que la imitan. Se nota que interpretan una carcajada porque todos ríen igual, no hay matices que diferencien la forma en que cada uno enseña los dientes y arruga el entrecejo, y cualquiera sabe que cuando uno ríe siente golpes en el pecho, se le corta la respiración y se le encorva la columna, así que esta gente no puede estar riendo de verdad. Pero la imitación está lograda, se diría que perfeccionada por diversas noches de fingimiento. Si sus risas fuesen una planta serían esas aves del paraíso que resultan tan verdes e impolutas que uno tiene que acercarse a examinar los tallos y así

confirmar que son *strelitzias* de plástico. A Pandora le gustan las fotografías profesionales y limpias y pide que se hagan decenas de ellas cada vez que da una fiesta, y cuando dice profesionales y limpias se refiere a artificiales, y cuando dice artificiales quiere decir de mentira. Llama a un fotógrafo, no siempre al mismo, para tomar imágenes en las que los invitados parecen hacer cosas pero en realidad solo están haciendo que las hacen, para que la imagen sea mucho más nítida, para que en sus rostros y cuerpos congelados se aprecie todo al milímetro. Por ejemplo, fingen que se ríen por un comentario que, contado por primera vez, les ha parecido a todos muy gracioso. O que degustan con pomposa admiración uno de los blinis de huevas de salmón que ha preparado Marieta con una especie de salsa tártara picante que aprendió a hacer en Argentina. Las fotografías de los blinis, en concreto, no resultan tan impostadas porque la tártara picante está igual de buena la primera, la segunda o la tercera vez, así que la reacción de los que la prueban siempre es de deleite sincero. Tal vez por eso a Pandora no le gustan especialmente las fotos de los blinis y no suele pegarlas en los álbumes. Demasiado naturales, dice. Y además no le gusta que salga comida en las fotos, dice que comer es una cosa un tanto animal que se debería hacer cuando nadie mira. Son especialmente dignas de ver las fotografías en las que todos hacen que bailan, esas a Pandora le encantan, porque en ellas, aunque los invitados estén estirando los brazos y relajando sus mandíbulas, a veces incluso levantando las piernas, sus cuerpos están quietos y sus ropas caen tiesas y mohínas, los vestidos de ellas y las americanas de ellos dibujan líneas rectas hacia el suelo que hacen que parezca que están bailando con unos trajes que los embuten y enfrían como esas fundas con escarcha que ponen al vino blanco en las terrazas en verano. Lo más llamativo de todo para los que van por primera vez a

una fiesta de Pandora es que el fotógrafo suele tomar imágenes de la primera vez que ocurren las cosas, del primer chiste, de la primera risa o del primer baile, y esas fotos son buenas, genuinas, espontáneas, son las que cualquiera pondría en el álbum, pero no Pandora. Obsesionada por lo limpio, lo específico y lo riguroso, mantiene que en una foto tomada en movimiento y cuyos modelos (suele abusar de la palabra *modelos* para llamar a sus amigos si hay una cámara cerca) están moviéndose apenas se pueden captar detalles. Pide que nadie salga borroso, que se les vea a todos bien la cara. Eso también es llamativo: en estos álbumes todos están girados hacia la cámara, como si protagonizasen una de esas telecomedias cuyos personajes viven en unas casas que tienen solo dos paredes. Varios fotógrafos le han dicho que las imágenes deben tomarse en el momento en que algo sucede, que son más bonitas cuanto más documentales y menos posadas, que no es lógico obligar a todos a que repitan algo que ya han hecho, sea comer, reírse, bailar o hacer carantoñas a un loro, mientras miran hacia el mismo lugar. Pero Pandora insiste en que la naturalidad es una virtud solo valorable en el presente y que ella hace las fotos para recordar los momentos, los rostros y los detalles en el futuro. Siempre responde:

—Si están de espaldas, o de canto, o movidos, no sabré quiénes son.

Y también:

—No necesito naturalidad ahora que estoy viva y con la cabeza en su sitio. Al natural ya los estoy viendo ahora mismo, ante mí. Necesitaré todo bien claro, nítido y visible en el futuro, para poder recordarlo.

Y añade:

—Además no me gusta la palabra *futuro*. ¿Esto, ahora, es el futuro para Charlie? En este futuro él está muerto. Odio el futuro. Todos vamos a estar muertos en él.

Siempre hace lo mismo, rematar cualquier discusión con una verdad hiperbolizada que nadie se atreve a negar, especialmente porque es la anfitriona. Y después cambia de tema y procede a explicar dónde está el fantasma escogiendo un álbum antiguo. Todos tienen el nombre de *Fiesta* (también abusa de la palabra *fiesta*) seguidos de un número. En casi todos sale, según ella, el fantasma de Charlie, excepto en los primeros, en los álbumes que van de *Fiesta 1* a *Fiesta 18*, porque ahí Charlie estaba vivo. Pero esos apenas los revisa.

—Es Charlie. —Y señala en un álbum titulado *Fiesta 43* lo que parece más bien una sombra que cae sobre su cabello rubio platino —. Este era su sofá favorito y además le encantaba oler mi pelo, siempre decía: «Mi aroma favorito es el champú de Pandora». O fijaos en esta otra. Esta sombra en mis omóplatos es su mano. Le encantaban mis omóplatos y el olor de mi crema hidratante cuando me la echaba antes de dormir.

Y al final de su parlamento, después de que nadie la crea, como siempre, llama al fotógrafo y ordena:

—Quedaos quietos y mirad al álbum.

Y cuando reciba la fotografía y la encuaderne escribirá bajo esa imagen, con la letra meticulosa de una niña a la que le enseñaron a no salirse de las cuadrículas con los peores métodos imaginables en los mejores internados posibles: «Buscando el fantasma de Charlie». A menudo, si el fotógrafo insiste en que así no salen bien, si se atreve a rechistar en nombre de su talento y su profesión, no vuelve a llamarlo y busca a otro. El chiste recurrente que se ha extendido al respecto por Madrid es que en las fiestas de aquella casa las cosas

ocurren dos veces: la primera cuando ocurren y la segunda cuando hay que fotografiarlas.

Ella las llama *fiestas*, siempre fiestas, aunque a veces sean simplemente reuniones con unos pocos amigos. Al llamarlas así le suma épica e importancia, y tan importantes le parecen y tanto desea que hagan honor a su nombre que pone música acorde a la temática y los invitados, manda perfumar la casa según sus gustos y se preocupa de forma obsesiva por la iluminación: donde no vaya a haber modelos, o sea, amigos, no hay luz, no se vayan a ver espacios muy vacíos en las fotografías, y si solo hay cinco invitados, que solo esté iluminada la parte del *living*. Y, esto es lo mejor, aparte de la música principal, en otra cadena con altavoces repartidos por la misma estancia exige poner otros cedés que esconde en una estantería tras la colección de boletines del Museo del Prado y que tienen nombres como *Ambientes y efectos de sonido para fiesta* o *Gran fonoteca de voces y coros*. Reproducen en bucle un agradable murmullo de voces (sus pistas se llaman *ambiente cóctel*, *ambiente restaurante* o *ambiente cumpleaños*) que se suma al murmullo real de voces de la casa. Así considera que el ambiente es más cálido, festivo y agradable. Ocurre que a veces, por casualidad, todos los invitados se quedan en silencio en el mismo momento y se siguen escuchando las voces fantasma del cedé que atraviesan el salón. Y siempre hay alguien que mira a su alrededor inquieto, pregunta si solo él está oyendo voces y Pandora, triunfante, exultante, sabiendo que va a matar dos pájaros de un tiro, señala la enorme fotografía de Charlie vestido con camisa de seda y sombrero borsalino en Cadaqués que cuelga sobre la chimenea y susurra:

—Os lo dije.

Una vez, justo después de que una querida amiga de Pandora anunciase que su casa de Taormina había quedado reducida a la

nada pasto de las llamas por un verano horrible de temperaturas extremas e incendios forestales, sonaron aplausos y un coro empezó a cantar el *Cumpleaños feliz*. Pero cuando ocurrió eso ya todo el mundo sabía lo de los cedés con ruido ambiente. Y también sabían que Pandora se los pone a menudo para dormir.

Organiza fiestas todos los miércoles, viernes y sábados y otras noches adicionales si hay un festivo. Hay un chico que al principio apenas aparecía en las fotos, porque se tomaron poco después de su llegada a la casa, y si lo hacía siempre era sirviendo, o recogiendo, o sujetando, o arreglando, o limpiando, o aspirando, o esperando, casi siempre al fondo, en un último término de la imagen, con la misma importancia visual que algunos de los muebles, incluso menos si eran los muebles favoritos de Pandora (el sillón indonesio, el biombo con telares egipcios o las cómodas victorianas con espejo en color que Charlie y ella hicieron traer de Londres). Un día Pandora le pidió que posase riendo en una *fotochiste* (todos habían empezado a llamar así, *fotochistes*, a las imágenes que Pandora quería repetir cuando los invitados se habían reído de un chiste, y al final acabaron llamando *fotochistes* a todas las fotografías en general que se hacían en la casa con todo el mundo posando quieto haciendo que hacía algo) porque el fotógrafo observó que había un espacio vacío entre el sofá y una de las cómodas. Y el chico lo hizo, y como su risa resultaba tan viva y natural incluso congelada en la imagen, como sus ojos caían de un modo tan sereno hacia sus pómulos y transmitían la cuota exacta de belleza y esperanza con la que Pandora quería encontrarse cuando mirase las fotos en el futuro, empezó a pedirle que posase siempre.

—Fijaos en él, hacedlo como él —decía Pandora al observar las fotos reveladas—. ¡Parece que se ríe de verdad!

Si uno observa ahora el álbum de Pandora hay un chico que llama la atención, que siempre parece reír con más convicción que nadie. Y eso que, la mayoría de las veces, no ha entendido el chiste ni a la primera ni a la segunda y, como trabajador de la casa, no probará los blinis hasta el día siguiente si sobran y, antes de congelarlos, se comerá unos cuantos después de sacar a pasear a la perra Poliana y pensar en cuánto le hubiese gustado poder contar todas esas cosas a su madre.

(Ese chico es Gaspar.)

(Esto nunca lo escribió Gaspar.)

De entrada, la fiesta de ese viernes parecía la de otra noche cualquiera, aunque estaba a punto de mejorar. En la cocina Marieta ayudaba a Gaspar a distribuir en bandejas los pasteles salados que había ido a buscar a Embassy y a Chantilly y él intentaba aprenderse los nombres, porque con los alimentos le pasaba como con las caras: le costaba diferenciarlos.

—Brioche de carrillera, inglesitos de cangrejo, pancito de cerdo y sanguchitos de rosbif —repitió Gaspar para sí mismo mientras señalaba las bandejas.

—No —le corrigió Marieta, embutida en el uniforme de servicio doméstico que ella tenía que llevar pero Gaspar no, lo cual siempre hacía que él se sintiese un poco mal—. Estos son los pancitos y estos los sándwiches, ¿por qué dice sanguchitos?

—Pandora los llama así.

—Esa mujer inventa todo. Los nombres de sus amigos y los nombres de la comida. —Tenía razón—. No demora en inventarse cómo me llamo yo.

En el caso de Gaspar, Pandora ya lo había hecho. Delante de los invitados, y solo delante de los invitados, lo llamaba Gas, únicamente Gas, aunque a solas lo llamase Gaspar. Y esa noche estaba a punto de hacerlo otra vez.

—¡Gas! —exclamó cuando Gaspar entraba con las dos bandejas en el salón principal, donde sonaba música de jazz, algunas voces de mentira, algunas voces de verdad y el ambientador despedía un aroma fortísimo mezcla de cuero, tabaco y vainilla—. Acércate. ¡Tenéis que probar los sanguchitos de rosbif! —dijo a los invitados.

Gaspar se había aprendido el nombre de algunos de los amigos de Pandora, todavía no los de todos. En su cuarto, en la planta baja del apartamento enorme que Pandora tenía en la calle del Monte Esquinza, guardaba un papel con una descripción somera de los más habituales en las fiestas y, en algunos casos, junto a cada nombre, un retrato un tanto rudimentario con bigotes, pelos rizados, gafas o cuerpos orondos resueltos con un redondel. Era fácil con los obesos, los calvos o los que tenían barba. No funcionaba demasiado con las gafas, pues casi todos las llevaban y Gaspar no sabía cómo adjetivarlas más allá de *modernas* o *divertidas* o *de pasta muy gorda* (la riqueza con los adjetivos la desarrollaría años más tarde, cuando empezó a escribir más a menudo), pero lamentablemente esas descripciones se aplicaban a todas las lentes que veía en el salón.

—¡Gas! —De nuevo la voz de Pandora—. Trae más inglesitos de cangrejo para Rico.

Esto de que le llamase Gas, como si lo conociese de toda la vida, o como si él fuese algo tan ligero como el vaho, lo había encontrado tierno y cercano al principio. Una manera sencilla de dirigirse a él, un modo cariñoso de reclamarlo o reconocer su presencia. Su madre nunca lo había llamado así, ni ningún niño en el colegio. Pero un día uno de los invitados (Rico, el que era calvo, bajo, flaco y feo) le dijo que le llamaba así porque de ese modo sonaba como si fuese un diminutivo de Gustav. Que ni siquiera de Gustavo, porque entonces le llamaría Gus, sino de Gustav, en inglés, cuyo diminutivo era Gus, pronunciado Gas. Le dijo que Pandora encontraba cualquier nombre

extranjero más interesante que uno español, especialmente uno que hiciese pensar en Suecia y Finlandia, unos países que le gustaban mucho y a los que había viajado a menudo con Charlie antes de que se estrellase con el Volvo. Rico había añadido, no sin cierta maldad:

—Deberías preguntarle también a ella por su nombre de verdad.

Gaspar nunca había pensado que el nombre de Pandora pudiese ser otro más que Pandora, nunca se le había ocurrido que uno pudiese cambiar su nombre porque con otro diferente fuese a proyectar una imagen distinta de sí mismo. Y, por supuesto, jamás se atrevería a llamarla Pan. A él le gustaba su nombre, nunca había conocido a otro Gaspar, y le gustaba pensar en su madre eligiendo su nombre con mimo, sabiendo que iba a tener que llevarlo una vida entera y hacer de él algo honorable. Pero aparentemente Pandora había conocido a demasiados Gaspares y a pocos Gustavs. A partir de ahí, cada vez que escuchaba «¡Gas, ven aquí!» de la boca de Pandora ya no sentía ternura y cercanía, sino lástima de sí mismo, porque el nombre que le había puesto su madre y que a él siempre le había parecido bonito, válido y original ya no era suficiente. En público, en aquella casa, él era Gas. Gustav. Lo cual también le invitaba a pensar en cómo podría haber discurrido su vida de haber sido sueco y haberse llamado Gustav, pero pronto se daba cuenta de que hubiese sido todo igual: tanto Gaspar como Gustav acababan en aquel lugar, llevando bandejas con pasteles salados y respondiendo al nombre de Gus, pronunciado Gas.

Sonó el timbre. Gaspar bajó las amplias escaleras en curva que conectaban las dos plantas y abrió la puerta a Clemens. Junto al nombre de Clemens tenía en su lista un monigote de un tipo con barba oscura muy marcada, que parecía pintada con spray sobre sus mejillas y además estaba escrito: *gay cojo*. En la nota añadió también que era novio de Reynaldo. Reynaldo era mayor que

Clemens y de tamaño gigante (constaba en las notas como *gay gordo*), y solía llevar a veces a la casa animales exóticos (*gay gordo que tiene un mono*, decía la nota completa) que vivían con Clemens y con él en el jardín de su enorme casa en Mirasierra. Aquella noche Reynaldo no apareció, pero sí que apareció el loro.

—¡Lo has traído! —dijo la voz de Pandora, que bajó las escaleras con parsimonia torpe porque llevaba los tacones y se acercó a la puerta emocionada, pegando sus manos arrugadas a sus pómulos estirados—. Un día me voy a matar por estas escaleras, me lo veo venir. ¡Aquiles, di algo!

—¡Aquiles! —respondió el loro.

Pandora adoraba a Aquiles, que a veces decía su nombre y tenía un carácter tranquilo. Había prohibido a Clemens y Reynaldo la entrada a su casa de la cacatúa Teresa después de que se arrancase todas las plumas, según Reynaldo por estrés, y se cagase en el pasamanos tras una discusión con la perra Poliana.

—Di *Pandora* —ordenó Clemens—. Pan-do-ra —repitió lentamente al loro.

—¡Aquiles! —gritó el loro.

—Hoy no tiene el día. Solo le hace caso a Reynaldo, como todo el mundo —se lamentó Clemens—. ¿Has guardado a Poliana? Te he traído también unas damas de noche para los balcones. —Señaló un par de macetas a sus pies.

—Poliana está en mi cuarto encerrada, pobrecita mía. No quiero otra guerra civil entre animales. ¿Por qué no has traído a Timoteo? Él se lleva bien con Poliana. ¡Damas de noche!

Gaspar se hizo con ellas.

—Dice Reynaldo que con este frío mejor que Timoteo no salga hasta que le pongan las vacunas.

Pandora ordenó a Gaspar que trajese al fotógrafo, que andaba en la cocina haciendo retratos de los canapés que emplataba Marieta. Gaspar dejó las damas de noche en uno de los balcones y buscó al fotógrafo. Volvieron juntos a la puerta de entrada en el piso inferior.

—Haznos una así —pidió Pandora en cuanto llegó.

Pandora ordenó a Clemens que hiciese como si estuviese hablando a su loro y ella se situó al lado y repitió la cara de sorpresa que había puesto cuando el animal había pronunciado su propio nombre. El fotógrafo disparó. Ella le pidió ver la foto y luego le exigió repetirla, esta vez con los tres en un fondo más bonito y con las mismas poses. Luego reclamó otra cuarta, ya con Gaspar, porque el fotógrafo advirtió que en la foto faltaba «verdad» y además había mucho aire al lado de Clemens, que era bajito. Gaspar se colocó y ofreció su mejor sonrisa, mientras se preguntaba por qué, si tanta verdad ofrecía su presencia, Pandora le cambiaba el nombre. El loro miró a su alrededor y bostezó justo cuando se hacía una nueva foto, así que Pandora pidió a todos que posasen de nuevo y al loro que no bostezase (escribiría en el álbum, bajo esa imagen, *Aquiles diciendo mi nombre*). Gaspar se alejó hacia su dormitorio mientras Clemens, con el loro en su hombro, explicaba a Pandora que llevaba toda la tarde metiendo pastillas de vitamina A en la boca de ratones muertos porque la serpiente tenía miopía. A Gaspar le encantaba esta historia, pero ya se la sabía.

El dormitorio de Gaspar estaba allí mismo, al fondo de la planta baja, más pequeña que la principal. En la planta baja estaban también el garaje, el portal que salía a la calle, el dormitorio de Marieta, el cuarto de lavado y planchado, y una estancia enorme y vacía donde Pandora simplemente acumulaba unos encima de otros los muebles de mimbre de una casa de playa que había vendido, así que aquella estancia parecía un apartamento turístico tras un

terremoto. El cuarto de Gaspar no era mucho mejor. De un paso se llegaba desde la puerta a la cama, y desde la cama se llegaba de otro paso al escritorio, al armario o a un ventanuco que daba al patio y frente al cual estaban las ventanas de un restaurante peruano-japonés. A Gaspar no le molestaba aquella vista, de hecho le gustaba observar el ir y venir de camareros y a menudo los estudiaba buscando en ellos gestos elegantes que copiar ante los invitados de Pandora, cuando él se convertía en Gas o en Gus o en Gustav. Así, por ejemplo, había aprendido a no poner nunca el pulgar sobre el borde del plato para sujetarlo cuando servía, a no cruzar la botella de vino por delante de la cara de nadie al llenar su copa, y también el punto exacto de inclinación de su cuerpo cuando se tenía que agachar para servir la cena en la mesa grande: apenas treinta grados hacia delante, con el culo en pompa para no forzar la espalda. Cuando lograba ese punto exacto de inclinación veía el gesto de satisfacción de Pandora (y también el de Rico, que admiraba su trasero con poco disimulo). En ese momento Gaspar era más Gas, Gus y Gustav que nunca.

A veces los camareros del peruano-japonés lo sorprendían observando. Al principio fruncían el ceño, pero después acabaron saludándolo a través de las ventanas y también por la calle cuando se cruzaban frente al portal mientras Gaspar paseaba a Poliana o ayudaba a subir la compra. Le decían: «¡Hasta luego, Gas!», lo cual indicaba que Pandora había hablado de él. Se preguntaba si sentirían pena de él por ser el tipo que vivía en un dormitorio enano que daba a un patio compartido con un restaurante. Posiblemente ellos vivían en lugares mucho peores y en barrios más deprimidos, no como aquel, siempre limpio, donde solo vivía gente elegante y bien vestida que saludaba con la amabilidad de quien no tiene muchos quebraderos de cabeza y hasta el verde de los árboles y los

rayos de sol parecían más vivos que en otros lugares, como si la naturaleza enviase a sus mejores granos de polen a germinar donde existe dinero viejo. Gaspar estaba encantado de vivir en aquel cuartucho. Al fin y al cabo, a sus diecinueve años, tenía por primera vez un dormitorio para él solo.

Había desaparecido durante dos minutos, el tiempo en que tardarían en salir los platos calientes, para consultar en su cuarto las notas sobre los amigos de Pandora, que aquel día se amontonaron e hicieron que olvidase algunas de sus identidades. Tomó la libreta que guardaba en el cajón de un pequeño escritorio que, cuando no usaba para intentar escribir sus relatos, era donde su ropa recién lavada y doblada formaba una montaña rectangular. La abrió por la última página y consultó de nuevo la lista, que decía así:

Clemens - gay cojo
Ekaterina - anoréxica, mujer de Benuat, servir vodka
Reinaldo - gay gordo que tiene un mono
Rico - calvo flaco feo
Benuat - sordo bizco

En realidad a Rico ya lo tenía más que localizado, aunque su cara de calvo insignificante y feo fuese perfectamente intercambiable con la de cualquier otro calvo y la más difícil de recordar. Ayudaba el hecho de que era el que más frecuentaba las fiestas de Pandora y se interesaba por la vida de Gaspar de un modo casi enfermizo, preguntándole si era cierto eso de que había crecido en un hotel y también por la vida de su madre. A Gaspar le parecía insolente, aunque a la vez no podía evitar sentirse halagado por suscitar tanto interés en alguien que, según Pandora, era un periodista y escritor importante. A la vez también estaba convencido de que Rico era

homosexual y solo quería acostarse con él. Pandora se daba cuenta a veces de la insolencia de Rico y lo justificaba explicándole a Gaspar que los escritores y periodistas tenían que ser unos plastas insolentes y preguntones, porque de otro modo no podrían escribir nada.

Estaba repasando el resto de los nombres cuando la mano arrugada de Pandora apareció de la nada y se hizo con la libreta. Gaspar se asustó, no porque Pandora le diese miedo más allá del miedo natural que cualquiera guarda hacia su jefa, sino porque no sabía que había entrado en su cuarto. Pandora siempre caminaba sigilosa como un animal cazador, pesaba muy poco y parecía flotar unos milímetros sobre el suelo. Y además todas las estancias en aquella casa menos la cocina y los cuartos de baño tenían moqueta. También le sorprendió verla allí porque a ella no se le perdía nada en la planta de abajo y solo la pisaba para entrar o salir del apartamento o para acceder al garaje cuando estaba lloviendo. Pero Gaspar había dejado la puerta abierta y aquella casa era suya, así que tenía derecho a entrar. A veces Gaspar pensaba que él también era propiedad de Pandora. De hecho, hasta le había cambiado el nombre.

—¡Pero bueno! —exclamó Pandora mirando la lista.

Gaspar se quedó petrificado. Deseó haber aprendido algún gesto de los camareros del peruano-japonés para casos como aquel, pero a falta de eso decidió acudir a un clásico que había aprendido a base de meter la pata ocasionalmente en el hotel en el que había crecido:

—Lo siento.

Pandora se acercó al escritorio y Gaspar estuvo seguro de que lo hacía para abrir los cajones, tirar su ropa y pedirle que recogiese todo y se largase, que estaba despedido, porque así era, o así se lo

había contado Marieta, como había echado al chico anterior después de que este rompiese una de las tres vajillas buenas.

—Es para recordar el nombre de todos los invitados —musitó— y poder llamarlos por su nombre.

Argumentar que aquella lista de insultos era una herramienta para desarrollar su trabajo de manera más satisfactoria le pareció una salida digna, aunque en su cabeza ya empezó a hacer cuentas sobre cuánto dinero tenía ahorrado y en lo que le diría al señor Román cuando le llamase para pedirle otro trabajo. Pandora, mientras, se sentó en el pequeño escritorio de Gaspar, cogió un bolígrafo y escribió algo en la libreta. A Gaspar le resultó extraño verla con su brillante traje de noche sentada ante el mismo escritorio en el que se apilaban sus camisetas blancas y sus dos tubos de pasta de dientes. También le resultó extraño que en toda la habitación oliese de repente a Courrèges.

—Ven —pidió Pandora.

Gaspar se acercó y se inclinó apenas unos 30 grados, posición para retirar el té, servir un postre o ser despedido. Pandora había tachado *Benuat* y escrito en su lugar *Benoît*.

—*Bbbbe-nuat*. Esta be se pronuncia casi como una efe. Ese sombrerete es un acento en francés. —Lo añadió también—. Pero no va a venir hoy, ha tenido que salir corriendo a Lisboa. ¿Tan bizco es? Yo le veo la mirada normal, pero tal vez es porque le quiero.

Pandora se levantó y acarició el pelo de Gaspar.

—Es una pena que no venga, porque no podrá verte y estás muy guapo.

Pandora volvió hacia la puerta y dijo:

—Le diré al fotógrafo que haga un retrato a todos y te pasaré un álbum con sus nombres debajo.

Y añadió ya desapareciendo por el oscuro pasillo de la planta baja:

—Eres muy gracioso, Gaspar.

Y a medida que se alejaba hacia las escaleras:

—Pero que no se enteren de que has escrito eso.

Después, su voz aún más lejana:

—¡Rico calvo flaco feo! —Soltó una risotada—. ¡Es verdad!

Y también:

—¡Reynaldo es con i griega!

Y ya cuando subía las escaleras y los demás podían oírla:

—¡Gas! ¡Sube a servir el pastel de cabracho!

No comieron mucho pastel de cabracho porque ya estaban centrados en los espirituosos. Y los que no estaban borrachos y aún tenían hambre pedían más jamón. Marieta, en la cocina, hizo un gesto agridulce cuando Gaspar volvió con el pastel casi entero. Si algo no se comía, era un buen desayuno para ellos dos. Un fracaso por la noche, su manjar por la mañana. Al entrar de nuevo en el salón empujando el carrito de botellas, vasos y coctelera con hielos, Pandora se quejaba de la delincuencia en Madrid.

—Al japonés-peruano de aquí al lado le han robado los arbustos de la puerta. ¿Quién se puede llevar un arbusto? Los ladrones son cada vez más forzudos.

Rico (calvo, flaco y feo como siempre, que aquel día hacía más honor que nunca a esa descripción con ojeras y cara pálida) no había probado bocado en toda la noche. Acababa de volver del cuarto de baño y parecía especialmente locuaz.

—Los platos son muy pequeñitos en ese sitio tan caro —dijo Rico —. Se llama Michiko, ¿no? Estoy convencido de que los ladrones de

las plantas son clientes que se quedan con hambre. Se comen la planta como señal de protesta.

—En los sitios elegantes de Madrid se come cada vez menos —se quejó Pandora—. Por eso yo siempre os pongo muchísima comida cuando venís. Hay que ir a asadores, hay que ir a Horcher.

Rico miró a Gaspar.

—Dime, Gas. ¿Conoces la historia de los Ottaviano?

A Gaspar le tocó la cadera una mano flaca, huesuda y enjoyada que parecía la de una muerta. Era la de Ekaterina.

—Vodka con un chorrito de limón y mucho hielo. —Era su principal fuente calórica.

—No conocemos a los Ottaviano, no, ¿quiénes son? —preguntó Pandora—. Cuéntalo tú, que para eso eres periodista y escritor. ¿Quedan inglesitos de cangrejo? ¡Rico se alimenta de inglesitos de cangrejo y de cigarrillos!

—Si solo fuera de eso... —susurró Ekaterina.

Gaspar sirvió el vodka a Ekaterina y se detuvo al otro lado del quicio de la puerta con la bandeja de vasos y platos vacíos que debía llevar a la cocina.

—No quiero comer nada, gracias. Los Ottaviano son multimillonarios —explicó Rico—. Medio italianos, medio argentinos, medio españoles. Son de esas familias ricas que como no se soportan acaban viviendo en diferentes esquinas del mundo y teniendo miembros de todas las nacionalidades posibles. Todos blancos, eso sí. Un Ottaviano negro no sería bien recibido.

Pandora puso los ojos en blanco.

—Mejor no mencionemos a los negros.

—¿Qué ha pasado? —A Ekaterina le costó girar la cabeza para dejar de mirar a Rico y mirar a Pandora, porque ya estaba borracha, y sonó un crujido en su cuello que hizo que se encogiese.

—¿Recuerdas a Fernanda? —explicó Pandora—. La llamé por el nombre de la otra negra, la llamé Giovana. ¡Se puso furiosa! Benoît me recortó un artículo que dice que es normal confundir a dos personas de otra raza. Que eso no es racismo. A ellos también les pasa con nosotros.

—Como Pandora empiece a hablar de negros no acabamos nunca —se quejó Clemens.

—Sigue con los Ottaviano, Rico —pidió Pandora.

—Son los dos millonarios de cuna, él aún más por las inversiones. Cuando los ricos invierten se vuelven aún más ricos porque tienen eso que no tienen los pobres: paciencia. Ponen diez millones de euros por aquí, diez por allá y esperan años, imaginaos.

—No te enrolles hablando de dinero —le interrumpió Pandora.

—Yo con los euros aún no me aclaro muy bien —susurró Ekaterina acariciándose el cuello.

—Estaban obsesionados con el teatro y los actores, ¿no es raro? Imaginaos una fiesta llena de actores, la raza más desagradable que existe. Estaban siempre rodeados de actores. Ella es de familia de coleccionistas de arte, de artistas, tiraban el dinero produciendo obras grandilocuentes que no veía nadie.

—Otra vez el dinero —se quejó Pandora.

—Tal vez era homosexual —dijo una voz que Gaspar no localizó. Le encantó pensar en la posibilidad de que fuese parte del cedé *Ambientes y efectos de sonido para fiesta*. Luego se dio cuenta de que era Clemens, que acariciaba al loro detrás de él—. A los homosexuales nos encantan los actores.

—Cree el ladrón... —musitó Ekaterina.

—¿Por los actores? No estoy seguro —prosiguió Rico—. Tenían una casa en Mallorca, otra en Grecia. Hacían muchísimas fiestas. Muchas actrices, muchos actores, muchas putas. El señor Ottaviano

se lo pasaba muy bien con ellas. Dicen que la señora Ottaviano también.

—Por favor, Rico. —De nuevo la voz de Pandora.

—Gaspar sabrá qué es una puta, seguro.

—Como sigas diciendo esa palabra le diré a Marieta que no vuelva a hacerte inglesitos —amenazó Pandora.

—Otra cosa es que también se acostase con actores. Hay gente bisexual. Pero no creo que lo fuese.

—Yo vi por primera vez a una mujer bisexual en Marbella —balbuceó Ekaterina.

—Para que nadie se asuste —prosiguió Rico subiendo el tono de voz para callar a Ekaterina— diré solo que eran fiestas muy libres, mucho, en su casa en Grecia. Tienen casas por todo el mundo, pero están obsesionados con aquella, allí viven. Cuando tuvieron el accidente se dice que iban discutiendo. Discutían mucho, hasta en público. Cuando ella despertó del coma lo primero que preguntó fue si él había sobrevivido y cuando le dijeron que sí, puso los ojos en blanco.

—Eso te lo estás inventando —observó Pandora.

—Claro que me lo estoy inventando, ¿cómo iba a hacer gestos tal y como se le había quedado el rostro?

—¿Cómo se le quedó el rostro? —quiso saber Ekaterina.

—Espera, espera, eso es el tercer acto —objetó Rico—. Por orden. El señor y la señora Ottaviano atraviesan el sur de Francia, él conduce. El coche se sale de la carretera, da varias vueltas de campana, se quedan encerrados y todo empieza a arder. Los sacaron cuando el coche llevaba casi un minuto en llamas.

—¿No explotó? —preguntó Pandora.

—No explotó, no. Eso es en las películas. En la vida real un coche en llamas necesita mucho más tiempo para acabar explotando. Ojalá

hubiese explotado. La explosión te mata de golpe, con amabilidad, pero dentro de un coche en llamas del que no puedes salir solo notas cómo tus órganos internos empiezan a cocinarse como si te hubiesen metido en un microondas. Y la piel se te cae a pedazos.

—¡Rico, por favor! —se quejó Pandora.

—Ahora me dirás que querías la versión para todos los públicos.

—¿Cómo se le quedó el rostro? —De nuevo, la voz chirriante de Ekaterina. Pandora la miró molesta. Odiaba la voz de esa mujer y a veces creía que la odiaba a ella toda entera, aunque fuese su mejor amiga.

—Espera, espera. —Rico se acercó a uno de los balcones para encenderse un cigarrillo—. Ellos gritaban, golpeaban el techo, o lo que ellos creían que era el techo, porque en realidad lo que tenían sobre sus cabezas eran los asientos, que les aplastaban los huesos. Así que nadie lo oía, ¿quién podría escuchar cómo aporreas un cojín?

Rico hizo una demostración con uno de los cojines del sofá de pana. Pandora se acercó para sacudirlo y quitarle los restos de ceniza de su cigarrillo.

—Ahora estás siendo peliculero —comentó Clemens, que se había puesto el loro en el hombro—. Eso es un añadido de escritor.

—Acércate más al balcón si vas a fumar —pidió Pandora.

—¿Solo les pasó eso? —preguntó Ekaterina—. ¿Y las caras?

—Qué obsesión tiene la ucraniana con las caras —susurró alguien cerca de Gaspar.

—Yo solo los vi una vez —respondió Rico.

—¿Cómo eran sus caras? —De nuevo la voz chirriante de Ekaterina.

—Como dos huevos de Pascua a los que han pintado ojos y boca. —Todos en el salón rieron. El loro Aquiles se alejó del hombro de

Clemens para apoyarse en las orejas de uno de los sofás—. Y estaban los dos gordísimos, por cierto, está claro que el estómago no les ardió. Me pareció cómico que, tras tantos años con una relación distante y tormentosa, ahora estén condenados a estar juntos. ¿Quién empieza una nueva vida sin rostro? Tendrían que poner un anuncio tipo «víctima de terrorífico accidente sin rostro busca similar, que le gusten los perros».

Más risas, todos rieron menos Ekaterina.

—Qué horror. —Hizo que los hielos de su vaso tintineasen para que Gaspar se acercase a rellenarlo de vodka.

—A veces siento alivio porque el Volvo de Charlie se cayese al mar —dijo Pandora—. Quedó un cadáver limpio, precioso, guapo como era él.

—Siempre que cuento esta historia —dijo Rico observando a Ekaterina— la gente bebe más. Soy como las galletitas saladas de las coctelerías de Gran Vía. Hablo y entra la sed.

—Hay que disfrutar de la vida —sentenció Pandora—. Por eso yo hago tantas fiestas. Si me muero, podréis decir que la última vez que me visteis fue en una fiesta, elegante, escuchando historias.

—¿Te ha gustado la historia, Gaspar? —preguntó Rico.

Gaspar asintió con la cabeza.

—Siempre necesitan personal para la casa —añadió Rico—. En primavera podrías irte a trabajar con ellos.

—¿Con los quemados? —interrumpió Pandora—. Ni pensarlo. A Gas me lo dejas aquí con la gente normal.

A continuación llamó al fotógrafo y pidió que Rico posase como si estuviese contando la historia, alzando una mano como un viejo profesor, y que todos permaneciesen sentados con la boca abierta observándole. A Gaspar no le pidieron que se quedase porque en esa estampa su capacidad de transmitir verdad no era necesaria y

además un chico sonriendo no encajaba. En los álbumes de Pandora, se lee bajo esas fotos: *Rico hablando de los Otaviano*. Mal escrito, con una sola te.

Poco después, Gaspar aprovechó que los invitados estaban ya ocupados bailando, bebiendo licores y acudiendo regularmente al cuarto de baño en grupos de dos para bajar a su cuarto, coger un cigarrillo y salir con la perra Poliana para que hiciese caca mientras él fumaba cerca del portal, aunque hiciera frío. Le gustó ver el humo salir de su boca mezclado con el vaho gélido, como globos de diálogo que no contenían ninguna idea concreta y solo querían abandonar su cuerpo para encontrar otro en el que formar una frase mejor. Algunas sirenas de ambulancias sonaban a lo lejos. Estaba helando. Habían dicho en las noticias que iba a nevar. Le pareció que la escarcha aportaba una belleza taciturna a las cosas: a los coches, a los bancos, a los bolardos, a los árboles y a sus alcorques, como si les diese un permiso especial para rendirse durante un tiempo. Había leído que antes de morir congelado, al llegar a cierta temperatura, un hombre dejaba de temblar y de sentir frío, que podía llegar a sentir calor. Se preguntó si habría una paz indescriptible antes de la muerte por hipotermia, si el hielo mataba con amabilidad. Y así pensó también en los Ottaviano y se preguntó si, abrasados por el fuego dentro del coche, llegaron en algún momento a sentir frío.

Al volver a la casa y subir las escaleras se cruzó con Rico, que, como cada vez que estaba borracho, empezó a hacerle preguntas sobre su vida. Le decía:

—Cuéntame cosas de tu madre.

Y él se disculpaba argumentando que estaba trabajando. También le pedía:

—Enséñame alguna foto tuya de pequeño.

Y él le explicaba que no tenía. Que su madre odiaba las fotos, que tal vez pensaba que podían robarle el alma. Pensaba en ella a menudo en aquella casa en la que se hacían fotografías desde todas las perspectivas posibles para poder revisitar en el futuro: él no tenía manera de revisitar su pasado. De su madre guardaba solo dos fotos. Una era la del carnet de identidad y no podía evitar sentir cierta angustia al pensar que, si alguna vez olvidaba su cara, la tendría que recordar eternamente como un rostro adusto en un pequeño cuadrado en blanco y negro, la mujer regordeta y con nariz de pájaro en la que se había convertido. Tenía otra en la que él, con apenas un año, posaba con su madre. Su madre estaba desnuda, tal vez la foto se la había hecho un amante. Ahí era joven, su rostro tenía una belleza libre e insolente que él nunca conoció más allá de esa imagen, pero siempre fue capaz de intuirla bajo la cara de pájaro obeso que se le puso. Había mirado tantas veces aquella foto de la juventud de su madre que era capaz de ver esos rasgos lozanos y bellos incluso en sus peores situaciones. Estuviese dormida, borracha o furiosa, aprendió a intuir bajo sus rasgos aquella belleza juvenil. Se convenció de que la belleza era ya inevitable para cualquiera que la hubiese visto, incluso cuando ya no está. Si un día hubiese aparecido de nuevo con esa cara, si por magia o ciencia hubiese podido recuperar ese rostro de juventud, Gaspar no se habría inmutado, solo le diría: «Yo siempre te vi así».

En aquella foto de juventud él estaba tumbado en la cama, desnudo también, sonriendo a la cámara. Tendría unos dos años, pero ya perfeccionaba el gesto que tanto gustaba en las *fotochistes* de Pandora. En el muslo, muy arriba, casi a la altura del culo, se veía

su mancha de nacimiento en forma de corazón. Su madre le hacía a veces la broma:

—Tienes el corazón en el culo.

Otras veces le decía:

—Tú tienes dos corazones y yo ninguno. El que tenía te lo he dado a ti. ¡Y tú vas y te lo pones en el culo!

Pero aquella noche a Rico, como tantas otras antes, le reiteró que no tenía ninguna foto de su pasado.

Tras deshacerse de él caminó hacia la cocina pasando por delante del salón principal. Vio desde la puerta a todos bailando como si estuvieran borrachos, incluso Pandora, que no solía emborracharse. No todos estaban borrachos, pero se comportaban como tales. En ese momento de las fiestas las frases sobrevolaban libres, sin un destinatario directo, y uno simplemente tomaba la que tenía más cerca u oía con más claridad, por encima de la música. A veces, Gaspar las retenía en su cabeza para apuntarlas luego. «Qué ganas de volver a ver a Timoteo, ese mono parece una persona pero sin nada de lo malo de las personas», decía alguien. Y le replicaba otro, no se sabía dónde: «Hablar». Y otro decía en otra esquina: «Envejecer es una especie de pacto de ceguera, simplemente no debemos decirnos entre nosotros que hemos envejecido. Y si no envejeces, haces trampa. Si te mueres el primero, también es trampa. Todo es trampa menos morir el último». O también: «Con estas pastillas nuevas no es que duerma bien, es que siento que muero, simplemente muero cada noche, te voy a apuntar el nombre». Y una sobre la fiesta en sí: «Me gusta mucho que en esta casa no haya ni una sola arista afilada, es un lugar hecho para caerse sin sangrar». Una voz femenina dijo: «¿Sabéis que se ha suicidado la mujer de Tomasso?». Y una masculina respondió: «Que se joda, era una borde». Otra masculina, la misma que hablaba de

envejecer: «Si te intentas suicidar y no te mueres, deberías ser condenado por tu propio asesinato y obligado a indemnizar económicamente a tus padres». «En ese caso mis hijas ya me hubieran hecho millonario», replicó una última voz.

De todas aquellas fiestas, la parte favorita de Gaspar era siempre la última hora, en la que ponían canciones de los años setenta y bailaban, unos con movimientos vagos, otros neuróticos, casi siempre torpes, como gente que había perdido ya la esperanza de aparentar dignidad. Eran unas máscaras que caían no por cuestión de la ebriedad, sino de la solidaridad. Si a primera hora a todos se les contagiaba el afán de parecer virtuosos, a última hora se les contagiaba el desahogo de resultar ridículos.

Gaspar se levantaba a menudo a las seis de la mañana para acercarse a los balcones del salón principal y observar un rato cómo amanecía antes de volver a la cama y dormir una hora más. Lo hacía para continuar una costumbre que había adquirido en las noches en la recepción del hotel, desde que el señor Román le había permitido encargarse del turno de doce a ocho de la mañana aún sin haber cumplido la mayoría de edad. Lo hacía, tal vez, por mantener un hábito que le recordase a su antigua vida. Alguna vez Pandora, si se había levantado a por agua o se había desvelado o había madrugado más de la cuenta para prepararse para un viaje, lo sorprendía en el balcón y le decía, detenida en el quicio de la puerta, con un camisón brillante que la hacía parecer un fantasma y sus orejas de soplillo bajo el pelo liso que le daban aspecto de duende:

—Gaspar, qué guapo estás ahí con esa luz del amanecer.

Y él temía que le pidiese posar para una foto, pero afortunadamente el fotógrafo siempre había abandonado la casa

pocas horas antes.

Gaspar persiguió a Pandora, que llevaba prisa, atravesando varias estancias: la enorme cocina de estilo provenzal, luego el comedor, luego el salón principal, luego el otro salón lleno de espejos, después un despacho, después el recibidor y después parte de las escaleras en curva, tras cuya balconada se enfilaba por el pasillo que llevaba al dormitorio principal. Todo esto mientras ella le recordaba todo lo que tenía pendiente.

—Tengo que ir a la radio ahora. Me recoges el traje en el tinte, vas a buscar los encargos del Mallorca porque la última vez que los trajeron ellos se deformaron todos los cruasancitos y parecían mantequilla pocha, ¡les puse una reclamación! ¡Pregúntales qué ha pasado con mi reclamación! Y lo metes todo en el frigorífico, apartas los muebles del salón porque luego tal vez la gente querrá bailar y me sacas a Poliana y te aseguras de que mee varias veces porque está tan vieja que luego se va meando por todos lados y todavía más si huele rastros de Aquiles. ¿Tú sabías que los loros no mean? No tienen vejiga, no me extraña que no esté de humor para repetir nuestros nombres. Pídele a Marieta que perfume los sofás donde estuvo el loro, ella tiene olfato para los animales, Dios sabrá por qué. ¿Has vuelto a preguntar por el pañal de perro en color plata?

—Siguen sin recibirlos.

—Bueno, pues ve a comprarlo en cualquier color, pero no puede ir meándose otra vez en las fiestas. Que no sea rosa, qué horterada. ¡Pero si has arreglado la lámpara! —Pandora se detuvo admirada ante una lámpara de pie al lado del pasamanos y que llevaba meses rota y la apagó y encendió varias veces, sorprendida de que hubiese vuelto a funcionar.

—Solo había que cambiar el casquillo.

—Pues ya hablaré con Ricardo, que la miró tres o cuatro veces esta semana, a ver si es que en su país no hay casquillos o qué. Qué resuelto eres, Gaspar, tu madre estaría orgullosa.

Le acarició de nuevo el pelo y bajó las escaleras cómicamente, sujetándose al pasamanos, como siempre que llevaba botas altas para el frío.

—¡Me voy a la radio! —Pandora participaba todos los fines de semana en un consultorio de protocolo y buenas maneras en el que respondía a preguntas como la hora correcta hasta la que se podía llevar tocado en una boda de interior. Gaspar había aprendido que era hasta las seis—. ¡Dicen que va a nevar! ¡Compra los pañales de la perra! ¡Si solo hay en rosa, pues en rosa! ¡Chaucito!

Gaspar subió de nuevo, caminó hacia el salón principal y salió a uno de los balcones para fumar un cigarro. Desde allí observó cómo Pandora charlaba con los dueños del japonés-peruano, que ponían nuevos arbustos en la puerta.

—Deberíais fijar las macetas al suelo con cemento, así no os las robarán —les dijo antes de meterse en el coche y cerrar la puerta. Después abrió la ventanilla para añadir—: Y deberíais cambiarle el nombre, Michiko suena a pub. No es un nombre de restaurante *comme il faut*.

Gaspar tenía un poco de tiempo libre entre que volvía de la compra y ordenaba las alacenas y Pandora volvía de la radio, así que se fue un rato a su cuarto a escribir. Como el ordenador portátil del hotel que el señor Román le había regalado tras el cierre era gigantesco, se calentaba, iba lento, tenía una pantalla un poco borrosa y la a, la

ele, la o y la ene del teclado se caían, Pandora le había regalado otro. Le había dicho:

—Cuando ganes un Nobel de Literatura puedes dedicármelo por haberte regalado tu primer ordenador.

Un día llegó un repartidor de El Corte Inglés con un ordenador portátil de elegante color blanco con el dibujo de una manzana cuyo teclado era suave y silencioso como la moqueta de la casa de Pandora. En él, Gaspar había escrito un relato que aquella mañana de invierno estaba corrigiendo. Iba de una pareja que, conscientes de que su relación había llegado a su fin pero sin valor para separarse repentinamente, decidían verse cinco minutos menos cada día, calculando de forma obsesiva los minutos que pasaban juntos y confiando en que ese sistema hiciese que, al final, ni se diesen cuenta de que habían roto y ni siquiera recordasen haberse conocido. En la parte más divertida del relato, al menos para Gaspar, la alarma sonaba en el reloj del chico mientras estaban haciendo el amor (era un pasaje que no había descrito con mucho detalle, él era virgen y poco sabía de hacer el amor) y él se tenía que ir, dejándola a ella a medias en el coito y originando una discusión al día siguiente que también tenía que terminarse antes de tiempo porque sonaba de nuevo la alarma del reloj, cinco minutos antes que el día anterior, pero en ese caso ambos lo celebraban porque no querían seguir discutiendo. El relato terminaba con los dos recordando mutuamente al otro con amor y añoranza y acordando verse de nuevo en espacios de tiempo que fuesen aumentando cinco minutos cada día, para olvidar que habían decidido dejar de verse. En la escena final él abandonaba la casa de ella pero se daba cuenta de que aún quedaban cuatro minutos para cumplir el nuevo horario marcado, por lo cual decidía quedarse en la calle mirando hacia su ventana, mientras ella hacía lo mismo y le devolvía la mirada desde el interior

de la casa. En una primera versión llovía fuera y él se mojaba, pero lo había cambiado porque le resultaba cursi.

Pensó en que en la calle estuviese el señor Ottaviano y en la ventana estuviese la señora Ottaviano. En realidad Gaspar quería escribir un relato sobre ellos tras escuchar la historia de Rico, pero no sabía cómo meter a una pareja deforme y quemada en su relato sobre una pareja joven que se desenamora primero y se reenamora después. Con la esperanza de que se le ocurriera algún día, o incluso de que aquella pareja se convirtiese en los Ottaviano de mayores, Gaspar había finalizado así el cuento de forma provisional, porque no se le ocurría otra conclusión: «Esto no es un final. Esta historia no termina».

Gaspar lo recordaba absolutamente todo menos las caras. Le habían dicho: «El recepcionista de un buen hotel debe recordar de modo fotográfico las caras», pero Gaspar no era bueno con ellas, simplemente. Su madre tampoco lo era y de hecho en los meses anteriores a su muerte algunas noches parecía reconocer a su hijo tocándolo, oliéndolo y acercando la oreja a su boca para escuchar su voz, como si se hubiese convertido en un animal ciego. Además, él ni siquiera era el recepcionista, así que no tenía que seguir a rajatabla el librillo de uno. Simplemente se quedaba en la recepción del hotel por las noches comportándose como si trabajase allí desde el momento en que su madre le permitió abandonar el instituto. Pero no sentía que fuese un empleado, tal vez porque aquello le gustaba y un trabajo, suponía él viendo a su madre haciendo el suyo, nunca te puede gustar. Lo sencillo que había sido pedir permiso para dejar de estudiar fue una primera señal de alarma. Una tarde Gaspar se situó frente a la mesa de recepción armado de razones y soltó el argumento de partida, armado con diez o doce más para la batalla:

—No me gusta ir al instituto.

Y le respondió su madre:

—Pues no vayas.

Y ya. Las cosas habían cambiado, algo se había posado sobre sus vidas de un modo casi imperceptible, como un goteo que cae de forma inopinada hasta que uno nota que todo lo que le rodea se ha

vuelto color tierra y solo entonces descubre que estaba bajo una lluvia de barro. Gaspar empezó a recordar una frase que su madre decía mucho: «Las cosas no son un problema hasta que empiezan a ser un problema». Juraría que en la vida de su madre algo había empezado a serlo, pero el motivo resultaba imposible de ser verbalizado.

Si Gaspar, todavía adolescente, había podido empezar a hacer como que era recepcionista respondía también al hecho de que aquel, simplemente, no era un hotel normal, para nada un buen hotel, ni siquiera uno regular. Nada de lo que allí ocurría obedecía a una deontología y si una deontología había existido alguna vez, madre e hijo la habían olvidado. No hacía mucha falta: eran quince habitaciones repartidas en tres plantas de tamaño mediano y pasillos cortos. Aquello era un hotelucho, aunque había conocido mejores tiempos. Gaspar recordaba a otros trabajadores allí, a mujeres que venían a arreglar las habitaciones y le acariciaban los mofletes cuando era un niño mientras él hacía los deberes entre la cocina, la sala de maletas o el reservado de la recepción. Recordaba chorros más generosos en las duchas, sábanas de color mucho más blanco, cortinas cuyos hilos aún se entrelazaban y un tacto más amable y mullido en la moqueta, sobre la que a veces se quedaba dormido. También recordaba la cocina en funcionamiento, el olor a frito que le hacía feliz y el pequeño comedor, años después desierto, como un bullicioso restaurante donde se servían menús del día. El hotel se había convertido no solo en una ruina hostelera, también en una reliquia de su propia existencia. Recordaba las baldosas brillantes y recién pulidas de la entrada, donde era habitual que algunos clientes resbalasen. Recordaba que aquello arreglaba su problema con las caras: Gaspar nunca olvidaba el rostro, el nombre y el número de habitación de quien se había estampado contra el suelo porque su

madre le pedía que sacase una toalla de manos limpia de la secadora, la colocase en sus camas envuelta en un lazo y escribiese una nota con su nombre y el tratamiento de don o doña en la que se pudiese leer: «Lamentando mucho el accidente de esta mañana, esta toalla es para usted». Casi nadie se llevaba la toalla, pero el detalle parecía tener el punto justo de amabilidad torpe como para que olvidasen el tema y nadie denunciase.

Le habían dicho: «El recepcionista de un buen hotel debe recordar de modo fotográfico las caras». Pero Gaspar podía argumentar que si no recordaba la cara de los huéspedes era porque la sospecha de que su madre se estaba volviendo loca había empezado a ocupar todos sus pensamientos desde pequeño. Dicho de otro modo: sí que recordaba el rostro de los huéspedes, pero todos tenían la cara de su madre. El borracho que llegaba tarde buscando habitación acompañado de una prostituta, el ejecutivo extranjero que no había sido capaz de encontrar habitación en un hotel mejor o unos que iban a hacer un trío y se quedaban solo unas horas antes de intentar irse sin pagar. Gaspar hacía espacio en su cabeza para recordarla, le acechaba el presentimiento de que podría perderla pronto. De todas las imágenes que guardaría de ella, la que permaneció con él más tiempo y con más fortaleza en su memoria era una en la que mamá volvía al hotel, calle abajo, con el carro en el que traía las sábanas y toallas limpias todas las mañanas desde la tintorería, porque el hotel había decidido, a medida que los clientes iban disminuyendo, que lavar la ropa fuera era más barato que mantener un cuarto de limpieza. Eso hubiese hecho más complicado conseguir toallas limpias extra para los clientes que resbalaban, pero para entonces el suelo estaba ya lo suficientemente gastado como para que nadie resbalase, y además su madre había pegado unas

extrañas tiras de goma amarillo chillón que convertían la recepción en una especie de carretera secundaria.

Ese recuerdo, el de mamá tirando del carro, no era el recuerdo de un día concreto: en realidad era el recuerdo de todas las mañanas desde que él había dejado el instituto y la esperaba trabajando en la recepción. Con una mano tiraba del carro lleno de sábanas y toallas, con la otra agarraba el bolso con ese gesto casi cómico con el que siempre lo agarraba, como si en él llevase su vida entera. Mucho tiempo después Gaspar seguiría soñando con esa estampa, pero en ella el rostro de su madre se volvía dolorido, casi lloroso, la espalda, encorvada, el bolso, gastado y sucio, y sus zapatos, llenos de tierra. En algunos recuerdos de Gaspar, que no sabía si eran reales o soñados, su madre caminaba descalza. En otros, las sábanas también estaban llenas de tierra. En otros, en los peores, estaban llenas de sangre. A veces Gaspar soñaba estas cosas en el hotel. Y al notar a su hijo agitado, su madre se levantaba de su cama, se metía en la de Gaspar y lo abrazaba antes de seguir durmiendo, diseminando sobre él un olor a alcohol y tabaco que él acabó confundiendo con el de un hogar. También, justo ahí, cuando se despertaba de una pesadilla y veía a su madre abrazándolo, empezó a confundir el alivio con una forma de amor.

Había leído sobre madres en los libros, había oído a sus compañeros de clase (cuando todavía iba a clase) hablar de la suya y no es que Gaspar no sintiese que su madre no se comportaba como una madre, era más bien que él se sentía fuera de lugar como hijo. Encontraba a su madre divertida cuando, según lo que él sabía sobre las demás madres, debería ser algo más parecida a un centinela, un guardián, alguien que debía imponerle. Una vez la dejó un novio

motero, uno de los tantos que había pasado de forma fugaz por el hotel y por la vida de Gaspar, y ella le pidió que lo acompañase. Le dijo que iban a hacer una hoguera en un jardín público cercano, y allí echó el casco de su moto, su cazadora de poliéster y algunos calzoncillos y calcetines y les prendió fuego con mechero y unos papeles. Cuando los bomberos aparecieron más tarde porque el fuego se había extendido por la hierba y había llegado a un árbol, explicaron que tal vez la ropa o el interior del casco tenían todavía demasiada colonia y Gaspar terminó esa noche en un banco de la comisaría esperando a que su madre acabase de declarar. Pararon en bares antes de volver al hotel, en muchos, mientras su madre se emborrachaba y compartía con Gaspar recuerdos del hombre que se acababa de quedar sin casco («le huele el aliento a mierda por las mañanas», «está obsesionado con hablar por teléfono con su madre», «su hija está muy obesa para la edad que tiene» o «lo único que se le da bien es la cama, pero no sé si alguien llamaría a eso hacer el amor»). Y Gaspar debía avergonzarse, o eso creía, o debía pedirle que no le contase ciertas cosas, pero a la vez esas ocasiones, en los bares, eran también la única manera en que sentía que podía saber realmente quién era su madre. Cuando se quedaba sin anécdotas que contarle, se levantaba de la silla y lo invitaba a bailar lo que estuviese sonando en la televisión de aquellos bares vacíos. Los que pasaban por la puerta y negaban con la cabeza al ver a una mujer borracha bailar con su hijo de diez años ignoraban que en aquel momento el niño era más feliz que nunca.

Gaspar y su madre siempre habían vivido en el hotel porque, según le había contado, cuando ella se quedó embarazada, el señor Román, que era propietario de aquel hotel y de algunos otros en

provincias cercanas (todos mejores que el que le había tocado como hogar a Gaspar), tuvo a bien permitirle que se quedase a vivir en una habitación de servicio porque eso era más barato que pagarle un apartamento para ella sola.

(Aunque del embarazo no se hablaba.)

(De su padre no se hablaba.)

(De la vida anterior a que existiese Gaspar no se hablaba.)

(Ni siquiera en los bares, ni siquiera cuando era ya muy tarde.)

El señor Román vivía en otra ciudad y apenas aparecía. Cuando el niño empezó a hacerse más grande les dieron a los dos un cuarto más grande. Eso no cambiaba la realidad de que Gaspar se había pasado diecinueve años durmiendo en la misma habitación que su madre.

Pese a todo, Gaspar no hubiese descrito su juventud como algo infeliz. Le gustaba el hotel viejo y decadente en el que le había tocado nacer y trabajar. El director le había permitido empezar a hacer los turnos de noche cuando dejó el instituto a cambio de una paga casi decente que le ahorraba el sueldo de un recepcionista nocturno. Aquello era emocionante: desde la recepción, sintiéndose adulto, gobernaba el mundo, saludaba cortés y sonriente a los huéspedes, les indicaba dónde se encontraban las escaleras si estaban demasiado borrachos y así evitaba que vomitasen en el ascensor («a la izquierda, justo frente a la sala del desayuno»), cerraba las cuentas del día anterior, hacía las llamadas de rigor al amanecer a los huéspedes que pedían ser despertados porque tenían una reunión o un tren o un vuelo y, justo después, salía a la calle y observaba desde la puerta del hotel el amanecer, la luz cálida y tímida que empezaba a asomar por la plaza aledaña y que hacía que los fresnos proyectasen su sombra sobre él. Deseaba que nunca se hiciese de día, porque el día solo traía el ruido, la locura y la

confusión, y durante aquel momento en que amanecía y solo él estaba despierto, el barrio era únicamente suyo y él gobernaba entonces no solo el hotel y la calle, sino la ciudad entera. Y además su madre dormía. Y dormida, había descubierto, alcanzaba su estado óptimo. Mientras dormía, tan quieta, tan débil, con su cara de pájaro obeso hundida entre las almohadas, era cuando más la amaba. Había momentos en los que la odiaba profundamente, pero de esos no quería acordarse.

Gaspar se mantenía en forma subiendo y bajando maletas y haciendo tareas de mantenimiento que le habían dado un físico que no era musculoso, pero sí agradable a la vista. También haciendo pequeños arreglos en las habitaciones con técnicas que había aprendido por pura observación al tener que guiar a todos los fontaneros, carpinteros, cerrajeros, electricistas y pintores que acudían a reparar cosas en el hotel cuando todavía era un hotel en el que merecía la pena reparar algo. Cada vez tenían que venir menos porque Gaspar había aprendido a cambiar casquillos, desatascar retretes, pintar paredes, ajustar cerraduras, repasar las juntas de las ventanas, arreglar persianas y sustituir enchufes. Tenía conversaciones interesantes con los hombres y mujeres que, por encontrarlo atractivo o simpático o solo digno de compasión, se quedaban durante un buen rato en la recepción con él. Espantaba con cariño a los gatos callejeros que intentaban colarse atraídos por el olor del desayuno que también solía preparar él en la misma cocina en la que horas después comía. Por las mañanas dormía. Prefería cenar en una especie de trastero lleno de muebles casi nuevos. Los muebles habían llegado allí cuando su madre decidió que un hotel bueno era un hotel con mucho mobiliario, así que puso

escritorios con su silla en todas las habitaciones, bancos mullidos a los pies de la cama, galanes de noche y unas mesitas auxiliares donde, según ella, la gente iba a poder dejar «libros, o el tabaco, o un vaso». La mezcla de las camas, mesillas, espejos y armarios antiguos con los muebles recién llegados hacía que las habitaciones pareciesen un puzle completado a martillazos, pero el mayor problema era que los huéspedes se quejaron de que no podían apenas moverse por las habitaciones, que con el nuevo escritorio y las sillas entraban en el baño de puntillas y de canto y la mesita auxiliar de la entrada solo servía para tropezarse si uno daba dos pasos antes de encender la luz. Así que todo aquello se fue muy pronto a parar a un cuarto donde se apilaron los muebles unos encima de otros y le parecía a Gaspar una especie de laberinto por el que reptar, esconderse y, a veces, echarse siestas. Las mesitas auxiliares no hubo que guardarlas: casi todas estaban astilladas por los golpes de las puertas o por los señores o las prostitutas que se habían caído de culo sobre ellas al llegar borrachos a sus habitaciones. En el cuarto que ambos compartían sí se quedaron los muebles, y Gaspar lo agradeció. La sensación de soledad era menor en un lugar lleno de cosas.

Gaspar también sabía que a aquel cuarto donde descansaban el resto de las mesas y sillas iba a veces su madre, porque ciertas noches antes de salir le decía:

—Hoy no puedes entrar en el cuarto de los muebles.

Alguna de esas noches Gaspar se despertaba y en la cama de al lado, aparte de su madre, estaba durmiendo un hombre. Solo le pareció inquietante las primeras tres o cuatro veces. Otras, era la luz encendida del dormitorio la que lo despertaba y, frente a ella, dos siluetas gigantes se convertían de repente en su madre y un desconocido.

—Este es Gaspar.

Y ahí su madre olía otra vez a tabaco, a cerveza y a hogar, pero no a alivio.

Cuando una mancha de humedad que había nacido en el fondo de la pared del comedor se extendió y creó algo parecido a un mural expresionista a través de la recepción que alcanzaba los cuartos de baño de la planta baja, el dueño del centro cultural de al lado fue a echar un ojo para comprobar si la fuga llegaba de sus retretes. Mientras seguía su rastro por las paredes se metió en el almacén de los muebles abandonados, vio las sillas apiladas contra una pared y pidió a la madre si podría llevárselas algunas noches, porque los bancos del centro cultural no llegaban para sentar a todo el mundo.

—Nadie viene a ver los encuentros literarios, pero siempre hay gente que se queda de pie cuando hay monólogos o proyectamos películas.

A partir de ese día, varias tardes al mes, Gaspar llevaba y traía las sillas en varios viajes. Como agradecimiento, se podía quedar durante los eventos. Así, pudo ver varias veces una representación infantil de la *Cenicienta*, un par de espectáculos de magia del mago Rufo que le aburrieron, todas las charlas del taller «Aprender a ver cine», una conferencia sobre micología, huertos y jardines, otra sobre los principales problemas a los que se enfrentaban los zurdos, un documental sobre los accidentes más curiosos que sufren los británicos, otro sobre los secretos de la raza y el ADN y siete veces el mismo monólogo de un tipo que sospechaba que su esposa era un extraterrestre. En el monólogo, el tipo se apuntaba a un cursillo de ufología por correo con la ilusión de poder investigar sobre alienígenas y poder descubrir y denunciar a su esposa, pero por

error le enviaban las cintas con un cursillo para dejar de fumar que él, fumador empedernido, completaba con éxito. Al final del monólogo su esposa le confesaba que efectivamente era un extraterrestre, lo hipnotizaba, se lo llevaba a su planeta y una vez allí le decía: «¡La buena noticia es que en mi planeta no existe el cáncer de pulmón!». Como Gaspar se lo aprendió de memoria, su madre le pedía a menudo que se lo contase y, repetido tras varias cervezas, se reía a carcajadas. A veces también le pedía que se lo contase a alguno de sus novios. Una vez despertó a Gaspar a las tres de la mañana y señalando al tipo que estaba en calzoncillos en su cama le dijo:

—Gaspar, cuéntale el monólogo de la esposa extraterrestre.

Gaspar nunca se sintió infeliz y no le costó acostumbrarse a estar solo. Le parecía interesante observar fugazmente la vida de otros, robarla a fragmentos intangibles, oler las toallas y sábanas con intensidad cuando entraba por las mañanas en esas habitaciones pequeñas que aún no habían sido ventiladas, con enorme curiosidad por saber cómo olían otros seres humanos, especialmente si eran hombres que le habían parecido atractivos en la recepción. Qué feo y desagradecido era aquel hotel en el que su madre había tenido la peregrina idea de traerlo al mundo y mantenerlo durante toda su infancia y adolescencia, pero cómo lo amaba él. Cuando a veces, paseando por la ciudad, se encontraba frente a un hotel de cuatro o cinco estrellas, no podía dejar de pensar en la frialdad de aquellos lugares majestuosos en los que todo lo que había que hacer se repartía entre cien empleados cuando él, en su hotel con su nombre, lo hacía todo, lo conocía todo y se quedaba todo lo que los huéspedes se olvidaban. Una vez le dijo su madre:

—Nuestro hotel es de autor.

Y él lo repetía a veces, lleno de orgullo, a los clientes que le preguntaban, con curiosidad, si todo lo hacía él. Todo estaba en sus manos, eso le daba felicidad y poder. A veces también aprovechaba lo aprendido en los documentales que veía en el centro cultural para dar consejos a los clientes. Durante una época no dejó de decir:

—Cuidado al subir a su habitación, cada año más de trescientos mil británicos se caen por las escaleras.

Los clientes siempre respondían que ellos no eran británicos. Gaspar replicaba:

—¿Se ha hecho un test de ADN para estar seguro?

Por las noches caminaba por la recepción en calcetines. En verano, lo hacía descalzo y vestido únicamente con unas bermudas y una camiseta de tirantes. Guardaba tantos cargadores y cables de ordenador y de teléfonos móviles olvidados por diferentes huéspedes que un día decidió ponerlos en una caja junto a la recepción para que los clientes que necesitaban uno se sirvieran con un amable cartel: *¿Se ha olvidado su cargador? ¡Sírvase!* Las joyas que encontraba, sobre todo anillos en la ducha, brazaletes en los cajones de las mesillas y alguna cadena de oro entre las sábanas, si nadie las reclamaba durante unos días, las guardaba para regalárselas a su madre en su cumpleaños o en Navidad. También la ropa, que repartía entre su madre y él según el tamaño (ella se había convertido con los años en una mujer no precisamente anoréxica, a él todo le quedaba bien, o al menos todo le servía). A veces, ya en su pubertad, iba a una joyería a pedir que diesen de sí un anillo para que entrase en los dedos pequeños y gordos de su madre, que en su juventud y siempre según su versión habían sido flacos y hermosos pero que la edad y el alcohol habían vuelto más

parecidos a los de un puerco. Su padre debía de haber sido delgado y alto, siempre había pensado Gaspar, porque él era alto y delgado.

(Pero de eso no se hablaba.)

Casi todas las mañanas la madre de Gaspar estaba seria, a veces lloraba y a menudo le gritaba con voz ronca palabras que salían tan en tromba de su garganta que no conseguían ordenarse ni encontrar una melodía antes de llegar a su boca. Por ejemplo, en vez de «Que no molestes» le gritaba «Molestes, ¡que no!». Y luego se iba a por las toallas y las sábanas y cuando Gaspar la veía llegar, arrastrando el carro con aquel rostro sufriente, quería salir a ayudarla, pero se quedaba en la recepción pensando que tal vez se lo merecía. Y pronto se daba cuenta de lo horrible que era aquella idea y quería salir a sujetar el carro, pero para aquel entonces su madre ya había entrado, ya había respondido a una mirada cariñosa de Gaspar con ojos vacíos de indiferencia y de tonalidad amarilla, mientras él apretaba con ira el anillo que le tenía guardado para su próximo cumpleaños, el que nunca llegaría a cumplir. Hubo una vez que, tras apretar el anillo en su puño con fuerza, comprobó al abrirlo que la forma redonda de la joya y las uñas de sus dedos corazón y anular habían dibujado en la palma de su mano una cara sonriente.

A media tarde, aproximadamente, la madre de Gaspar ya volvía a ser normal. A veces, cariñosa. El resto de los vecinos habían empezado a verla, simplemente, como una persona desagradable, problemática, tal vez loca. La miraban con desprecio, porque nunca saludaba, porque gruñía mientras tiraba del cesto con las sábanas, porque a veces gritaba por la ventana por la noche. Si alguien preguntaba a Gaspar, argumentaba que su madre simplemente sentía dolores por tirar del carro de la ropa limpia por las mañanas y que sufría. No sabía muy bien cómo explicarles que su madre era

una de esas personas tan ocupadas soportando su propio dolor que era fácil confundirla con alguien digno de odiar.

De todo lo que fue suyo después de que alguien se lo olvidase en el hotel guardó con especial empeño (la pegó en el corcho que tenía sobre su cama gemela al lado de la de su madre, después en el corcho que tenía en la casa de Pandora) una foto en blanco y negro de una mujer retratada, como todas las mujeres de cierta edad, como una estrella de cine en un estudio de fotografía, que miraba a la cámara con una sonrisa helada. Detrás, con letra temblorosa, alguien (tal vez ella misma) había escrito: «Por favor, sé bueno».

Gaspar supo del artículo en el periódico del domingo cuando empezaron las llamadas al hotel un lunes. La gente preguntaba:

—¿Estoy llamando al peor hotel de España?

La primera llamada lo pilló tan desprevenido que Gaspar, que estaba intentando desenredar los cables de los cargadores perdidos que habían formado una montaña en la cesta de la recepción mientras sujetaba el auricular pegando su cabeza a su hombro, respondió:

—No creo. Este hotel es bueno. ¿Quiere reservar una habitación para comprobarlo?

Un vecino le llevó un rato después el periódico del domingo y le señaló el artículo. Gaspar leyó en alto el titular:

—Una noche en el peor hotel de España.

Cuatro páginas llenas de fotos con detalles de los desperfectos del hotel. Alguna ventana astillada, algún cuadro torcido, el suelo desgastado de la entrada, moho en algunas vías de las mamparas, el

mando de televisión medio derretido después de que alguien lo quemase con un cigarrillo, las tiras antideslizantes de color amarillo chillón que había puesto su madre en las escaleras, la caja de cables en la recepción sin que se viese el cartel explicativo de Gaspar donde se invitaba a los huéspedes a coger uno.

Y después leyó el nombre del autor:

—Enrique Piernavieja.

«Hay en la recepción un chico espigado, con los ojos color miel y unas cejas tan pobladas que me pregunto si tiene una o dos», decía el artículo. «Y con una nariz con las aletas demasiado grandes, de corte romano, que podría llamar a la sospecha por parecer propia de un emperador, pero solo provocan ternura por su aspecto cómico sobre esa sombra de bigote y esos labios carnosos que forman una sonrisa bobalicona pero convincente, que me hace tener esperanza sobre este lugar y a la vez me inquieta profundamente: ¿qué edad tiene? Se lo pregunto. Dieciocho años. No sé si fiarme. ¿Qué hace un chico que debería ser estudiante trabajando como recepcionista nocturno en un hotel? Si es que a esto se le puede llamar un hotel. Parece más bien un lugar en ruinas que alguien ha acondicionado con colchones, viejos televisores y unas telas que en otro tiempo y en otro mundo tal vez pudieron llamarse cortinas.»

A continuación el artículo describía la recepción. «Para llegar hasta el chico debo bajar cuatro escalones revestidos de forma torpe y excesiva con unas franjas antideslizantes de color amarillo fosforito, señal de que unos cuantos huéspedes incautos se han dejado aquí la columna vertebral en días de lluvia. El acceso al hotel es amplio, pero está mal iluminado y un cartel muy optimista me dice *bienvenido*, cuando este lugar solo invita a irse. La única ventaja de que haya una luz tan lóbrega es que uno no alcanza a ver de primeras los horribles cuadros que decoran este sitio: uno tiene

pintado un caballo que también parece famélico, otro un paisaje genérico de un bosque, el otro una vieja barca varada en un puerto y el otro podría ser un intento de abstracción o bien el resultado de haber enmarcado la lámina del revés. Al fondo, en la pequeña recepción, el chico sigue sonriendo y me pregunta si busco una habitación. Estoy tentado de preguntarle dónde está su madre, de decirle que quiero hablar con ella. Al verla, uno ya considera que no necesita tanto una habitación como contactar con los servicios sociales.»

Gaspar no recordaba a aquel hombre, pero en realidad casi nunca recordaba a nadie que no fuese su madre.

El artículo continuaba explicando que ninguna de las dos viejas máquinas expendedoras de agua y frutos secos de los pasillos de las plantas primera y segunda funcionaban ya, que las tuberías hacían ruido y apenas tenían presión y que en las duchas se apreciaba moho por las juntas y en los rieles de las mamparas. Describía el polvo bajo las camas con simbología cruel («me pregunto si está ahí como resultado de barrer solo las zonas visibles del suelo o es que incluso el polvo siente vergüenza de ser visto en este lugar»), enumeraba las persianas que no funcionaban en su habitación («dos de dos, es en sus defectos donde el hotel sí encuentra equilibrio y armonía») y remataba con la única nota relativamente positiva: «La buena noticia para los partidarios de la nicotina es que está permitido fumar, o eso supongo, porque mi habitación huele a tabaco y nadie ha protestado, lo cual nos lleva a pensar en este lugar no tanto como un hotel, sino como un gigantesco recipiente para colillas. Como cenicero, le doy cuatro estrellas».

Al final constaban el nombre del hotel y la dirección. Y un paréntesis: «(pero no vayan)».

A las doce de la mañana había una mujer con un micrófono en la puerta y, cuando la madre de Gaspar apareció por la calle tirando del carro de las toallas, se acercó a ella para preguntarle si trabajaba en el hotel. La madre se puso nerviosa al ver una cámara, como siempre, y acercó la mano al objetivo para apartarla de su camino. La reportera le riñó desde la puerta del hotel, le dijo que las cámaras no se golpean, que aquello era la vía pública y que ella estaba haciendo su trabajo. Gaspar salió enseguida a coger el carro y a acompañar a su madre al interior. Después escondió el periódico y decidió no decirle nada a su madre. Cuando fuese otro día y saliese otro periódico, la gente hablaría de otra cosa.

El martes por la mañana, tras terminar su turno de noche, Gaspar salió a buscar las barras de pan para el desayuno. Cuando volvió con ellas, su madre estaba en la mesa de recepción con el periódico del día anterior abierto ante ella, leyendo con la mirada del que observa un cadáver descuartizado e intenta averiguar dónde iba cada miembro.

La madre leyó en alto:

—Antes de abandonar el peor hotel de España me despido del chico que sonríe en la recepción. Sigue allí. Le digo adiós. Él es lo único que da algo de paz en este lugar en el que no he conseguido ver a su madre, que según los vecinos y otros huéspedes es la mujer que debería estar cuidando de este hotel. Según esos mismos testigos, sin embargo, lleva sus treinta y ocho años de vida sin ser capaz de cuidar tan siquiera de sí misma.

Hacía mucho que Gaspar no escuchaba la voz de su madre de forma tan cristalina, viva y entera.

—No leas eso —dijo.

Gaspar se acercó a ella y le quitó el periódico. Supo, por su ausencia de reacción, que ya lo había leído. El teléfono sonó en la recepción, y Gaspar respondió mientras no perdía de vista a su madre, que comenzaba a dar vueltas sobre la alfombra azul con dibujos de olas como si estuviese persiguiendo su propio trasero.

—Gaspar. —Era el señor Román—. Mucho tiempo que no hablamos, ¿cómo estás?

—Bien.

—Pásame a tu madre si está ahí.

—No está.

La madre le arrebató el teléfono. Hubo una conversación en la que la madre dijo primero «¿sí?», luego «sí», luego otra vez «sí» y al final «no, claro que voy a ir yo». Y colgó el teléfono y se dirigió a las escaleras. Cuando subía por las escaleras es que estaba cabreada, o nerviosa, o ambas, como si sus preocupaciones no cupiesen en el ascensor. Gaspar la persiguió con el periódico en la mano.

—No es para tanto. Vamos a leerlo de nuevo.

Quería oír otra vez la voz de su madre diciendo muchas palabras seguidas y en orden. Pero ella solo musitó:

—Es mejor que vaya.

Y en el cuarto que compartían buscó las llaves del coche, aquel coche que ya apenas usaba.

—¡Quiere cerrar el hotel! —gritó.

Gaspar persiguió a su madre por las escaleras de vuelta a la recepción, después por la calle hasta el garaje situado dos manzanas más allá y, una vez dentro, se quedó delante del coche, iluminado por las luces del viejo Renault, mientras ella sacaba la cabeza por la ventana y le gritaba:

—¡Aparta, Gaspar!

La madre arrancó. Gaspar se acercó a su ventana y le dijo que no debería conducir así, enfadada. Ella dijo algo, pero él ya no podía oírla al otro lado de la ventanilla. Solo vio como le lanzaba un beso.

El coche salió del garaje, serpenteó en la rotonda y desapareció por el puente. Gaspar siempre salía a la puerta del hotel para verla marchar y esperaba en el mismo lugar para verla volver. Como si un accidente no fuese posible mientras él miraba, como si algo tan cruel no fuese a ocurrir delante de sus narices. Aquel día hizo lo mismo. Ella, como siempre, le mandó un saludo con las luces del coche y después sacó su mano regordeta por la ventana y la agitó antes de desaparecer tras la gasolinera.

Gaspar se quedó durante horas en la puerta y no vio regresar el coche de su madre, pero sí el de la Policía, ya a mediodía, que cruzó el puente, sorteó la rotonda y avanzó hacia la puerta del hotel apenas un minuto antes de que dos agentes entrasen en la recepción. De todos los pensamientos que se le pasaron por la cabeza mientras los dos hombres se acercaban a él apretando los labios y formando un intento de sonrisa apenada, el que recordaba con más claridad era uno en forma de deseo: que si a su madre le había pasado algo le quedasen fuerzas para pronunciar otras palabras, que las últimas que hubiese oído de su boca no fuesen ya para siempre: «Aparta, Gaspar». ¿Cómo se despedía uno? Bajó la cabeza y miró hacia el mostrador de recepción mientras los pasos de los hombres se acercaban a él y uno de ellos comenzaba a decir algo.

Empezando por la S y acabando con una E, siete letras: «En todo y en cualquier tiempo», decía el crucigrama del periódico del día abierto sobre la mesa.

—Siempre —susurró Gaspar mientras la mano de uno de los policías se posaba suave sobre la suya.

Fue la primera palabra que aprendió sobre el lenguaje de la tristeza.

Ocurrió una cosa una noche de jueves, cuando ya había cuajado la nevada que llevaban días anunciando los boletines informativos que Marieta escuchaba obsesivamente en la cocina mientras Gaspar y ella hacían una limpieza completa incluyendo hornos, alacenas, ventanas y hornillos. Debido a la limpieza, ese día no había fiesta en la casa. Pandora había acudido a una cena en un apartamento cercano que habían inaugurado unos amigos y decidió irse antes de los postres por si se hacía imposible conducir con la nieve. En realidad, confesó al llegar, también era porque la cena le estaba aburriendo. Siempre le aburría todo lo que no ocurriese allí, en su casa. Marieta decía a veces que le aburría cualquier fiesta que no fuese en su honor. Pandora explicó a Gaspar que la nieve le recordaba a sus inviernos en un internado en el norte de Europa y que prefería estar viendo la nieve desde sus balcones antes que desde la ventana pequeña de una casa fea.

—No era ni una casa, lo han llamado *loft*, ¡no tiene paredes! ¿Cómo llaman a esa decoración que no es decoración ni es nada?

Siguió quejándose mientras le entregaba a Gaspar su chaquetón, su gorro y su paraguas para que se los guardase en el armario que había junto a la puerta de entrada.

—Pero en realidad es que no están acabadas ni amuebladas, si no has acabado de amueblar tu casa, ¿para qué me invitas? ¡Aunque ellos dicen que sí está acabada! ¡Minimalista, dicen! ¿Por qué me mienten? ¡Cuando entré pensé que estaba en el garaje! ¡La mesa

era una tabla enorme de acero! Pensé que de cenar nos iban a servir unos cadáveres. Y nos sentaron en butacas sin respaldo, ¡mis riñones! ¿Cómo puede vivir la gente en un hangar? Nunca vayas a cenar a la casa de un arquitecto, son una gente repugnante. Charlie los odiaba a todos, una vez le dio un puñetazo a uno que vino a casa y estuve días riéndome como una hiena. ¿Has visto la nieve?

Cuando Gaspar le dijo que no, que apenas había salido de la cocina en todo el día por la jornada de limpieza, Pandora le pidió que le volviese a dar sus prendas de abrigo para que saliesen fuera. A Gaspar le ofreció un plumífero enorme que había pertenecido a su marido. Se lo puso y se convirtió al instante en algo parecido a un muñeco gordo con brazos cortitos. Salieron. Con un tono casi infantil Pandora preguntó por qué no hacían un muñeco, Gaspar estuvo de acuerdo y él lo hizo entero siguiendo las órdenes de Pandora. Aprovecharon la nieve que había cubierto en parte uno de los arbustos recién repuestos que decoraban la entrada al restaurante peruano-japonés de al lado.

—Así tendrá un esqueleto —dijo Pandora—. La estructura ósea es lo más importante, eso es lo que te hace elegante, eso ni se compra ni se vende. Yo heredé la buena estructura ósea de mi madre. Charlie siempre lanzaba piropos a mis omóplatos. Tú también tienes una estructura ósea de caballero. Marieta no tiene cuello. ¿Ves lo importante que es?

Como a Pandora le gustó el resultado, le pidió que hiciese otro con el otro arbusto del restaurante.

—Que se miren, para que vean que no están solos.

Gaspar obedeció. Pandora observó satisfecha el resultado y le mandó subir a por botones para colocarlos a modo de ojos, un par de zanahorias como narices y minipepinillos de la cocina, para trazar

dos bocas sonrientes. Una vez hecho todo eso, Pandora decidió que también sería buena idea vestirlos.

—Tendrán frío. En el vestidor pequeño hay alguna bufanda que era de mi marido. Trae un par que sean coloridas, que así todos blancos me resultan muy tristes, me recuerdan al hangar de los arquitectos.

Gaspar obedeció. Aquel vestidor que había pertenecido a Charlie y en el que nunca había entrado olía a cerrado, era notablemente más pequeño que el de Pandora y tenía, colgados en un burro, varios trajes que parecían buenos y unas diez camisas blancas viejas pero que habían sido planchadas recientemente y olían a suavizante. Salió a uno de los balcones a mostrar dos bufandas. Ella respondió gritando con una voz que no había sido educada para gritar, lo cual le confería un patetismo enternecedor.

—¡Las de Missoni no! ¡De Zara! ¡Za-ra!

Obedeció. Cuando salió con ellas a la calle y Pandora dio el visto bueno, se las puso a los muñecos.

—¿Has visto qué guapos? Ahora no tienen frío. Podríamos ponerles unos sombreros también. Me hubiera gustado tener hijos —Pandora siempre respondía repentinamente a preguntas que nadie había hecho—, pero hubo algunos problemas. Ahora hay mujeres que contratan un vientre en Estados Unidos. Si eso hubiese existido cuando yo era joven... Ekaterina ha tenido así a los dos.

Tras hacer subir a Gaspar a por dos sombreros viejos y ponérselos en la cabeza, se fueron a dormir.

Gaspar se despertó un par de horas después para hacer pis y, en lugar de regresar a su cuarto tras salir del pequeño aseo de la planta baja, subió en silencio las escaleras hasta la planta principal y se acercó a los balcones del salón para observar los muñecos.

Había un tipo delante de ellos que miraba fijamente a la puerta del restaurante. Después cogió un pepinillo de la boca de uno de los muñecos, se lo comió y empezó a orinar, en parte sobre la puerta del restaurante y en parte sobre los muñecos. Su orina derretía parte de la nieve de los muñecos y los dejaba incompletos, a uno como cojo de un pie, al otro con una enorme cicatriz en lo que debería ser una pierna. Al terminar, se hizo con uno de los sombreros y se lo puso antes de empezar a golpear la nieve de uno de los muñecos a puñetazos y dejarlo rápidamente sin cabeza. Gaspar abrió la puerta del balcón y salió. El frío nocturno atravesó su camiseta blanca y su pantalón de pijama de cuadros.

—¡Eh! —gritó—. ¡El sombrero!

El tipo lo miró con despreocupación y después cogió otro de los pepinillos del muñeco que aún tenía cabeza y se lo comió, dejando en su rostro apenas media boca que dibujó un gesto de decepción.

—¿Son tuyos? —El tipo, rubio, pálido, se diría que poco mayor que Gaspar, hablaba con una confianza extraña y un tono de voz relajado, como si estuviese a su lado. El silencio amortiguado de la ciudad nevada hacía que Gaspar le pudiese oír perfectamente.

—Sí —mintió Gaspar, hablando bajo también—. No te los lleves.

Sus voces parecían las únicas de la ciudad. Era extraño escucharse de forma tan cercana estando tan lejos. El tipo cogió otro pepinillo.

—¿Y los pepinillos son tuyos? —Se lo metió en la boca.

—Sí.

—¿La nieve es tuya también?

—No.

—Solo me quiero llevar las plantas. Baja a ayudarme y te devuelvo el sombrero.

Después el chico miró a su alrededor, localizó el sombrero del muñeco descabezado tirado en el suelo y se lo puso también.

—Los sombreros.

Hizo lo mismo con las bufandas. Se hizo con la del muñeco que seguía en pie, recogió del suelo la del decapitado y se puso las dos alrededor del cuello.

—Y las bufandas. Baja a ayudarme o me lo llevo todo puesto.

Gaspar se lo pensó. El tipo no parecía peligroso. Y su aspecto, con los dos gorros y las dos bufandas, resultaba cómico. Entró de nuevo en el salón, bajó las escaleras y buscó en el vestidor de la entrada el enorme plumífero que había pertenecido a Charlie. Salió a la calle y caminó lentamente hacia el chico, que le sonreía. Tenía los ojos rojos, tal vez del frío, o de haber bebido, o fumado, o ambas cosas, y una voz nasal divertida, puede que resultado de un resfriado. Pero aun así Gaspar pensó que los ojos y la nariz eran bonitos igualmente.

—No tengo que darte explicaciones, pero estos hijos de puta —señaló al restaurante peruano-japonés Michiko— me deben dinero desde hace meses. No me quieren pagar. Así que me llevo las plantas.

Su voz sonaba de repente infantil, como si creyese que esas explicaciones le iban a salvar de un castigo. Se llevó la mano al bolsillo. Gaspar se inquietó y dio un par de pasos atrás, pero enseguida vio en la mano del chico lo que parecían ser unas fotos.

—Mira.

Le mostró una a Gaspar estirando el brazo y agarrándola con el pulgar y el índice, como si fuese una insignia policial. En las fotos aparecía una mujer sonriente, en silla de ruedas, rodeada de minicipreses y otros pequeños arbustos en su salón.

—¿Es tu novia?

—Es mi madre. —El chico se guardó la foto—. Le encantan las plantas. Está enferma. Y estos hijos de puta no me pagan. —Sacudió lo que quedaba de nieve sobre el ciprés descabezado y se agachó a un lado de la maceta—. Seis meses he estado trabajando aquí y no me pagan. Cógela por ese lado y ayúdame a llevarla al coche.

El chico se agachó, tiró de la maceta y no logró separarla del suelo.

—¡Estos hijos de puta la han pegado con cemento! —Soltó una risotada—. ¿Eso es legal? Mañana llamaré al ayuntamiento, seguro que no se pueden pegar cosas en la vía pública. Ayúdame, agarra el arbusto por arriba, que yo lo agarro por abajo. A la de tres, tiramos.

Gaspar hizo lo que pedía.

—Uno, dos, ¡tres!

Arrancaron el arbusto. Los restos de nieve que formaban el muñeco cayeron a su alrededor como restos humanos tras una explosión.

—Ahora los hijos de puta no solo tendrán que comprar un nuevo arbusto sino limpiador de cemento.

Gaspar giró la cabeza y vio un coche aparcado en doble fila al comienzo de la calle. Se agachó y caminaron torpemente, uno parapetado bajo un enorme plumífero que hacía frufrú cada vez que movía los brazos, el otro con dos sombreros y dos bufandas, cada uno sujetando el arbusto por un lado.

—Espera, no se me vaya a llenar el maletero de tierra. Vamos a meter las raíces en una bolsa.

Entregó a Gaspar una bolsa, dejaron el arbusto en el suelo y el chico abrió el maletero, que estaba cubierto de periódicos y donde había algunas macetas más.

—¿Son de gente que tampoco te ha pagado?

—No, pero en esos sitios robo una vez y ya. A estos hijos de puta —cada vez que decía «hijos de puta» señalaba a la puerta del restaurante Michiko, como si las palabras activasen un resorte en sus hombros— vengo a robarles cada dos semanas, cada vez que reponen los cipreses de la puerta.

—¿Y por qué no los meten dentro?

—Porque eso sería reconocer que alguien les roba y son demasiado orgullosos.

—A lo mejor es una costumbre japonesa —dijo Gaspar, por rellenar el silencio aplastante de la nieve.

—¡Qué van a ser japoneses ni peruanos! —El chico soltó una carcajada mientras acostaba con delicadeza el miniciprés en el maletero, como si lo estuviese poniendo a dormir—. Son de aquí, de Madrid, de dos calles más allá. Solo explotan a cocineros japoneses y a camareros peruanos.

—Tú no eres peruano.

—Puede que por eso me echaran. —Cerró el maletero con furia —. Esos hijos de puta han inventado nuevas formas de racismo.

Cerró con llave el coche. Gaspar lo encontró lógico: nadie podía tener más presente la posibilidad de un robo que un ladrón.

—Y además los minicipreses crecen más y con un color más vivo en exterior. Ahora soy experto. Vamos a por el otro. Bonitas cejas.

Caminaron de nuevo hacia la puerta del restaurante mientras Gaspar se llevaba la mano a sus cejas, como si de repente se hubiesen convertido en una zona púdica. Nunca había pensado que las cejas pudiesen ser bonitas y mucho menos las suyas.

—Gracias. —Gaspar observó al chico y se dio cuenta de que podría haber dicho lo mismo de las suyas, que de hecho podría haber dicho lo mismo de su rostro al completo, pero no se atrevió a hacerlo—. No sé ni para qué me sirven.

—¿Las cejas? Para que no se te meta agua en los ojos si llueve o si sudas. ¿Pensabas que estaban ahí por nada? Es verdad que no te sirven si lloras. Deberían poner unas cejas pequeñas dentro de las pupilas para que recogieran las lágrimas también. ¿Tú lloras mucho?

Gaspar negó con la cabeza.

—Yo tampoco.

Destrozó con violencia el otro muñeco de nieve hasta descubrir el segundo miniciprés. Gaspar se agachó a por la zanahoria que hacía de nariz y los botones que hacían de ojos y se lo guardó todo en el bolsillo.

—¿Me das la zanahoria? —preguntó el rubio.

Gaspar asintió y se la entregó.

—A mí todo me viene bien. Tú no puedes ser de aquí.

—¿Español?

—No, Cejitas. —El chico se agachó para cargar con el segundo miniciprés e hizo un gesto a Gaspar, precisamente con sus cejas, con sus hermosas, suaves y no demasiado pobladas cejas de un color castaño claro, casi rubio, para que él hiciese lo mismo al otro lado—. De aquí, de esta calle, de este barrio. —El chico sujetó el miniciprés por la base e hizo una señal a Gaspar para que hiciese lo mismo con el tronco—. Uno, dos, ¡tres!

Arrancaron el otro miniciprés y con él repitieron el camino hacia el coche.

—¿Por qué no? —preguntó Gaspar.

—Porque eres simpático, porque no has llamado a la Policía, Cejitas, ¿te importa que te llame así?

—Me llamo Gaspar.

—Me estás ayudando a robar los minicipreses y me estás escuchando. —El chico metió delicadamente las raíces del ciprés

dentro de una bolsa que le pidió a Gaspar que sujetase—. No puedes ser de este barrio. Trabajas en esa casa, ¿a que sí?

Gaspar asintió. Metieron el miniciprés en el maletero. Gaspar observó que también había plantas en el asiento trasero cuando el chico abrió la puerta para agacharse a coger algo. Cuando se incorporó tenía, de repente, una pequeña escalera en la mano.

—Pues ahora solo tienes que irte a la esquina y avisarme si viene la poli.

—¿Qué vas a hacer?

—Tú no te preocupes, Cejitas. Si alguien me pilla yo no te conozco de nada y tú a mí tampoco. Ya he olvidado hasta tu nombre.

El chico se alejó con la escalera camino de la puerta del restaurante mientras Gaspar se quedaba detenido en medio de la calle nevada, iluminada de color oro pálido.

—Es Gaspar.

—¡A la esquina! —repitió el chico en un curioso grito susurrado.

Gaspar obedeció, sin saber muy bien por qué. Las dos calles estaban vacías. Miró hacia los balcones. Se fijó en los del dormitorio de Pandora, que permanecían cerrados. El chico abrió la escalera, se subió y empezó a desatornillar el letrero del restaurante. Lo hizo con limpieza y rapidez, como si robase carteles de neón todos los días.

—¡Ayúdame a bajarlo!

Otro susurro gritado desde lo alto de la escalera. Gaspar negó con la cabeza.

—¡Joder, Cejitas!

Gaspar alzó la palma de las manos y señaló hacia la casa de Pandora.

—Ya, ya, ya. Tus jefes.

Al ver al chico haciendo equilibrismos para comenzar a bajar con el letrero, Gaspar refunfuñó y se acercó para sujetarla.

—Me pueden echar —susurró.

—Como a mí —dijo el chico—. Así podríamos venir juntos a robar también las plantas de los balcones de tus señores —se fijó en uno de ellos—. ¿Eso son damas de noche? ¿Cómo las tenéis fuera con el frío que hace?

El chico se alejó hacia el coche para guardar el letrero.

—Ahora vengo a por la escalera.

Gaspar se agachó a recoger algunos botones y pepinillos que seguían sobre la nieve.

—¿Los quieres? —le dijo al chico cuando regresó.

—Sí, sí. Todo nos viene bien.

Se los metió en el bolsillo. Después tomó la escalera y golpeó con ella las macetas pegadas al suelo hasta dejarlas hechas añicos. A continuación, la plegó.

—Que se jodan —susurró.

Gaspar lo observó. Le gustaba cómo se movía, le gustaba su aspecto bajo aquella luz irreal de la nieve nocturna. Estaba disfrutando mucho de aquello, de ser parte de aquel delito improvisado, unos Bonnie & Clyde en versión hurtos menores y daño a la propiedad ajena. Agradeció que no le hubiese pedido delinquir más, porque tal vez lo hubiera hecho. Estaba dispuesto a subir a por una de las damas de noche de los balcones. Le diría a Pandora que se había caído accidentalmente durante la limpieza de las barandillas. Pero no le pidió nada más.

—Cejitas. —El chico se sacó los dos sombreros y las dos bufandas y se los entregó—. Lo prometido.

Gaspar estuvo a punto de ofrecérselos también, pero temió que le trajese problemas con Pandora. El chico, sin los sombreros, tenía

unos curiosos rizos salvajes, del mismo color dorado del cielo, y Gaspar se preguntó cómo sería pasar sus dedos entre ellos. De repente, y por primera vez desde que vivía allí, sintió que aquella calle fría era un hogar.

—No vayas nunca a comer a este sitio.

Se alejó hacia su coche. Gaspar lo vio marchar. El rubio lo saludó con la mano desde el asiento del conductor, envuelto en una especie de pequeña jungla. Gaspar entró otra vez en casa y se metió en su cama, pero le costó volverse a dormir.

Esa noche Gaspar soñó con su madre. El sueño se parecía a los que había tenido otras noches: él aún trabajaba en el hotel y ella entraba por la puerta, como si nada hubiese pasado, ignorando el hecho de que había muerto, y Gaspar no se lo quería decir para no darle esa mala noticia. Además, en esos sueños su madre estaba especialmente feliz, hablaba con Gaspar de forma cálida y hasta le acariciaba el rostro. Era justo ahí, al notar que a mamá se la estaba inventando, que Gaspar sabía que estaba soñando. Y que podría tomarse la libertad de dar a su madre la noticia, porque en un sueño nadie saldría herido, pero solo quería estirar el sueño un rato más. Aquella noche no pudo hacerlo porque la conversación que tenían, que Gaspar sería incapaz de recordar al despertarse, se vio interrumpida porque fuera del hotel un coche grande y antiguo había aparecido volcado sobre la calle y había empezado a arder. Ahí el sueño se interrumpió también.

A la mañana siguiente Pandora ya hablaba por teléfono en su habitación cuando Gaspar fue a despertarla. Siempre estaba

hablando por teléfono. Cuando colgaba una voz al otro lado de la línea llamaba a la siguiente, y cuando ya se quedaba sin voces nuevas con las que hablar llamaba de nuevo a las del principio para relatarles lo que había sucedido desde que habían hablado unas horas antes, o para relatarles lo que habían opinado los demás de lo que ya les había contado a todos previamente. Gaspar la escuchaba a veces, fascinado con su capacidad para analizar desde veinte puntos de vista diferentes cualquier nimiedad y que en todos ella fuese la heroína de la historia. Aquel día, cuando permitió entrar a Gaspar, estaba sentada en la cama, vestida con una bata y ya maquillada. Siempre se maquillaba rápidamente antes de que cualquiera la viese.

—Su hija se ha hecho de una secta y está repartiendo octavillas en la plaza del Marqués de Salamanca —comentaba por teléfono—. ¡Gaspar! Dile a Marieta que prepare inglesitos de cangrejo para Rico. —Volvió a la conversación—. Espero veros esta noche si no nieva. ¡Chaucito!

Gaspar pasó por delante de la cocina y dio el recado. Marieta llevaba desde temprano cocinando para la fiesta de esa noche. Siguió de largo hasta el salón principal y abrió la puerta de uno de los balcones. Se asomó a la calle gélida y blanca a observar el restaurante, donde no había ya letrero alguno. Algunos camareros hablaban delante de la puerta señalando la base de las macetas rotas, aún pegadas con cemento a la acera. El ruido del tráfico en las calles cercanas no le permitía oír lo que decían. La calle, con tanta luz, con tanto ruido, se le antojó fea y aún más fría de lo que la nieve la había dejado. Pocas horas antes esa calle había sido solo de él y del rubio ladrón de minicipreses. Miró a su alrededor, intentando encontrarlo, agazapado tras un coche, un buzón o un árbol, fantaseó con intuir sus rizos dorados saliendo desde detrás de

una papelera, pero solo pudo ver a la gente cuerda que salía de sus casas para empezar un nuevo día.

Esa noche la insistencia de la nieve hizo que la fiesta del viernes de Pandora quedase deslucida: algunos de los invitados prefirieron ir a veladas que otros anfitriones daban cerca de su casa, lo cual dejó en ella una especie de rabia derrotada. Alguna vez le había dicho a Gaspar que odiaba el silencio, que todo en la casa había sido silencio cuando había muerto Charlie, y que no podía soportar el silencio, que la volvía loca. A veces, si estaban solos, le pedía que hablase y Gaspar le leía en alto los periódicos.

En la cocina pidió a Gaspar y Marieta, con tono sombrío, que congelasen algunas bandejas de canapés para aprovecharlas en la siguiente fiesta. Después Gaspar la acompañó al salón, donde había esa noche solo cuatro invitados.

—¿Os podéis creer —preguntó Pandora— que a los del Michiko les robaron anoche las plantas de la puerta y el letrero?

Hubo un murmullo de indignación, aunque algunos se preguntaron si estarían incluidos entre las pistas del cedé *Ambientes y efectos de sonido para fiesta* que sonaba de fondo.

—Destrozaron unos muñecos de nieve que habíamos hecho Gas y yo sobre las plantas. Pero Gas encontró los sombreros y las bufandas tirados en el suelo y los ha lavado y todo.

Hubo algunos aplausos, deslucidos al tratarse solo de ocho manos batiendo palmas. Gaspar dibujó media sonrisa y saludó con una mano, como si le hubieran dado un premio. Con la otra sujetaba una bandeja donde había langostinos gabardina e inglesitos de cangrejo.

—Empiezan a robar plantas y carteles y un día acabarán robando aquí, en casa, o robándome a mí.

A Gaspar le hizo gracia la apreciación y se preguntó qué querría decir exactamente. Si se la llevarían a ella, como la preciada y bien conservada antigüedad que era su propio cuerpo, o si le robarían a ella, todo lo que poseía, incluido él mismo. Diría: «Me han robado, se me han llevado a Gas».

—Esta ciudad está fuera de control —dijo una mujer, a la que Gaspar identificó rápidamente como Ekaterina.

—Gas tiene los brazos fuertes de sujetar bandejas —admiró Rico —. Si un día entran a robar, él te defenderá. ¡Viva Gustav!

—¡Gustav! —gritó el loro, que andaba por allí, en los brazos de Clemens.

—¿Cuándo traeréis al mono? —preguntó Pandora.

Rico chasqueó los dedos y Gaspar se acercó.

—¿Así que quieres ser escritor?

—Gas —interrumpió Pandora, si es que se podía interrumpir una respuesta aún suspendida—, ¿sabías que Rico es periodista, escritor y dramaturgo? Antes de ser un escritor respetado, escribía unas novelitas eróticas terribles pero muy divertidas —explicó Pandora a Gaspar.

—No te hagas escritor —aconsejó Rico—. Además, no sé si serías buen escritor.

—No digas eso, Rico —interrumpió Pandora—. Gas es un chico excelente y un gran observador.

—Si solo eres un gran observador es mejor que te hagas cronista.

Gaspar deseó que alguien pidiese una *fotochiste* para poder posar, sonreír y desaparecer, pero ninguno de los dos fotógrafos

había podido acudir esa noche, motivo por el que, sospechaba él, Pandora podría estar más inquieta que de costumbre.

—Rico, cuenta otra vez tu idea para un cuentito nuevo, por favor, que nos hemos muerto de risa. Que la oiga Gas. ¿Sabíais que Rico llegó a estrenar una versión de *Macbeth* interpretada solo por enanos? ¡Ekaterina, tú viniste a verla conmigo!

Sonaron risas, puede que reales, puede que del cedé de efectos de sonido.

—¡Que venga el fotógrafo a hacernos una foto riendo! —pidió Pandora.

—No hay fotógrafo —recordó Gaspar.

—Vaya —se quejó Pandora.

—Una historia sobre la ambición despiadada gana mucho en subtexto si la interpretan enanos —explicó Rico a nadie en particular.

—Yo no sabía si era correcto reírme —susurró Ekaterina, tampoco a nadie en concreto.

—No era una comedia —aclaró Pandora.

—¿Dónde encontraste actores enanos? —quiso saber Ekaterina.

—Fue complicado. Los Ottaviano podrían haberme ayudado con eso. ¡Conocen a tantos actores!

—¡Qué perra le ha dado con los Ottaviano! —se quejó Pandora.

—Tal vez por eso prefirieron tirarse en el coche por un terraplén —continuó Rico—, para no soportarlos más.

Sonaron algunas risas de verdad y después se unió un coro de voces animadas desde los altavoces que hablaban en ningún idioma en particular.

—¡Bueno! —dijo Rico poniéndose en pie—. Mi idea para el cuentito que quería escuchar Pandora: esta es una gitana que va al médico muy preocupada porque siempre se queda embarazada pero no tiene ni idea de dónde están sus bebés.

Gaspar salió del salón con la bandeja de langostinos con gabardina y no se quedó a escuchar la historia. Cruzó hacia la cocina. Marieta se había sentado y se acariciaba los riñones con gesto de dolor.

—Yo lavo todo esto —le dijo Gaspar.

Se acercó a la ventana. Había anochecido, no paseaba mucha gente por la calle. Buscó el coche abollado y viejo del chico rubio, su escalera o locales cercanos donde pudiese robar más plantas o carteles. Lo echaba de menos, no sin extrañeza, ¿cómo podía añorar a alguien a quien solo conocía por ayudarlo a robar arbustos? Gaspar solo había echado de menos a su madre y, ahora, a ese hombre. Se preguntó si sería algo genético, o acaso kármico, una señal del cosmos: si su padre había sido jardinero. O ladrón de cipreses. O criminal. O rubio. O simplemente así de guapo.

Las voces y carcajadas del salón, esta vez reales, llegaban lejanas. Se escuchaba la voz de Rico:

—En primer lugar, señora, dijo el doctor, antes de mirarle el coño, tenemos que depilárselo.

Más carcajadas estruendosas, nerviosas. De repente, el sonido de cristales rotos.

—¡Marieta! —La voz de Pandora sonó desde el salón—. Ekaterina ha tirado unas copas.

Gaspar acarició el hombro de Marieta justo cuando se iba a levantar.

—Yo voy.

Se acercó con el cepillo y la espuma de limpieza en seco. Apenas había sitios en aquella casa enmoquetada en los que se pudiese usar una fregona. A menudo Marieta se quejaba de que había tenido que emigrar al país que inventó la fregona para acabar frotando el suelo

de rodillas. Sonaban carcajadas en el salón de los pocos invitados presentes en la fiesta.

—¡Todos sus hijos que creía perdidos están ahí, pero tiene usted que depilarse más a menudo! —gritaba Rico—. ¡Algunos están tan mayores que ya están en edad de ir a la universidad! ¡Mamá, págame las tasas, se escuchaba entre los pelos del coño!

—Rico, ¡por favor! —Pandora se llevaba la mano al pecho, riéndose a carcajadas—. ¡Ahí, al lado del biombo! —ordenó a Gaspar, y siguió riendo—. ¡Que venga el fotógrafo! Ah, que no hay fotógrafo. ¡Ah, qué pena de foto!

Gaspar, arrodillado en el suelo, notó cómo Rico le miraba el culo y, aunque no hubiese fotógrafo, de repente sintió que él también estaba posando.

La nieve siguió cayendo al día siguiente. Pandora protestaba por el clima, tanto a través del teléfono como ante Gaspar y Marieta, contractualmente obligados a escucharla con interés y darle la razón. La nieve no solo estaba arruinando la convocatoria de sus fiestas, según su opinión, sino que en las noticias anunciaban desabastecimiento en los supermercados. Estaba empeñada en que el mundo conspiraba contra ella, en que todos los miembros de la cadena de reparto sabían exactamente cuáles eran sus cosas favoritas y pensaban dejarla sin ellas, como el pan de molde enrollado para hacer sus sándwiches favoritos, los que llevaban pesto, rúcula y mortadela trufada, cosas que al parecer tampoco llegarían.

—Eso es lo que la gente compra antes —protestó—. ¡Lo rico!

Se retiró al salón, se sentó en el sofá en el que solía desayunar y cuando Gaspar le llevó el zumo de limón templado y el pastillero la

descubrió llorando. Le explicó que era por la nieve y el desabastecimiento en los supermercados, pero Gaspar no la creyó.

—Gaspar —hablaba con la voz entrecortada—, mira a ver si me encuentras ravioli del plin.

—¿Raviolis delfín? —preguntó Gaspar.

Pandora golpeó la pequeña mesa auxiliar con un fino pie de hierro. El zumo se derramó y el pastillero cayó al suelo.

—¡¡¡Del plin!!! —chilló—. ¡¡¡Del plin, ravioli del plin, ravioli es plural, raviolo es singular!!! ¡¡¡Ravioli del plin!!!

Gaspar se agachó a recoger el pastillero. Limpió la mesa, dejó de nuevo el pastillero encima. Pandora lloraba ahora desconsolada.

—¿Puedo hacer algo más?

Ella se tapó la cara y negó con la cabeza con movimientos espasmódicos. Gaspar volvió a la cocina.

—Hay que comprar raviolis del plin.

—¡Ravioli! —chilló Pandora desde el salón.

Marieta estaba escribiendo una nota con su letra gigante, aseñorada, temblorosa y salpicada de faltas de ortografía.

—Traiga dátiles, cerezas, vino chianti y agua con gas —le susurró —. Que no sea catalana. Pida San Pellegrino, no sé si lo he escrito bien. Los raviolis cómprelos en Hespen & Suárez si les quedan. Compre también pan de molde, conservas, arroz, lentejas, pasta integral, leche y fruta... Podemos morir de hambre si solo hay raviolis del plin y la señora no come, pero nosotros sí. No le discuta.

Gaspar salió de la cocina y Marieta lo persiguió hasta el quicio de la puerta.

—¡El carrito! Coja el carrito que está en el garaje.

Gaspar se dio cuenta, observando la forma en que Marieta se asomaba con medio cuerpo fuera pero manteniendo sus pies pequeñitos dentro del suelo de la cocina para hablarle, que casi

nunca la había visto fuera de allí, que su lenguaje corporal parecía indicar que le había sido expresamente prohibido salir de esa estancia y tenía que hacer movimientos cómicos para comunicarse con gente que salía fuera de la cocina o alcanzar cosas que estaban más allá de la puerta. Se le ocurrió que sería bonito escribir un cuento sobre una criada que idea todo tipo de mecanismos curiosos, cosiendo las escobas unas a otras y encajando cubiertos a modo de gancho para poder recoger la casa de su señora, que la tiene secuestrada junto a los fogones y le prohíbe salir de la cocina, y que acaba construyendo complejos métodos de grúas y ganchos con todo lo que tiene a su alcance en la cocina que le permiten hacer tareas por casi todo el barrio desde la ventana.

—Traiga también macarrones, garbanzos y cereales. Toca tener previsiones.

Pandora gritó desde el salón.

—¡Provisiones! ¡Se dice *provisiones*!

Aún lloraba. Mientras Gaspar caminaba hacia las escaleras, oyó que Pandora empezaba a hablar por teléfono y cambiaba por completo el tono de voz.

—Pía, ¿podréis venir Arturo y tú hoy a la fiesta? ¿Cuándo nacerá Nicolasito?

Y después gritó:

—¡¡¡Que alguien ponga música!!!

Gaspar se encontró otro muñeco de nieve cuando sorteaba montículos de nieve y tiraba del carro de la compra por la Castellana. No se parecía al que había hecho él con Pandora. Alguien había puesto más cariño en su construcción y hasta le habían logrado ciertos rasgos (una nariz, un mentón prominente) que

Gaspar consideró que se debía al talento de los escultores y también a una nieve más densa y dura que la que había en su calle, a la que seguramente afectaba la manía de Pandora de poner la calefacción a temperaturas tropicales. Tal vez la calefacción de la casa llegaba a la calle, derretía la nieve, creaba muñecos menos densos y así se asemejaban a viejos decrépitos, derretidos, muñecos recién nacidos que en cuestión de una hora habían atravesado toda una existencia de sinsabores hasta terminar con el rostro caído, pocho, aunque tuviesen el esqueleto robusto de un miniciprés. Hundió la mano en el estómago del muñeco, esperando encontrar un arbusto dentro. En cuestión de segundos salió por la espalda y el muñeco se desintegró frente a él. Si alguien lo había visto desde los coches que atravesaban la Castellana pensaría que le había arrancado el corazón. Gaspar recordó haber visto con su madre una película de *Viernes 13* en la que Jason arrancaba el corazón de un adolescente en el bosque. Su madre, tumbada en la cama, había dado una calada a un cigarrillo y había comentado:

—Ah, ¡sin corazón! Qué bien iba a estar yo.

Y Gaspar se había reído, le había hecho gracia en aquel momento, y le había recordado que no tenía, que se lo había dado y tenía él los dos, uno en el pecho y otro en el culo. Y ella había reído también y había añadido:

—Seguro que me dejé algún resto antes de arrancármelo. A veces aún siento cosas.

Siempre que decía cosas graciosas (pero esto Gaspar lo descubriría años más tarde) tenían ese aire derrotado, melancólico. Como la madre de Gaspar bebía para matar la melancolía y le decía que él acabaría haciéndolo también, disfrazaba una maldición de tierno lazo filial. Siempre se preguntaba si acaso tenía una recarga de melancolía extra que sobrevivía agazapada a los litros de alcohol,

si acaso la melancolía llegaba, dentro del cuerpo de su madre, de un caudal infinito. Se preguntó si él la había heredado también.

Poco después, en el supermercado, encontró los ravioli del plin.

Gaspar había estado soñando con asuntos que no olvidó al despertar porque se despertó aún creyendo que soñaba. Tenían que ver con el hotel, con las cosas que había dentro y con las que había inventado él: el suelo resbaladizo que conducía hasta las escaleras, las escaleras estrechas y angostas que terminaban en las habitaciones, las habitaciones que escondían el polvo bajo las camas, las camas pulcramente hechas con sábanas manchadas de sangre, la sangre que salía del cráneo de mamá. Cuando abrió los ojos y vio a un hombre a los pies de su cama, no le hizo falta esperar a que su mirada se hiciese clara y los objetos se enfocasen más allá de sus pestañas legañosas para saber que aquel era el señor Román. Y aunque llevase años sin verlo y su aspecto fuese otro —entradas más pronunciadas, los ojos más pequeños, el pelo entero ya blanco—, no le extrañó verlo allí. No recordaba haberse dormido, en realidad, así que tampoco estaba del todo seguro de haberse despertado. Tampoco estuvo seguro cuando miró a la cama de al lado y la vio vacía, sin sábanas y hasta sin colchón, todo tablas, un esqueleto digno y todavía presentable. Fue un momento, se podría decir, feliz: era el espacio de apenas dos o tres segundos en los que no estaba seguro de que hubiese sucedido de verdad, pero la voz del señor Román lo arruinó y de repente fue consciente de estar allí y lamentó haber olvidado por un instante que su madre había muerto, porque se vio obligado a recordarlo.

—No me contestabas nada —dijo el señor Román—. He tenido que entrar.

Gaspar se incorporó.

—¿Cómo estás?

—No sabía nada —dijo Gaspar.

Gaspar recordaba el sueño sobre el hotel y sobre el reportaje de Enrique Piernavieja, porque si sus palabras salían tan fluidas era porque llevaban horas esperando a que su boca se despertase para poder ser pronunciadas.

—¡Ellos tampoco saben nada! —continuó Gaspar, su voz ronca, grave—. ¡No saben que yo lo hacía todo solo! Si supieran que lo hacía todo yo solo, agradecerían mi esfuerzo. No podía arreglar yo mismo las máquinas expendedoras, ni cambiar esos cuadros que no le gustaron, ni pulir el suelo de la entrada, ¿para qué? ¿Para que volviese a resbalar la gente? ¿De dónde iba a sacar cuadros nuevos?

—Gaspar...

—¡Juro que había comprado bicarbonato y salfumán para las vías de las mamparas!

Empezó a llorar y se preguntó si acaso no se había despertado ya llorando.

—¡Están en el cuarto de los muebles! ¡Vaya a verlo! Iba a empezar a hacer la mezcla justo la mañana en que mamá... —Aquí se detuvo—. Puedo hacerlo aún.

—Gaspar...

—Iba a quitar ese moho, no porque lo pusiera en el periódico, yo ya sabía que estaba ahí. Pero hacía las guardias y los cierres y preparaba yo solo los desayunos.

En ese momento las lágrimas se le mezclaron con los mocos y empezó a trastabillar con sus palabras. Temió resultar cómico en vez de trágico. Tampoco es que quisiese resultar trágico y dar pena,

pero lo prefería a parecer un payaso. Indeciso entre dar pena o hacer gracia, descartó ambas opciones y lo siguiente lo pronunció con tono indignado.

—¡Alguien le dijo al periodista que esto era un picadero!

—Gaspar...

—¡No es un picadero!

Fue ya completamente consciente de estar despierto, olvidó el sueño y la estela que había dejado, agachó la cabeza y la hundió entre las sábanas y las siguientes palabras que dijo se escucharon ahogadas, lejanas.

—¡Es mi casa!

El director del hotel no se movió de los pies de la cama.

—Gaspar...

—¿Quién está haciendo los *check in*?

—Tranquilo. Está controlado.

El señor Román y Gaspar se miraron fijamente. Después Gaspar miró sus piernas, cubiertas por las sábanas.

—Creo que estás desnudo —dijo el señor Román—. Mejor vístete y hablamos.

Parecía que sí, que se había desnudado antes de derrumbarse sobre la cama gemela que llevaba dieciocho años ocupando al lado de la de su madre. La sábana le tapaba apenas hasta la cintura. Estaba sudando. Mientras el señor Román abría las dos ventanas del cuarto y entraba una brisa fría que olía bien, o tal vez solo a limpio, Gaspar volvió a mirar hacia la cama de su madre. La vio tan pequeña así, solo madera y hierros, que se preguntó no solo cómo su madre había podido dormir en ella tantos años con lo que había engordado, sino hacerlo a veces acompañada.

—¿Quién se ha llevado el colchón?

—Fuiste tú, Gaspar. Tú lo sacaste a la puerta del hotel.

El señor Román le explicó que tras la muerte de su madre había estado varios días despierto haciendo cosas como un robot y después se había echado a dormir durante casi cuarenta y ocho horas.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Gaspar.

—Dos de diciembre. Supongo que ya puedo decir feliz Navidad. Y casi feliz cumpleaños. Diecinueve años, qué edad tan magnífica. Tienes toda la vida por delante.

—Hay que poner el árbol en la recepción.

—No hay que poner nada. Es hora de comer, te invito.

—¿No hay que poner árbol?

—Vístete, por favor. Y vamos a comer algo.

Se vistió sin recordar haberse desnudado, pero supuso que tras años de pijama y formalidad, de pajas rápidas y silenciosas en el cuarto de baño o en alguna habitación vacía del hotel, dormir desnudo había sido lo primero que se le había ocurrido al caer en una habitación en la que por primera vez no vivía con su madre. La reconquista de su libertad. Pensó que le habría gustado que eso hubiese ocurrido sin que su madre muriese, pero enseguida se preguntó si acaso sería posible haber sido libre del todo sin que hubiese muerto alguien.

El señor Román le dijo a Gaspar que habían cerrado. Que después de que los últimos huéspedes se hubiesen ido se habían anulado el resto de las reservas. Y cuando Gaspar se disponía a protestar, le interrumpió para empezar a hablarle de Pandora. Le contó que le había llegado la noticia de que una mujer adinerada necesitaba un asistente del hogar, que ella misma había llamado para preguntar por Gaspar, que era una mujer viuda que vivía sola en un pequeño

palacete cercano al barrio de Salamanca, o todo lo sola que puede vivir una mujer que tiene siempre a la mujer del servicio y al chófer pendientes, y necesitaba ayuda extra para una casa vieja en la que siempre se estropeaban cosas. Pandora, explicó también el señor Román, se había conmovido cuando se había enterado de la situación de Gaspar.

El señor Román insistió en invitarle a comer a un buen restaurante, pero él quiso sentarse en un lugar de platos combinados cercano al hotel donde solía ir con su madre. Pidió aros de cebolla, hamburguesa, patatas fritas, pimientos rellenos, croquetas y un montadito de panceta. El director lo observaba comer con la curiosidad desairada que uno reserva para las escenas de apareamiento en los documentales de naturaleza.

—¿Usted sabe quién es Enrique Piernavieja? —preguntó Gaspar.

—Qué nombre tan curioso. ¿Quién es?

—Es el que escribió ese artículo.

—Olvídate de ese artículo, Gaspar. Mira al futuro. Te estaba hablando de Pandora.

Gaspar se metió en la boca un arito de cebolla.

—Tienes que disfrutar de poder comer todas estas cosas que comes y mantener la buena figura que tienes —observó el señor Román—. ¡Verás cuando tengas mi edad!

—Mató a mi madre —continuó Gaspar.

—No digas eso. Fue todo un cúmulo de casualidades. Tu madre no debió venir a verme en el estado en que estaba.

Gaspar dejó de masticar y, con la boca llena, dijo:

—Entonces también la mató usted.

El señor Román le mantuvo la mirada sin responderle. Gaspar destensó los músculos de su cara, siguió masticando y después se

tapó la boca para soltar un pequeño eructo y esperó que sonase parecido a una disculpa.

—¿Pandora vive en un palacio?

—Palacete, más bien.

—¿Una señora rica que vive en un palacete quiere al botones del peor hotel de España?

—¿Ahora eres solo el botones? Tu madre siempre te llamaba el gerente.

Nunca se lo había llamado a él directamente. Pensó en lo bonito que hubiese sido escucharlo, intentó recrearlo en su cabeza con la voz ronca de su madre (*¡Gaspar, eres el gerente!*), pero el halago llegó tarde y tenue, como si le hubiesen comunicado que era el mejor de todos los candidatos a un premio que al final ha quedado desierto.

—En realidad no es ni un palacete, pero tiene pinta de ser una mujer a la que le gusta adornar las cosas —continuó el señor Román —. Debe de tener una personalidad... lúdica. Tal y como me lo ha descrito, es más bien una casa grande de dos plantas con el garaje, el cuarto de limpieza y los cuartos del servicio en la planta baja. ¡Ahora llaman palacete a cualquier cosa! Pero debe de ser una casa muy elegante en una zona céntrica de Madrid, según me han dicho. Será muy bueno para ti que estés allí. Aprenderás mucho, conocerás gente. No puedes seguir viviendo como un ermitaño. ¿Cuánto llevas sin comer?

—No lo sé.

—Tal vez no deberías comer así si llevas días con el estómago vacío. Vas a vomitar.

—Tengo mucha hambre. ¿Puedo pedir postre?

—Puedes pedir lo que quieras.

Gaspar se metió en la boca varias patatas fritas a la vez mientras con la otra mano alcanzaba el menú para leerlo de nuevo, aunque ya se lo sabía.

—Al parecer el marido de la tal Pandora murió en un accidente de coche —prosiguió el señor Román—. Seguro que al haber sufrido los dos una pérdida tan importante podéis compartir ese dolor, crear un vínculo especial. Parecía muy amable por teléfono.

De repente, mientras tragaba las patatas fritas y a la vez hundía una cuchara en la carne picada que quedaba en el interior de una berenjena partida por la mitad, pensó en sí mismo como un huérfano, un huérfano compartiendo casa con una viuda y hablando continuamente de la muerte. ¿Era huérfano ahora? En realidad ya lo era antes, pero nunca se había considerado huérfano de padre. Mientras machacaba la carne con la cuchara se preguntó si puede uno ser huérfano cuando nunca ha habido un padre. Se preguntó también por qué no se había inventado todavía una palabra para definir ese tipo de ausencia que no está causada por la muerte. ¿Cómo se denomina a un hombre huérfano por el abandono?

—*Abanduérfano* —susurró Gaspar.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué quiere de mí Pandora?

—Algo parecido a lo que haces en el hotel. Esos pisos lujosos y antiguos de la zona noble de Madrid se caen a pedazos. Seguro que si fuese ese periodista hijo de puta a ver su casa le daría para escribir otro artículo. También le viene bien un asistente. Que la acompañes a sitios, que la ayudes con recados, compras, gestiones. Está mayor, aunque debe de ser una de esas mujeres que se encargan de disimularlo. Su voz sonaba joven por teléfono. Debes aceptar. Te vendrá bien un cambio de aires.

—¿Qué edad tiene?

—No me lo ha dicho.

Gaspar se llevó otro aro de cebolla a la boca y lo masticó con la mirada perdida en algún punto de la comida.

—Escribe una carta de presentación para que se la hagamos llegar. Será una formalidad, el ofrecimiento es en firme, pero es lo protocolario y le cuentas todas las cosas que sabes hacer.

—¿Qué sé hacer?

—¡Sabes hacer de todo! Eres electricista, fontanero, pintor, cerrajero, camarero, secretario. Pon todo eso.

—¿Hago una lista?

—No, una carta dirigida a ella. Estimada señora, dos puntos. Tengo don de gentes, sé solucionar pequeños incidentes domésticos de electricidad, fontanería, etcétera, etcétera. Todo eso.

Gaspar preguntó:

—¿Va a cerrar el hotel de verdad?

El director asintió con la cabeza.

—Lo hemos vendido. Harán un edificio oficial.

—¿Es por el artículo?

—Deja de pensar en el artículo.

—Enrique Piernavieja. —Gaspar lo repitió ante el señor Román, pero no pronunciaba estas palabras para él, sino para sí mismo, para no olvidarlas.

—Sé que siempre has vivido en el hotel y lo consideras tu casa, pero no lo es. Con Pandora estarás bien y podrás pensar en qué quieres hacer con tu vida. Y así te olvidas de ese artículo y de ese Enrique. Creo que tienes algo de dinero de tu madre. También del seguro. Nosotros también te daremos algo. Y Pandora paga bien. Son unos buenos ahorros para que puedas empezar de nuevo si quieres. Oh, ¡no sé por qué he dicho *de nuevo*! Empezar a secas, ¡empezar tu vida!

Las palabras *empezar tu vida* hicieron sentir repentinamente solo a Gaspar, pese a que creía haber eructado casi toda su pena solo unos minutos antes. El futuro se le antojó aún más largo y frío. No le apetecía empezar su vida, le apetecía posponerla. Se disculpó ante el director, caminó con premura al cuarto de baño y allí, sin tiempo para cerrar la puerta y del modo exacto en que el señor Román le había advertido que sucedería, vomitó los aros, la hamburguesa, las patatas, los pimientos rellenos, las croquetas y el montadito de panceta. Se sintió mejor después. A su madre también le ocurría. Siempre que vomitaba por haber bebido mucho en un bar salía del baño bailando hacia la barra, impostando su dignidad y justo ahí, tratando de no parecer indigna, era más digna que nunca. Él también lo intentó: se lavó la cara, se enjuagó la boca, salió del baño y caminó recto y digno hacia la mesa para preguntar cuándo empezaba en su nuevo trabajo. A dos manzanas, unos hombres acababan de entrar en el vestíbulo del hotel, golpeaban sus paredes buscando los muros de carga y pensaban en cómo derribarlo.

A Pandora se le ocurrió dar una fiesta tropical y pidió a Gaspar que se encargase de subir al máximo la calefacción. Tenía la intención de que fuese una celebración de temática caribeña, estaba harta del frío y si el verano no quería llegar, afirmó con una furia jovial, casi amable, ella lo adelantaría y haría que fuese ya verano dentro de casa. Le dio instrucciones a Gaspar hablando con una alegría inusitada esa mañana.

—Busca entre los discos los recopilatorios de salsa y chachachá, los de Julio Iglesias y Las Trillizas, música brasileña, Los Hijos del Sol, Los Ribereños. ¡Tú aparta todos los que tengan palmeras en la portada! Esos le encantaban a Charlie, nos comprábamos discos solo si tenían palmeras en la portada. Bueno, y él si tenían mujeres en bikini también. ¡A veces era un sátiro! Tú deberías ponerte una camisa tropical, una bonita de manga corta con estampado veraniego, mira alguna de Etro en el armario de Charlie.

—¿Etro es un dibujo?

—*E-tro*, que ponga Etro en la etiqueta. Todos los chicos deberíais tener una camisa de Etro para poneros en verano. Te voy a regalar yo una para tu cumpleaños, ¿cuándo cumples?

—En diciembre.

—Ah, lo sabía, eres sagitario, Gaspar, como mi marido. ¡Los dos sois tan tan sagitario que a veces os mataría! A Charlie ya no puedo matarlo, al pobre, pero a veces pienso que si volviera del más allá, lo mataría. Le daría un abrazo primero y lo mataría de nuevo después.

Gaspar ayudó a Marieta a preparar la cena para la fiesta de esa noche: Pandora quería muchos cócteles helados, ceviche de salmón, rape alangostado y pastel de pollo con verduras. Y algunos inglesitos de cangrejo para Rico, que no comía otra cosa. Marieta se preocupó por si acudía algún amigo vegetariano.

—Que le quiten el pollo al pastel o se coman el maíz del ceviche —sugirió Gaspar.

—¿Y qué damos a la señora Ekaterina?

—Ekaterina solo beberá, como siempre. —Era la voz de Pandora, que se detuvo en el quicio de la puerta ya vestida, dispuesta a irse a su tertulia de buenas maneras en la radio, y miró a Marieta de arriba abajo—. Tú también deberías ponerte algo acorde a la fiesta, Marieta. Busca uno de mis vestidos largos blancos ibicencos. Que no sea el de Ralph Lauren, que no quiero que huela a frito.

Se fue. Gaspar acompañó a Marieta al vestidor de Pandora y caminaron entre los burros de los que colgaban vestidos cubiertos con plásticos.

—La señora es bien alta y flaca, ¿yo qué me voy a poner de todo esto? —preguntó a Gaspar.

Gaspar encontró una camisa blanca y se la entregó.

—Tal vez esto te sirva como vestido.

Marieta se la llevó y se la probó en su cuarto.

—Parece que voy de uniforme al colegio —gritó desde allí.

Gaspar estaba regando las monsteras.

—¿Por qué no le pones un cinturón? —gritó.

—¡Ahora sabe de moda el jovencito!

—A veces Pandora se las ha puesto así.

Apartaron alguno de los sofás del centro del salón, metieron cervezas, vermú, vino blanco y refrescos en la nevera del mueble bar, repusieron las esencias de hojas de tomate de los difusores de

toda la casa y cuando la calefacción estaba tan alta que el sudor hacía que los objetos resbalasen de sus manos, se ducharon, se pusieron sus improvisados uniformes veraniegos y se fueron a la cocina. Pandora se presentó, ya al atardecer, con un finísimo vestido blanco que apenas parecía un camisón por su tamaño, pero brillaba sobre su cuerpo huesudo como si fuese una bola de discoteca aplastada. Se quedó mirando durante un rato a Marieta de arriba abajo, que con su camisa blanca gigante y un cinturón rojo que la apretaba por el medio parecía un bombón navideño. A Gaspar, por el contrario, se acercó admirada.

—¡Estás tan guapo con esa camisa de Charlie! Te queda mejor que a él. ¡Tan guapo, con ese cuerpo espigado y esos ojos tristes! Siempre me han gustado los chicos con pinta de tuberculosos. Deberías dejarte bigote, Gaspar, que esa barba de posadolescente con cuatro pelos que llevas no está bien. Un hombre elegante siempre lleva bigote.

—Eso es verdad —apoyó Marieta.

—No te he pedido opinión. —Por algún motivo que Gaspar desconocía, Pandora lo adoraba a él y detestaba a Marieta.

Gaspar obedeció y se fue al pequeño cuarto de baño de la planta baja que compartía con Marieta, pero antes, de camino, miró de reojo hacia la calle a través de los balcones, justo hacia el lugar donde habían estado los minicipreses del restaurante Michiko, deseando que el chico rubio hubiese vuelto a robar más cosas.

Un rato después subió de nuevo a la cocina con su bigote. Pandora se acercó a él haciendo aspavientos.

—¡Estás guapísimo! ¡Desde el día en que llegaste supe que debías dejarte bigote! Todo hombre de bien lleva bigote. No te lo quitarás más. Y deberías ponerte un bañador en vez de esos

vaqueros feos. Ve al vestidor de Charlie y busca un bañador con estampado paisley. Marieta, ¿tú qué miras?

Gaspar preguntó en susurros a Marieta qué era el paisley. Esta le dijo:

—Así como unos gusanos gordos.

Gaspar volvió unos minutos después con el bañador paisley puesto.

—¡Qué preciosas piernas tienes! —exclamó Pandora al verlo—. Juveniles, suaves, pero a la vez un poco peludas, unas piernas de hombrecito. Te regalo ese bañador. Deberías ponértelo siempre, incluso aunque haga frío. ¡Un hombre de verdad nunca tiene frío!

El teléfono sonaba en el salón cuando Gaspar le daba las gracias. Marieta le dijo que la llamada era para él y que cogiese el teléfono en el saloncito de la televisión, que estaba cerca. Cuando Gaspar se acercó a responder, al otro lado sonó un silencio amortiguado. Y después colgaron.

Cuando empezó la fiesta tropical y el salón principal se llenó de gente vestida con prendas muy pequeñitas de seda, raso o lino, todos le dijeron a Gaspar que estaba guapísimo con su bigote (él sospechó que Pandora les había animado a hacerlo) y su bañador con estampado paisley (todos sabían lo que era el paisley) y lo compararon, a medida que aumentaba la cantidad de alcohol consumido, con Clark Gable, con Errol Flynn, con Prince, con Super Mario, con Cantinflas, con Hitler y con un actor porno. Con cualquier actor porno, así en general, y al final, ya en momentos en que alguien se acercaba a él a solas, con el nombre concreto de algún actor porno en particular, que Gaspar desconocía.

En un momento hacia la medianoche en que ya había dejado de sonar cumbia y empezaba el repertorio de los setenta habitual de cuando los invitados ya estaban borrachos, dijo Pandora a todo el mundo:

—Gasito —cuando lo llamaba Gasito es que ya estaba borracha ella también— tiene un relato precioso sobre una pareja que rompe y luego vuelve. Rico, ¡Rico! —Rico estaba en la esquina, con Gaspar, nombrándole actores porno con bigote que se parecían a él—, ¡deberías leerlo y enseñarlo a tus contactos del mundo editorial! Gasito, ¡Gasito! Coge tu ordenador portátil, ¡veréis qué ordenador portátil le he comprado! ¡De Apple! Para ser un objeto tan feo es bastante bonito. Y como es portátil puede escribir en cualquier sitio con él, sin enchufarlo, ¡inventan unas cosas increíbles! Gasito ha escrito un relato precioso y lo tienes que leer, Rico. Que alguien le acerque a Rico los inglesitos de cangrejo, que no come nada. ¡Rico, tienes cara de enfermo! ¿Has ido al médico?

Gaspar entró en el salón un par de minutos después un poco avergonzado, tanto por lo del relato como por su bigote, y abrió el portátil sobre una esquina de la mesa en la que no había copas ni platos con restos de rape alangostado.

—Cuidado todo el mundo con las copas —pidió Pandora—, que no se caigan sobre el ordenador de Gasito.

—No está del todo terminado —musitó él.

—Claro que está terminado. —Pandora se acercó a Rico y lo guio hasta el ordenador—. Tiene un final precioso, claro que está terminado. Y si no está terminado, Rico te ayuda a terminarlo, que para eso es escritor. Tienes que leerlo, Rico, pero aquí no. Gaspar, envíaselo. Rico, pon ahí tu correo electrónico.

Gaspar encontró tierno y a la vez inquietante el empeño de Pandora por hacer algo con su relato, tuvo de repente la sensación

un tanto abrumadora de que esperaba de él algo más que sujetar bandejas, hacer los recados y solucionar las averías sencillas de la casa. De que quería elevarlo, ser una especie de mecenas y contar a todo el mundo la historia de un huérfano al que ella había ayudado a triunfar en la literatura, del que diría algo así como:

—Yo fui la que le recomendó que se dejase el bigote.

Deseó, por un momento, no haberle enseñado nada de lo que había escrito y que la lista de sus grandes logros ante Pandora siguiese confortablemente liderada por el modo en que había arreglado el casquillo de una de las lámparas del salón.

—Rico, dale tu correo.

—Deja mejor que lo escriba —pidió Rico a Pandora—, que cada vez que digo mi verdadero nombre en alto siento que te va a dar un ictus.

Pandora se rio artificiosamente.

—¡No salgamos del armario de nuestros nombres ante ti! ¡Perturbada de la onomástica!

—No me insultes —pidió Pandora—. Que alguien le dé papel y boli a Rico.

Rico se acercó a una de las mesitas auxiliares y se puso a escribir.

—¿Qué culpa tendré yo de querer rodearme de nombres bonitos? —prosiguió Pandora. Después llamó al fotógrafo—. ¡Haz una foto de Rico escribiéndole su correo electrónico a Gasito! Mirad los dos a la cámara. Rico, deja de escribir. No, mejor haz que tecleas.

Rico bufó y posó. Gaspar ejecutó su mejor sonrisa, la que sabía que siempre funcionaba. Se preguntó si la sonrisa seguiría resultando visible bajo el bigote. Bajo aquella foto Pandora escribiría: *Rico enviando un correo electrónico a Gaspar.*

Gaspar cerró el portátil y se guardó en el bolsillo, sin mirarlo, el papel donde Rico había escrito su dirección de correo.

—¿No han vuelto por aquí los ladrones de cipreses? —preguntó Rico acercándose a uno de los balcones—. Eso sí que me gustaría verlo.

—No, ¡quita, quita! —respondió Pandora—. Qué miedo, ¡cómo está Madrid!

—Son minicipreses —participó Gaspar.

—Aparte de escritor nos ha salido botánico —comentó Rico.

Gaspar caminó hacia la puerta del salón, dispuesto a abandonarlo. Rico se acercó a él y le preguntó en bajito:

—¿Te has pensado lo de trabajar para los Ottaviano?

—Estoy muy bien aquí.

—Deberías conocerlos. ¿Sabías que Charlie tenía bigote?

A Gaspar no le dio tiempo a responder porque Rico continuó hablando:

—A ti te queda mucho mejor que a él.

—Gracias —respondió Gaspar.

Salió del salón principal y fue a dar a la amplia estancia cuyo suelo recortaban las escaleras curvas que llevaban al piso inferior y se veían a través de la balconada. Rico caminó tras él.

—No entiendo cómo con tantas fiestas y tantos borrachos no se ha caído nadie todavía al piso de abajo —musitó—. Gaspar, escúchame —le susurró—. Me gustaría hacerte una propuesta completamente en serio. Y si es algo que no te apetezca, puedo pagarte.

Gaspar abrazó su ordenador como un escudo antibalas y lo miró con atención. Rico miró hacia un lado y al otro del suelo y luego le devolvió la mirada, aquella mirada vacía encajada en su cráneo pequeño, calvo y feo.

—Me encantaría verte desnudo.

Gaspar dejó escapar una risa nerviosa.

—No es nada sexual. Solo admiro la belleza. Solo eso. Solo verte. Necesito inspiración para un personaje.

Gaspar negó con la cabeza.

—Me sentiría muy incómodo.

De fondo se escuchaba la voz de Pandora.

—Los chicos del restaurante han decidido poner plantas artificiales que puedan guardar dentro —prosiguió Pandora—. ¡Les han robado ya diez minicipreses! No está barato el miniciprés, yo lo consulté para el patio de la cocina.

—Podrías haber robado tú los del restaurante —opinó Ekaterina.

Gaspar comenzó a bajar las escaleras sin añadir más. Desde la barandilla, Rico le dijo:

—De todos modos te he dejado un regalo en la nota. ¡Te he hecho dueño de un gran secreto! ¡Y piensa en mi oferta!

Gaspar se metió en su cuarto y dejó el ordenador en su escritorio. Se sentó en la cama y se sacó la nota del bolsillo. Rico había dejado un mensaje para él. Había escrito:

El verdadero nombre de Pandora es María José

Después estaba escrito el correo electrónico de Rico. Antes de la arroba, constaba su nombre completo. Gaspar lo leyó en alto:

—Enrique Piernavieja.

Pandora llamó a la puerta de Gaspar diez minutos después, tras ser informada por Marieta de que el chico se encontraba repentinamente mal y no podía subir. Él respondió con una voz

entrecortada que apenas se oía al otro lado de la puerta. Pandora, que no estaba muy fina del oído desde hacía unos cuantos años, no entendió.

—¡Gaspar! —repitió.

Hubo otra respuesta apenas firme. La voz de Gaspar llegaba como si hablase desde el fondo de una piscina. Y era complicado para Pandora, con sus aparatosos pendientes de malaquita, poder pegar bien la cabeza a la puerta, así que se los quitó, pidió a Marieta que fuese a guardárselos en el joyero de su vestidor y pegó de nuevo la oreja, que con el peso de la malaquita había quedado colgando como un pellejo.

—¡Gaspar!

Otro sonido de voz muda, que informaba de algo de manera breve. Pandora siguió sin entender.

—Voy a entrar, Gaspar. ¿Puedo entrar?

El mismo sonido, se diría que ahora llegaba incluso desde más lejos, que el pequeñísimo dormitorio de servicio se había hecho de repente gigante, tipo pista de baile, y Gaspar hablaba desde el fondo, tal vez al otro lado de una cortina de terciopelo. Pandora abrió la puerta, asomó la cabeza con la elegancia propia de alguien a quien han enseñado que no se entra en una habitación cerrada a menos que se disponga de una orden judicial, y vio a Gaspar, su cuerpo largo y flaco hecho una especie de ovillo de lana en la cama, con la cabeza hundida en la almohada.

—¿Gaspar?

No hubo respuesta.

—¿Te ha sentado mal algo?

No hubo respuesta.

—¿Debo llamar al hospital?

Gaspar movió la cabeza sin despegar la cara del edredón.

—¿Estás enfermo?

Hubo otro silencio, este más profundo y sostenido porque no se oía a Gaspar ni respirar, solo la música tropical que llegaba desde el piso de arriba, el raquítico tráfico nocturno en la calle del Monte Esquinza y el sonido frenético de la cocina del restaurante Michiko al otro lado del ventanuco. Finalmente llegó un llanto entrecortado de Gaspar, que había empezado a temblar bajo la camisa de Etro que había pertenecido a Charlie.

Pandora cerró la puerta y se sentó en la cama, un movimiento que pudo hacer sin apenas dar pasos. Acarició la espalda del chico, que seguía temblando como si hubiese ropa centrifugándose en su esternón, y siguió repitiendo su nombre, primero para que le hablase («¡Gaspar, Gaspar!») pero luego, sencillamente, para que se calmase, para que supiese que había alguien allí («Gaspar... Gaspar...») y así, por algún motivo, los llantos de Gaspar no se detuvieron pero parecieron bajar de intensidad y, al menos, dejó de temblar.

—Gaspar, está prohibido llorar en esta casa —susurró Pandora—. Y menos con la camisa y el bañador de Charlie. ¿Y con bigote? No puede llorar un hombre con bigote. No soporto los llantos. Siempre que he visto a alguien llorar lo he mandado fuera, siempre que Ekaterina se pone a llorar de borracha la echo de casa, así que no me hagas echarte de casa, por favor. No me hagas mandarte a llorar a la calle para no hacerme llorar a mí, porque hace frío y si pienso que estás llorando en la calle muerto de frío empezaré a llorar yo también y al final acabaremos llorando los dos y tú encima mañana con una pulmonía. Así que es una orden que dejes de llorar ahora mismo. Eres mi empleado y te exijo que dejes de llorar.

Gaspar no lo hizo enseguida. Aspiró sus mocos, siguió temblando un poco, sonaron de nuevo algunos llantos y sofocos ahogados.

Pandora se levantó y anunció:

—Voy a salir y voy a volver a entrar en veinte segundos y no puedes estar llorando. Es una orden. Cuando entre ya habrás dejado de llorar o voy a tener que despedirte.

Abandonó la habitación. Gaspar se incorporó, se secó la cara con la sábana y se sentó en la cama. Cuando oyó que el pomo de la puerta giraba de nuevo, dirigió su mirada al suelo. Pandora entró, dio paso y medio, se sentó en la cama, junto a Gaspar, y le preguntó:

—¿Llorabas por tu madre?

Gaspar no respondió. Seguía mirando al suelo.

—He pedido a Marieta que le diga a la gente que se ha acabado la fiesta, que me había empezado a encontrar mal. Hoy no puedes dormir aquí.

Gaspar la miró con ojos rojos. Algunas lágrimas se habían caído hasta el bigotito y lo habían regado como si fuese un pequeño arbusto.

—¿Por qué no puedo dormir aquí?

—Mira qué horrible habitación. Pequeña, sin luz, ¿cómo va a dormir aquí alguien que ha estado llorando?

—Estaré bien. A mí me gusta.

—No, nadie puede estar bien aquí.

—Marieta tiene un cuarto igual.

—Ella no ha estado llorando.

—Algunas noches la he oído llorar.

—Ella está acostumbrada a llorar. Tú eres un niño. Mírate. Ahora mismo pareces un niño.

Pandora tenía razón, Gaspar parecía repentinamente un niño con bigote, con una pose patética, con ambas manos apoyadas sobre las

rodillas en una estampa simétrica y sumisa. Parecía un adolescente tallado en piedra mientras esperaba el autobús.

Pandora se levantó.

—Hoy duermes conmigo.

Se acercó a la puerta.

—No puedes dormir solo.

Antes de cerrar dijo:

—No me lo discutas. Si duermes en este cuarto tendré que despedirte.

—No pienses nada raro —dijo Pandora con un suave pijama de seda sentada desde su lado de la cama mientras se echaba crema hidratante en las manos, los brazos y el cuello—. Me ha dado mucha pena verte así. Te he visto tan solo, tan perdido. A veces olvido que eres un huérfano, que no tienes a nadie en el mundo. —Pandora no era demasiado buena consolando—. Te vendrá bien dormir acompañado. No ronco, espero que tú tampoco. —Se metió tres pastillas en la boca y bebió agua de un vaso—. A veces es bonito simplemente estar acompañado. Y además ninguno de los otros cuartos está preparado. Los tengo siempre sin preparar para que nadie quiera quedarse a dormir con la excusa de que está borracho, que ya me ha pasado y después no se van durante días. Y Ekaterina vomita en las sábanas. Por cierto, alguien te llamó antes por teléfono, pero cuando dije que estabas indispuesto, colgó.

Pandora se metió en la cama. Gaspar ya estaba dentro, con la camisa que Pandora le había dicho que no se quitase porque los jóvenes bien también usaban las camisas de Etro para dormir, y un pantalón de algodón de cuadros que tenía desde que vivía en el hotel.

—Ahora voy a apagar la luz y te voy a abrazar y tampoco quiero que te asustes. Es bonito abrazarse. No sé si alguien te ha abrazado alguna vez, me da la sensación de que no. No creas que a mí muchas veces. Nunca desde que se murió Charlie.

Pandora apagó la luz y abrazó a Gaspar, que miraba hacia el gran ventanal con gruesas cortinas a través de cuya abertura se colaba algo de luz dorada de la calle. Ella pegó la cabeza a su espalda y siguió hablando, muy bajito:

—De repente me has dado tanta lástima. La lástima es lo peor que se puede sentir por alguien y ahora mismo siento muchísima por ti. Te tengo afecto, Gaspar, aunque sea tu jefa y aunque a veces seas un poco tonto. Me habría gustado ser tu madre si hubiese podido tener hijos. Creo que el hijo que perdí hubiese sido muy parecido a ti. Sobre todo hoy, con esa camisa y ese bigote, porque mi hijo tendría bigote. Probablemente sería más listo, porque habría ido a buenos colegios, y más arrojado, porque le habría dado más seguridad que la que te dio tu pobre madre.

—No hable de mi madre, por favor —susurró Gaspar.

—No me trates de usted, Gaspar, que estamos compartiendo cama. Ya no sé qué digo, me están haciendo efecto las pastillas. Sal sin mirarme cuando te despiertes, que me he desmaquillado. Hasta mañana.

Y después, en una reiteración que Gaspar supo descodificar como una disculpa, Pandora repitió:

—Son las pastillas.

Y luego susurró:

—Chaucito.

Y se durmió.

Gaspar aguantó unos cinco minutos hasta que Pandora empezó a respirar fuerte, demasiado fuerte para ella, que despojada de las

órdenes sociales que aplicaban durante la vigilia, podía dejar de ser todo virtud. Pronto empezó a roncar. Gaspar supo que ahí tal vez podía apartar con delicadeza su mano arrugada y su brazo flaco de su pecho, depositarlo sobre la almohada y salir sigiloso de la cama. Mientras caminaba lento hacia la puerta agradeció que todo el suelo de aquel dormitorio estuviese cubierto de moqueta. Antes de salir vio una fotografía que colgaba en la pared al lado de una cómoda llena de perfumes: era Charlie, con su bigote y con la camisa de Etro que Gaspar llevaba puesta.

En la cocina, Marieta todavía metía el pastel de cabracho sobrante en envases de plástico y esperaba a que terminase el lavavajillas. Olía a café. Marieta casi nunca dormía. Cruzó silencioso por delante de la puerta y se dirigió a su dormitorio. Se puso unos pantalones, se calzó y antes de abandonar la casa se abrochó el enorme plumífero que había pertenecido al marido de Pandora. Con su bigote, su camisa y su plumífero gigantesco se preguntó si acaso ya no era él totalmente, si ahora no era Charlie, y pensó en lo fácil y útil que es convertir a una persona en otra y se preguntó si no podría escribir un cuento en el que un huérfano hace engordar a su novia, la tiñe de rubio pajizo y le pide que empuje un carro lleno de sábanas para convertirla en su madre muerta, pero en un momento dado deja de hacerle el amor porque no puede hacerle el amor a su madre, de modo que ella lo deja y él se pregunta de qué le sirvió convertir a todas sus novias en su madre muerta si estas acabaron abandonándolo igual que lo abandonó su madre y así entra en un bucle de desgracia infinita en el que le resulta imposible encontrar nunca ni una novia ni una madre. Durante aquel instante en el que desarrolló esa trama en su cabeza dejó de pensar en Enrique Piernavieja y en su artículo y, paradójicamente, en su madre, aunque estuviese pensando en una versión ficticia de ella. Así que

cuando acababa de poner un pie en la calle dejó de sentir ganas de airearse y pensó que era una buena idea convertir aquel dolor en un relato. Decidió dar media vuelta para regresar a su dormitorio y apuntar la idea en un cuaderno o incluso comenzar a escribirla en su ordenador. A Pandora le diría, al día siguiente, que se había levantado para ayudar a Marieta con la limpieza. Pero justo al darse la vuelta, al girar los pies sobre la nieve, se dio de bruces con alguien que venía en dirección contraria, resbaló y cayó de espaldas sobre el asfalto nevado.

Una silueta lo miró desde arriba, recortando el cielo dorado e inmenso con unos rizos rubios.

—Don Cejitas —escuchó Gaspar.

La sombra empezó a convertirse en alguien familiar.

—Y ahora también don Bigotitos, por lo visto.

Gaspar seguía en el suelo, observando al joven que le devolvía la mirada bajo el cielo dorado.

—Así, con una franja de vello sobre los ojos y otra sobre la boca, tu cara podría ser la misma del derecho que del revés. Tengo un libro de pasatiempos donde salen caras así y tienes que adivinar si son correctas vistas desde arriba o desde abajo.

Le ofreció su mano y Gaspar se levantó. Enfrentado de nuevo a su rostro, Gaspar tuvo la extraña sensación de observar algo que, tras haber sido evocado tantas veces en su imaginación, vestido o desnudo, acostado o erguido, seco o sudado, ya le resultaba íntimo.

—Lo malo es que no tiene solución, al final siempre son correctas las dos o tal vez no es correcta ninguna, ¡ese juego es como la vida misma! ¿Has visto que los hijos de puta del Michiko han puesto plantas de plástico? Esas no se las puedo llevar a mi madre. Es parapléjica pero no idiota. ¿Adónde ibas?

—A dar un paseo.

—¿A estas horas vas a dar un paseo?

Gaspar se dio cuenta de que no sabía qué hora era. Bajó la vista al Casio de plástico que el chico llevaba en su muñeca.

—Es la una —informó el rubio.

—Pensé que era más tarde. —Gaspar pensó en alto, que era algo que siempre hacía cuando estaba nervioso o furioso o, aparentemente, enamorado.

—Cuando alguien sale a estas horas a pasear es porque tiene problemas —observó el chico.

—Tú siempre estás paseando a estas horas.

El muchacho alzó los brazos en un gesto mesiánico y luego se golpeó el pecho.

—¡Muy sagaz!

Qué forma tan especial y suave tenía de moverse. Gaspar quería dejar de mirarlo no por vergüenza, sino por puro decoro, pero le resultaba imposible, algo agarraba sus pupilas y las dirigía hacia las pupilas del chico y hacia su mentón y hacia sus rizos rubios, como los retratos de los museos que parecen observar al visitante esté donde esté. Al rubio tampoco parecía importarle: la mirada que descansaba sobre sus ojeras, uno diría que nacidas a base de cargar con el papel protagonista en demasiados sueños eróticos ajenos, tampoco había dejado de dirigirse en ningún momento a Gaspar, aunque más que desearlo parecía que lo estudiaba.

—¿Hacia dónde ibas?

Gaspar iba a empezar a hablar, tomó aire para hacerlo, pero antes intentó recordar si el chico venía desde abajo o desde arriba cuando se tropezó con él en el portal. El chico pareció notarlo.

—Ya te indico yo cuál es mi dirección —le sugirió— y así tú puedes decidir cuál es la tuya.

Gaspar lo miró, aunque en realidad nunca había dejado de mirarlo, y de su mandíbula escapó una risa acompañada de tos, un tipo de risa e incluso un tipo de tos muy concreta e inédita en su boca que llevaba años esperando salir. Se pusieron a caminar en silencio y despacio, por si resbalaban, mirando al suelo para evitar charcos y trozos de hielo. En el confortable silencio amortiguado por la nieve solo se oían sus pasos y el ruido que hacían las mangas de sus plumíferos al rozarse con los bolsillos, un gustoso frufrú que encadenaba las palabras de la conversación tímida que se inició. Uno decía:

—Hacía mucho que no nevaba así. —Y se oía frufrú.

Y otro respondía:

—Yo nunca había visto la nieve amontonada. —Y otro frufrú.

—Yo vivo siempre de noche. —Frufrú.

—Yo también. La noche es más amable y acogedora. —Frufrú—. He sido recepcionista nocturno. —De repente quería contarle todo sobre él.

—Entonces habrás visto muchas putas.

Esa aportación le pilló desprevenido, pero aun así Gaspar se sentía cómodo allí, en aquel momento, con aquel desconocido. Se dio cuenta de que no es que hubiese dejado de pensar en Enrique Piernavieja, pero al menos su nombre ya no le resultaba tan punzante como hacía un rato, en el que parecía que hasta sus letras, el palo de la P, la punta de la V y el garfio que formaba la J le pinchaban órganos internos. Una palabra, p-i-e-r-n-a-v-i-e-j-a, fabricada de acero forjado que parecía que alguien había introducido en su caja torácica.

Y además era cierto que había visto muchas putas.

El chico le preguntó cuáles eran los problemas que le habían llevado a pasear y Gaspar dudó sobre cómo formularlos, cómo

empezar. Era, verdaderamente, una cuestión literaria: hablarle de Enrique Piernavieja suponía hablarle del artículo, hablarle del artículo suponía hablarle del hotel, hablarle del hotel suponía hablarle de su madre y hablarle de su madre suponía describirle el cosmos completo de sus desdichas y, del mismo modo que a veces empezaba a escribir y no sabía si le saldría un relato de cinco páginas o uno de veinte, no sabía cuánto tiempo tenía en esa ocasión, si el paseo terminaría al llegar a algunas de las glorietas que salpicaban la Castellana o si seguirían mucho más allá, hasta Segovia. Ojalá. Pero por si acaso, Gaspar decidió resumir el asunto de la forma más económica posible.

—Hoy he querido matar a un hombre. —Frufrú.

Le explicó que nunca había sentido algo así. Que de todo su catálogo de sentimientos ninguno se parecía a este: podría decir que era euforia, pero esto era una euforia en negativo, como si la euforia fuese un barco y una ola gigante le hubiese dado la vuelta. Lo había visto en una película con su madre, en el hotel, pero no recordaba el título. El otro chico sí sabía cuál era, le dijo: *La aventura del Poseidón*. Tampoco era un enfado, prosiguió Gaspar, porque recordaba haber estado enfadado y esto era más profundo y denso, yacía en una parte ilocalizable de su cuerpo, una especie de zumbido que venía de un sitio imposible de acotar, pero que lo cubría todo de una sustancia pesada, como si un meteorito se hubiese estrellado en una fábrica de pelotas de goma. Era también un dolor físico: aquel apellido metido en su pecho, la E de Enrique como un tridente ensartado en su hígado. Lo aplastaba, juraría que hasta le dolían los músculos. Enrique Piernavieja era un tumor oprimiendo el resto de sus órganos. Gaspar se detuvo un instante en un bulevar de la Castellana, y empezó a recitar de memoria:

—Antes de abandonar el peor hotel de España me despido del chico que sonríe en la recepción. Sigue allí. Le digo adiós, él es lo único que da algo de paz en este lugar, sin conseguir haber visto a su madre, que según los vecinos y otros huéspedes es la mujer que debería estar cuidando de este hotel, pero según esos mismos testigos, lleva años sin ser capaz ni tan siquiera de cuidar de sí misma.

Lo dijo con su voz, pero en su cabeza sonaba la de Rico, la de Enrique Piernavieja, por primera vez esas líneas tenían rostro, un rostro calvo, feo, desagradable. Se preguntó si a su madre le hubiese gustado que odiara a alguien. Todos los días se preguntaba si se estaba convirtiendo en la persona que a su madre le hubiese gustado que fuese, aunque también se preguntaba si su madre habría cosechado esa preocupación en su cabeza dado que, a menos que hubiese cosas que desconociera, ella misma nunca había intentado convertirse en ninguna persona en particular.

—¿Es un discurso? —preguntó el chico.

Gaspar no pensaba darle detalles, pero los soltó todos de forma rápida y liberadora, como si estuviese vomitando.

—Esa madre era la mía. Publicaron eso en un periódico. Cuando mamá lo leyó, cogió el coche para ir a ver al dueño, tuvo un accidente y se mató. Y hoy he descubierto que conozco al tipo que lo escribió. Al que la mató.

Al chico rubio no pareció alterarle demasiado esa información. Continuó el camino, volvió a sonar el frufrú de su plumífero.

—¿Y se lo has dicho?

Gaspar también continuó caminando a su lado.

—No.

—¿Vas a volver a verlo?

Gaspar asintió con la cabeza.

—¿Quieres que lo matemos? —Frufrú.

Gaspar negó con la cabeza.

—¿Qué le vas a decir cuando lo veas?

—No lo sé.

Gaspar dio unos pasos y rodeó al chico dejando a su alrededor un círculo de huellas.

—Cuando odias a alguien siempre tienes unas palabras preparadas para él —dijo el chico girando sobre sí mismo para mirar a Gaspar—. ¡Yo tengo palabras preparadas para medio Madrid! No te sirve de nada memorizar lo que él escribió, ¡tienes que memorizar lo que vas a decirle tú!

Gaspar se detuvo al borde de la acera y observó los carriles vacíos de la Castellana.

—Le diría: nunca pensaste en que éramos personas. Que no éramos robots, éramos personas.

El chico musitó algo.

—Está bien. Yo sería más agresivo, yo lo insultaría, pero está bien.

Después señaló un punto del bulevar vacío en el que se había amontonado la nieve hasta crear una pequeña colina.

—¿Te sentirías mejor si le pegases?

Gaspar asintió.

—Pégame a mí. Allí, en el montículo, por si me tiras.

El rubio comenzó a caminar hacia el montículo de nieve. Gaspar se quedó donde estaba.

—Es posible que yo me quiera defender y te pegue también, claro —explicó el rubio—. Pero es lo mismo que haría ese tío, hay que tenerlo todo planeado. ¿Cómo se llama?

—Enrique Piernavieja.

—Qué nombre más feo, no me extraña que esté de mala hostia. ¡No te quedes ahí, ven! ¿Es feo físicamente también?

—Mucho. —Gaspar se acercó al montículo—. Es feísimo.

—Me lo imaginaba. La gente fea es la más mala. Están rabiosos. Ven a pegarme. Tiene que ser una representación fiel de cómo sería si le pegas a él.

La ciudad estaba vacía. Gaspar se preguntó si acaso seguía viviendo gente en ella o solo estaban el rubio y él. El cielo seguía iluminándolo todo de color oro. Gaspar se acercó al chico y le dio un suave empujón. El otro apenas se movió. Gaspar tampoco, se quedó quieto.

—Da igual.

Él permaneció en su sitio e insistió.

—No sería esto lo que le harías a él. Pégame.

—No quiero hacértelo a ti.

—Me he ofrecido, puedes pegarme.

Gaspar negó con la cabeza.

—Mmm. No sé. Creo que no.

—¿Cómo era? —preguntó el chico—. La mujer que cuida de este hotel no es capaz de cuidar ni de sí misma. El peor hotel de España, ¿qué hacía tu madre para cuidarlo tan mal? ¿Era una vaga, una drogadicta? ¿Prostituta? A ver si ese artículo tenía razón y deberías aceptarlo.

Gaspar le asestó un puñetazo en un hombro y fue el primer sorprendido, porque ni siquiera lo había planeado. Le salió de un modo casi reflejo y le sentó bien. Pero a continuación dijo:

—Perdón.

—Pégame bien, no puedes darle un golpe así a él. Se reirá de ti otra vez.

—Es pequeño y flaco —aclaró Gaspar.

—Mejor, así lo matas rápido.

—No quiero pegarte.

—Entonces tenía razón el tal Enrique. Lo único que se puede hacer con ese sitio es volarlo por los aires, por los aires. Ese hotel ridículo regentado por una loca alcohólica y drogadicta.

Gaspar resopló, apretó el puño y lo dirigió esta vez a la cara del chico, pero este se agachó veloz y Gaspar, tras un traspié, cayó sobre el montón de nieve. Se levantó enseguida, avergonzado.

—No es capaz de cuidar ni de sí misma —repitió el chico—. ¡No es capaz de cuidar ni de sí misma! ¡Tú tampoco!

—No me hace gracia esto. —Pero le hacía un poco—. Me voy. —Pero no se iba.

—Tenía razón Enrique Piernas Viejas.

—Piernavieja —corrigió Gaspar.

—Piernavieja. Tal vez tenía razón, tal vez tu madre bien muerta está.

Gaspar descargó con fuerza el puño en la nariz del rubio, que quedó blanda bajo sus nudillos, como si hubiese aplastado un globo, y provocó un grito en el chico que cortó el silencio nocturno y nevado. Gaspar se llevó ambas manos a la boca cuando el chico lo miró con una gota de sangre cayéndole por la nariz. Se la palpó por un lado, por delante, por el otro. Parecía entera. Se diría que ambos sintieron un alivio, no falto de cierta decepción. Si repetía lo mismo con Enrique Piernavieja tenía que asegurarse de que se la rompía. El chico se lanzó contra Gaspar y lo tiró sobre la nieve de nuevo y, una vez en el suelo, descargó el puño en su mejilla. Los pelos del bigote hicieron de peine sobre los nudillos del rubio antes de que su mano desapareciese de su cara. Gaspar gimió, sentía ahora un dolor frío y seco que empezaba en su mejilla y se extendía a su cabeza entera. Respondió con un manotazo con la mano abierta, y luego otro con la

otra mano, y a continuación otra vez con la derecha y luego con la izquierda y así dos o tres veces más, observando cómo la cara del chico se iba poniendo roja a medida que se reía.

—¡No me des bofetones como un maricón!

Gaspar le devolvió un puñetazo parecido al que había recibido él, en la mejilla, que hizo que el rubio se quedase mirando hacia un par de coches que pasaban lejos, por el carril contrario, camino del Museo de Ciencias Naturales, y a continuación devolvió la mirada a Gaspar, le agarró la mandíbula y la apretó, inmovilizando su cara. Gaspar respondió agarrando la mandíbula del chico, que tenía más fuerza que él y no se movía, y luego empezó a mover su mano por el resto de su cara: apretó sus mejillas, su frente, su cuello, como si la yugular estuviese fuera del cuerpo y pudiese tirar de ella, y al final sus orejas, de las que tiró, consiguiendo que el chico le soltase. Sentía un pálpito en la mejilla, el dolor se había hecho ya uniforme por toda la cabeza. Ambos se levantaron lentamente, se miraron y Gaspar se lanzó de nuevo hacia el chico, los dos cayeron sobre el montículo de nieve, que ya había adoptado un hueco con la forma de dos hombres, y cogiéndolo por las solapas de su plumífero (sonaba un frufrú, otro frufrú, todo mezclado con gemidos) golpeó su cabeza contra la nieve, mientras a este le daba un ataque de risa. Y no dejó de reír cuando le propinó de nuevo un puñetazo, esta vez en la otra mejilla, y Gaspar dio un vuelco y cayó a su lado, respirando de forma entrecortada, gimiendo por el dolor y mirando al cielo, aquella fundición de oro negro que parecía un espectáculo organizado solo para los dos y que amenazaba con caérseles pronto encima.

—Lo has hecho muy bien —dijo el chico.

Guardaron silencio.

—Casi me rompes la nariz —prosiguió—. ¿Quieres un cigarrillo?

Gaspar se incorporó, miró al chico y acercó veloz su boca a la de él, pero este puso su mano entre medias y lo alejó mientras negaba con la cabeza. Se llevó la mano a su bolsillo y sacó un paquete de tabaco. Gaspar se dejó caer sobre la nieve. El chico le acercó uno de sus cigarros a la boca y se lo metió gentilmente entre los labios. Después se lo encendió e hizo lo mismo con uno para él.

—Ahora ya estás preparado. —Expulsó humo que desapareció enseguida en el cielo color oro—. Puedes moler a palos a Enrique Piernas Viejas.

Gaspar pensó si debía hacer la pregunta que estaba a punto de hacer y notó cómo salía de su boca antes de que hubiese decidido si era pertinente o no.

—¿Y a ti qué te pasa?

El chico dio otra calada.

—Yo solo quería pegarme con alguien.

Gaspar guardó un breve silencio.

—A lo mejor deberíamos encontrar otra manera de arreglar los problemas.

El rubio se incorporó con el cigarro en la boca. Estaba guapísimo así, exactamente así, de repente el cielo era del mismo color que sus cabellos revueltos y que la punta encendida de su pitillo, y los moretones se habían extendido por sus dos mejillas y, combinados con sus ojeras y sus ojos tristes, lo convertían en la más bella de todas las fotografías policiales.

—Quería pegarme con alguien y nos hemos pegado. Así que gracias. Espero que nos veamos otro día para ayudarnos otra vez.

Se acercó a Gaspar y le dio en la mejilla un beso helado que sabía a tabaco.

—¡Adiós!

Se levantó y empezó a caminar deprisa, alejándose entre los árboles del bulevar y después desapareciendo por la calle del Marqués de Villamejor. Gaspar lo observó y abrió la boca para decirle que esperase, que no se fuese, pero no llegó a hacerlo, o lo dijo tan bajo que fue como si no lo hubiese dicho. También estuvo a punto de decir que quería saber más sobre él, que le daba la sensación de que tenían muchas cosas en común, que a él también le encantaba la noche, y hablar con desconocidos, que toda su vida había hablado con desconocidos que apenas estaban veinticuatro horas en su vida. Tú ahora sabes que trabajaba en un hotel, quiso decirle, ¿qué haces tú? ¿Por qué está tu madre en silla de ruedas? ¿Cómo te llamas? No recuerdas que yo me llamo Gaspar, pero te dije mi nombre.

Tiró el cigarrillo en la nieve, se levantó y corrió hacia la calle del Marqués de Villamejor, por donde el chico había desaparecido. Abrió la boca para gritar su nombre, pero el grito se desinfló en cuanto estuvo en contacto con el aire y lo único que salió de Gaspar fue una nubecita de vaho que se desdibujó en el aire y se mezcló con la noche de Madrid. Su nombre no lo sabía. Se dio la vuelta, volvió a casa escuchando ya solamente el frufrú de su plumífero.

Nunca volvió a ver al chico rubio.

Se montó un escándalo cuando volvió a casa: Marieta había estado llamando a la puerta de Gaspar para saber si ya estaba mejor y al no encontrarlo allí se acercó al dormitorio de Pandora, que se enfureció al ser despertada y, efectos del Orfidal mediante, le gritó:

—¡Gaspar está conmigo!

Lo cual hizo que Marieta abriese muchísimo los ojos al otro lado de la puerta y se le cayese la primera idea preconcebida que había tenido sobre Gaspar desde el momento en que lo vio, y también la

imagen santurrona que tenía de su señora. Sin embargo, cuando Pandora abrió un ojo, en su cama, observó que Gaspar tampoco estaba allí, así que se levantó embotada, con los pelos electrizados y su cara sin maquillar, que parecía un huevo cocido, y abrió la puerta.

—¿Gaspar no está?

Al otro lado Marieta extendió su mirada desde el quicio de la puerta del dormitorio de Pandora, como solía hacer para mirar al mundo exterior desde la cocina.

—¿No dijo que estaba con usted?

—¿Cómo va a estar conmigo? ¿Dónde está?

—Eso venía a preguntarle.

Marieta y Pandora esperaron en el piso de abajo, frente a la puerta. Pandora, que había aprovechado para volver a maquillarse, estaba incómoda en ese lugar: era un sitio en el que no pasaba nunca más de treinta segundos, lo que le llevaba subir y bajar la escalera de caracol, o acceder al garaje. Paradójicamente, era Marieta la que parecía la dueña de esa planta y la que le había ofrecido la silla de su dormitorio para esperar mientras ella se sentaba en las escaleras. Cuando oyeron la cerradura una hora después fue Pandora la primera que se levantó, se acercó hacia la puerta y, al ver a Gaspar enfundado en el abrigo de Charlie y con el bigote de Charlie (¡*era* Charlie!), le dio un bofetón.

—¡No vuelvas a desaparecer!

Y después empezó a llorar de forma desconsolada porque le recordaba a cuando le decía lo mismo a Charlie, porque él había hecho demasiadas veces exactamente eso mismo, desaparecer unas horas y regresar así, magullado. Gaspar tenía moretones en ambos ojos y sangre en la comisura de un labio y en su mano. Pandora lloró todavía más al darse cuenta de que había pegado un bofetón a un chico al que acababan de pegar una paliza, así que lo abrazó. Estaba

congelado y olía a tabaco. Curiosamente, mientras Pandora evocaba a Charlie, Gaspar evocaba a su madre, que una vez apareció también en la habitación del hotel, ya tarde, con un moretón en el ojo y fue Gaspar quien la sentó en el baño y le aplicó una pomada y agua fría.

—¿Pero qué le pasó? —preguntó Marieta, que apareció por detrás, y también recordó al instante aquel día en que su marido le hizo un moretón parecido a ella—. Voy por hielo y gasas.

Pandora dirigió a Gaspar hacia el pequeño cuarto de baño de la planta baja.

—¿Cómo te vas a pasear por la noche tal y como está Madrid? —preguntó indignada.

Gaspar se sentó en una banqueta de plástico.

—Quítese la camisa —ordenó Marieta.

Obedeció y se miró al espejo. Su cara estaba magullada, parte de sus hombros también. Miró su imagen y le gustó. Nunca había visto ese reflejo. Al encontrar esa imagen de sí mismo, la de alguien capaz de soportar dolor y también de causarlo, sintió cierta satisfacción consigo mismo y se centró en pensar en la paliza de muerte que le iba a dar al hijo de puta contrahecho de Enrique Piernavieja en cuanto lo viese.

—¿Con quién se peleó, mijito? —preguntó Marieta.

—Con nadie —respondió Gaspar.

—¡No mientas! —gritó Pandora. Y aparentemente sorprendida ante su propia reacción, relajó la cara, pero solo la boca, no el ceño, que seguía fruncido y se dirigía a Marieta—. Y tú —esto lo dijo ya sin gritar, en un tono suave pero firme— no le llames hijito.

—Yo llamaba así a mi marido cuando volvía igual que Gaspar. —A Marieta nada la alteraba, o al menos ningún intento de Pandora por

alterarla—. Se iba al bar, se bebía hasta el agua del cilantro y a veces me volvía así, *mallugado*, hecho un desastre.

—Magullado —la corrigió Pandora.

—*Mallugado* —insistió Marieta.

Marieta aplicaba alcohol sobre unos trozos de algodón sin que cayese ni una gota. Parecía acostumbrada a hacerlo. Después se los pasó a Gaspar con delicadeza por la herida del labio.

—Él sí que se peleaba, con todo el pueblo. Cuando se pegó con todos los del pueblo empezó con los del pueblo de al lado. Y me tocaba a mí ir después a pedir perdón, vecino por vecino, a veces en carro, porque ya empezaba a pegarse con gente que vivía bien lejos.

Puso otro trozo de algodón con alcohol en la herida de la mejilla de Gaspar, que estuvo a punto de gritar cuando Marieta le miró y le dijo:

—Pero en su caso —y con la mano que tenía libre acarició sus hombros— no tendremos que ir a pedir perdón a nadie, ¿ah? —También miró cómplice a Pandora, que le devolvió una mirada de desconcierto, tal vez porque de repente Marieta era la dueña del cuarto de baño y ella solo podía observar cómo otra mujer resolvía el gran problema de la noche—. ¿Tenemos que ir a ver a algún vecino para pedirle perdón por el guarapazo que le dio Gaspar?

—¿Cómo va Gaspar a pegar a nadie? —intervino Pandora—. Es un santo.

—Como todos, ¿no?

—No compares a tu marido con Gaspar.

Pandora se acercó, mojó otro algodón en alcohol y empezó a frotar otra herida de Gaspar en la frente.

—Mi marido era buena persona, como Gaspar, pero a veces las buenas personas también sienten rabia.

—Nadie debería tener rabia en esta casa.

—La rabia no se puede controlar, está ahí, como los volcanes, que un día explotan sin avisar.

—Ahora nos ha salido geóloga.

Gaspar solo podía fruncir el ceño y, si abría los ojos ocasionalmente, ver cómo cuatro manos competían por acariciar su cara: una de Marieta le sujetaba por el mentón, la otra le pasaba el algodón por el labio, la de Pandora le pasaba otro algodón por la ceja derecha, la otra le acariciaba la mejilla. A veces las manos se multiplicaban cerca de sus ojos y parecía que había ocho o dieciséis sobre él. Nunca le habían dedicado tanta atención. Recordó cómo de pequeño le gustaba enfermar porque su madre estaba constantemente pendiente de él, como si un niño enfermo se pudiese morir de repente, y dejaba hasta de salir por la noche. Odiaba recuperarse y saber que ya podía volver a quedarse solo. Nunca era más feliz que cuando estaba enfermo.

—Eso, señora, muy bien —observó Marieta, persistente en su campaña de matar a Pandora con amabilidad.

—Yo también he tenido que hacer alguna vez lo que hacías tú.

—¿Con su Charlie?

Pandora asintió. Mojó otro algodón y se lo pasó ahora por la mejilla.

—Le atracaron un par de veces. Este es un barrio seguro y de gente de bien pero, imagínate, eso precisamente atrae a los criminales. Él era muy respondón, le costó mucho ganar su dinero y respondía, no quería dar ni el Rolex, ni la cartera, ni las pulseras, ni los anillos. Yo le pedía que no se enfrentase a los atracadores, que les diese su dinero, ¡si además nunca llevaba demasiado dinero encima! Que les diese lo que fuese para que no le hicieran nada, pero él se empecinaba en responder y una vez volvió así, como Gaspar, o peor, porque le habían dado hasta patadas en los riñones,

que casi me lo dejan para hacer costillas. Fueron unos inmigrantes, claro, así se empezó a poner Madrid, y no me mires así, Marieta, que tú eres una inmigrante buena, que has venido aquí a trabajar, pero esos habían venido a robar los Rolex de Charlie. Pero incluso mientras yo le limpiaba la sangre de la cara y esperábamos a que viniera el médico él no dejaba de hacer bromas y de tranquilizarme, así de bueno era. Lo peor es que esto ocurrió mientras él daba uno de nuestros paseos de los viernes solo, porque yo ese día tenía una cena y no pude ir a pasear con él, y durante toda la cena me sentí culpable, no dejaba de pensar: yo debería estar con mi marido, yendo a cenar, dando nuestro paseo de los viernes, y fue una especie de señal, supe que algo le iba a pasar, así que volví antes a casa y me lo encuentro aquí abajo, intentando abrir la puerta, el pobre, aturdido y lleno de sangre. Casi me da un ataque. Y al ver hoy a Gaspar me acordé de eso y me acordé de Charlie... ¡y me dieron tantas ganas de llorar! Creo que voy a llorar otra vez. —Empezó a hacerlo, apretando el algodón en su mano flaca y arrugada—. Perdón, ¡qué vergüenza! No he podido volver a dar esos paseos. Me tengo prohibido toda la zona del Bernabéu, de Cuatro Caminos, plaza de Castilla y medio barrio de Salamanca, hay tiendas a las que no puedo llegar y pido que me lo manden a casa.

Ahí Pandora explotó y comenzó a llorar desconsolada.

—No puedo volver a Chantilly.

A Gaspar le pareció de repente jovencísima, más que nunca.

—A veces pienso —continuó Pandora, recomponiéndose y sonándose la nariz delante de otras personas por primera vez desde que él había llegado a la casa— que si volviese a dar esos paseos le vería a él, o bueno, vería su fantasma, paseando solo, como aquella noche en que no pude acompañarle, así que no puedo ir, no pienso ir, no pienso volver por allí, por eso siempre os mando a vosotros, ya

me gustaría a mí ir a Chantilly, pero es que no puedo. Yo al fantasma de Charlie lo quiero aquí, en casa, ¡esta misma noche me habló! Me dijo que tuviese cuidado con las escaleras. ¡Él sabía que Gaspar volvería tarde y tendría que bajarlas! Quiero que su fantasma esté siempre acompañado, si lo veo vagando por la calle lloraré de nuevo como si se hubiese vuelto a morir. E imaginaos todos los amigos que tengo que viven por allí, imposible ir a sus casas, a veces se me enfadan, por eso yo les pido que vengan a la mía, no puedo perder a Charlie, perder a un hijo y perder a mis amigos también. No puedo perder también su fantasma. No puedo perderlo todo.

Gaspar y Marieta se miraron.

—Tenía ya su nombre, pero yo solo le quería llamar «hijito», como una amiga peruana llamaba al suyo, que le decía «hijito, pues». Yo tenía ya su nombre pero era una excusa, algo que poner en el registro, pero yo le llamaría hijito, siempre hijito, incluso cuando yo fuese mayor y él fuese un adulto le seguiría diciendo: hijito. Incluso sabiendo que acabaría midiendo casi dos metros y tendría bigote, como Charlie, yo planeaba llamarlo hijito siempre, siempre. Todo el mundo me dice que uso demasiados diminutivos, que parezco tonta hablando, pero es que tengo que dar salida a todos los diminutivos que tenía guardados para él.

Se fue del cuarto de baño justo cuando su llanto se volvía a hacer intenso. Marieta acabó de limpiar el rostro de Gaspar en silencio. Gaspar se miró al espejo, su rostro ahora ya sin sangre pero con los moretones, endurecido, repentinamente más adulto, y sintió que aquel hombrecito que le devolvía una mirada de propósitos encendidos era por fin adulto, sensato, ponderado y resolutivo. Y tenía más ganas que nunca de partirle las piernas a Enrique Piernavieja.

Volvió a ser sábado y Pandora volvió a organizar una fiesta. Pese a que había dejado de nevar, el hielo y la nieve ya ennegrecidos invadían aún las aceras y muchos de los invitados anunciaron que no podrían llegar. Gaspar se ocupó de preguntar de forma subrepticia quiénes eran y si entre ellos estaba Rico, aunque ya no lo llamaba así en su cabeza. Ahora solo podía llamarlo Enrique Piernavieja. De hecho, todo seguido, Enriquepiernavieja, y si podía ser, si podía pensar en su nombre con todas sus letras, mejor enriquepiernavieja, porque no se merecía ni una mayúscula, que otorgaba demasiada importancia y poder a una persona tan espantosa y además tan fea, y tampoco un espacio entre su nombre y su apellido, que le otorgaba un descanso y una reflexión que no merecía y encima le hacía pasar todavía más tiempo dentro de su cráneo. Era mejor que su nombre cruzase su mente de forma veloz y en pequeñito: ¡enriquepiernavieja! Pronunciado rápido, bajito, dejando tan solo un reguero de sonido en el aire, apenas un susurro agudo y lejano, chirriante y desagradable como su voz. Gaspar se tranquilizó cuando Pandora lo mencionó aquella mañana entre su lista de bajas: al parecer, enriquepiernavieja tenía otro compromiso literario aquella noche. Gaspar deseó que acudiese a él en coche para que el hielo en la carretera lo matase y así no tuviese que hacerlo él. Tendría, de hecho, cierta poesía que muriese igual que su madre.

—Me ha explicado —dijo Pandora— que está muy centrado escribiendo. Está acabando un libro muy importante del que aún no

quiere hablar.

Gaspar se preguntó si sería otro libro en que se metía con un hotel pequeño y honrado.

—Me voy a la radio, si la nieve me deja —añadió Pandora aquella mañana mientras se ponía un vistoso abrigo de piel—. Este abrigo me mata de calor, ¿dónde se meterán los zorritos en verano con todo esto encima? Espero que algún día me cuentes qué te pasó el viernes. Me preocupé mucho. No me gustan los secretos en esta casa. Si no me cuentas tus intimidades tendré que despedirte, Gaspar. ¡Esta noche podríamos hacer otro muñeco para animarnos! —Se acercó al rostro de Gaspar—. Aunque con esta nieve sucia nos saldrá africano perdido. Tienes mucho mejor los moretones, pero esta noche te pondré algo de maquillaje para que la gente no pregunte. ¡No entiendo por qué te has quitado el bigote, con lo guapo que estabas!

Comenzó a bajar las escaleras en curva, desapareciendo tras la balconada.

—¡Chaucito!

Y se fue.

Gaspar se acercó a la cocina. Marieta molía pimienta negra porque ese día a Pandora se le había metido entre ceja y ceja que todos debían comer nada más que huevos benedictinos. Marieta lo miró atentamente.

—Estoy bien —aclaró él.

Ella negó con la cabeza.

—Los huevos benedictinos son para desayunar —musitó—. No para cenar. Además, van a sobrar muchísimos y adivine quién se los termina comiendo: nosotros. Odio comerme lo que cociné. Después de tantas horas con comida ya siento como si me la hubiera tragado toda. Así es que me he quedado tan flaquita en Madrid. Yo pesaba

más en la casa anterior, y ni se imagina en Ramiriquí, yo era allá el triple de tamaño.

—Hum. —A Gaspar le costó salir de su pensamiento—. Yo tampoco tengo mucha hambre. No quiero huevos.

Sonó el teléfono y Marieta se levantó a cogerlo mientras Gaspar miraba un huevo e intentaba buscar formas en sus manchas, intentaba ver en ellas el rostro ridículo, mal hecho y estúpido de enriquepiernavieja, que tenía muy poca cara para tanta cabeza, sus rasgos faciales parecían la nota al pie de un cráneo gigante. Era feísimo. Enriquepiernavieja podría ser ese huevo. Lo cogió en sus manos y estaba a punto de reventarlo cuando Marieta lo llamó.

—¡Es para usted!

Gaspar se levantó y se hizo con el auricular.

—¿Sí?

Sonaba algo de fondo, lo que parecía una discusión. Pero enseguida colgaron.

Esa noche se celebró la primera fiesta de los huevos benedictinos en la que tan solo se comían huevos benedictinos. Era en honor a Cédric, el francés, que había contado unas cuantas fiestas atrás que los huevos benedictinos eran la única receta conocida en París contra la resaca y Pandora decidió iniciar la tradición de una fiesta de los huevos benedictinos al mes para comprobar si aparte de para curar la resaca también servía para prevenirla. Pandora pidió a Gaspar que acudiese a su cuarto de baño y allí le pasó algo de maquillaje y antiojeras para disimular sus moretones, aunque él protestó.

—No puede ser que la gente te vea con esos moretones, que parece que te he estado pegando.

Gaspar se preguntó por qué Pandora consideraba que ella sería la principal sospechosa.

—Pero así parezco maquillado.

—Mejor maquillado que apaleado. Tengo amigos hombres muy elegantes que se ponen algo de maquillaje. Además, no se te nota.

Cuando salieron del cuarto de baño anunció a Gaspar con cierta emoción que a la fiesta iba a acudir gente joven, como si pudiese intuir que su crisis había sido resultado de exponerlo durante demasiado tiempo a las sinergias crueles y extrañas de una pandilla de viejos alcohólicos y la solución fuese llenar la casa de pipiolos que, entre bandejas servidas y *fotochistes*, pudiesen empatizar con Gaspar hablando de cosas de jóvenes, fuesen esas las cosas que fuesen, porque Gaspar tampoco lo sabía. Ni se sentía joven ni había pensado nunca en el hecho de la juventud. Se dio cuenta allí mismo de que nunca había alternado con gente joven más allá del colegio y sintió un escalofrío al pensar que iba a tener que hacerlo.

La gente estaba ya borracha a los cuarenta y cinco minutos de comenzar la fiesta porque todos habían decidido que con aquel frío estaría bien beber más cantidad de vino tinto de lo normal y en recipientes que se parecían más a una sopera que a una copa burdeos. Mucha gente preguntaba a Clemens por el mono Timoteo, pero él explicó que le preocupaba que le pudiese afectar el cambio de temperatura si lo llevaba a una casa donde la temperatura estaba siempre tan alta. Las conversaciones ya se formaban como núcleos irradiadores en los diferentes lugares de la estancia: una en un corro en la mesa principal, otra al lado del mueble bar, otra en un sofá, otra alrededor del balcón donde se fumaba. A veces dos de ellas se fundían, o una llegaba de forma incomprensible al otro lado de la habitación, como si el eco hiciese que las opiniones rebotasen en los paneles de madera color marino y llegasen a un nuevo contertulio

que siempre opinaba lo contrario y lo expresaba con un grito. Este efecto irradiador jamás funcionaba para dos que opinaban lo mismo.

—Con los aeropuertos bloqueados por la nieve solo encontramos billete para volver en turista —explicaba Ekaterina a Pandora—. Sin un solo lugar donde sentarse mientras esperábamos a embarcar, haciendo colas continuamente, cargando nosotros con todo. Y no te dan nada de beber.

—No entiendo cómo la gente no muere de infartos más a menudo viajando en turista —respondió Pandora.

Todos asintieron. Alguien al otro lado del salón levantó la mano para aclarar que él sí había sufrido dos infartos seguidos en un aeropuerto. Gaspar, bandeja en mano, dispuesto a figurar en aquellos trenes de conversación como un mero extra que saluda desde el puente y adorna de formalidad la charla con frases como «deje que le cambie el plato» o «gracias a usted», solo podía asombrarse por el modo en que volaban las palabras hasta convertirse en un ruido sordo y uniforme del mismo modo en que un niño, frente a las cristaleras enormes de un aeropuerto, abre la boca al ver cómo despegan los aviones. Pero Gaspar nunca se había subido a una conversación, nunca había estado en un aeropuerto y nunca había volado en un avión.

Una hora después los invitados hablaban tanto y tan alto que apenas se oían las voces enlatadas de los discos con efecto ambiente de fiesta. Pandora y sus invitados posaban dos veces para la misma *fotochiste* y Gaspar recogía platos y copas enormes y reponía miniservilletas negras de papel. Los jóvenes habían formado un corro propio. Algunos vestían de manera formal, con pantalones de pinzas y una camisa, otros llevaban vaqueros y camisetas blancas. Pandora surgió de repente de ese corro, como quien se materializa de entre la bruma, y gritó:

—¡Gas!

Le hizo una señal para que se acercase abriendo y cerrando su mano arrugada llena de joyas, que hacían aquel ruido torpe y característico, como unos cascabeles agitados por un bebé. Siempre hacía señales con la mano de una manera extraña cuando quería que alguien acudiese a su presencia, no formando un ganchito con el dedo índice apuntando hacia sí misma, sino sacudiendo la mano en el aire, como si no solo estuviese invocando una presencia, sino purificando el aire para ella.

—¡Te voy a presentar a chicos de tu edad!

Gaspar se acercó deseando que lo de presentarle a los chicos fuese otra formalidad para que pidieran más huevos benedictinos.

—Gas trabaja en casa y es un genio haciendo chapuzas, organizando y ayudándome con las cosas del día a día —explicó Pandora—. Saca a pasear a Poliana y además es escritor.

Gaspar notó cómo cuatro rostros de mandíbulas generosas, alguna nariz aguileña, algunos morenos, otros más bien rosados, poco vello facial repartido de forma ingrata y gestos que mezclaban pereza y pompa lo atravesaban con la mirada. Se preparó para pronunciar una de las palabras más indescifrables, esquinadas y comprometedoras que conocía.

—Hola.

—Gas es muy tímido. —Pandora se había puesto en modo maternal. Acarició la espalda de Gaspar con la mano en que llevaba las joyas y le clavó las piedras del brazalete en las vértebras.

—¿Gas de Gustav? —dijo una de las voces.

Gaspar no supo qué responder, así que asintió con la cabeza, como si mentir de forma no verbal se pareciese a decir la verdad. Pandora salió en su ayuda obviando la pregunta y señaló sin orden a los chicos.

—Estos son Roman, Jacob, Bernie y Gustavo. —Gaspar se preguntó si se llamarían así de verdad—. Tan jovencitos y ya son ricos. Han salido en una lista de jóvenes emprendedores del periódico... ¿Cómo se llama el periódico salmón en el que habéis salido? —Uno de ellos intentó decirle el nombre, pero la voz de Pandora le interrumpió—: Bueno, Gaspar, ¡habla con ellos para aprender!

—¡Tocayo!

El tal Gustavo alzó un puño hacia Gaspar, como si le fuese a dar un puñetazo. Gaspar dudó un instante y miró a Pandora. Pandora tomó la mano de Gaspar, cerró su puño con sus dedos arrugados y puntiagudos, lo alzó y lo dirigió hacia el puño cerrado de Gustavo.

—¡Choca! —dijo Gustavo.

Golpeó el puño de Gaspar, que lo retiró confundido y se miró su mano, que de repente no le pareció suya.

—¿De dónde lo has sacado, Pandora? —preguntó otro, que podía ser o Roman o Bernie o Jacob.

—Gas llevaba él solo un hotel. Podríais aprender mucho de gestión.

—¿Era tuyo? —preguntó Gustavo.

Gaspar soltó una risa, pero se encontró con que los cuatro chicos no se reían.

—No.

—¿Dónde estaba tu hotel?

—Ha cerrado —respondió Gaspar.

—Yo tengo hoteles —respondió Roman o Bernie o Jacob—. Bueno, con mis socios.

Sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó. Gaspar leyó en alto:

—*Your Place Hotel*.

—Queremos expandirnos —explicó—. Por ahora estamos solo en Madrid y en Sevilla.

—Escúchalos, Gas —pidió Pandora—. Son chicos emprendedores que están ganando muchísimo dinero ya muy jóvenes. Puedes aprender mucho de ellos. Y vosotros escuchad a Gas. Gas viene de una situación horrible, de la nada, es huérfano, no tiene a nadie en el mundo y no sabe relacionarse con la gente, pero tiene mucho que enseñaros.

Y se fue.

Gaspar miró a Gustavo, Roman, Bernie y Jacob y deseó poder acudir al papel de descripciones someras que guardaba en su dormitorio para poder apuntar cuál era cuál, porque solo podía diferenciar al que se llamaba igual que él cuando Pandora se inventaba su nombre, que no dejaba de mirarlo como si lo estudiase. Gaspar preguntó:

—¿Todos tenéis hoteles?

—¿Estás maquillado? —preguntó uno de los que no era Gustavo.

Gaspar iba a responder pero otra voz lo interrumpió.

—Yo tengo una empresa de camisetas. Cogemos logos antiguos de camisetas corporativas que nos gustaban y ahora las fabricamos aquí en Madrid y estamos ya en varias tiendas. Esta que llevo era de la empresa de mi abuelo. —Señaló su torso, bajo el que se averiguaban unos pechos flácidos y en cuyo estampado figuraba el dibujo de una sombrilla y un rascacielos sobre las letras *Urbanización Menorcalpina*—. Vendemos en Londres. ¿Has estado en Londres?

Gaspar negó con la cabeza.

—Algodón orgánico, Gustav, de Portugal, el mejor. —Este que había hablado podía ser o Roman o Bernie o Jacob, y el que había hablado antes, también.

—¿Por qué no le envías una? —preguntó uno de los otros.

—Pues claro. Yo se la mando a Pandora. ¡Hemos hecho camisetas de Pandora! Sale su cara y su nombre, se venden como rosquillas en Londres, ¡es famosa allí! Es la cara de Pandora y debajo pone: *Chaucito*. Te mandaré esa también.

—Tengo que volver a ver si necesitan algo en la cocina —se disculpó Gaspar.

—¡Marieta se encarga, tú quédate con los chicos y haceos amigos, Gasito! —gritó Pandora desde el corro de al lado.

—¿Cuántos huevos benedictinos puede soportar un ser humano? —preguntó una voz anónima angustiada en otro corro.

O Roman o Bernie o Jacob susurró:

—Vamos fuera a fumar un porrito.

Los cinco salieron. En el balcón hacía frío. Se colocaron muy pegados, no eran balcones para tantas personas. De sus bocas salió un vaho espeso y redondo. O Roman o Bernie o Jacob se sacó un porro de una cajetilla de tabaco y se lo encendió. Después se lo pasó a Gustavo. La calle, aún nevada, estaba vacía. Gustavo le pasó el porro a Gaspar.

—Toma, tocayo. —Le acarició la cabeza mientras los otros tres reían—. Fuma, Gasito. —Los otros tres rieron de nuevo.

Gaspar lo probó. Frunció el ceño, expulsó el humo, tosió. Los otros volvieron a reír.

—¿Tu primer porro, Gasito?

Gaspar asintió con la cabeza.

—No será el último. —Esto lo dijo o Roman o Bernie o Jacob.

—¿Y cómo se murió tu madre? —Esto lo preguntó otra voz.

Todos miraron a Gaspar.

—Un accidente.

—Como Charlie —dijo o Roman o Bernie o Jacob.

—¿Cómo era Charlie? —quiso saber Gaspar.

—Un putero —respondió Gustavo—. Muy buen tío.

—Pandora habla muy bien de él.

—Le encantaba irse de putas. —Los cuatro rieron y después Roman o Bernie o Jacob dieron una calada al porro y lo siguieron rotando—. Con las mejores putas, eso sí.

—¿Lo conocisteis?

—De pequeños, sí. —La voz de Roman o Bernie o Jacob—. Lo de las putas nos lo contó mi padre.

—Nos dio buenos consejos de negocios. —Otra voz, esta era la del tipo del hotel—. Era muy rico. Tenía como veinte locales en el barrio. Invirtió en *Your Place*. Al morir, Pandora pasó a ser la inversora. Pero nunca se hospeda en uno, dice que no va a ningún hotel que no tenga bañeras. ¿Te ha dicho que el fantasma de Charlie está por esta casa?

Gaspar asintió.

—Yo me la creo —dijo otro—. Hemos visto cosas raras.

—Como aquella pelea de maricones —participó otra voz.

—¿Te sabes eso? —preguntó Gustavo a Gaspar—. ¿Sabes por qué Clemens es cojo?

Gaspar negó con la cabeza.

—Reynaldo y él se pelearon aquí, en este balcón, por algo relacionado con el mono. Pelea de maricones borrachos, imagínate. Clemens abofeteó con tanta fuerza a Reynaldo que le hizo caer de culo en el salón, pero él, de puro efecto rebote por lo gordo que estaba el otro, se cayó por el balcón a la calle, sobre su propio coche. El seguro no les cubrió ni la rehabilitación de la cadera ni el arreglo del coche porque dijeron que no estaban cubiertas las peleas de maricones.

El porro volvió a Gaspar, pero lo rechazó.

—No puedo, estoy trabajando.

—¡La cadera y una pierna rotas! Se tienen que querer de verdad esos dos para seguir juntos tras tirarse por un balcón.

—Está cargado, ¿eh? —Esto lo dijo otra voz, pero a esas alturas de la conversación Gaspar había dejado de intentar identificar las caras y las voces, con la certeza, o más bien la esperanza, de que no los vería muy a menudo.

—Mira, Gasito. —Otra vez Roman o Bernie o Jacob, con sus ojos aparentemente más enrojecidos que antes—. Metes un millón y si tienes paciencia, si esperas, sacas diez. La riqueza de los impacientes traslada su dinero a las manos de los pacientes. Lo dijo Warren Buffett. ¿Sabes quién es?

Gaspar negó con la cabeza.

—Deberíamos darte unas clases sobre invertir dinero. ¿Has heredado de tu madre? —El que dijo esto sacó de su bolsillo la cartera para darle a Gaspar una tarjeta—. Aquí mi teléfono. Me llamas y lo vemos.

La cartera se le cayó al suelo empapado del balcón. Gaspar iba a agacharse a cogerla para devolvérsela, pero con los cinco ocupando aquel escaso espacio no tenía esa libertad de movimiento. Dijo:

—Se te ha caído la cartera.

Pero no lo escucharon porque en el otro extremo del balcón, apenas metro y medio más allá, la conversación cambió de rumbo cuando Gustavo explicó cómo él mismo había ido a tocar un algodón a Perú para comprobar si era bueno antes de encargarlo para sus camisetas de las grúas y allí casi había tenido un accidente porque iba en un coche con dos prostitutas y una de ellas le había intentado robar y él había dado un volantazo y se habían caído los tres por un terraplén. Después empezaron a hablar de otro amigo que podía meterse dos gramos de cocaína en una noche e ir a trabajar muy galantemente a su empresa al día siguiente.

—Tiene una nariz muy competitiva —dijo o Roman o Bernie o Jacob.

—Se te ha caído la cartera —repitió Gaspar señalando al suelo.

No le hacían caso. Otro empezó a contar que su abuelo había tenido una empresa de armas, unas pistolas tan bonitas y elegantes que casi daba pena disparar a otro con ellas, que daban ganas de dispararse a uno mismo y que su abuelo lo había hecho, se había disparado en un pie para probarlas y se había quedado cojo, pero era un cojo feliz.

—Hay pistolas tan bonitas que es una pena matar a otro con ellas —repitió.

—Se te ha caído la cartera —volvió a decir Gaspar.

Pero de repente los cuatro amigos miraban con curiosidad al suelo, no a la cartera, sino a un punto de la calle. Gaspar giró la cabeza para mirar también. Se formó un breve silencio. Había, en medio de la calle del Monte Esquinza, una mujer que los miraba fijamente, su silueta menuda y oronda embutida en un vestido demasiado pequeño para aquel frío, subida a unos tacones gigantes y con un pequeño abrigo plateado abierto que dejaba ver su escote.

—¿Qué miras? —gritó Gustavo.

La mujer les sonrió y saludó con una mano de uñas enormes y rojas. Entonces Roman o Bernie o Jacob gritó:

—¡Negra de mierda!

Se rieron de forma nerviosa, aguda e infantil y se metieron de nuevo en el salón. Gaspar se quedó solo en el balcón. La mujer no se había movido y le seguía observando. Gaspar la miró sin saber qué decir. Después miró a sus pies, donde seguía la cartera de Roman o Bernie o Jacob. Le dio una patada y la cartera salió despedida hasta el medio de la calle, a los pies de la mujer. Después Gaspar volvió a entrar y cerró la puerta del balcón.

Al día siguiente había dejado de nevar y Pandora le dijo a Marieta que buscase bien, que tenía que haber una cartera por algún rincón del salón, que mirase entre los sofás.

—Mira también en el cuarto de baño, que con la juventud nunca se sabe —añadió—. ¡Lo que faltaba! Que se roben carteras en mi casa. Le voy a decir a Clemens que su idea brillante de los huevos benedictinos no solo no ha funcionado sino que hay vomitera de huevos benedictinos en dos cuartos de baño, seguro que ha sido Ekaterina. ¿Podéis limpiarlo antes de que vomite yo también?

Y después se dirigió a Gaspar y susurró:

—Luego mira en el cuarto de Marieta si la ha cogido ella.

Gaspar le iba a responder, pero Pandora se había movido de nuevo hacia Marieta para decirle:

—Por cierto, prepara una cesta de fruta para Timoteo. Clemens y Reynaldo van a traerlo por fin. Y también varios inglesitos de cangrejo.

Gaspar se detuvo en el pasillo frente a la cocina con un cesto de sábanas limpias y apretó el mimbre hasta que este crujió. Se acercó a la cocina una vez Pandora se hubo ido a la radio. Le preguntó a Marieta si los inglesitos eran para Enrique Piernavieja y cuando ella le preguntó quién era ese, él recordó que ese nombre y apellido se habían instalado de forma permanente en su cabeza y para el resto del mundo seguía teniendo un nombre ridículo, pomposo e inmerecido.

—Rico. ¿Son para Rico?

—Sí, dice que nadie los hace como yo. Meter trozos de cangrejo y salsa rosada en un bollito le parece un manjar a esta gente.

Y después añadió:

—Doña Pandora me dijo algo de que va a contar una cosa importante.

Gaspar se quedó callado ante ella, esperando a que continuase hablando, pero no dijo nada. Así que insistió:

—¿Y qué será?

—Sí que se ha vuelto usted chismoso. No me ha dicho nada. Será algo de un nuevo libro. Esta gente celebra nuevos libros, nuevos carros, nuevas casas, nuevos maridos. Pandora celebra todo. Hasta celebra que llegó el verano sin que haya llegado.

—¿Te gusta Rico?

Marieta se lo pensó mientras amasaba más pan.

—Es cariñoso conmigo. Pero no sé si a veces me trata así como...

—Condescendiente.

—Sí, eso, qué bien habla, qué palabras tan bonitas usa usted.

Gaspar se acercó a la ventana de la cocina, observó cómo el sol bañaba la calle del Monte Esquinza y derretía la nieve y lamentó que ya no volviese a haber días en completo silencio cubiertos por la nieve y noches regadas de luz dorada. Intentó pensar en el chico de rizos rubios para que se le cerrase el agujero en el estómago que le había provocado la noticia de que iba a volver a ver a enriquepiernavieja, pero no fue capaz.

—¿Por qué quiere saber? ¿No le gusta Rico a usted?

Pensó en decir la verdad, pero no sería demasiado sabio manifestar su odio por si acababa rompiéndole las piernas de verdad y confesando su crimen antes de tiempo.

—Ha leído mis relatos.

—¿Le gustaron?

—Tal vez me diga hoy.

—¡De pronto es esa la noticia! —Marieta amasaba pan con una coreografía especialmente alegre, como si preparase con él una

alfombra roja para recibir buenas nuevas—. ¡De pronto va a publicarle a usted una novela!

Gaspar se rio nervioso, porque de repente se ilusionó ante la idea de que un escritor le ayudase a publicar sus cuentos a la vez que se ilusionaba ante la idea de darle una paliza. Se preguntó si podría esperar hasta que su libro estuviese en las librerías para partirle las piernas.

—Ni siquiera tengo una novela escrita, ¡no creo que quiera publicarme nada!

Y observó Marieta:

—¡Se rio! Nunca lo había visto reírse.

Gaspar le dijo a Pandora que, como sus moretones aún se notaban y no quería volver a maquillarse, era una buena idea que él se quedase aquella noche en la cocina y que Marieta sirviese las bebidas y la cena, pero Pandora siempre se las arreglaba para estropearle la vida llenándolo de piropos. Le dijo:

—Tú tienes mucha más presencia, incluso con moretones. Tienes que ser tú, la gente te ama, tú eres guapo y espigado y Marieta no tiene apariencia, parece una tarta de trufa.

Llamaron a la puerta. Era Ekaterina, que traía petunias. Justo después llegaron Clemens y Reynaldo con el mono, apenas visible bajo un aparatoso plumífero de niño. Gaspar lo evitó, aunque el mono quería saltar a su regazo. Le ponía nervioso aquel ser tan parecido a una persona que no era exactamente una persona. Le recordaba a cuando su madre estaba demasiado borracha. Pandora se asomó a la barandilla del primer piso y gritó:

—¡Timoteo!

El mono saltó del hombro de Clemens al suelo, trepó por el pasamanos y se lanzó a los brazos de Pandora, que lo abrazó y dijo:

—¡Hijito, hijito!

Clemens, Reynaldo y Gaspar se intercambiaron una mirada. Después los tres subieron las escaleras.

—Está hoy especialmente nervioso.

—A este pequeñito, ¿quién le va a regalar un plumífero para que no pase frío este invierno? —susurraba Pandora haciéndole pedorretas en la barriga al mono—. He comprado un plumífero de bebé de Hugo Boss para él. —Acarició el cogote del mono—. ¿Te gusta Hugo Boss? —le preguntó—. En El Corte Inglés me han dicho que las tallas de bebé sirven para monos.

El timbre volvió a sonar y Marieta abrió la puerta. Reynaldo giró la cabeza. También la giró el mono.

—¡Rico! —exclamó Pandora—. Rico, ¡ven a ver a Timoteo!

Enrique Piernavieja subió la escalera lentamente y en silencio y al llegar acarició al mono con desgana. Luego miró a Gaspar y este se sintió como si lo hubiese mirado la misma muerte.

—Gran relato.

Pero lo dijo de un modo apagado, como si no le hubiese parecido de verdad un gran relato, o como si le hubiese parecido un gran relato pero no le hubiese gustado del todo que se lo pareciese.

—¡Lo sabía! —Pandora devolvió el mono a Clemens—. ¡Tiene un talento enorme Gaspar! ¿Verdad?

Pandora parecía muy contenta aquella noche y Enrique Piernavieja extrañamente apagado. Gaspar supuso que Pandora volvía a ser feliz con su fiesta de siempre y sus amigos de siempre tras la nevada y, además, la exótica presencia de un primate. Ya no había ni rastro de gente joven, esos que pueden caminar sobre hielo de una casa a otra sin riesgo de romperse caderas, y Gaspar lo

celebró. Pero Enrique Piernavieja, o Enriquepiernavieja, o mejor, enriquepiernavieja, estaba extraño. Gaspar se preguntó si estaba recibiendo algo de su odio, si era de tal magnitud que de alguna manera había decidido posarse en otros como se posa el mal aliento o el olor a sudor.

—El mono está muy nervioso, es mejor que lo tenga yo —susurró Clemens recuperando a Timoteo de los brazos de Pandora.

Todos se fueron al salón principal. En la cocina, Gaspar se enfrentó de nuevo a las bandejas y repitió los nombres de los canapés como quien reza para calmarse.

—Brioche de carrillera, inglesitos de cangrejo, pancito de cochinita pibil y sanguchitos de rosbif. Brioche de carrillera, inglesitos de cangrejo, pancito de cochinita pibil y sanguchitos de rosbif. Brioche de carrill...

—Muy bien, ya está. —Marieta le dio un toquecito en el hombro —. Solo se demoró tres meses en aprenderlo. Hubiera acabado antes tatuándoselo en el interior de los párpados.

Gaspar llevó las bandejas al salón azul marino y se paseó entre los invitados con la bandeja mientras se formaban las conversaciones de siempre. «Está Perú tan hecho mierda que ahora lo llamamos Puré. Siempre decimos: Puré, capital, Lima.» Y más allá: «No le preocupa que su hija esté gorda, ¡al contrario! Siente alivio de parecer tan flaquita a su lado». Cerca del balcón, con la puerta abierta para poder fumar: «En el último terremoto en Cartagena de Indias sujetó primero la botella de Romanée-Conti y después a su bebé». Y un poco más allá, bajo el retrato de Charlie: «Quien tiene talento para las mamadas tiene talento para la retórica, pero casi nunca se cumple al contrario».

Gaspar devolvió la bandeja a la cocina y antes de rellenarla de nuevo con brioches bajó un momento a su cuarto, abrió el

ordenador y buscó un documento en el que había más frases e ideas sueltas, muchas de ellas escuchadas en las fiestas de Pandora, que consideraba que algún día podrían inspirarle para escribir. Tecleó a toda prisa:

Quien tiene talento para las mamadas tiene talento para la retórica

Y una voz conocida dijo a sus espaldas:

—Yo tengo talento para las dos cosas, pero solo me has dejado demostrarte una.

Rico había asomado su cabeza fea, calva y más pálida que de costumbre hacia la pantalla del ordenador. Gaspar lo miró con seriedad. Rico se dio la vuelta, cerró la puerta del dormitorio y se sentó en la cama.

—Perdón por colarme.

Gaspar no dijo nada y se apoyó sobre su escritorio.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Gaspar no respondió. Apoyado sobre el borde de la mesa, se agarraba a la tabla de madera como si hubiese un precipicio a sus pies. Le temblaban ligeramente las manos.

—La última vez que te vi te dije que si solo te quedabas observando las cosas en vez de viviéndolas nunca serías un gran escritor. Y hoy vuelvo y te encuentro con moretones en la cara.

Más silencio.

—¿Tiene algo que ver conmigo?

Gaspar asintió.

Rico sacó una bolsa pequeña de su bolsillo.

—Me alegro de haber tenido algo de influencia sobre tu estilo como escritor, pero no lo hagas demasiado. Sería una pena que

estropeases esa cara que tienes. Es perfecta tal y como está.

Gaspar observó la bolsita transparente. Rico la abrió sobre la mesilla y se formó una pequeña montañita de polvo blanco.

—No me juzgues. Recuerda que yo también soy escritor, pero andar por ahí buscando pelea a mi edad y en mi condición... no sé si es lo que necesito. Ya me he pegado mucho. Esta es mi única forma actual de pelearme, una pelea conmigo mismo, y a la vez mi única paz espiritual. Pandora se enfada si lo hago en el baño. Y sé que aquí no entra.

—¿Cómo lo sabes?

—Está en tu cuento. Ella no entra nunca en la habitación de él por lo que se pueda encontrar. Sé que ella es Pandora, tiene tantas cosas de ella, ¡incluso frases! ¿Por qué crees que le ha gustado tanto el cuento? Porque has escrito sobre ella. Solo le hubiese gustado más si lo hubieses titulado *Pandora* y su protagonista se llamase Pandora y se lo hubieses dedicado a Pandora.

Gaspar observó a Enrique Piernavieja esnifar una raya sobre su mesilla y se sorprendió al volver a pensar en él como Rico, como si Enrique Piernavieja (o enriquepiernavieja) fuese alguien tan villano que solo podía existir en su cabeza. Odió el hecho de que, al verlo de nuevo, no pudiese evitar sentir algo de lástima por él, como si él fuese el primer afectado por todo el veneno que llevaba dentro, que le había dejado esquelético, terriblemente feo, drogadicto y calvo como un melón.

—Tu cuento es muy bueno. —Hizo otra raya de polvo blanco larga y ancha sobre la mesilla de Gaspar—. Aunque sigo pensando que necesitas salir más a la calle. No tienes conciencia de los recursos literarios, ni se nota en ti esfuerzo creativo alguno, ni búsqueda de un estilo. Solo hay intuición y talento. Está bien para

un libro, pero los que solo tienen intuición y talento escriben el mismo libro durante toda su vida, si es que no escriben solo uno.

Esnifó de nuevo. A Gaspar se le pasaron las ganas de volver a llamarlo Rico.

—No escribas sobre gente que se droga. —Señaló la bolsita—. Qué aburrimiento. Ya se ha escrito todo. Ya lo he escrito yo. ¿No quieres una?

Gaspar negó con la cabeza.

—Estoy trabajando.

Enrique Piernavieja se frotó la nariz.

—En realidad te odio por escribir tan bien sin ni siquiera intentarlo. Odio a los talentos naturales y a los talentos precoces. Yo nunca logré tener ninguno y tú tienes los dos.

Gaspar lo miraba intentando recordar su cara al otro lado del mostrador de recepción, o su cuerpo pequeño, con la cabeza desproporcionadamente grande para ese busto enclenque, merodeando por los pasillos y las escaleras para tomar nota de todo lo que estaba mal en el hotel. Pero no lo localizaba en su memoria. Enrique Piernavieja, mientras, vació todo el contenido de su bolsita sobre la mesilla de Gaspar, cogió un portalápices vacío del escritorio y lo puso boca abajo sobre la cocaína para taparla.

—Yo también te odio —respondió Gaspar.

Enrique Piernavieja se rio.

—Si no te importa, la dejo aquí, a salvo. Volveré más a lo largo de la noche. Antes de irme te lo limpiaré. No me gusta ir con esto encima. ¿Por qué me miras tanto?

Gaspar apartó rápidamente la mirada. La dirigió hacia el portalápices que descansaba del revés sobre su mesilla, pero eso tampoco le gustó. Miró hacia su ordenador, donde seguían escritas frases sueltas. Leyó:

La forma de mi cráneo se hace tan evidente cuando me cortan el pelo que temo que todos puedan ver lo que hay dentro de mi cabeza.

A sus espaldas dijo Rico o enriquepiernavieja o aquel señor al que Gaspar ya no sabía cómo llamar:

—No creo que yo sea tu tipo, sinceramente. Pero mi oferta de verte desnudo sigue en pie. Pagaría igual que cuando entro en un museo. ¿Has pensado en irte este verano a cuidar de los Ottaviano?

—Estaba pensando... —Gaspar habló sin apartar la vista de su ordenador, de espaldas a Enrique Piernavieja—. Estaba pensando si tu cara me suena de haberte visto antes.

—Tú y yo no frecuentamos los mismos lugares, Gaspar.

—¿Crees que tú me has visto antes a mí?

—Yo veo a mucha gente, a demasiada. En la tele, haciendo reportajes, cuando voy a una oficina, a la otra. Todas las caras se me juntan, creo que todos tenéis la misma.

—Habías dicho que la mía estaba bien.

—He dicho que es perfecta —corrigió Enrique Piernavieja—. Pero esas también me las confundo. Más que las normales o las feas, si cabe. Las feas crean un efecto en ti de repugnancia o asco más difícil de olvidar que la belleza. Pero las caras perfectas se quedan en mí como las vitaminas. Mi cuerpo las absorbe. Si te he visto antes alguna vez, te recuerdo de otra manera. Si te he visto antes, tu recuerdo no está ya en mi cabeza, estará en alguna otra parte de lo poco bonito que queda en mí. En mi corazón, si es que tengo uno. Acércate, a ver que te mire otra vez.

Gaspar lo hizo y miró fijamente a enriquepiernavieja. Él llevó la palma de su mano a la mejilla de Gaspar y la acarició de modo

tierno, hasta que bajó su dedo pulgar y acarició con él los labios. Gaspar se alejó. De repente prefería que no lo recordase. O sí. No lo tenía claro.

—Podría haberte visto, sí.

—Da igual. —En realidad quería preguntarle por qué decía cosas tan bonitas en privado y se comportaba de un modo tan feo en público, pero no lo hizo.

—No uses eso de los feos y los guapos en una novela tuya. No es porque me importe que me copies, sería un honor, yo he copiado mucho. Pero ya lo he escrito. ¿Has leído alguno de mis libros?

—No.

—¡No me has leído! Yo te he leído a ti y tú a mí no.

Gaspar quiso decirle que sí le había leído, en realidad, que había leído un artículo suyo sobre un hotel.

—Pandora tiene mis libros. Róbaselos. Tienes mi permiso como autor y dueño legítimo de los derechos.

Enrique Piernavieja se levantó con dificultad.

—¿Estás bien? —preguntó Gaspar.

—No, estoy enfermo. Te mandaré un correo con comentarios de tu cuento. Es muy bueno, pero lo haremos perfecto.

Enrique Piernavieja o enriquepiernavieja o Rico abandonó la habitación. Gaspar iba a cerrar la puerta, pero por primera vez no lo hizo. Quería que si Pandora pasaba por allí viese el bote del revés en su mesilla, sospechase y descubriese la droga en su mesilla. Ya no odiaba a Enrique Piernavieja como para querer matarlo, ni siquiera agredirle físicamente, pero si Pandora veía aquello, se enfadaba con él y decidía no volver a invitarlo nunca, su vida sería mejor.

Enrique Piernavieja y Gaspar volvieron juntos al salón.

—¡Los escritores! —exclamó Pandora, que tenía al mono Timoteo comiendo fruta en su regazo vestido con un plumífero de Hugo Boss —. ¿Habéis visto qué guapo está mi hijito?

Y a continuación le dijo a Gaspar:

—Faltan pancitos de sobrasada y brie. Y más de cochinita pibil. Y trae inglesitos de cangrejo para Rico. ¿Puede comer sobrasada Timoteo?

Clemens y Reynaldo negaron con la cabeza.

—Voy —dijo Gaspar.

—¡Los escritores! —continuó Pandora, esta vez hablando a los invitados—. Parecen tan tontos, pero luego escriben tan bien. ¿Tú conoces a algún escritor talentoso que no parezca idiota, Rico?

—Solo a mí —respondió Enrique Piernavieja.

Todos reían cuando Gaspar abandonó el salón para irse a la cocina. Pandora pidió una foto, exigió a la gente que volviese a abrir la boca y a hacer como que reía mientras el mono Timoteo sujetaba una banana.

—Entonces —Pandora estaba esperando a que les hiciesen una foto a todos apostados alrededor de Enrique Piernavieja—, ¿qué nos tenías que contar? ¿Nuevo libro?

—Puede. Estoy con algo.

—¡No irás a plagiar el cuento de Gaspar!

—¿Dónde está Timoteo? —preguntó Clemens.

—En unos años prohibirán tener monos como animal de compañía —dijo alguien.

—Lo sabemos. —Clemens fue asertivo y siguió mirando a su alrededor—. Ya veremos lo que hacemos, aún queda tiempo.

—Solo podría plagiar los cuentos de Gaspar si fuesen varios y dieran para ciento cincuenta páginas —argumentó Enrique Piernavieja.

—¿Has oído, Gaspar?

Pandora lo buscó con la mirada. Estaba en el quicio de la puerta con una bandeja llena de copas de champán para cuando Enrique Piernavieja acabase de anunciar su nuevo libro. Todos rieron. Algunas risas, juraría Gaspar, venían del cedé *Ambiente de fiesta con humor*.

—Entonces —Pandora volvió a mirar a Enrique Piernavieja—, ¿cuál es la gran noticia? No te irás a casar.

—¿Qué edad tiene Rico? —susurró una voz femenina cerca de la bandeja de Gaspar.

—Cincuenta y dos —respondió una voz masculina.

—Qué feo es —opinó el susurro femenino.

—Me voy a morir —anunció Enrique Piernavieja.

Todos guardaron silencio. Y se hubiese formado un silencio sepulcral si no fuese por el disco de efectos de ambiente de fiesta, en el que de repente empezaron a sonar unas agradables risas y sonaron algunos aplausos enlatados.

—¡Quitad el disco! —Pandora lo gritó al aire, a nadie en concreto, aunque Gaspar se dio por aludido. Dejó las copas de champán en una mesita de servicio al lado de la puerta y se acercó a la cadena musical oculta tras el mueble con puertas de ratán. La casa se quedó, por primera vez durante una fiesta, en completo silencio, solo interrumpido por los pasos de Clemens y Reynaldo, que buscaban a Timoteo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Pandora, que en situaciones como aquella y como anfitriona y dueña de la casa era la única a la que se le permitía decir algo.

—Lo que habéis oído.

—Hemos oído que te vas a morir, ¿es eso lo que has dicho?

—Sí.

Alguien empezó a llorar de modo melodramático y teatral.

—Ekaterina, no es momento —protestó Pandora.

—¿Qué tienes? —preguntó Clemens, que había dejado de buscar al mono.

—No me hagáis contar detalles que nos devuelven al mismo sitio ni dar rodeos por la misma historia, que me aburre —respondió Enrique Piernavieja—. Llevo tiempo haciéndome pruebas, han encontrado un tumor y es maligno, no tiene solución, así que me voy a morir. Esta es la historia. Estoy acabando un libro sobre ello.

—¿Seguro que no es otra de tus bromas? —preguntó Pandora.

—Mis bromas son más elaboradas.

—¿Y por qué nos lo dices ahora? —insistió Pandora.

Gaspar lo entendió al instante: Pandora estaba triste por el tumor de su amigo, sin duda, pero también molesta porque había estropeado su fiesta de fin de la nieve.

—Porque así no tengo que llamaros uno a uno. Estáis todos aquí. Buen sitio para dar una noticia.

Pandora movió la boca, como si demasiadas palabras estuviesen agolpándose tras sus labios y ella estuviese concentrada en una labor de selección de las elegantes. Gaspar supo cuáles había allí dentro, ¡la conocía tan bien! Pandora quería decirle que no era el momento, que no en su casa, que no en su fiesta, que cómo seguían ahora con una celebración, que cómo aceptar esa noticia vestidos todos de noche, con trajes elegantes, que qué hacían ahora con toda la comida y cócteles preparados, que las conversaciones sobre el cáncer quitaban el hambre a la gente. Tal vez Enrique Piernavieja tenía razón cuando le había dicho a Gaspar que la había

convertido en su personaje. Tal vez debía volver a llamarlo Rico y punto. Al final, Pandora dijo:

—Lo siento mucho.

Y luego añadió:

—No sé qué decir.

En eso no mentía. Rico espetó:

—Ahora tenéis más motivos para celebrar: que estáis sanos, que yo aún estoy aquí. Que estamos rodeados de amigos, de un precioso mono, ¡del magnético Gaspar! He estado hablando con Gaspar, Pandora, y va a robarte todos mis libros.

Pandora clavó su mirada en Gaspar.

—¿Ah, sí?

—Voy a por más blinis —anunció Gaspar antes de salir.

Mientras se alejaba del salón y deseaba más que nunca ver a Marieta, a esa mujer cálida y normal que no hablaba ni de cáncer ni de literatura, oyó cómo Rico le decía a Pandora:

—Yo he visto un diez por ciento del beneficio de esos libros. Un noventa por ciento aún me pertenece y elijo dárselos a Gaspar. Son míos todavía. Y tú eres rica, puedes comprarte más. Aprovecha ahora, antes de que me muera. Los libros de un vivo siempre son muchísimo más baratos, una gran inversión. ¡Luego los vendes!

Y oyó que Pandora le respondía:

—¿Pero qué tumor tienes?

Y luego añadía:

—Prefiero comprarle tus libros a Gaspar. Los que tengo son todos primera edición y firmados por ti.

Y sonó la molesta risa de Ekaterina. Luego la misma Ekaterina empezó a llorar.

Gaspar dejó de oír sus voces al cruzar la puerta de la cocina. Dejó la bandeja con las copas. Se bebió una casi de un trago. La

mitad se le cayó en la camisa blanca. Marieta lo vio y soltó un respingo.

—¿Qué hace?

Gaspar apartó con violencia una de las sillas de la mesa de la cocina, se sentó, cruzó los brazos sobre la madera y apoyó la cabeza sobre ellos.

—¿Qué pasó? ¡Mire cómo le quedó la camisa!

Gaspar, aún con los brazos sobre la madera de la mesa de la cocina sirviendo de fuerte para su rostro completamente hundido en ellos, empezó a temblar primero, a tener pequeños espasmos después, a atragantarse. Sin hacer caso a los llamamientos de Marieta, solo siguió con la respiración entrecortada y sufriendo pequeños temblequeos con su espalda, que subía y bajaba, subía y bajaba como si hubiese un animalito saltando en su pecho. Marieta lo miraba preocupada sin saber diferenciar si estaba llorando o riéndose. Y el propio Gaspar, viendo solo la madera de la mesa muy cerca de sus ojos entrecerrados, no sabría responder a ese dilema tampoco, no sabía si estaba llorando o riendo, aunque al notar sus ojos húmedos supo que eran lágrimas y no lloraba tanto por Rico sino porque empezaba a asomar en él la certeza de que atraía a la muerte.

El alcohol había animado a la gente, aunque todos siguiesen perturbados por la noticia del cáncer de Rico y Pandora hubiese pedido que no sonase música disco sino de piano. Rico bajó de nuevo a la habitación de Gaspar a drogarse más, justo cuando él estaba mirando el interior de su armario para encontrar otra camisa limpia.

—Prefiero venir cuando estás tú por si me ve Pandora. Contigo aquí no entra.

Levantó el portalápices, hizo una raya y la esnifó. Volvió a tapar el montoncito.

—Luego no quedará ni rastro, lo prometo.

—¿No es mucha droga esa? —preguntó Gaspar.

—Ya, tengo que cuidarme o la droga podría matarme, ¿no? Esto no será nada con lo que me darán cuando me empiece a doler.

—¿Duele tu cáncer?

—Duele lo que está alrededor de él.

Gaspar asintió. En él se había instalado la repentina sospecha de que era mentira, de que no se iba a morir, y que simplemente estaba flaco y calvo y feo porque siempre había sido así de flaco y calvo y feo y aprovechaba la coyuntura.

—Parece que no te importa.

—¿Morirme?

Gaspar asintió. Rico miró la enorme mancha de su camisa y pareció responderle a ella.

—Supongo que me importaría más si llevase una vida feliz y tuviese a mucha gente que me quiere. Pero no es el caso. No es que me encante morirme, pero no voy a dejar muchas vidas rotas.

—¿No tienes padres?

—No. —Levantó el portalápices para hacerse otra raya pequeña y se la metió.

—¿Ni hermanos?

—Tampoco. ¿Cómo era tu madre?

Esto dejó a Gaspar algo descompuesto.

—¿Me enseñarías una foto de ella?

—No tengo ninguna.

—No te creo.

—¿Tampoco tienes amigos? —Gaspar intentó desviar la conversación.

—No.

—¿Por qué?

—Porque he escrito sobre ellos. Escribo sobre gente buena, vampirizo sus existencias y me acaban odiando. Funciona así. También acabarás haciéndolo.

—Pandora y todos aquí son tus amigos.

—Porque no he escrito sobre ellos.

—¿Por qué?

—Porque no son tan interesantes.

—¿Has escrito sobre los Ottaviano?

—Qué interesante pregunta. No, no he podido todavía. Deberías escribir tú sobre los Ottaviano, deberías ir a pasar el verano a su casa y escribir sobre ellos.

—¿Por qué?

—Estoy convencido de que esa sería tu gran historia, conocerlos y escribir sobre ellos. Y lo que no logres averiguar te lo inventas. Eso es lo más fascinante de escribir. Y mejor para tu salud mental. Lo que realmente le molesta a la gente cuando escribes sobre ella es que cuentes la verdad. Esta gente de aquí arriba son unos palurdos. No lo tolerarían.

—¿Pandora también es una palurda?

—La quiero, pero también.

—¿Yo soy interesante?

—Lo llegarás a ser, pero yo estaré muerto. Lo serás si vas a casa de los Ottaviano. ¿No te ibas a cambiar de camisa?

Gaspar asintió.

—Hazlo, déjame ver un cuerpo joven.

Gaspar se sintió incapaz de negarle nada a un condenado a muerte. Se dio la vuelta, miró su armario y se quitó la camisa. Sintió la mirada de Rico clavándose en su espalda.

—Date la vuelta, que te recuerde así. Piensa que ante mí serás siempre joven, la promesa de alguien interesante. Tú te harás viejo pero yo estaré muerto, así que captaré tu juventud eterna.

Gaspar se dio la vuelta. Rico lo estudió.

—Te recordaré siempre así. Así de guapo como eres ahora, con esa belleza que tienes que es tan insolente porque ni siquiera sabes que la tienes, con ese torso tan bonito que no te ha costado obtener porque simplemente está ahí. Esas son mis bellezas favoritas. Tienes mi belleza favorita. La verdadera belleza y el verdadero talento son lo mismo, algo que solo se puede apreciar desde el exterior de uno mismo. Perdona, estoy drogado y sentimental.

Gaspar también tenía bellezas favoritas, no sabía muy bien definirlas todavía, pero le afectaban de una forma especial y vivía una especie de enamoramiento profundo y fugaz cuando se las encontraba. En el hotel se podía enamorar cinco o seis veces al día, desde niño. Casi siempre le ocurría con chicos de su edad, como si existiese una enseñanza nunca verbalizada de que eran esos de los que se tenía que enamorar, aunque a veces también se sorprendía enamorándose de hombres mayores que le trataban con delicadeza y compasión desde el otro lado del mostrador de la recepción, con una mirada que él no había notado nunca en los pocos adultos que le habían rodeado mientras crecía y no sabía muy bien si era piedad, afecto o deseo sexual. Y luego esos hombres de los que se enamoraba de forma profunda y fugaz simplemente desaparecían de su vida y él los olvidaba. O no los olvidaba del todo, pasaban a ser una especie de fotografía de grupo de todo lo que había construido su identidad y de todo lo que él creía que podía llegar a ser, o del

poder que deseaba ejercer algún día. Precisamente cuando él empezó a ver en la mirada ajena ese aspecto vergonzoso, lastimoso y cobarde que sabía que proyectaba la suya ante esos hombres de los que se enamoraba durante segundos, fue consciente del poder enorme del que gozaba, pero por algún motivo que nunca se explicó siempre decidió no ejercerlo. Aquella noche frente a Rico se dio cuenta de que usar ese poder hubiese sido su mejor venganza, incluso mejor que darle una paliza, como había planeado, o incluso mejor que saber que iba a morir. Pero decidió no usarlo. Así que se abrochó una camisa limpia y le dijo:

—Tengo que volver a trabajar.

—¿Habéis visto a Timoteo?

El mono había desaparecido. La pregunta la hizo al principio Clemens en bajito, después empezó a preguntarlo también Reynaldo y a los pocos minutos la inquietud atravesó el salón y llegó a la cocina, donde Marieta preparaba los postres, aunque poca gente tenía ya hambre, y Gaspar picaba hielo para una nueva remesa de caipiriñas de mora mientras perdía su mirada en los azulejos de la pared. Alguien preguntó si todas las ventanas estaban cerradas. Pandora entró en la cocina visiblemente molesta y preguntó:

—Marieta, ¿qué se hace cuando se pierde un mono?

—¿Por qué tendría que saber yo?

Pandora optó por guardar silencio.

—Si ha desaparecido un mono tendrán que llamar a la Policía y que lo busquen —prosiguió Marieta.

—Será fácil que la Policía localice a un mono vestido de Hugo Boss —participó Ekaterina, que entró en la cocina porque buscaba más caipiriñas.

—No se puede llamar a nadie. —Era la voz de Reynaldo, que apareció al instante también en la cocina visiblemente nervioso—. No lo tenemos aún legal. Hay que buscar bien, que de casa no se ha ido. Que venga la Policía es peor, se lo llevarán.

Pandora se acercó a Gaspar y le dijo:

—Mira tú en mi cuarto, que a mí me da miedo.

Gaspar salió de la cocina, cruzó el salón principal, entró en el vestíbulo, bordeó el pasamanos de la escalera, enfiló por el pasillo que permanecía a oscuras a excepción de algunas velas y llegó al dormitorio de Pandora, que estaba tan frío como siempre porque ella consideraba que dormir en algo parecido a una nevera le mantenía la piel más tersa. El dormitorio estaba en penumbra, solo iluminado por dos lamparitas de sobremesa de luz tenue. Gaspar recordó el día en que Pandora lo había invitado a dormir. Observó los botes de pastillas en la mesilla. Caminó en silencio sobre la moqueta mullida hasta el cuarto de baño de Pandora. Era tan grande como el principal y olía muy fuerte a una mezcla de ambientador e incienso. Miró en la ducha, tras la mampara. Abrió un pequeño armario. Dentro no había ningún mono, solo más botes de pastillas y compresas para pérdidas de orina. Dejó la puerta tal y como la había encontrado y miró debajo de la cama antes de salir del cuarto sin encontrar al mono.

Estaba saliendo de nuevo al vestíbulo cuando Rico se le acercó con una sonrisa diferente, una que no había mostrado en ninguno de sus encuentros previos, le atrajo hacia el pasillo y se acercó mucho a él. Gaspar pensó que iba a besarle, que iba a atreverse a hacer por fin lo que llevaba queriendo hacer desde que habían charlado en su cuarto, y se le ocurrió que si le besaba él aprovecharía para darle la paliza que le quería dar desde hacía

semanas y así podría argumentar que había sido en defensa propia. Pero Rico no le besó.

—¿Dónde está? —Seguía aquella sonrisa torcida y nerviosa en su rostro.

—No está en la habitación de Pandora.

—No hablo del mono. Si querías probarla, yo te la ofrecí. Pero no me la robes.

Gaspar dejó a Rico solo en el pasillo, caminó de nuevo a toda prisa por el vestíbulo, bajó las escaleras mientras a su alrededor se movían cinco o seis personas vestidas de cóctel susurrando «¡Timoteo, Timoteo!» y, ya en la planta baja, enfiló por el pequeño pasillo que llevaba a su dormitorio. La puerta de su cuarto seguía abierta. El portalápices estaba tirado en el suelo. Y en la mesilla ya no había ninguna montañita blanca.

—Timoteo —susurró Gaspar.

No hubo respuesta. Miró bajo la cama, bajo la mesa, dentro del armario. Salió de su cuarto y volvió al vestíbulo. Se situó en el centro y miró hacia arriba. En la primera planta, al otro lado de la balconada, seguía el mismo trajín de personas bien vestidas entrando en una y otra puerta, agachándose, apartando las hojas de las plantas.

—¡Timoteo! ¡Timoteo! —gritaban sin soltar sus copas.

Y entonces, una voz familiar:

—¡Gas!

Era Pandora, que lo miraba desde arriba y lucía una sonrisa triste.

—Pandora —respondió Gaspar mirando al cielo.

Entre los dos seguía el ir y venir de personas buscando un mono, pero Gaspar sintió que, de repente, estaban los dos solos, tranquilos

y felices. Abajo, un par de personas abrieron la puerta de la casa, que salía al portal, y entró una brisa congelada.

—¡Timoteo! —gritaron hacia la calle.

—Gaspar, estás tan guapo con esa camisa limpia —le dijo Pandora, sabiendo que nadie los escuchaba y podía llamarlo por su nombre—. ¿Te puedes creer el desastre de esta noche? La mala noticia de Rico, ahora desaparece el mono...

Pandora suspiró. Gaspar se encogió de hombros. Y ahí amó a Pandora más que nunca, que en medio de todo aquel caos había encontrado un momento para mirarlo, decirle que estaba guapo y establecer una complicidad inaudita con él, como si los dos fuesen los señores de la casa, los dos únicos que entendían el funcionamiento del mundo mientras a su alrededor todos caminaban sin rumbo buscando a un animal disfrazado o esperando la muerte. Estaba a punto de decirle que no se preocupase, que todo se arreglaría, que pronto volverían a estar solo ellos, con Marieta, sin cáncer y sin monos. Se alegró, por primera vez, de aquella vida, de aquella casa, de que Pandora lo hubiese encontrado. El odio que había nacido en él pareció disiparse repentinamente. Se preguntó si aquello se parecía a una familia.

Y entonces lo vio.

El mono Timoteo estaba agarrado a uno de los apliques dorados de la altísima pared en la que comenzaba el pasillo, detrás de la balconada, detrás de Pandora, un metro y medio sobre su cabeza. Gaspar juraría que el mono también lo miró a él. Abrió la boca y alzó la mano. Señaló a Timoteo.

—¡Timoteo! —gritó—. ¡Está ahí!

Pandora se dio la vuelta para mirarlo y alzó los brazos. Gritó su nombre. El mono, con su plumífero, saltó del aplique hacia la cabeza de Pandora y, cuando esta empezó a chillar, Gaspar pensó que se

estaba riendo y él también se rio, nervioso, pero enseguida comprobó que Pandora se tiraba del pelo y golpeaba su propia cabeza con las palmas abiertas. Subió corriendo las escaleras sin perder de vista a Pandora y al mono. Vio, aún a lo lejos, cómo un reguero de sangre empezaba a caer por el rostro de Pandora. El mono la estaba mordiendo. Cuando Gaspar estaba a punto de llegar, cuando iba a agarrar al mono para quitárselo de encima, Pandora sacudió el cuerpo de una forma espasmódica para liberarse del animal y desapareció de golpe al otro lado de la barandilla. El mono abandonó la cabeza de Pandora en el aire arrancándole un mechón de pelo rubio platino, saltó hacia los invitados que estaban en la puerta, que se apartaron de un salto, y escapó a la calle haciendo unos sonidos agudos y espantosos. La cabeza de Pandora golpeó el suelo del vestíbulo con un ruido seco y sus pies y sus piernas lo hicieron sobre una consola de cristal donde aún figuraban algunas fotos de sus viajes con Charlie y un jarrón con las petunias que había llevado Ekaterina. El mueble se rompió bajo su impacto y tiró el jarrón con las petunias. Su cuerpo hizo una especie de crac al doblarse por la mitad, a la altura de la cintura, que sonó como el de una figura de porcelana al romperse.

Un corro se formó alrededor de ella. Gritaban:

—¡María José! ¡María José!

Gaspar permaneció inmóvil. Solo observaba desde la barandilla cómo otros cuerpos, en la planta baja, se movían nerviosos, unos llamando por teléfono a la ambulancia, otros dando vueltas sobre sí mismos, tapándose los ojos, y otros saliendo a la calle, como quien huye de una estampida. El cuerpo de Pandora permanecía en el suelo con una forma retorcida e imposible, casi patética. Gaspar se sintió impactado al ver su perfecto peinado convertido en unos pelos revueltos que dejaban ver alguna pequeña calva en su cabeza y su

boca abierta en un gesto casi obsceno que ella jamás hubiese hecho de forma consciente. Y, aun así, mantenía la elegancia. Rodeada de flores y con una foto de Charlie a sus pies, había una dignidad en ella que parecía existir más allá de la consciencia. Se fijó en su mano, con las uñas pintadas de color ciruela, con los anillos puestos. Juraría que estaba despidiéndose. Se preguntó si, en el cielo en el que ella creía, se habría reencontrado ya con Charlie o el proceso de búsqueda no sería rápido entre tantos millones de fantasmas. Gaspar alzó la vista. Mucho más allá, en la misma barandilla, en el punto en que esta rodeaba la escalera, enfrentado a él, vio a Rico, que le miraba fijamente, con la boca abierta, con un gesto mortecino, como si él hubiese muerto también en aquel instante. Si Gaspar aplanaba su mirada podría pensar que también lo estaba, tirado sobre un suelo que en realidad era una pared. Desde aquel suelo Enrique Piernavieja no podría elevarse hacia ningún cielo, seguro. No había cielo ni privado ni pequeño para Enrique Piernavieja. Gaspar se preguntó si existiría algún día uno para él.

Como Marieta creía en los fantasmas, como ella era una de las grandes valedoras de la teoría de Pandora de que Charlie aún caminaba por la casa, no durmió en toda la noche por si la dueña de la casa decidía volver también. Se quedó recogiendo todo lo que la Policía le dejó recoger, o sea, el salón principal y la cocina, pero nada en el recibidor. La Policía les recomendó también que pasasen aquella noche en otros cuartos que no estuviesen en la planta inferior, así que Marieta y Gaspar hablaron en la cocina de lo raro que sería dormir en el enorme dormitorio de Pandora y decidieron ocupar la habitación de invitados. Hicieron las camas gemelas en silencio. Un rato después, antes de acostarse, Marieta empezó a

llorar y se fue a la cocina. Gaspar la siguió. Ella se sentó en la mesa de centro, la aporreó y susurró:

—No quiero volver a Ramiriquí.

Gaspar le acarició el hombro. Ella acarició su mano de forma cálida.

—Deberíamos buscar un trabajo juntos —le dijo Marieta—, preguntar entre los invitados, permanecer juntos los dos y no separarnos, ¿no cree?

Y Gaspar asintió, pero supo que eso no iba a ocurrir y muy pronto dejaría de ver a Marieta. Comprendió que su vida sería siempre así. De repente, ir de un lugar a otro era algo que no percibía con resignación, sino con cierto pragmatismo: de ese modo podría vagar por el mundo y desaparecer a tiempo para evitar la muerte a su alrededor. Su madre había aguantado años, Pandora solo meses y lo de Rico estaba por ver. ¿De qué dependía el efecto que tardaba en hacer su maldición?

Fuera, rodeando el edificio, una patrulla se quedó esperando por si volvía un mono, pero nunca regresó. Enrique Piernavieja solo regresaría a aquella casa una vez más.

Una vez, cuando era pequeño, le había preguntado su madre:

—¿Has oído hablar de las ranas?

Y no se refería a las ranas en general, porque no había ranas paseando por la ciudad y tampoco creía que fuese la forma que tenía su madre de saber si prestaba atención en clase de ciencias naturales. Mamá hablaba de ranas de verdad, de una colonia que se había instalado en una obra abandonada cerca del hotel que, tras una época de intensas lluvias, se había encharcado y había creado una pequeña laguna.

—¿Las has visto? Han aparecido en la obra, de repente.

Gaspar, que era un niño todavía cuando lo de las ranas, se acercó a la obra y no las vio. Tampoco las vio al día siguiente, ni dos días después. Llegó a dudar de que las ranas estuviesen allí y lo descartó como otro delirio de su madre. Tras buscar información en un libro entendió el motivo: las ranas eran más activas de noche, cantaban de noche, salían al mundo de noche. Como su madre. También leyó, y esto le llamó la atención, que algunas ranas macho eran las que daban a luz a sus crías, porque se comían las huevas que había puesto la hembra, las tragaban, las incubaban en su estómago y después las cagaban. Eran padres y madres. Un día decidió escaparse después de cenar, caminó desde el hotel a la obra donde estaba la improvisada laguna y las oyó croar, pero no pudo ver ninguna. ¿Cómo lo hacía su madre? ¿Acaso tanta noche le había dado la capacidad de ver en la oscuridad, acaso llevaba una linterna

por si surgía la posibilidad de encontrarse con algún animal extraño? Lo intentó otras dos noches, ya furioso con las ranas, habiéndolas convertido en unos seres mitológicos que no podía morirse sin ver, rabioso con ellas porque se escapaban de su mirada como lo habían hecho otras tantas cosas en su vida.

(De su padre no se hablaba.)

(De las ranas sí se hablaba.)

La última noche en que decidió intentarlo volvió a la obra, se acercó a la laguna y las oyó de nuevo, pero no las pudo ver, así que regresó al hotel, y cuando estaba a punto de llegar, oyó el canto detrás de él, con una cercanía y un volumen claros. Al girarse estaba allí. Una rana. Lo había perseguido, aparentemente, y estaba mirándolo desde el suelo, dos esferas negras y brillantes y una boca extraña que parecía dibujar una sonrisa boba, un cuerpo verde y húmedo que parecía sudar, una lengua pegajosa, patitas palmeadas. Gaspar estaba a punto de decir algo cuando la rana dio un gran salto hacia él. Solo acertó a dar un respingo y después le propinó un pisotón. Sintió cómo el animal se deshacía bajo sus pies y un sonido seco y gomoso acababa con el canto de la rana a la vez que una mezcla de sangre de color marrón y restos de su piel húmeda salpicaba el cemento del suelo.

Volvió al hotel sollozando y se alegró de que su madre no estuviese, así ella no le preguntaría si había visto a las ranas.

Se acordaría de ellas años después, la primera vez que vio a uno de los Ottaviano. Se acordaría de su piel, de su mirada y de aquello de que, a su manera extraña, un macho podía ser una madre, a la vez un hombre y una mujer. De los Ottaviano aprendería más cosas, pero estas cosas, en concreto, fueron las únicas que aprendió sobre las ranas.

(Este es el monólogo de Enrique Piernavieja tal cual lo escribió Gaspar años más tarde, con alguna licencia literaria. Sucedió en el portal de Pandora, dos días después de su muerte, cuando Rico volvió una última vez, el día en que Gaspar abandonaba la casa. Gaspar anotó: el actor deberá ser calvo, ojeroso y feo.)

Supe exactamente el momento en que me recordaste, cuando me miraste con tanto odio y con la cara amoratada, que parecía que los moretones te habían salido solos, por el odio mismo. ¿Cómo no te iba a recordar si yo te traje a esta casa? Hice mis averiguaciones, supe lo de tu madre, ¡soy periodista, yo investigo! Y le hablé a Pandora de ti, le dije que te diese una oportunidad, yo mismo le dije que llamase a ese tal señor Romariz o Romanones. ¿Román? El señor Román. Tengo cáncer, Gaspar, no me pidas que acumule demasiada información en la cabeza, ahora mismo el cáncer lo ocupa casi todo, aunque hay una parte reservada a ti y por eso te estoy agradecido, porque a menudo he pensado en ti y cuando pienso en ti no pienso en el cáncer. Yo te traje a esta casa a estar con Pandora, porque aunque tú me consideres un ángel de la muerte, yo soy en realidad tu ángel de la guarda. ¡Y mira qué bien salió eso! Siempre supe que no me recordarías porque interpreto las miradas, y acerté con la tuya. Tienes demasiadas cosas en la cabeza como para poder absorber más, como para permitir que entre alguien de fuera. No dudo que podrías llegar a hacerlo, que alguien

podría entrar, pero desde luego no sería alguien como yo. ¡Pandora me habló de tu lista para recordar las caras! Calvo, flaco y feo. Es todo cierto, hay una admirable economía de palabras. Eso es lo que soy, ahora lamento no haber puesto esa descripción sobre mí en la solapa de mi próxima novela. Como no me dará tiempo a publicar otra, indicaré que lo hagan con todas las reediciones. Están esas solapas que dicen: «Vive en Madrid con su esposa y sus hijos». Yo pediré que escriban: «Ya no vive. Cuando vivía, nunca vivió con nadie. Y era calvo, flaco y feo». Y será mi guiño hacia ti, mi guiño desde el más allá. ¿Que si puse mi nombre completo en ese correo para que me identificaras, para que me descubrieras? Desde luego no lo hice del todo consciente, seguramente me había drogado, solía drogarme siempre en esta casa. Pídele tú a alguien colocado que analice las consecuencias de lo que hace, ¡cómo se nota que no frecuentas a muchos drogadictos! Aunque sé que lo harás, que los acabarás frecuentando si es que acaso no te conviertes tú en uno. Hay un campo gravitacional que compartimos. Lo mejor de todo es que lo iba a dejar, me refiero a las drogas, y de repente, ¡pumba!,

(En aquella conversación Enrique Piernavieja no utilizó la expresión «pumba», pero la madre de Gaspar la utilizaba a menudo y está en muchos de sus textos.)

... un tumor maligno, un anuncio del fin. Mucha gente lo hubiese dejado para, ¡ja, ja, ja!, para vivir sus últimos meses. Yo no. Así que probablemente puse mi nombre en aquel papel sin medir del todo las consecuencias, pero con la intención impensada, aviesa y algo infantil, lo reconozco, de medirte a ti, de comprobar si me recordabas. ¡Y me recordaste! Siento lo de tu madre. ¿Cómo iba a saber? Tengo sentimientos, pero no puedo usarlos al escribir. Un

escritor se debe a lo que escribe, no a los que salen en lo que escribe. Pero eso ya lo descubrirás. Me recordarás con indulgencia, puede que hasta con ternura. Me encantaría que lo hubiésemos hablado aquella noche, tal vez las cosas habrían salido de otra manera y por un simple giro del destino, por el aleteo de una mariposa en Brasil... no hubiese ocurrido lo de Pandora. Pero antes de eso, antes de la tragedia, ¡mira qué bien salió! ¡Mira qué feliz has sido en esta casa! Por eso debes fiarte de mí cuando te digo que te vayas a casa de los Ottaviano. A conocer mundo, a viajar por primera vez, a ver el mar.

(El actor guarda silencio, aunque nadie le da la réplica.)

¿Que nunca has visto el mar? ¡Lo sabía! Hay una especie de gesto mohíno y triste reservado a la gente que nunca ha visto el mar. Y encima eres virgen, claro. Doble gesto mohíno. Te sienta bien ahora, pero los mismos gestos que son encantadores durante la juventud se vuelven monstruosos con la edad. Piénsatelo. Si quieres dejar de ser virgen, no lo de ver el mar. Ver el mar es algo que debes hacer cuanto antes. Lo considerarás, ¿verdad? Son unas personas curiosas, los Ottaviano. Escríbeles una carta de presentación, yo se la haré llegar. Estimados señores, dos puntos, tengo experiencia trabajando en un hotel y en la casa de una señora importante de Madrid. Solo para que vean lo profesional que eres. No te asustes por el accidente, a sus rostros se acostumbra uno al cabo de dos días, como quien se acostumbra al agua caliente..., no sé si esa comparación ha sido afortunada. Solo hay una cosa, un asunto que tal vez te aclaren ellos también, pero que quiero que sepas antes de ir: no puedes hacer preguntas. Hacer preguntas en la casa de los Ottaviano está prohibido. Solo respeta eso y todo lo

demás irá bien. No hagas ni una sola pregunta. No, no te preocupes, no debes preguntarles si quieren el café frío o caliente. Sabrán dar órdenes. Yo tampoco entiendo esa norma, es curiosa. Probablemente llevan toda su vida respondiendo preguntas y se han jubilado de eso, como un camarero que no quiere volver a ver un solo plato. El trabajo es sencillo, serás un asistente para ellos y tendrás tiempo libre para conocer la isla, bañarte en el mar. Bien sabe Dios que iría yo mismo si pudiese, pero ellos han sabido de ti, han sabido de tu situación, también que eres escritor, y están muy interesados en conocerte. Ellos son ricos, podrían ser tus mecenas, ¿sabes qué es un mecenas? Aprovecha esta oportunidad, no la rechaces solo porque te la ha ofrecido un hombre malvado, calvo, flaco y feo. ¡Y próximamente muerto! Ese debería ser el título de mi novela, *Próximamente muerto*. Me pregunto si estoy a tiempo de cambiarlo. ¿Sabes que te la he dedicado? Lo he hecho porque te lo debo. No solo por el artículo sobre el hotel y por lo de tu madre, también porque pienso en ti. No es una dedicatoria desde el arrepentimiento, sino desde el afecto. Porque pienso en ti, Gaspar, y, cuando pienso en ti, no pienso en la muerte.

(Enrique Piernavieja murió pocos meses después.)

PARTE 2
LA CRIATURA

Estimados señores:

He trabajado durante años en un hotel y durante varios meses en una casa de Madrid como asistente para una señora importante hasta su muerte. Tengo don de gentes, sé servir en fiestas, recordar las preferencias de cada comensal e interesarme por sus vidas sin parecer entrometido. Sé solucionar pequeños incidentes domésticos de electricidad, fontanería, carpintería, cerrajería y pintura. Domino todas las tareas del hogar excepto la cocina, pero me han dicho que ya tienen ustedes una cocinera. Sé hacer labores básicas de cafetería detrás y delante de barra y tengo el carnet de manipulación de alimentos. No tengo el de conducir, pero me han dicho que ya tienen ustedes un chófer. A cambio, camino mucho y rápido. Puedo hacer de secretario, tengo pequeñas nociones de economía y sé llevar cuentas y cuadrar cajas. Cuido mi imagen, soy organizado, manejo bien el estrés, conozco los protocolos de higiene, me adelanto a las necesidades de los demás y podría trabajar bien en equipo, pero prefiero un trabajo que haga yo solo. No les molestaré cuando no deseen ser molestados, también soy experto en ser invisible. No me supone ningún esfuerzo, lo agradezco. Solo, invisible, es mi manera favorita de estar.

(Esto es lo que Gaspar escribió, muchos años después, sobre Eva e Iván.)

Había una pareja en la isla que siempre estaba o bien gritándose o bien besándose de forma apasionada, como si una cosa sucediese de forma inevitable a la otra y también como si estuviese interpretando los episodios breves de una relación destructiva ante un público que observaba desde las terrazas, las tiendas, los barcos o los coches. Nadie allí entendía el español, pero no importaba demasiado: había algo en sus intercambios de miradas que funcionaba como lengua franca del dolor. Verlos discutir era un espectáculo, sus peleas eran una ópera. Se diría que verbalizaban un rencor que llevaba años en barbecho, que se profesaban un amor y un odio que eran mucho más antiguos que ellos mismos. Si a los que presenciaban sus peleas o sus reconciliaciones les hubiesen dicho que solo se conocían desde hacía cinco años no se lo hubieran creído, porque aquella coreografía del reproche parecía ensayada durante décadas. Pero se habían enamorado rápido, se habían leído el uno al otro hasta las profundidades. Hablaban rápido, caminaban rápido, había una urgencia en los dos por llegar a algún lugar y no sabían exactamente cuál era, pero consideraban que era mejor hacerlo en compañía. Siempre solían pelearse en el puerto, como si aquel lugar los enfureciese especialmente por alguna manía nunca resuelta a las embarcaciones o porque los insultos que se habían

dedicado una tarde los recuperaban los vientos de la tarde siguiente en el mismo lugar y creaban un bucle eterno que hacía de todos los días el mismo. Y se escuchaba siempre decir a ella:

—¡Vine aquí por ti!

Y a él nada. A veces también le decía ella:

—¡Ni estarías vivo si no es por mí!

Eso era por cuando a él le dio la segunda sobredosis y ella lo llevó al hospital en un coche sin saber conducir. Al principio le dolía que ella se lo recordase, pero se lo recordaba tanto cuando se encontraba acorralada en las discusiones que al final el reproche ya sonaba igual que la sinfonía sorda del viento y la palabra sobredosis empezaba a resultar fonéticamente calcada a otras palabras de cuatro sílabas como anticuario, mandarina o estibador. Ella era una mujer que parecía haberlo apostado todo al peinado, alguien que parecía haber cuidado mucho más de su cabellera que de su rostro, su cuerpo o su autoestima. No era fea, de hecho se podía intuir que había sido bellísima con veinte años, pero también que había tomado la decisión de hacer que su peinado, media melena a lo Cleopatra, hablase por ella y dominase su cuerpo entero. Y no le había salido mal: aquel pelo la convertía en una mujer más elevada y digna de lo que realmente era, le confería cierto aspecto de estrella de Hollywood si uno la miraba desde una distancia prudencial y, sobre todo, la hacía fácil de dibujar, y ella siempre se enamoraba de los hombres que la dibujaban y decidió llevar un peinado que fuese fácil de dibujar, o bien decidió llevar un peinado que fuese fácil de dibujar para que a cualquier hombre le resultase fácil dibujarlo. Esa salvedad en el orden de las cosas todavía no se la había aclarado a sí misma. Él le gustó no solo porque la dibujó, sino porque a los pocos días de conocerla se presentó en el bar en el que

ella trabajaba, le enseñó el brazo y allí estaba ella, tatuada, se la había dibujado debajo de la piel.

(Aunque el tatuaje no se lo había hecho entonces y esa mujer no era exactamente ella, pero esto Eva no lo sabía todavía.)

Y le gustó aún más cuando él le dijo:

—Lo malo es que ahora solo me podré follar a mujeres con este peinado. Lo bueno es que hay muchas que lleváis el mismo.

Y ella le dio un bofetón y justo después un beso largo, con lengua, delante de mucha gente, allí en el bar, y eso más o menos marcó para siempre cómo iba a ser la relación y lo mantuvieron allí en la isla cuando llegaron: un beso, una hostia; un beso, una hostia; un beso, una hostia. Ninguno de los dos recordaba muy bien el nombre de la isla. Siempre se les olvidaba. Entonces lo volvían a buscar, pero los letreros estaban en griego. Justo eso, olvidar donde estaban, era lo que los anclaba al otro, porque los convertía mutuamente en la tierra y en el mapa. Tras cada discusión, tras pegarse, ella gritaba:

—¡Ojalá no hubiéramos venido a...!

Y miraban a un lado y hacia el otro, por si más allá de la copa de algún terebinto, un ciprés o un olivo o tras las cuerdas en las que colgaban cadáveres de pulpos secándose al sol había casualmente algún cartel que indicase el nombre de la isla, pero nunca lo había o no lo sabían leer, y al encontrarse de nuevo sus miradas de estúpidos se volvían a reconocer en el otro, a enamorarse un poco más, durante un rato más, y ambos albergaron la esperanza de seguir así, enamorándose solo durante un rato más hasta el día en que desapareciesen.

Él también había sido guapo de joven, uno de esos guapos que siempre eran el más guapo de cualquier habitación llena de guapos, y a sus treinta y siete años aún lo era con su rostro cuadrado y esa

mandíbula enorme. Era más joven que ella. También lo parecía. Ella había pensado que alguien con esa mandíbula solo podía haber aparecido para protegerla, además de para dibujarla, y también pensaba que su nombre, Iván, solo podía ser el de un hombre fuerte y protector, e incluso había fantaseado con que el hecho de que ella se llamase Eva y él Iván, como en una Biblia escrita por un apóstol disléxico, tenía que ser más que una casualidad, tenía que ser una señal. También se había equivocado en eso: no era una señal, era simplemente otra casualidad, y además nunca habían tenido ni tendrían hijos para poder cumplir su fantasía de llamarlos Zaín y Axel en vez de Caín y Abel. Como parte de esta broma, Iván le decía a veces que ella era la única que rompería el equívoco al ser la única que tenía el nombre igual que en la Biblia.

—Si yo soy Iván en vez de Adán tú no te puedes llamar Eva. Tú tendrías que ser Fea. Iván y Fea.

Y ella le daba un bofetón.

—Y los días en que estés especialmente fea —continuaba él sin inmutarse, con aquel rostro que podía aguantar todos los golpes del mundo— te llamaré sofea.

Y ella le daba otro bofetón.

—Pero serás Sofea Loren.

Y como lo de Sofea Loren le hacía muchísima gracia dejaba de darle bofetones y le daba un morreo con lengua. En realidad le hacía gracia que él renunciase a madurar, que siguiese interpretando a un veinteañero despistado y jovial para el que todos los problemas eran asuntos a corto plazo. Alguna vez llegó a pensar que si seguía a su lado era, en parte, por saber hasta cuándo podría arrastrarlo, si su relación podría pasar algún día de ser la de un adolescente y su madre a ser la de un adolescente y su abuela.

Él, aparte de un rostro de cemento armado que nunca se ponía rojo porque en vez de sangre solo discurría bajo su piel una mezcla de caliza y arcilla, tenía un cuerpo fornido a base de haber encadenado trabajos que implicaban cargar cosas o estar de pie durante horas, aunque había echado cierta barriga que le daba un aspecto cómico: arriba pectorales, abajo barriga. Ella le decía a veces que si había alguna remota posibilidad de que uno de los dos estuviese embarazado tenía que ser él. Y él le aclaraba:

—Desde luego, con todo el speed que te metes.

Y ahí ella lo abofeteaba de nuevo y le recordaba, volviendo a ejercer de madre, que si alguien había sufrido dos sobredosis era él, que si uno de los dos había salvado la vida del otro era ella, y luego se besaban. Se pegaban, se besaban, se pegaban, se besaban, y se consolaban pensando que las cosas tenían que ser así, como si viviesen en una película francesa, como si los sentimientos fuesen lo único valioso que poseían y debiesen llevarlos siempre fuera, exhibirlos ante los demás como otros exhiben sus joyas, y cuidar de que no se cayesen sobre la tierra color ocre de la isla.

En aquella isla el speed era baratísimo, así que Eva e Iván estaban tomando más del que debían, aunque menos del que habían tomado en épocas anteriores. Por eso a menudo se consolaban el uno al otro diciéndose que ahora lo hacían menos, que ya no era como antes. Cuando él acababa en el supermercado iba al bar donde ella servía *very cold beer* y *tasty mojito* y empezaban a drogarse por la tarde, y cuando ella acababa el turno en el bar iban por los otros bares del pequeño puerto, luego los que estaban en la plaza central, a la que iba a dar el río birrioso que arrastraba desde la montaña más piedras que agua, e iban subiendo el pueblo, parando de bar en bar, se pedían cerveza, se metían una raya, y cuando cerraban los bares, si no les dejaban quedarse

porque habían invitado a una raya también al camarero, con Eva a veces fabulando la idea de que el contrato entre los tres se convirtiese más en erótico que en empresarial, iban a la playa, se bañaban por la noche y follaban a veces si Iván podía, aunque casi nunca follaban estando drogados porque la droga era el clímax, un clímax estúpido que siempre se quedaba a medias prometiéndose que el siguiente gramo sería mejor y el clímax definitivo, y follaban en realidad a la mañana siguiente, que podía ser o la mañana siguiente o la tarde o la noche, según la hora a la que hubieran acabado. Después se prometían no volver a hacerlo, pero era una promesa vana, provisional, como la de quererse para siempre. A veces se drogaban tanto que las narices se les taponaban y el speed de las últimas rayas, incapaz de iniciar un camino de ascenso, se caía de sus fosas nasales cerradas a cal y canto como una nebulosa de polvo blanco a cámara lenta. Y entonces en aquella cálida isla del Mediterráneo nevaba por primera vez.

Como ya había llegado el calor sin anunciarse, como se había instalado de un día para otro aunque la primavera acababa de empezar, había mucho más speed, también días más largos, así como golondrinas y currucas que habían pasado el invierno más al sur y necesitaban buscar climas menos cálidos y se encontraban con los turistas que venían buscando precisamente lo contrario, y todos se juntaban allí: pájaros, turistas, Eva, Iván y el speed, formando un remolino ligero en primavera y un tornado danzarín de piernas, brazos, gorras y cámaras de fotos cuando llegase el verano. Y luego estaban los que venían a trabajar, como el chico que en su segundo día en la isla conoció a Eva e Iván y lo supo todo sobre ellos, en parte porque lo verbalizaron, porque no callaban nunca, y en parte porque él sacó sus propias conclusiones. Y sus conclusiones

resultaron ser correctas, o al menos lo serían durante unas tres semanas.

(Ese chico es Gaspar.)

(Esto nunca lo escribió Gaspar.)

Gaspar llegó por la noche en avión a una isla, en esa isla le condujeron en silencio a un puerto, en ese puerto tomó un ferry y ese ferry le llevó a otro puerto en el que acababa de amanecer. Una mujer de pelo corto, gigantesca, demasiado abrigada para el calor primaveral que prometía aquel día soleado, pronunció su nombre cuando bajó del ferry con un acento que sonaba bruto y podía ser alemán o polaco o sueco o finlandés.

—Gássss-parrrr!

Así, con el acento donde no tenía que ir. Y él sintió que había vuelto a la casa de Pandora, que su nombre volvía a conocer nuevas variantes y su identidad volvía a ser maleable, aunque lamentó que aquella mujer no fuese Pandora y que resultase tan diferente a ella. Luego señaló un coche amplio con las lunas tintadas. Caminando hacia él observó de nuevo el mar. Ya lo había visto en el ferry, cuando empezaba a amanecer, desde la ventana, y no pudo evitar recordar las palabras de Rico sobre el rictus mohíno y triste que tiene la gente que siempre había vivido lejos de él. Se preguntó si existía la posibilidad de que su rostro hubiese cambiado por haberlo visto al fin. Pero como se iba fijando más en el reflejo de su propio rostro en el cristal que en el mar que había tras él no miró lo suficiente al mar, así que se convenció de que su gesto no había cambiado, que seguía siendo el mismo de siempre y por tanto la

teoría de Rico era falsa, o bien el mar simplemente no le había gustado, o no había mirado lo suficiente hacia él, o aquel no era el mar que había que observar para que a uno le cambiase la expresión de la cara. En realidad, aquel le pareció algo deslucido al lado del que había visto en las fotografías, en las que el azul era más intenso y el sol lo bañaba de una manera más espectacular. Tal vez solo debía esperar. Y aunque el mar le diese igual, el paisaje tenía la belleza prometedora de todos los amaneceres, de cuando las cosas aún permanecen silenciosas, concebibles y propicias.

La humedad se le pegaba a la piel y parecía envolverlo todo en una bruma invisible. Olía raro, a una mezcla de tierra mojada con algo metálico y algo podrido. Supuso que así olía el mar. Había gaviotas, que le resultaron especialmente feas, tan grandes, con aquellos picos que parecían un arma y aquellas miradas que parecían esconder secretos sobre el lugar. También odió el ruido que hacían. Gaspar tenía cierto interés por las islas del Mediterráneo y había leído cuentos divertidos sobre los volcanes de las islas Cícladas, pero le ocurrió que al poco de estar allí se le olvidó cómo se llamaba aquella isla en concreto. Hubiese preguntado a la mujer gigantesca que iba en el asiento de delante del coche, pero no hablaba español. Tampoco el chófer. El coche se detuvo ante un portón apenas cuatro minutos después y Gaspar supo que ese camino se podría haber hecho andando y que apenas le llevaría veinte minutos llegar al pueblo.

Se abrió el portón, cruzaron una parte arbolada, llegaron a otra parte llana de césped de un verde irreal y brillante que nadie parecía haber pisado. A un lado había una casa blanca y fea que parecía haber sido construida recientemente, al otro, una amplia piscina junto a un cenador, más allá de la piscina y el cenador, árboles que parecían olivos, cipreses, limoneros y almendros, y al fondo, un alto

muro de la misma piedra de la piscina que tenía una puerta enrejada y a través de la que se adivinaba la playa. Gaspar cargaba con una maleta pequeña en la que llevaba todas sus cosas. Su ordenador portátil, jerséis grises, camisetas blancas, pantalones vaqueros, dos pares de zapatillas. También la camisa elegante de Etro que había pertenecido a Charlie. Sus únicos zapatos los llevaba puestos. Podría haber tenido una revelación sobre lo poco que es necesario para moverse por la vida mientras volvía a hacer la maleta al abandonar la casa de Pandora, pero esa revelación ya la había tenido y no había sido ni tan siquiera cuando hizo por primera vez una maleta para mudarse a casa de Pandora desde el hotel, sino cuando vació el armario de su madre y se dio cuenta de que esa presencia inmensa que había moldeado su vida entera dejaba tras de sí, en el mundo material, la ropa equivalente a lo que cabría en una maleta, así como varios mecheros, un bote de colonia, un cartón de tabaco sin terminar y su carnet de identidad. Vivir en un hotel enseñaba a no acumular. Los libros que leía acababan en la biblioteca. Pocas cosas de su madre quedaban ya en el mundo físico. Si las comparaba con las que había dejado Pandora podría decir que Pandora había vivido una vida veinte veces más larga. Gaspar hubiese guardado la ropa de su madre, hubiese extendido una de sus blusas, una de sus faldas y sus zapatos sobre la cama y lo hubiese rociado después todo con su perfume de los domingos para acostarse al lado del conjunto y creer durante un rato que su madre seguía viva, pero decidió deshacerse de todo por el miedo a poder llegar a hacer eso y a que pudiese llegar a gustarle. Por el miedo a ser uno de esos hijos que evocan continuamente un fantasma, como Pandora evocaba al de Charlie. Su madre jamás había mencionado a la gente a la que había perdido, y él tenía la sensación de que eran muchos, pero también sentía que debía estar agradecido: gracias a no mencionar a

esos fantasmas, Gaspar no los había heredado. Gaspar estaba libre de historia familiar, de una idea sobre sí mismo, pero también de traumas. A veces se sentía tan libre en ese sentido que le provocaba cierto miedo: no tenía nadie a quien decepcionar, salvo a sí mismo. Cualquier error que cometiese lo pagaría él solo.

—Gássss-parrrr!

Era la mujer gigante gritándole de nuevo. Lo guio hacia la puerta principal de la casa, en parte de madera, en parte de cristales de colores y en parte de metal, y parecía más grande que cualquier puerta principal que Gaspar hubiese visto. Pero no la atravesaron. La mujer pasó de largo, rodearon la casa y llegaron a otra puerta más pequeña que la anterior y aun así más grande que cualquier puerta normal que Gaspar hubiese conocido. Gaspar llevaba puesta una camisa blanca, una corbata de flores chillonas y unos pantalones de pinzas color caqui cuyo forro interior era naranja. Toda la ropa la tenía desde adolescente, era lo que su madre consideraba elegante para los días en los que había que parecer un hombrecito formal: cuando el director del hotel anunciaba que iba a acudir de visita (al final nunca acudía), para el último día del instituto cuando había que recoger las notas (hubo un día que realmente fue el último porque empezó a trabajar en el hotel y nunca volvió) o cuando había fiestas a las que había que acudir elegante, sobre todo las religiosas, que su madre respetaba porque le había dado por ahí. Gaspar acabó suponiendo que le daban un aura de respetabilidad y de orden a su vida. Podía acudir con resaca o sin haber dormido, pero llevar a su hijo a ver el nacimiento en Navidad o a golpear al burro con una palma el domingo anterior a la Semana Santa era una tradición, algo que la convertía en una mejor versión de sí misma. Ella nunca acudía elegante, ella iba desastrada como siempre, pero ponía elegante a Gaspar y lo hacía así consciente de que era su

representante ante el mundo, de que le había entregado el poder de convertirla a ella en una mejor madre y una mejor mujer de lo que era, así que sonreía de forma luminosa a todos los que miraban: al cura en la iglesia mientras admiraban los laguitos artificiales en miniatura del nacimiento y a las señoras que, al ver que de nuevo su madre vestía una minifalda demasiado corta para el frío que hacía y volvía a llevar el pelo teñido de rubio platino, apretaban fuerte sus rosarios.

Pandora le había dado otra ropa elegante a Gaspar, le había comprado camisas blancas, corbatas de estampados minimalistas y pantalones con un corte más juvenil, además de las cosas de Charlie que le había regalado, pero él supo que no era eso lo que tenía que ponerse para llegar a casa de los Ottaviano. En casa de los Ottaviano tenía que presentarse elegante y Gaspar sabía que cuando un hombre se pone elegante solo se pone elegante para su madre.

La mujer gigante cruzó la puerta y señaló una amplia cocina que terminaba en unas escaleras estrechas.

—*Up* —dijo la mujer gigante, y señaló hacia arriba.

Gaspar miró hacia el techo.

—*Up*. —La mujer giró con suavidad la cabeza de Gaspar, como si fuese la de un muñeco, hacia las escaleras.

—*Up* —respondió Gaspar.

Los dos subieron y siguieron un pasillo con algunas puertas en las que se veían otros dos dormitorios vacíos, un cuarto de lavado, uno de planchado y otro lleno de productos de limpieza. Al final del pasillo había un dormitorio enorme con un amplio ventanal que daba a una de las zonas arboladas del jardín. Dentro había una cama grande, una mesilla, un armario, una pequeña nevera y un escritorio, todo sobre una moqueta mullida y una puerta que daba a un aseo amplio con una ducha sin cortina.

—*You* —dijo la mujer señalando alrededor.

—*Me* —susurró Gaspar dejando la maleta sobre la cama. Se acercó a la ventana. Tras los árboles del jardín se veía un muro y, detrás, más árboles. Al fondo, las montañas desnudas, enormes rocas de color marrón quemadas por el sol. La mujer señaló unos papeles encuadernados por una anilla que descansaban sobre la mesilla.

—*Instructions* —susurró.

—Instrucciones —respondió Gaspar, de repente convertido en intérprete para sí mismo. Y luego preguntó—: ¿Dónde están los Ottaviano?

La mujer frunció el ceño, hizo un gesto con las manos y después se llevó el dedo índice a un oído y dijo algo en un idioma que sonaba bruto y podía ser alemán o polaco o sueco o finlandés. Repitió:

—*What?*

Gaspar pronunció las sílabas con tanta precisión que sus palabras podrían haber sido interpretadas por un lector de labios desde las montañas.

—*Ot-ta-via-no.*

La mujer dibujó una rueda con su dedo índice.

—*Tomorrow*.

—Mañana —repitió Gaspar asintiendo con la cabeza.

—*Magnana* —confirmó la mujer y a continuación señaló al suelo —. *Today, free*.

—Hoy, libre. —Gaspar se sentía repentinamente bilingüe, aunque apenas hubiese hablado inglés en su vida.

—*Today, free*.

La mujer gigantesca y demasiado abrigada para la temperatura de la isla abandonó el dormitorio cerrando la puerta de forma suave.

Gaspar devolvió la vista a los árboles mecidos por el viento, al muro de hormigón, a las montañas que parecían haber ardido tiempo atrás, y se preguntó si era demasiado joven para estar completamente solo en una isla cuyo nombre era incapaz de recordar o demasiado mayor para sentir, por ello, una excitación tan pura y cándida.

Deshizo la maleta, probó su cama, olió las sábanas, apagó y encendió las luces un par de veces, cerró las cortinas y las volvió a abrir, dedicó varios minutos a admirar en silencio aquella habitación tan grande que ahora le pertenecía en parte. Era tres veces más grande que la que compartía con su madre en el hotel y tal vez cuatro o cinco más grande que la que tenía en la casa de Pandora. Era como si en aquella casa, en aquella isla, estuviese disponible todo el espacio físico que faltaba en el resto del mundo. Después atravesó el pasillo mirando de reojo todas las estancias vacías. El cuarto de la plancha donde no había ropa, los otros dos dormitorios donde no parecía dormir nadie. Bajó las escaleras y enfiló hacia la puerta por la que había entrado con la mujer gigantesca. De nuevo en el jardín, rodeó la casa y regresó a la zona de la piscina, donde había una enorme mesa de piedra rodeada de sillas pulcramente alineadas bajo un cenador donde parecía que hacía mucho que no cenaba nadie. El suelo de tablas de madera crujía bajo los pies de Gaspar. Se acercó de nuevo a la casa, hacia unos ventanales que se alzaban sobre él como gigantes, miró a través de ellos y pudo entrever el salón enmoquetado, amueblado de forma extraña y escasa, con varios sofás, una mesa de mármol, un par de mesas de centro y una chimenea que le resultó curioso ver allí, en una isla donde se suponía que hacía calor. Llegó a la conclusión de que

poner cosas enormes en lugares donde no eran en absoluto necesarias era más o menos en lo que consistía ser rico. Continuó bordeando la casa. Había otro salón más pequeño, visible a través de otro ventanal, y más allá del salón, unas escaleras curvas y amplias que subían al primer piso y le recordaron a las de la casa de Pandora, pero estas no tenían ni gente, ni ruido, ni brío. Ni tan siquiera moqueta. A su lado, un moderno ascensor con paredes de cristal. Después vio su propio reflejo en el cristal y se preguntó por qué estaba observando la casa a través de las ventanas si ahora él vivía dentro. Se preguntó si acaso no llevaría haciendo eso toda su vida.

Había un par de personas en el jardín: una arreglaba arbustos, otra salía de una caseta cercana a la piscina con herramientas de metal.

—Hola, *hello* —dijo Gaspar saludando con la mano.

Pero no le respondieron.

Volvió hacia la zona de suelo amaderado de la piscina. La rodeó y se acercó a los árboles, cruzó un camino hecho de la misma madera y llegó a una puerta de metal en cuya cerradura había una llave. La giró y salió a la playa, donde el mismo camino de madera continuaba hasta un amplio rectángulo en medio de la arena con un toldo bajo el que había una mesa, unas sillas y un par de tumbonas. Se quitó los zapatos para caminar por la arena. Lo encontró placentero, aunque la arena no era la misma arena que había visto en fotos de otras playas o que se adivinaba en las películas cuando los amantes retozaban sobre ella y los granitos se les pegaban como el empanado de las croquetas. Esta era más gorda y estaba llena de piedras y conchas. A veces pinchaba. Se acercó al mar, metió los pies en el agua y le pareció que estaba fría. Se preguntó si habría algún protocolo para meterse en el mar, especialmente en la casa de

unos millonarios; se preguntó, de hecho, si él podía meterse, si el mar formaba parte de la propiedad como lo formaba la piscina (sabía que no se esperaba de un trabajador que se metiese en la piscina) y si por tanto estaría vetado para él. Pensó en hacerlo entonces, en meterse en el mar aprovechando que los Ottaviano llegarían *tomorrow, to-mo-rrow*, mañana, pero a la vez le dio pereza porque no le apetecía volver a su cuarto para ponerse el bañador de estampado paisley que le había regalado Pandora la noche de la fiesta tropical y también le dio miedo por si el agua fría le provocaba un resfriado y se presentaba enfermo en su primer día de trabajo. Así que se limitó a caminar por la playa, que no era demasiado grande, y cuando la playa terminó y aparecieron unas rocas que no eran difíciles de trepar descubrió que estaba en una carretera, la misma que lo había llevado hasta la casa, y que si caminaba cuesta abajo por la carretera llegaría al pueblo, que se divisaba cerca. Así que eso hizo. Caminó a buen ritmo, llegó al pueblo en apenas quince minutos, cruzó un río casi seco, triste, que arrastraba más piedras que agua y a lo lejos, en el puerto, vio a una pareja que discutía a gritos y sintió una emoción indecible porque enseguida se dio cuenta de que estaban discutiendo en español.

El pueblo era blanco, blanco entero, como si le hubiesen tirado un cubo gigante de cal encima. Las calles empedradas serpenteaban entre edificios pequeños, de apenas dos plantas, y lo sobrevolaba la calma extraña de quien parece esperar a una marabunta. Los pocos restaurantes abiertos lucían tres o cuatro mesas montadas en las terrazas y unas cuantas más apiladas junto a un muro. También había tiendas de souvenirs. Gaspar había comprendido cómo funcionaban los souvenirs al ver a su madre acariciar una cadena fea

e insignificante como si fuera algo precioso: eran objetos estúpidos sobre los cuales la gente proyectaba recuerdos hermosos. Y cuando la acariciaba, musitaba:

—Ah, ¡la playa!

Gaspar le había preguntado alguna vez qué playa era aquella, pero ella solo respondía:

—Una playa.

Tantas veces había respondido «una playa» que Gaspar había pasado años, más de los que se atrevía a admitir, pensando que solo existía una playa, y las que aparecían en televisión o en las fotografías de las revistas eran siempre diferentes planos de la misma, que en una perspectiva tenía edificios, en otra montañas y en otra palmeras tropicales. En alguna ocasión había inspeccionado la cadena por si tenía el nombre de aquella playa, pero era un garabato a medio terminar que dibujaba una o inconclusa cuyo trazo caía antes de poder completar la letra entera.

Buscó en aquel escaparate algún imán o taza por si en ellos aparecía el nombre de la isla, que había olvidado en cuanto puso un pie en ella, pero no tuvo suerte. Pensó en volver sobre sus pasos para buscar a la pareja de españoles que peleaban en el puerto y así preguntárselo, pero ante sus ojos apareció una iglesia, después un bar y decidió meterse en el bar, tontamente emocionado porque era la primera vez que iba a un bar solo, pero descubrió que no había una barra en la que apoyarse y pedir algo, como hacía su madre. Solo unas cuantas mesas de madera ya dispuestas para comer. Y al cerciorarse de que tampoco sabría muy bien qué pedir, salió para meterse en su lugar en la iglesia, pero la iglesia estaba cerrada, así que volvió al puerto, donde la pareja española que se gritaba ya no estaba. Miró al mar, ya bajo la molesta luz del sol del mediodía, y volvió a ser incapaz de sentir una emoción especial, era de hecho

más feo que por la mañana. Se preguntó si a su madre le habría ocurrido lo mismo cuando había visto el mar, si sufriría de su misma impericia para apreciar el tipo de belleza que tan fácilmente parecía conmover al resto. Después se volvió andando a la casa de los Ottaviano, entró por el jardín abriendo con su llave la puerta de hierro de la playa, se acercó a la cocina y comió lo que le ofrecía una mujer menuda de rasgos orientales y muy silenciosa que le hizo echar de menos a Marieta. Regresó a su dormitorio y leyó los documentos encuadernados con anillas, donde se fijó en algunas palabras sueltas. Rehabilitación. Antisépticos. Baños especiales. Terapia TENS. Corticoides. Vitaminas. Protector pantalla. Folículo piloso. Amanecer 6.30 a. m. Desayuno 7.00 a. m. Bañera exterior. Playa. Cenador. Sombra, sombra, sombra. Al final, en un apartado especial, y escrito en negrita:

No están permitidas las preguntas.

Se acostó pensando en echarse una siesta y volver a conocer el pueblo cuando cayese la tarde, las farolas estuviesen encendidas y lo regasen todo de una luz más acogedora, pero en su lugar solo pudo entristecerse ante el silencio tétrico que reinaba en aquella casa y echó de menos la casa de Pandora, a Marieta, las fiestas e incluso a Enrique Piernavieja. No tardó en quedarse dormido. Soñó que volvía a pasar por el puerto y veía de nuevo a la pareja, pero ahora ya no discutían, sino que lo miraban fijamente a él. Al despertar se encontró en aquella habitación enorme y a oscuras, iluminada solo por la luz tenue y blanquecina que entraba por la ventana, que podrían ser luces del jardín o de la luna o de todo a la vez. A medida que su vista se acostumbraba a la oscuridad empezó a reconocer los objetos que le rodeaban, dibujándose lentamente: la

mesilla, la pequeña nevera, el escritorio, la puerta del cuarto de baño y, dentro del cuarto de baño, la ducha sin cortina. Se había quedado dormido durante horas. Se incorporó en la cama y ante su mirada, unos metros más allá, donde terminaba la alfombra, cerca de la puerta, surgió algo que no estaba allí cuando se había quedado dormido.

—No puedo hablar muy alto —dijo una voz rasgada—. El humo también hizo que nos quemásemos la garganta.

Era una frase que parecía pronunciada por un motor de pedales. *El humo. También hizo. Que nos quemásemos. La garganta.* Alguien sobre una silla de ruedas se fue materializando poco a poco en la penumbra y, al mismo tiempo que se materializaba, desapareció tras la puerta.

A la mañana siguiente lo despertó el mismo silencio triste con el que se había quedado dormido. A las seis y media, como constaba en las instrucciones, se presentó en la cocina y se hizo con la bandeja del desayuno que estaba ya preparado. Atravesó el salón enorme y vacío, dejó la bandeja sobre la mesa de mármol en la que solo había un par de jarrones sin flores y esperó hasta las siete de la mañana, la hora en que constaba que los Ottaviano aparecerían en el salón principal para desayunar. En la guía también se indicaba que si no aparecían podía subir a los dos dormitorios principales para llamar a la puerta, y que si llamaba a la puerta tres veces con fuerza y no respondían, podía entrar en el dormitorio para comprobar si estaban bien, y si entraba y los encontraba dormidos y seguían sin responder podía llamar al médico para que se presentase y comprobase si había llegado (esta expresión le encantó) el «fin de vida». Los Ottaviano rondaban los setenta y cinco años, según le había dicho

Enrique Piernavieja, así que le pareció que o bien quien había redactado aquellas normas era muy pesimista o, justo al contrario, crear un clima en el que toda la casa esperaba encontrarlos muertos cada mañana solo contribuía a que existiese una alegría efervescente cada vez que se presentaban vivos al desayuno. A Gaspar se le ocurrió la posibilidad de que pensar en esos términos en su madre (no en su muerte, sino en su fin de vida) podría darle cierto consuelo, pero pronto llegó a la conclusión de que los consuelos etimológicos respecto a la muerte solo funcionan si alguien no se ha muerto todavía.

Como pasaban unos minutos de las siete de la mañana y nadie se presentaba en el salón principal, ya iluminado por unos primeros rayos de sol anaranjados, Gaspar comenzó a subir muy despacio las amplias escaleras en curva. Cuando llevaba unos cuantos escalones y veía desde arriba los sofás, la enorme mesa vacía, la chimenea que probablemente nunca había encendido nadie y unos cuantos libros de fotografía dispuestos sobre una de las mesas de centro que probablemente nadie había abierto, extendió la vista hacia los ventanales y vio allí, cerca de la piscina, bajo la sombra del cenador, al lado de la mesa de piedra, a alguien en silla de ruedas que le devolvía la mirada.

Gaspar bajó las escaleras, recogió la bandeja de la mesa de mármol, se acercó con ella a las puertas de cristal y descubrió que estaban cerradas. Volvió sobre sus pasos para dejar la bandeja en la mesa, regresó a las puertas para abrir una de ellas, recuperó la bandeja y caminó con lentitud al cenador poniendo una de esas sonrisas que consisten en alzar las comisuras de los labios como si alguien estuviese tirando de ellas con violencia.

—*Gas-par*.

La voz llegó en un tono diligente y ronco. Gaspar observó a la persona sobre la silla de ruedas: vestida de lino blanco con pantalones y manga larga, lo que parecían unos mocasines de color beige y la cabeza cubierta con un pañuelo de seda. Solo eran visibles sus manos, pequeñitas y de color rosa, y un rostro, que no parecía tan deformado ni monstruoso como Gaspar había temido. Era también de color rosa blanquecino, tal vez debido a una crema espesa, y estaba cubierto por unas enormes gafas de sol negras y, en medio, una nariz cuya punta parecía haber sido seccionada por un corte seco y limpio. Los labios eran extrañamente grandes para su rostro y se distribuían de forma pictórica alrededor de su boca, como si la reconstrucción facial tras el accidente la hubiese dirigido un niño aplicado en artes plásticas.

Gaspar intentó no mirar a los labios ni a la nariz. Se centró en las gafas de sol. Dijo:

—Buenos días.

La mano pequeña y rosa se alzó hacia él desde el reposamanos de la silla.

—Así que vas a ser nuestro paseador.

La voz era ronca, a veces un poco aguda, raspada, como si llegase de un lugar desde el que tenía que atravesar territorios áridos (*¿también nos quemamos la garganta?*). Y el acento era raro, como si contuviese muchos acentos juntos, pero también era perfecto, casi teatral. Hablaba muy despacio, repartiendo las palabras en grupos de dos o tres. *Así que vas. A ser. Nuestro paseador*. Gaspar se preguntó si alguien que había perdido la voz tenía que fingir una nueva con tanto convencimiento que pasaba a hablar mejor que con su voz anterior.

—Sí. —A Gaspar le pareció una bonita manera de inaugurarse, una palabra prometedora.

Pudo ver una sonrisa tras aquel rostro, por fin, y los labios gordos y extraños se hicieron finos cuando aparecieron unos dientes amarillentos, pero ordenados. Los dientes no habían ardido. Tal vez los dientes no podían arder.

—Soy Gaspar.

—Lo sabemos.

Se dieron la mano. Gaspar notó una palma áspera, que trataba de pegarse a la suya con la torpeza que muestra un animal asustado. También notó que la mano temblaba. Las dos manos se quedaron en el aire cuando se separaron. Gaspar fue el primero que la volvió a guardar en su bolsillo, pero enseguida se dio cuenta de que estaba trabajando y no podía guardar la mano en el bolsillo, así que volvió a sacarla y la dejó ahí, tirando del peso del resto de su brazo, en una pose educada y patética. Decidió llevarse ambas tras la espalda, un gesto más servicial. El rostro bajo el pañuelo de seda volvió a sonreír y enseñó otra vez los dientes que habían sobrevivido al fuego. Gaspar se preguntó si uno aprendía a diferenciar las partes originales de su cuerpo y las nuevas, si consagraba un amor más grande a las partes que habían estado allí siempre o, por el contrario, confería a las nuevas, las que habían sido reconstruidas, un trato de favor para que se hiciesen a su cuerpo como cuando un invitado se siente solo y obliga al anfitrión a ser más cariñoso con él.

—¿Dónde vamos a ir hoy? —preguntó la voz cavernosa, hablando lento.

Dónde. Vamos. A ir. Hoy.

—¿Dónde...? —Gaspar estaba a punto de preguntar dónde quería que le llevase, pero entonces recordó. Y se corrigió sobre la marcha —... usted quiera. Vamos donde usted quiera.

—Oh, si pudiéramos ir donde quisiéramos. —Las erres se arrastraban de forma extraña, las vocales tenían una claridad

enfática propia de aquel que quiere conocerlas mejor porque no han estado siempre ahí, o no han sido fáciles de pronunciar. Gaspar se preguntó si era por el fuego o era por todos los acentos de todas las nacionalidades de los Ottaviano—. ¡Si pudiéramos ir donde quisiéramos... —pausa para tomar aire— no estaríamos aquí!

Si pudiéramos. Ir donde quisiéramos. No estaríamos. Aquí. Ese *aquí* dispuesto al final, aislado del resto de las palabras, adquirió un tono trascendental. Gaspar miró a su alrededor. Juraría que de los labios extraños y los dientes amarillentos salía un olor parecido al de las resacas de su madre. Y si no estaba loco, si no le habían engañado o si su memoria no le estaba jugando una mala pasada, allí faltaba una silla de ruedas con otra persona encima de ella. Devolvió la vista al rostro rosado y liso, pensando en cómo resolver su duda de si estaban esperando a alguien más. Pero solo escuchó:

—Vámonos.

Gaspar se situó tras la silla.

—A la playa —pidió la voz.

Gaspar comenzó a empujar la silla y observó cómo las manos pequeñas y rosas tiraban del pañuelo de seda para cubrirse también la cara cuando salieron de la sombra del cenador y empezaron a caminar y a rodar bajo el sol. Atravesaron el lateral de la piscina y accedieron al paseo de madera que serpenteaba entre los almendros, los cipreses, los limoneros y los olivos que daban sombra al jardín. Las tablas hacían ruido, una especie de *tocotó, tocotó* en cada paso, así que Gaspar se detuvo para ir más despacio.

—No —dijo la voz alzando la mano y azotándola en el aire—. No frenes.

—Pensé que le molestaba.

—Me gusta este temblor. Es el único temblor que no sale de mí.

El único. Temblor que. No sale. De mí. Siguieron a buen ritmo, en silencio, hasta que dejaron atrás la parte arbolada, llegaron al muro que terminaba en una reja y Gaspar detuvo la silla para abrir la puerta. La voz cavernosa dijo algo, pero Gaspar no lo escuchó. Recordó que en la guía encuadernada en espiral se indicaba que no se agachase para hablar con los Ottaviano, que era percibido como un gesto condescendiente hacia una persona en silla de ruedas.

—¿Qué...? —comenzó, pero de nuevo recordó las normas respecto a las preguntas—. Disculpe, no le he oído con el ruido de la puerta.

—He preguntado —pausa— si te gusta la isla.

—Sí. —Ojalá pudiese preguntarle por el nombre de la isla—. Nunca había visto el mar.

—¡Nunca habías visto el mar! Es increíble.

—Nunca he viajado.

—Nosotros hemos viajado a todas partes. —Gaspar detuvo de nuevo la silla para poder escuchar y aprovechó para cerrar la puerta del muro—. A todas partes, menos a Groenlandia. Y cuando ya has visto todo —siguieron por el camino de madera—... bueno, cuando has visto todo menos Groenlandia, el mapa se pone a cero, es como si no hubieses visto nada. Viajábamos demasiado. Teníamos demasiadas casas. A veces llegábamos a un lugar... y allí, en un hermoso hotel, nos acordábamos de que teníamos una casa. Alguien nos decía: «¿Por qué no habéis ido a vuestra casa?». ¡Ah! ¡Porque no —pausa— nos acordábamos!

Hablaba tan despacio que cuando terminó de decir esas frases ya habían llegado al final del camino de madera, a la plataforma sobre la arena con el toldo, la mesa, las sillas y las dos tumbonas. Gaspar le hubiese preguntado dónde estaban esas casas y cómo era posible

olvidarlas, pero aún no había pensado en cómo podía formular preguntas sin hacer preguntas.

—Eran para nosotros pero nunca las hemos usado —dijo la voz cavernosa, mientras la mano pequeña y rosa señalaba las tumbonas —. Nuestros cuerpos son complicados de mover. Si te digo la verdad —pausa—, tampoco nos apetece demasiado tomar el sol. —Y ahí una risa aguda y derrotada.

Levantó la mano, alzó un dedo índice regordete, enrojecido, cubierto por una piel tirante, y empezó a hacer con él círculos en el aire.

—Dame la vuelta.

Gaspar lo hizo.

—Nos da pena ver el mar, no nos podemos meter en él. En la piscina sí, tiene un agua especial. Puedes probarla en las horas libres. Casi nadie la usa. Cuando venimos a la playa preferimos mirar hacia las montañas. —Las señaló—. Son bonitas. No son muy altas, no tienen árboles, son áridas y defectuosas, como nosotros. Los árboles del jardín los trajimos nosotros, los únicos que sobreviven aquí. Toda esta isla es un terreno quemado. Por eso nos quedamos aquí. Es un lugar en el que encajamos.

Gaspar guardó silencio.

—¿Te ha gustado ver el mar?

—Sí.

—¿Te ha impresionado?

—No mucho.

—¿Cómo es posible —pausa— que nunca hayas visto el mar?

—Nunca he viajado.

—¿Por qué no?

Gaspar se encogió de hombros, aún en pie ante la silla de ruedas. Un gesto de la cabeza que seguía refugiada bajo el pañuelo

de seda le invitó a sentarse. Lo hizo en el borde de una de las tumbonas.

—No viajábamos.

—Eres huérfano.

Gaspar asintió.

—Nosotros tampoco tenemos padres.

Gaspar miró fijamente hacia la silla de ruedas. El rostro sobre ella pareció entender.

—Ya, ya, a nuestra edad sería raro tenerlos. Pero no creas, no creas. Hay gente —pausa— que vive tanto. Hay gente que vive —pausa— demasiado. A veces lo pensamos, que estamos aquí de regalo, viviendo una especie de epílogo aquí, en esta isla comunista.

Y después añadió:

—Báñate.

Gaspar hubiese preguntado si lo decía en serio, pero recordó que no podía preguntar nada.

—Estoy trabajando. —Pensó en cómo terminar la frase—. No puedo bañarme.

—Te lo permito. No, te lo ordeno. Parte de tu trabajo es entretenernos. Y nos gustaría ver cómo es tu primer baño. No todos los días puede alguien asistir al primer baño de un chico de..., ¿qué edad tenías? ¿Diecinueve? —Gaspar asintió—. Qué cosa tan increíble, diecinueve años —pausa— sin ver el mar. Báñate por nosotros. Nosotros no podemos.

Gaspar guardó silencio.

—No te extrañes. Se lo pedimos a más gente, a veces. Es como vivirlo a través de un cuerpo sano. Es como dejar el alcohol y disfrutar de ver a otra gente emborrachándose. —Esa palabra parecía difícil de pronunciar—. Como si pudieras emborracharte —otra vez una pausa— de forma parásita. A veces pedimos a gente

que corra por el jardín o que salte a la piscina, para sentir que lo hacemos nosotros. También te lo pediremos. Una vez un repartidor nos dejó tocar su piel suave y joven y nos imaginamos que era la nuestra.

Gaspar se preguntó si también le pediría eso.

—Báñate para que yo me bañe de forma parásita.

—No tengo aquí mi bañador —argumentó Gaspar.

—Báñate desnudo. Eso da igual aquí. Esta playa no es privada porque toda la costa es pública en esta isla. Por eso la llamamos isla comunista. Pero nos gusta, tal vez seamos un poco comunistas nosotros también. En Costa Rica —pausa— tuvimos una pequeña playa privada. De esa casa nos acordábamos, esa nunca se nos olvidó. Aquí no hay playas privadas, pero esta es casi nuestra, no viene nadie. Las playas grandes —pausa— están al otro lado de la isla, ahí van los turistas. Aquí nunca hay nadie, solo algún despistado. Y si aparecemos nosotros se van. Es la parte buena de ser... así. Tuvimos un buen cirujano que nos preguntó si teníamos alguna petición especial. Solo le pedimos que si nuestro aspecto iba a dar miedo o dar pena, preferíamos dar miedo.

Hablaba lento, así que cuando acababa de soltar algún parlamento parecía que habían pasado horas, aunque eso también daba a sus palabras un peso profundo, cierta perpetuidad. Las palabras «isla comunista» tardaban tanto en ser pronunciadas por aquellos labios enormes y de piel tirante que uno podía fabular con cientos de años de historia antes de que llegase a la última sílaba. *Co. Mu. Nis. Ta*. Gaspar miró al agua, aún indeciso. Volvió a notar el silencio absoluto, aplastante. Recordó los efectos de sonido de los cedés de Pandora y los echó de menos.

—Báñate —repitió la voz cavernosa.

Esto lo dijo rápido. Gaspar empezó a entender cómo funcionaba su pronunciación. Doctrinas políticas, lento. Órdenes, rápido. Se sentó en la plataforma de madera, de espaldas a la silla de ruedas, y se quitó los zapatos. Después los pantalones. Se quedó en calzoncillos. La mano de nuevo se alzó desde su manga de lino, levantó un dedo y comenzó a dibujar círculos en el aire de nuevo.

—Dame la vuelta. Que te vea bañarte.

Se acercó a la silla y la giró sobre sí misma.

—No tengo toalla —dijo Gaspar—. Tal vez me enfríe.

—El sol te seca. Tú puedes estar al sol, nosotros no. Eso también nos gustará verlo, recuerda. No te bañes —pausa— con los calzoncillos, la sal los estropeará.

—No pasa nada —respondió Gaspar—. Tengo más.

—Bañarse vestido no es bañarse.

Gaspar no quería bañarse, en realidad. La arena le parecía fea y pedregosa, le hacía daño cuando la pisaba descalzo, y el agua parecía estar fría todavía en aquella época del año. Además, no estaba especialmente orgulloso de sus calzoncillos, que le llegaban a medio muslo y mostraban unos dibujos un tanto infantiles que resultaban cómicos al combinarse con el vello que asomaba por sus piernas. Decidió que podía intentar desviar la conversación, una maniobra desesperada de última hora, aunque ya estuviese semidesnudo, para que pudiesen pasar a otro asunto.

—Esta mañana me di un susto al no verlos en el salón.

A Gaspar le resultó raro hablar a una persona en segunda persona del plural, pero decidió seguir con la dinámica.

—No nos gusta desayunar en el salón teniendo el jardín. No nos encontrarás en el salón casi nunca.

Gaspar guardó silencio.

—Tampoco nos gusta dormir en nuestros dormitorios. Nos gusta dormir en cualquier sitio. A veces, en verano, fuera, en las tumbonas, bajo los árboles. O en los sofás del cenador. Es como ir de excursión. En realidad no dormimos mucho. No es fácil dormir. Ya lo irás viendo. Pero, tranquilo, te dejaremos dormir a ti. ¿Sabes qué ventaja tiene comprar muebles tan caros y de tan buena calidad? Que todos son cómodos para dormir encima. No solo el sofá, también las tumbonas, hasta la mesa de mármol. Una vez dormimos sobre la mesa de mármol, era verano y nos refrescó. Costó subir, pero mereció la pena. Puede que nos encuentres ahí alguna mañana.

Y luego añadió, se diría que con otra voz diferente, más veloz, más jubilosa:

—Báñate.

Había unas olas pequeñas y su sonido resultaba agradable al romper con la arena, que en la orilla era más fina que en el resto de la playa. Por fin algún sonido. Algunas rocas se escondían bajo el agua y aparecían cuando la marea las descubría. Gaspar se bajó de la plataforma de madera, abandonó la sombra agradable de la lona de rayas amarillas y blancas y formó una visera con la palma de la mano para comenzar a avanzar hacia el agua, que también reflejaba la luz del sol, así que avanzaba casi a ciegas. Se dio la vuelta para volver a mirar a la plataforma de madera. Juraría que ahora los labios tirantes bajo el pañuelo de seda dibujaban una especie de sonrisa, aunque podía ser una ilusión óptica, y de la mano rosa, pequeña y regordeta que salía de la manga de lino había surgido un dedo pulgar. Le estaba animando. Le dijo algo, pero Gaspar no lo oyó, estaba lejos, casi en la orilla, y allí el viento soplaba con más fuerza. Algunas piedras le hacían daño al pisarlas, pero su sentido del ridículo y la necesidad de una puesta en escena en condiciones,

de superar aquel rito iniciático con dignidad, hacían que soportase el dolor y siguiese caminando con determinación hacia el agua. Cuando metió los pies se dio cuenta de que estaba fría, más de lo que pensaba.

—Creo que voy a enfermar —susurró sabiendo que no le podía escuchar nadie. La plataforma, el toldo, las tumbonas, la silla de ruedas estaban lejos ya, y el viento se llevaba sus palabras hacia la carretera.

Se dio de nuevo la vuelta cuando el agua le llegaba apenas a las rodillas. En el rostro bajo el toldo se había instalado una sonrisa. Los ojos de Gaspar, ya acostumbrados a la luz cegadora del sol que se reflejaba en la arena y en el agua, la veían con claridad. Las dos manos rosadas y pequeñas se movían a lo lejos, haciéndole señales para que se metiese más. ¿O no le hacía señales a él? No, parecía que hablaba con alguien de forma muy animada, pero no era con Gaspar. Hablaba mirando a su lado, como si alguien más estuviese allí, bajo el toldo, en las tumbonas. Pero allí no había nadie.

Gaspar se dio de nuevo la vuelta, caminó con determinación sorteando las rocas que había bajo el agua cristalina, sintió escalofríos cuando el agua le llegó a los testículos, después al estómago, más tarde a los hombros. Metió la cabeza, sintió cómo se volvía el silencio absoluto y un montón de burbujas se elevaban a su alrededor. Permaneció allí unos segundos. Aquello sí era placentero, aunque se muriese de frío. Le recordó a cuando se metía bajo las sábanas de la cama de su madre y decía:

—¡Voy a bucear!

Y el olor era una mezcla de agrio, sudor y perfume femenino que a él le funcionaba como un somnífero. También le recordó a cuando era pequeño y durante las fiestas de verano los niños explotaron un petardo en el vestíbulo del hotel y quedó sordo y oyendo un pitido

durante días. Sacó la cabeza del agua y tardó un tiempo en volver a ver u oír algo. La luz intensa del sol se mezclaba con la sal en sus ojos, que le picaban, y si se los rascaba con las manos mojadas solo le picaban más. Se sacudió la cabeza como un perro, dejó que el sol secase sus párpados, volvió a abrir los ojos, ya con un picor soportable, y giró sobre sí mismo: vio primero el mar, luego las montañas arrasadas por siglos de sequía, luego la playa, y en la plataforma de madera, la silla de ruedas. Y detrás, el muro, y detrás del muro asomaban los cipreses y, tímidamente, los almendros más altos.

Desde la plataforma de madera, bajo el toldo con rayas blancas y amarillas, hubo movimientos torpes con las manos. El señor Ottaviano o la señora Ottaviano parecía seguir discutiendo con alguien invisible. Gaspar volvió caminando lentamente a la orilla, procurando no matarse con las rocas, y el frío lo azotó al abandonar el agua, cuando una brisa que antes resultaba imperceptible heló su piel empapada. Caminó hacia la plataforma, pero recibió una señal con la mano cuando estaba a punto de subirse a ella y guarecerse de nuevo a la sombra.

—Quédate al sol —dijo la voz cavernosa—. Sécate ahí. Queremos ver cómo te da el sol.

Gaspar obedeció. Las manos rojizas y ásperas abandonaron el reposabrazos de la silla para dirigirse a la cara y sacarse, con delicadeza, las gafas de sol. Aparecieron debajo unos ojos pequeños, rodeados de grietas en la piel que parecían trazos de una pintura que alguien había puesto demasiado empeño para que resultase realista. Lo que había dentro, las pupilas, parecían haber sido vivas años antes. Sobre ellos dos cejas extrañas, de color negro, que podrían haber sido pintadas por alguien que intenta representar un rostro de forma fiel sin conseguirlo del todo. Gaspar

apartó la mirada. Pero los ojos no se apartaron de él. O tal vez miraban al mar de nuevo, Gaspar no podría asegurarlo. Había demasiada luz donde estaba él y poca donde descansaba la silla de ruedas.

—Ah, ¡la juventud! —exclamó la voz cavernosa.

Gaspar empezó a temblar. Se frotó los hombros con sus manos.

—Nosotros también fuimos jóvenes. Pero no envejecimos, nos quemamos. No somos viejos por los años, sino por el fuego. No envejecimos, solo ardimos.

—Pensé que me estaba llamando mientras estaba en el agua —dijo Gaspar.

La cabeza se movió a un lado y al otro.

—Parecía que hablaba con alguien.

Como respuesta solo escuchó:

—En realidad envejecimos y ardimos. Pero ardimos antes de envejecer.

Volvieron hacia la casa. A mitad del camino de tablas, la voz dijo:

—Cuéntame cosas de tu hotel.

Gaspar continuó empujando la silla.

—Era un hotel normal.

—¿Con quién vivías allí?

Gaspar sintió algo parecido a la rabia. Se preguntó si los Ottaviano conocían su historia completa, si les había llegado a través de Enrique Piernavieja. Si la conocían, no quería ser otro relato triste con el que entretener a unos jubilados. Si no la conocían, no tenía ganas de que la conociesen en ese momento. Optó por una respuesta que no era la exacta verdad pero tampoco mentira.

—Vivía solo.

—¿No vivías con tu madre?

Nuevos *tocotó* sonaron en la madera atravesada por la silla de ruedas.

—Me ha gustado siempre estar solo.

—Algo nos habían dicho de que vivías con tu madre. ¿Y tu padre?

Gaspar tardó en contestar, intentando escoger las palabras de ira que se peleaban por llegar a su boca. Al final solo salieron las siguientes:

—Se divorciaron. Mi padre vive en otra ciudad.

Y no surgió ninguna nueva pregunta.

Comieron bajo el cenador, en el jardín, cerca de la piscina. Gaspar tenía que cortarle la comida mientras escuchaba instrucciones. Por ejemplo:

—En realidad podemos cortar la comida nosotros, deberíamos, pero nos duelen los dedos, además nos gusta ver cómo la cortas tú, con tanta precisión deberías estudiar para forense.

También información sobre las instalaciones de la casa y el jardín:

—Pedimos que nos hicieran a medida el cenador más grande posible, nos preguntaron qué tipo de pérgola queríamos para protegernos de la lluvia y nosotros respondimos que no queríamos protegernos de la lluvia, que nos diesen una que nos protegiese del sol.

También algunas órdenes de intendencia:

—Esta tarde te mandaré a comprar las cosas que la cocinera y el médico no nos dejan comer y nunca acceden a comprarnos, te daré una lista con las cosas. ¿Sabes que el doctor nos prohíbe beber alcohol? ¡Alcohol! Por la gastritis, ¿has visto nuestro cuerpo? ¡Gastritis, dice!

Y, con una cadencia firme, casi rítmica, algunos «ya» sueltos que no eran espontáneos. Al contrario, eran firmes y meditados, como si saliesen de un lugar profundo, siempre entre silencios. Masticaba, tragaba y soltaba mirando hacia un lado:

—¡Ya!

O miraba hacia el otro lado, más allá del cenador, hacia donde estaban los almendros, y:

—¡Ya!

Lo hacía con una mirada que era al principio iracunda y, al final, herida. Y Gaspar miraba también. Pero allí no había nadie. De repente, los ojos bajo el pañuelo de seda se pusieron a llorar.

—Traes la compra a la nevera de tu habitación —interrumpió la voz cavernosa y ahora sollozante— y yo me acerco luego y como y bebo alguna cosa.

Gaspar se había perdido, así que le miró fijamente a los ojos. Quiso preguntarle por qué tenía que ir a comer y beber a su habitación.

—¡Los doctores!

Gaspar pensó que tal vez tenía una especie de telepatía y que si bien no podía hacer preguntas bastaba con pensarlas muy en alto.

—Es por los doctores, por si vigilan. Trae vino. Trae vino de ese blanco, fresco, que hay aquí. Retsina, debes buscar.

—Voy a buscar donde apuntarlo.

Permaneció unos segundos mirando a la persona en la silla de ruedas, esperando a que le respondiese a esa pregunta que no le estaba permitido plantear: ¿dónde hay papel y bolígrafo? Pero como al parecer la telepatía no funcionaba para asuntos prácticos no recibió una respuesta, así que se levantó y entró en la casa. Encontró un bolígrafo en una esquina de la encimera tras comprobar algunos cajones de la cocina. Casi todos estaban vacíos, a excepción

de los que guardaban las instrucciones de los electrodomésticos todavía plastificadas. Todos los ruidos, como abrir un cajón o revolver entre su contenido para buscar algo, provocaban un estruendo molesto en medio de aquel silencio. Volvió a sentarse bajo el cenador frente a la silla de ruedas y se disponía a escribir cuando la mano pequeña, regordeta y enrojecida tomó el bolígrafo. Y después otra mano, la izquierda, tomó el brazo de Gaspar. En él escribió, con letra temblorosa y a lo largo de todo el brazo: retsina.

Y después, debajo: cervezas, cacahuetes.

—En nuestra piel ya no se puede escribir.

Y volvió a mirar hacia los árboles, entre los olivos, los cipreses, los limoneros y los almendros, donde no había nadie, aún sollozando. Musitó:

—Nos gusta escribir en la piel de otros. Escribir...

—... de forma parásita —remató Gaspar.

—Qué piel tan suave tienes. —Esta frase no surgió lenta de la boca con dientes amarillentos, sino a una velocidad completamente normal.

El supermercado estaba en una calle céntrica del pueblo, probablemente la más fea, que se asemejaba durante dos manzanas a lo peor de una ciudad. Unos cuantos edificios de tres o cuatro alturas se agolpaban para alojar todo lo que recordaba a la vida gris y funcionarial que la conectaba con el continente: el supermercado, una parada de taxis, la pequeña oficina de correos, dos farmacias, consignas de maletas, agencias de excursiones, el centro médico y un edificio pequeño que hacía de ayuntamiento. A Gaspar le pareció un supermercado extraño: aparte de comida había todo tipo de accesorios para la playa, toallas, gafas de sol, ropa, libros en inglés,

alemán y francés y una sección de alcoholes que superaba en tamaño a la de frutas, quesos y pescado. Caminó entre las estanterías buscando cacahuetes, sorteó algunas montañas de cajas promocionales que incluían protectores solares, gafas de sol y balones de playa y llegó a la sección de frutas.

No notó que alguien le seguía hasta que se hizo obvio que nadie podía estar buscando exactamente lo mismo que él durante tantos pasillos, a menos que comprar vino retsina, cervezas y cacahuetes fuese una especie de ritual iniciático para todos los que llegaban a trabajar a la isla. Gaspar se dio la vuelta. Un tipo alto, de mandíbula cuadrada, brazos fuertes con una chica de media melena tatuada y algo de barriga estaba a unos metros de él, mirándole atentamente.

—¿Habla español? —preguntó Gaspar.

El otro sonrió triunfante.

—¡Lo sabía!

Se acercó a él mascando chicle y llenó todo de olor a menta y a tabaco.

—Nos reconocemos entre nosotros. Es como magia. Aunque a veces me han preguntado aquí si soy italiano. Seguro que a ti te lo preguntarán también, no te asustes. Y no me trates de usted. Italiano del sur, porque los del norte visten mejor que nosotros. ¿Qué quieres?

Gaspar se fijó en que su camiseta mostraba el logo de un cerdo sonriente que empujaba un carrito de supermercado. Le mostró su brazo con la lista de la compra. El tipo se lo agarró para leer.

—Retsina, cervezas, cacahuetes. ¿No hay papel en tu casa?

El tipo caminó por los pasillos serpenteantes como si gobernase el lugar y se acercó, directo y preciso, a una esquina donde se apilaban varios botes y cajas, algunas ya arrugadas.

—Aquí los cacahuetes.

—Gracias.

—¿Cuántos botes?

—Uno.

—¿Uno?

—Sí.

—Si te llevas seis te sale más barato.

Entregó una caja con seis botes de cacahuetes.

—Vamos a por el vino. ¡Retsina! Es suave, afrutado, les encanta a las señoras.

—¿A las señoras? —preguntó Gaspar.

—También te saldrá mejor de precio si te llevas cuatro. Viene en cajas.

—No puedo llevarme tantas cosas. He venido andando desde lejos.

—Yo te lo puedo llevar. Iba a hacer ahora un reparto.

—¿Trabajas aquí?

—Solo vengo a indicar a la gente dónde está el vino porque me aburro en mi casa. ¿Seguro que no quieres llevarte cuatro?

—No me han pedido tanto vino.

—El vino es adictivo y los cacahuetes también. Es mejor que lleves bastante de todo o tendrás que volver en una hora.

—Puede ser demasiado.

—No voy a comisión. A mí me da igual que te lleves seis o no te lleves ninguno.

—¿Y se cobra el reparto? —Gaspar se sintió extrañamente liberado al hacer una pregunta, al poder volver a escuchar su propia voz con aquel *in crescendo* que terminaba con una promesa. Decidió que se haría preguntas a sí mismo en alto, en soledad, para no olvidar cómo sonaban.

—Sí. —La voz del chico era también grave y cavernosa, pero a la vez musical, estaba viva—. Pero te lo acercaré gratis por ser el primer español que veo aquí. ¿Cuánto tiempo llevas?

—Llevo... ¿dos días? —La larga siesta le había despistado—. No, llevo uno. Llegué ayer por la mañana. También me han pedido cervezas.

—Entonces no conoces nada de la isla. Puedes acompañarme en el reparto y te la enseño. Meteré las cervezas.

—¿El retsina es un vino para mujeres? —preguntó Gaspar.

—Es afrutado. Gusta a las mujeres. Los borrachos profesionales bebemos otras cosas.

Antes de desaparecer tras la puerta de lo que parecía un almacén le pidió:

—Espérame fuera.

Y Gaspar lo hizo, volviendo a su nueva esencia allí, en el pasillo de los cacahuetes, a la de alguien que solo respondía a órdenes y no hacía preguntas.

La furgoneta era amplia, pero vieja y destartalada. En los laterales había un cerdo sonriente que empujaba un carrito de supermercado, como el de la camiseta que llevaba el chico, sobre unas letras en griego que no lograba entender. El motor hacía un ruido ensordecedor, así que el chico le hablaba alto. Salieron de la calle fea, atravesaron un descampado en el que dieron algunos tumbos que hicieron que Gaspar se agarrase fuerte al asidero de la puerta y pronto accedieron, tras dejar atrás un muro en el que se acumulaban la basura, la maleza y algunos gatos hambrientos, a una carretera que serpenteaba entre un terreno árido, circundada por arbustos secos que parecían el cabello canoso de señores viejos

enterrados en el pavimento. A veces aparecían casas de color blanco, o que habían sido de color blanco, rodeadas de muros bajos. De algunos asomaba alguna palmera deslucida hacia la carretera, como si quisiera huir.

—No me has dicho tu nombre —dijo el tipo a Gaspar mirando de reojo el brazo donde llevaba escrita la lista de la compra.

—Gaspar.

—Iván.

Soltó su mano derecha del volante para extenderla ante Gaspar. Gaspar, que seguía agarrándose, le dio de modo algo torpe la izquierda, lo que pareció hacerle gracia.

—¿Estás aquí de vacaciones?

—No.

Tras una curva aparecieron unas rocas que se elevaban hacia otras casas blancas de muros bajos y, al otro lado, un terreno escarpado con más casas, más muros, algunas palmeras más, que bajaban hacia el mar.

—La gente planta palmeras aquí como para creerse que está en el Caribe, pero aquí no nace nada. ¿Te gusta esto?

—Aún no lo sé.

—El mar es bonito de lejos, si lo miras desde las montañas. Las playas son un asco. ¿Has venido a trabajar?

—Sí.

—¿En qué?

—Asistente.

—¡Asistente! Eso suena elegante. ¿Qué hace un asistente?

—La verdad es que aún no lo sé.

Gaspar miró a Iván. Su perfil recio y sus brazos enormes moviendo el volante hicieron que se acordase de los niños que

llegaban al colegio en un coche conducido por su padre y le daban un beso antes de bajarse.

—Pues ya te enterarás. Yo también acepto los trabajos sin saber muy bien qué se hace y luego miro qué hacen los demás. ¡Por cierto!

Sacó del bolsillo de su camiseta de manga corta un papel con su nombre y un teléfono de muchos números escrito a mano.

—Por si en tu casa necesitáis un manitas, un transportista, un masajista, un guía turístico, un camarero para una fiesta, jardinero, socorrista, canguro, paseador de perros..., ¿payaso infantil? Os puedo enseñar las únicas playas buenas de aquí. Eso es gratis.

—¿Qué haces en el supermercado? —Gaspar necesitaba ser él quien preguntase algo. Se guardó la tarjeta.

—Llevar las cosas de un sitio a otro. Y cuando están todas puestas, si me ven sin hacer nada, moverlas de sitio otra vez. Muevo cosas todo el rato. El dueño del supermercado es un turco cabrón que cree que si los clientes ven que estamos siempre reponiendo cosas es porque la gente se las ha llevado y que por lo tanto el supermercado es muy bueno y así volverán.

—¿Y vuelven?

—No trabajo en un supermercado, trabajo en *el* supermercado. —Iván lo enfatizó apuntando al cielo con el dedo índice—. Si un día abre otro me iré a trabajar allí para que se joda el turco de los cojones. No me extraña que los griegos odien a los turcos si todos son como él. Cuando ya he terminado de mover todas las cosas de un sitio a otro y ya es imposible mover más porque no hay donde ponerlas, entonces me manda a hacer repartos, como ahora. En esta época hay pocos, pero cuando abran los restaurantes de las playas en un par de semanas tendré que estar todo el día haciendo eso y nada más que eso. Y no veas cómo conducen en esta isla. Solo hay

unos cincuenta coches pero han hecho una apuesta para chocar todos entre sí, que no quede ni uno sin abollar. Si no tienen accidentes, se aburren. Cuidado que no te atropellen. En esta isla solo puedes beber, tomar el sol o estampar el coche, debería aparecer en los folletos turísticos como circuito de carreras. Me han dado tantas hostias a la furgoneta que ya cuando me dan otra da igual. No es mía y al turco de los cojones no debe de importarle mucho porque he visto su coche y parece un acordeón, que no sé ni cómo arranca. ¿Quieres que choque contra algo?

—No hace falta. —Gaspar se agarró de nuevo al asidero.

—Mira, me voy a chocar contra ese contenedor, no te asustes. —Iván giró el volante de la furgoneta y empujó el contenedor contra una pared sucia y gris, tras lo cual dio un bote que hizo que los dos saltasen levemente del asiento—. ¿Has visto? ¡No pasa nada! Me encanta conducir aquí.

Hicieron algunas paradas en las que entregaron bolsas y cajas: una en un restaurante, otra en una casa particular de la que salieron unas mujeres orientales como la cocinera de los Ottaviano, otra en un taller, otra en otra casa, esta más pequeña, donde solo habían pedido leche. Gaspar ayudaba a Iván pasándole la mercancía desde las puertas traseras de la furgoneta abollada. Cuando terminó la ronda, Iván anunció:

—Antes de llevarte a tu casa te voy a enseñar un sitio.

Atravesaron unos minutos más de carretera serpenteante y se metieron por un terreno empedrado en el que la furgoneta dio nuevos botes, aunque a Iván no pareció preocuparle. Se llevó por delante cuatro o cinco bolsas de basura que estaban tiradas en el suelo y, al final del terreno empedrado, llegaron a uno de tierra en el que había algunos coches, furgonetas y motos aparcados y, más

allá, tras un desnivel rocoso salvado por unas escaleras de madera, una playa.

—Este es mi sitio favorito. Lo llaman Kefi, que es alegría, o entusiasmo, o algo así. Creo que es porque aquí venden droga buena, así que el nombre está bien traído. Por la noche viene gente de la isla y de otras islas, venden bebida, fuman, te bajas a la playa. Hay conciertos. Si te despistas se te hace de día. Nosotros nos despistamos mucho.

—Mmm. —Gaspar mintió—. Es bonito.

—No, es un asco. Es un descampado al lado del mar, pero por la noche es bonito de verdad. Durante el día esta isla solo es bonita en el interior, parece Marte. Pero el resto solo es bonito por la noche. Todo lo importante en esta isla ocurre de noche. Un día te traeremos.

Gaspar se preguntó si allí en la isla todo el mundo hablaba en primera persona del plural y si él también debía empezar a hacerlo.

—Tendrás noches libres, ¿no?

Gaspar asintió.

—Eva se alegrará mucho de poder hablar con alguien en español.

Continuaron la marcha.

—¿Dónde está tu casa? —preguntó Iván.

—No lo sé —respondió Gaspar.

Iván soltó una risa infantil y musical. Gaspar también se preguntó si todo el mundo en la isla se reía así.

—Qué tonto soy. Volvemos al supermercado y me indicas desde allí.

Deshicieron el camino, volvieron a pasar por el contenedor atropellado, ahora poco más que un cadáver de plástico al lado de una pared blanca, y bordearon de nuevo el mar hasta regresar al pueblo y acabar en el puerto. Desde allí, Gaspar le indicó la carretera

que llevaba a la casa de los Ottaviano. Se detuvieron ante el enorme muro que rodeaba la propiedad.

—Es aquí.

—Hostia. —Iván silbó y agachó la cabeza para ver el enorme muro al otro lado del cristal.

Se bajaron de la furgoneta, la rodearon y se encontraron en la parte trasera. Iván sacó las dos cajas de Gaspar.

—No te bebas tú todo esto. —Iván señaló la compra.

—No puedo beber mientras trabajo.

—Ya te enseñaremos lo que se bebe de verdad en esta isla cuando no trabajamos.

Gaspar asintió sonriente. Dejó las cajas en el suelo.

—Trato hecho.

—Nos veremos en mi supermercado. Vuelve a por más cacahuetes y retsina.

—Nos veremos en *el* supermercado.

Iván le guiñó el ojo y lo acompañó después de un abrazo fraternal seguido de un golpecito contundente en la espalda. Después le dio la mano caballerosamente. Era áspera y suave a la vez. Pensó en la piel de los Ottaviano, pero esta era diferente. La de la persona que había en la casa era una piel muerta, pero esa de la mano de Iván era una piel tan viva que, juraría Gaspar, no era exactamente áspera, sino que había inventado un nuevo tipo de suavidad.

Luego se dio cuenta de que no le había cobrado por el vino, los cacahuetes y la cerveza.

Gaspar guardó en la pequeña nevera de su dormitorio la cerveza y el vino y dejó los seis botes de cacahuetes sobre su escritorio. Después

bajó las escaleras hasta la cocina, observó cómo la mujer oriental cocinaba varios platos a la vez y hablaba por teléfono muy bajito y en un idioma desconocido. Echó de menos otra vez a Marieta. Caminó hasta el salón principal. Al otro lado unos tipos limpiaban los enormes ventanales de cristal. Giró la cabeza. Un técnico revisaba el ascensor feo que partía el salón en dos al lado de las escaleras. En aquella casa vacía siempre había muchísima gente haciendo cosas, pero todos estaban callados. No tenía nada que hacer, aparentemente, y al llegar a esa conclusión recordó que una vez le había preguntado a su madre en qué consistía su trabajo y ella le había respondido:

—Al principio no lo sabes porque no te lo han dicho y al final no lo recuerdas porque lo haces de forma tan autómata que no sabrías explicarlo.

—Pero tú haces las camas, preparas los desayunos y llevas sábanas y toallas a la tintorería —le había respondido Gaspar, de nueve o diez años entonces.

Así se había pasado toda su infancia, haciendo preguntas a su madre y luego enunciando él mismo la respuesta, probando si su madre era la persona que él creía que era, sometiéndola a preguntas cuya respuesta ya conocía. Cuando le preguntó aquello volvían del colegio, antes de que su madre lo considerase lo suficientemente mayor como para que fuese y viniese solo, que en realidad fue cuando todavía era muy pequeño, y ella agarró su mano más fuerte, se la apretó de un modo significativo y dijo:

—Tal vez esto es mi trabajo.

Y él comprendió que el trabajo era él y esa frase resonaría ya para siempre en su cabeza, intentando dilucidar si era una declaración de amor o un reproche.

Como no tenía ninguna tarea asignada, se volvió a su cuarto, enchufó el portátil que le había regalado Pandora, lo colocó sobre el escritorio que estaba frente a la ventana y se sentó, divisando así la pantalla, más allá el jardín, más allá los almendros y más allá el muro de hormigón. Comenzó a escribir un relato con las palabras: «No sé si me alegro de que Enrique Piernavieja se vaya a morir». Se estiró frente a la frase, frente al jardín, frente al cielo intenso y azul. Parecía cierto que nunca llovía en aquella isla, que no se presentaba ni una sola nube en aquel cielo, y comprendió el paisaje baldío y ocre. Después, tras bostezar, formó con su brazo una almohada sobre el escritorio y colocó su cabeza en ella, pensando en reposar la mente durante un minuto. Se quedó dormido enseguida. Soñó que estaba en el hotel con su madre, que había vuelto a entrar por la puerta ignorando el hecho de que estaba muerta, y de nuevo tuvo que preguntarse si debería decírselo. De nuevo convencido de que estaba en un sueño, decidió hacerlo y le anunció que no podía estar allí, que ella había muerto en un accidente. Y en ese momento el cabello de su madre, que lo miraba fijamente, como si fuese incapaz de comprender qué era eso de estar muerta, empezó a flotar, como si algo tirase de él desde el cielo, y Gaspar no tardó en darse cuenta de que estaban boca abajo, de repente, metidos en un coche, golpeando los asientos, ardiendo los dos a la vez.

Cuando abrió los ojos el cielo era de color azul eléctrico, ya se veía la luna y alguna estrella, y oyó un ruido extraño detrás de él, una especie de gorjeo. Se dio la vuelta y vio la silla de ruedas, encima un traje de lino blanco y alguien que comía frente a la pequeña nevera con el ansia de un animal.

—No deberías estar durmiendo en horas de trabajo —dijo una voz raspada.

Comió más. Después hizo un gesto inquieto con las manos. Solo la luz que salía del ordenador los iluminaba.

—Ábreme el vino.

—Espere —pidió Gaspar.

Gaspar se levantó, cogió un vaso de los estantes superiores de la pequeña nevera, tomó el vino de la mano enrojecida y temblorosa, lo abrió, llenó el vaso y se lo devolvió.

—Disculpe, me dormí. No volverá a ocurrir.

Un sorbo corto de vino. Tragó lentamente. Se oyó el vino atravesar la garganta.

—Llévame a pasear de nuevo a la playa.

La voz raspada indicó a Gaspar un camino para ir de su habitación hasta la balconada que se avistaba desde el salón principal, que por la noche, iluminado solo por algunas lámparas colocadas con cierto buen tino, parecía más acogedor, algo más semejante a un hogar. Accedieron al ascensor. Allí, en aquel espacio pequeño, durante el corto tiempo en que el cubículo tardó en descender suavemente una planta, Gaspar observó el cuerpo que respiraba dándole la espalda, sentado en la silla, bajo el traje de lino y el pañuelo de seda. Quiso preguntarle por qué llevaba siempre un pañuelo, si el fuego le había arrancado todo el pelo, y también por qué había veces en las que su voz iba más lenta y otras en las que se volvía más rápida y viva. Sonó un pitido, se abrió la puerta, salieron del salón principal hacia el jardín, atravesaron el cenador, la piscina y las tumbonas. El jardín era bonito al atardecer, unas luces cálidas iluminaban el paseo de madera que discurría bajo los árboles. Gaspar abrió el portón con llave que salía directamente a la playa. Avanzaron por el camino de tablones de madera desiguales.

La silla de ruedas, y sobre ella el cuerpo, daba pequeños botecitos al ritmo de la música monótona que creaban los tablones. *Tocotó, tocotó*. Llegaron a la plataforma, también con luces cálidas que atraían a los mosquitos. Siguiendo órdenes, Gaspar dejó la silla mirando hacia el horizonte y él se sentó al lado, en una de las tumbonas. Iván tenía razón. Por la noche el mar era más bonito.

—¿Ese Enrique no es amigo tuyo? Él nos habló de ti.

Gaspar miró al rostro blanquecino bajo el pañuelo de seda. Se dio cuenta de que se lo había cambiado. Por las noches el pañuelo era azul marino. Sin luz, sería difícil diferenciarlo del cielo nocturno. Tal vez quería perderse con el paisaje. Tal vez, si iban un día a la montaña, se pondría uno marrón o verde botella.

—Ese Enrique sobre el que escribías —insistió la voz.

—Era amigo de alguien que conocí.

—¿Y se ha muerto?

—No lo sé. Se está muriendo. Puede que se haya muerto ya.

—Vaya. Todo el mundo se muere menos nosotros. Aunque eso es lo que mantiene el mundo en pie, que solo se mueran los demás. —La cabeza bajo el pañuelo, que miraba al mar, se giró para mirar a Gaspar—. ¿Por qué has escrito que no sabes si te alegra que se haya muerto?

—No me trató bien.

Hubo silencio.

—Lo has matado ya, entonces. Qué interesante.

—Solo en un cuento.

—Así es como matáis a la gente los escritores. Este es un lugar perfecto para escribir, con el paisaje, el silencio, la playa... Aquí podrás escribir cuando no estés trabajando.

Gaspar notó el reproche.

—A veces no sé muy bien cuál es mi trabajo.

—Entretenernos. Y darnos de cenar. Y deberíamos estar cenando.

Deshicieron el camino de madera. Cenaron fuera, junto a la piscina. La voz cavernosa le había pedido que rellenase una jarra de agua con vino retsina, por si la veían los doctores, aunque Gaspar no había visto a ningún doctor por allí. Después quiso saber de qué iban otros cuentos de Gaspar. Gaspar se centró especialmente en el último, el de la pareja que dejaba de verse poco a poco para no darse cuenta de que habían dejado de verse.

—¿Cómo es que escribes de amor siendo tan joven?

—He hecho que al final se vuelvan a querer, pero sin saber muy bien por qué.

—Básicamente funciona así, no tienes mucho más que descubrir. Quieres a la gente sin saber por qué. Te enamoras de alguien y lo que ocurre en tu cabeza o... o en tu corazón no tiene absolutamente nada que ver con la realidad. Esa es la gracia del asunto, pero también la maldición. ¡Me has desvelado el final!

—Es que no me ha pedido que parara.

Los labios finos se arquearon de nuevo y emitieron primero una sonrisa y luego algo parecido a un bufido triste.

—Ojalá las rupturas pudieran ser así, ¿verdad? La enfermedad es un poco parecida. La gente se va apagando y cuando se muere incluso te sorprende, porque para ti llevaba muerta desde siempre. Lo peor es la muerte repentina, la que no avisa. Esa te destroza. A menos que seas tú el que se muere. Entonces es genial.

A Gaspar le llegó otra pregunta:

—¿Nos hablarás hoy de tu madre?

—¿Pero por qué...? —Gaspar cayó en lo que acababa de hacer, y cerró los ojos muy fuerte, como si con ello pudiese borrar aquel error—. Mi vida no es muy interesante. Mi madre tampoco.

—Nos interesa conocerte.

Gaspar mantuvo silencio. Había llegado a comprender que si alargaba los silencios, estos se podían convertir en un interrogante, en una invitación para que la voz siguiera hablando. Se convenció de que podía convertir los silencios en un *¿por qué?*

—Nos has preguntado cuál es tu tarea aquí —dijo la voz raspada —. Pues es entretenernos.

—Pensé que para eso me bañaba.

—Es una de ellas. Piensa en lo increíble que será volver a tu ciudad y decir a tus amigos que has tenido un trabajo que consistía en bañarte.

Gaspar guardó de nuevo silencio, convencido de que se convertiría esta vez en un *¿qué es lo que quiere saber?*

—¿Tienes amigos?

—No.

—Háblame del hotel donde creciste. Nos encantan los hoteles.

—En ese no se hubieran hospedado ustedes.

—¿Por qué no?

—No era un hotel de lujo.

—¿Tienes alguna foto? Así te diremos si era de lujo. Adjudicaremos estrellas, de una a cinco.

Gaspar negó con la cabeza.

La cabeza bajo el pañuelo de seda asintió delante de él.

—Nos gustaría verte de pequeño. Se puede leer el alma de alguien si lo ves de pequeño y luego de mayor. ¿No crees? A un lado la foto de lo que fuiste, al otro la imagen de lo que eres. Contemplas el cuadro completo de tu existencia y te dices: ¡ahora lo comprendo!

Gaspar sonrió mientras cortaba un trozo de entrecot.

—Me ha llamado mayor.

Entregó el tenedor a la mano pequeña y regordeta, que se lo llevó a la boca y masticó lentamente.

—Siempre somos todo lo mayores que podemos llegar a ser.

Y unos segundos más tarde, puntualizó:

—Mañana serás mayor que hoy, pero por hoy... es tu límite de viejo. Hoy eres más viejo que nunca. Siempre somos viejos, lo más viejos posible. Hasta los bebés son lo más viejos que pueden. Solo eres joven si te mueres. ¡Ah, qué joven murió! Pero mientras vives siempre serás viejo.

Señaló su propio cuerpo.

—No sé si te recomiendo llegar hasta donde estamos nosotros. —Otra vez la primera persona del plural—. Este límite de vejez ya es demasiado.

Un pájaro se posó sobre uno de los árboles del jardín. La voz cavernosa dijo:

—Tuvimos un apartamento en el que plantamos un árbol junto a una ventana, para que entrasen los pájaros y se posaran en él. Un árbol no muy grande en una especie de maceta gigantesca. Dejábamos la ventana abierta y los pájaros se posaban sobre el árbol del salón. Una vez tuvimos hormigas y en vez de matarlas les dejábamos comida, terroncitos de azúcar. Convertimos uno de los salones en un enorme hormiguero. Nos convertimos en invitados en nuestra propia casa. Así éramos. Odiábamos a la gente y amábamos a los animales.

Gaspar hubiese querido preguntarle por qué no tenían perros o gatos o pájaros en una propiedad tan grande, pero de nuevo empezó a sonar un llanto.

—Trae otra botella de vino. Habrá que comprar más. Y ponla en el suelo, mejor que no la vean.

Gaspar miró a su alrededor. Entonces hubiese deseado preguntar: ¿quién? También hubiese deseado preguntar: ¿está usted bien? ¿Por qué llora?

—Veo que está triste. —Gaspar pensó en su madre—. No debería beber.

—Son lágrimas de emoción —respondió la voz raspada, y Gaspar se sintió triunfal, porque sintió que le estaba respondiendo a una pregunta, que podía sabotear el plan—. Es solo que nos recuerdas a alguien.

Pensó en cómo seguir, en cómo preguntarle a quién, pero la voz habló antes de que pudiera ocurrírsele.

—La otra botella, trae la otra botella.

Aquella noche Gaspar volvió al pueblo y se acercó al supermercado a por más vino, pero ya estaba cerrado. Solo había fuera un coche abollado, probablemente el acordeón de metal que conducía el jefe turco de Iván. Tras dar un paseo por el pueblo y ver el mar de noche confirmó que era verdad, que el lugar era mucho más bello cuando no había sol porque la luz de las farolas le daba un aire plácido y reservado que no tenía durante el día. Se acercó al puerto, cruzó el puente sobre el río seco y emprendió el camino de regreso a la casa. Entonces vio la furgoneta con un cerdo sonriente acercarse por la carretera y vio, también, como la ventanilla del conductor se abría. Iván estaba sentado junto a una mujer con un peinado tipo Cleopatra, igual al de su tatuaje, que se pintaba el ojo en el espejo retrovisor.

—Te dije que este pueblo era pequeño —dijo la voz de Iván desde la ventanilla—. ¿Vienes a Kefi?

Gaspar entró, se sentó y cerró la puerta corredera de un golpe.

—No tan fuerte —dijo la mujer.

—Esta es Eva —informó Iván.

—Encantado.

Gaspar le ofreció la mano, pero como Eva seguía pintándose el ojo y lo ignoraba, fue Iván el que le devolvió la suya. Mejor. Otra vez aquella aspereza tan suave. Gaspar la soltó pronto, preso de algo parecido al pudor. La furgoneta se puso en marcha y serpenteó por la carretera, rodeada ahora solo de oscuridad, y golpeó algunas cosas por el camino.

—¡Tranquilos, no son animales! —informó Iván.

Luego se puso a cantar, con un inglés aceptable, una canción que estaba sonando en la radio. A Gaspar le resultaba familiar, la había oído en la radio en el hotel. Decía, en inglés: «¡Tú robaste el sol de mi corazón! ¡Tú robaste el sol de mi corazóóóóón!». La interrumpió para hacer una nueva aclaración sobre los golpes.

—¡Solo son personas!

Eva hizo un ruido con la boca que pareció un chasquido de cansancio. Sonó otro golpe, este más leve.

—¡Solo era un niño!

Eva le golpeó en la pierna. Él siguió cantando mientras ella decidía volver a maquillarse, aunque ya estaba maquillada entera.

—Tú robaste el sol de mi corazón. —Ahora la canción solo la susurraba.

Y después se reía, como si solo se necesitase a sí mismo para ser feliz. A lo lejos apareció un resplandor de luz con coches aparcados y a la canción que sonaba en el interior de la furgoneta se sumó la música lejana que entraba por las ventanillas, que vibraban levemente. Iván dejó de cantar. Gaspar reconoció el terreno de arena que le había enseñado unas horas antes. Había unos tipos dando un concierto subidos a una furgoneta. Cantaban en un idioma desconocido.

—¡Kefi! —anunció Iván. Y luego protestó—: Están otra vez cantando los serbios de los cojones.

Aparcó en un hueco entre dos coches. Los tipos subidos a la furgoneta tocaban una canción monótona en la que repetían una palabra sobre una batería enfurecida y un piano.

—Es una milonga sobre la sanidad pública en su país, o eso me han dicho —informó Iván—. Siempre cantan la misma. Ya podrían hacer versiones de canciones que nos sepamos.

A Gaspar le pareció bonita. Iván abrió las puertas traseras de la furgoneta y de allí sacó una nevera portátil llena de cervezas. Ofreció una a Gaspar. Eva se cogió otra. Se acercaron a ver a los tipos que tocaban sobre la furgoneta. Gaspar se preguntó si todos los días sería así y después se dio cuenta de que no sabía exactamente qué día era, no sabía exactamente dónde estaba, y esa nebulosa en la que de repente vivía le parecía bien hasta cierto punto, como si no solo se hubiese cogido unas vacaciones de la ciudad, sino de los principios espaciotemporales que habían regido su vida: hacer camas, registrar habitaciones y despertar a su madre. Vacaciones de Gaspar, vacaciones de sí mismo. Olía a marihuana y a algo entre desagradable y liberador que supuso que era otra vez el mar, o tal vez podía ser gasolina, o las dos cosas a la vez, y Eva le ofreció un cigarrillo a Iván de su cajetilla y este la cogió y desvió la mano de Eva para que también ofreciese a Gaspar, y este aceptó. Miró a Eva para darle las gracias, pero esta ya había guardado la cajetilla y estaba encendiendo un cigarrillo con una maña increíble que hacía que su pelo de Cleopatra cayese de un modo especial sobre su rostro y dejase a la vista solo sus mejores facciones, como si tanto su cabello como los cigarrillos llevasen modulando su fisionomía desde bebé. Tal vez de ahí su voz rasgada. Gaspar se preguntó si sería la isla, que rasgaba la voz de todo el mundo, que la dejaba a la altura de un grito de socorro, de alguien que pide disculpas por haberse vuelto demasiado interesante. Se preguntó si

él también saldría de la isla con otra voz del mismo modo en que la cara le cambiaría tras ver el mar o perder la virginidad. Luego Eva se puso a bailar sola, lentamente, en lo que parecía una mezcla de baile y paseo, como si se moviese al son de una música arrastrada por un viento ligero, mientras Iván miraba enfadado a los tipos que tocaban el órgano y cantaban algo que repetía una misma palabra en un idioma extraño sobre el tejado de la furgoneta. Les gritó algo en inglés. El tipo que cantaba pareció entenderlo y le arrojó una lata de cerveza, que Iván sorteó con facilidad. Gaspar estaba demasiado entretenido observando a Eva con cierta admiración, que seguía bailando y a la que le daba igual la lata que acababa de volar en su dirección. Gaspar esperaba aprender algo de ella. Acababa de conocer a aquella mujer y por algún motivo que desconocía no había sido demasiado agradable con él, pero se sentía atraído hacia ella por la fe inquebrantable que mostraba en su propia belleza. Cuando volvió de su baile le dijo algo a Iván y entraron de nuevo en la furgoneta, primero ella, luego él. Gaspar se quedó donde estaba, se terminó su cerveza mirando a su alrededor y se encontró extrañamente feliz por estar allí, sin recordar la fecha ni el nombre de la isla ni casi nada sobre el sentido de su estancia en ella.

—Vamos a la playa un poco —anunció Iván, que traía de la furgoneta la nevera portátil con más cervezas dentro.

Atravesaron los coches aparcados en una fila irregular y bajaron por un sendero que franqueaba la maleza hasta llegar a una playa pequeña, o tal vez no era pequeña pero lo parecía porque solo se veía la parte iluminada por las luces que llegaban de las furgonetas y del escenario improvisado. Algunas barcas descansaban en el agua agarradas con cuerdas a la orilla. Había palos de madera que sobresalían de la arena que estaban a punto de convertirse, cuando llegasen los turistas, en sombrillas que se alquilaban por horas. Iván

se tiró sobre la arena, que era allí más suave y fina que en la playa de los Ottaviano. Eva extendió una toalla antes de sentarse.

—¡Llevas zapatos! —observó Iván incorporándose en la arena, su cuerpo enorme semejante al de una estrella de mar, mirando hacia los pies de Gaspar—. Te habrás pensado que íbamos al Palace.

—¿Qué es el Palace? —Gaspar se quitó los zapatos, no sabía si porque quería estar descalzo o porque quería la aprobación de Iván. Agradeció poder hacer preguntas de nuevo.

Iván señaló sus pies.

—Cómprate unas chanclas para venir aquí. —Él llevaba unas.

Eva se sentó en posición de yoga sobre su toalla y se abrió otra cerveza que había sacado de la nevera portátil. Iván, tirado en la arena, miraba al cielo y extendió la mano para tocar las piernas de Eva. Ella se las tapó con parte de su toalla.

—Os voy a contar el chiste del náufrago —anunció Iván incorporándose.

Eva resopló.

—Un tío sobrevive al naufragio de un barco y acaba en una isla desierta. Ha sobrevivido él solo junto a un cerdo y un perro. Después de unos días empieza a encontrar al cerdo muy atractivo, tan rosita, tan gordito, con esa nariz enorme, con ese culo, y empieza a acariciarlo, pero el perro se pone celoso y empieza a ladrar, así que tiene que dejarlo.

Gaspar lo seguía con interés. Eva negaba con la cabeza y miraba a la arena, expulsando humo como una chimenea.

—Lo intenta de nuevo a la noche siguiente. Se acerca al cerdo, le besa, le acaricia el lomo, él ya está empalmado, pero el perro se despierta y, muerto de celos, empieza a ladrar y a morderle el culo.

Gaspar rio. Eva seguía mirando al suelo.

—Así que lo dejó de nuevo. Lo intentó unas cuantas noches más, pero no había manera, el perro no le dejaba follarse al cerdo. Un día una rubia despampanante, atractiva y desnuda aparece en la playa. Ha habido otro naufragio y ella es la única que ha sobrevivido. El tío la mira extasiado y le dice: «¡Gracias a Dios que has venido! ¡Gracias a Dios! ¡Estaba absolutamente desesperado! Escucha, ¿podrías hacerme un favor? ¿Podrías entretener a ese maldito perro durante diez minutos?».

Gaspar soltó una carcajada y se atragantó con la cerveza. Eva también reía con reservas, como si reírse no estuviese dentro de sus planes esa noche. Cuando dejó de reír miró a Gaspar y le dijo:

—Cuéntanos qué haces aquí.

Y la voz de Eva sonó suave, bonita, dulce para alguien que parecía tan borde. Y al posar por primera vez su mirada en Gaspar, sus ojos también parecieron bonitos. Iván sacó otra cerveza de la nevera para ofrecérsela.

—Aún no lo sé muy bien.

—Trabaja en la mansión esa que hay en la carretera que va hacia el faro —informó Iván a Eva—. La de los muros gigantes.

—¿Cuál? —preguntó Eva.

—La única mansión que hay.

—No, hay dos. —Eva no apartaba su mirada de los ojos de Gaspar—. Una al lado de la otra. —Alzó el cigarrillo para marcarlas: uno y dos—. La tuya es la pequeña, entonces.

Esto último lo dijo con cierto aire triunfal. Gaspar se mantuvo en silencio, se sintió un poco estúpido. Eso explicaba, tal vez, el muro gigante que se veía desde su habitación.

—Tienen una playa propia, ¿no?

Gaspar estuvo a punto de aclarar que no era propia, que toda la costa era pública en la isla, creyó que se cubriría con un manto de

importancia y de dignidad informando de algo sobre la isla siendo un recién llegado, pero se le ocurrió que el manto de importancia sería mayor si ellos seguían creyendo que trabajaba en una mansión con una playa privada. Y decidió elevar la apuesta con un poco de humildad.

—En realidad no es una playa muy grande.

—Una playa privada no muy grande —musitó ella—. No se puede tener todo.

Arriba, en la explanada de tierra, dejó de sonar el piano repetitivo de los tipos que cantaban en un idioma raro y empezó a sonar música rock que salía de unos altavoces.

—Por fin —protestó Iván.

—¿Los conocéis? —preguntó Gaspar—. Al matrimonio para el que trabajo.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Iván.

—Los Ottaviano.

Eva se levantó y se acercó a la orilla. Metió los pies en el agua, dándoles la espalda.

—Suele ser simpática —susurró Iván.

—Puede que sea mejor que ya quedemos otro día —dijo Gaspar.

—No, no. Además, ¿cómo te vas a ir? Te tendremos que llevar de vuelta.

—Me gusta andar.

—Las carreteras no están ni iluminadas. Te perderás.

—No creo.

—Te puede atropellar un coche. O te pueden atacar animales salvajes.

—¿Hay animales salvajes aquí?

—Mmm. —Iván se encendió otro cigarrillo—. Tórtolas.

—¿Tórtolas?

—Te pueden cagar encima si las cabreas.

—¿Cómo se cabrea a una tórtola?

—Yo no lo intentaría.

—¿Sabes algo de los Ottaviano?

—No.

Guardaron silencio.

—¿Son buena gente? —preguntó Iván.

—No lo sé, realmente. Hay algo raro en ellos.

Iván arqueó las cejas.

—¿Qué es raro?

—Solo hay uno —explicó Gaspar.

—¿Solo hay uno? ¿Un señor Ottaviano?

—O una señora.

Gaspar oyó a sus espaldas unos pasos sobre el agua. Eva se alejó hacia los palos donde estaban las futuras sombrillas y se perdió durante un minuto.

—Tuvieron un accidente de coche, tiene una pinta muy rara. La cara rosa y extraña, está gordo, o gorda, va siempre cubierto o cubierta con un traje de lino y un pañuelo, no les puede dar el sol.

—¿No les puede dar el sol y viven aquí?

Gaspar se encogió de hombros.

—Son raros.

—La gente rica es rara.

Y tras una pausa, Iván prosiguió:

—Pregúntaselo.

Gaspar sacó otra cerveza de la nevera portátil y la abrió. Dueño de repente de un entusiasmo inusitado, decidido a coger algo ajeno sin pedir permiso. Se preguntó si eso era estar borracho. Nunca lo había estado antes.

—No puedo hacer preguntas. —Bebió—. Está prohibido. Lo dicen las normas.

Eva volvió y se sentó de nuevo en la toalla. Gaspar les contó la historia de los Ottaviano, vampirizando los giros y dramatizaciones de Enrique Piernavieja cuando lo había hecho en el salón de Pandora, sintiendo cierto desagrado por el modo en que había invadido su vocabulario. El coche volcado, las llamas en la tapicería de los asientos, el minuto que estuvieron dentro. Enrique Piernavieja estaba usando su lengua. ¿Seguiría vivo? Si había muerto ya, se había reencarnado en sus cuerdas vocales. Gaspar solo esperó que le gustase la cerveza.

—¿No hay nadie en la casa a quien preguntarle si es el señor o la señora? —quiso saber Iván.

Gaspar negó con la cabeza.

—Hay una cocinera y gente arreglando siempre cosas en el jardín, pero no hablan español. Creo que no hablan ni inglés. Aunque yo tampoco hablo mucho.

—Si bebe ese retsina asqueroso que has venido a comprar al supermercado es una mujer —dictaminó Iván—. Es la señora Ottaviano.

—Tú bebes ese vino a veces —espetó Eva, burlona.

—Solo si no hay otra cosa... ¿Cómo se dice para referirse a alguien que no es hombre ni mujer?

Los tres guardaron silencio.

—Cuando Eva estaba embarazada y aún no sabíamos el sexo, decíamos *la criatura*. *Bebé* nos parecía de idiotas. Los bebés son idiotas, pero criatura... sonaba interesante.

Gaspar miró a Eva, que volvía a mirar a la arena en silencio.

—¿Y qué fue al final? —preguntó.

Iván y Eva guardaron silencio y Gaspar decidió no hacer más preguntas al respecto.

Dio un sorbo a su cerveza, se tumbó sobre la arena y al ver un cielo abierto, oscuro, inmenso y con cientos de estrellas sintió que se caía sobre él, como si la gravedad hubiese cambiado de opinión. Se había formado un silencio que le resultaba cómodo, pero llegó un momento en que se preguntó si le resultaría cómodo solo a él. Así que dijo, sin dejar de mirar al cielo:

—Se está muy bien aquí. Gracias por invitarme.

Y añadió:

—Es agradable este silencio.

Eva aportó su quinta frase de la noche:

—Iván habla demasiado.

—Alguien tiene que hablar —expuso él.

—No, nadie tiene que hablar, podemos disfrutar de las estrellas, como está haciendo él. ¿Tienes que hablar todo el rato? ¿Crees que alguien está esperando a que rellenes todos los silencios del mundo?

Iván musitó, muy bajito:

—No empecemos.

Y siguieron discutiendo en bajito. Gaspar miraba al cielo encontrando rítmico el intercambio de palabras que se había originado a su lado, como si el centelleo de las estrellas estuviese ejerciendo de director de orquesta de la lucha que se libraba a susurros. Supuso que estaba borracho. Y no había estado borracho antes. Se preguntó si soportar discusiones paternales sería así. Los niños hablaban de las discusiones de sus padres en el colegio. Él nunca había asistido a algo así. Una vez había tenido una discusión con su madre que le hizo pensar en la que podía tener un matrimonio porque le recordó a las que describían sus compañeros de colegio. Se lo hubiese contado a Iván y Eva si le estuviesen

escuchando, pero habían subido el tono de la riña. Había ocurrido así: mamá había recibido una llamada del señor Román comentándole que unos huéspedes le habían llamado para interesarse por el chico que trabajaba en el hotel, que era talentoso y atento pero demasiado joven, y ella le había explicado que ella no le pedía que trabajase, que era él quien quería hacerlo. Y tenía razón. Colgó el teléfono y se enfrentó a Gaspar diciéndole que dejase de ponerla en evidencia, de creerse mejor que ella, de avergonzarla, de quedar ante el mundo como un niño esclavizado. Él siempre había querido decirle que había cosas que si no hacía él en el hotel no haría nadie, y ese nadie era ella, porque ya no quedaba ningún otro trabajador por aquel entonces. Pero no se atrevía por todos los modos en que esa confesión podía herirla. Sin embargo aquel día, entre todas las cosas que le apetecía hacer (ir a ver si encontraba ranas, pasarse por el centro cultural a ver de qué iba el ciclo de películas de la semana siguiente, comer algo muy salado que le diese sed durante horas o echarse una siesta larguísima) estaba herirla, cuanto más profundamente mejor. Ese día, justo ese día, había nacido en él un odio nuevo hacia su madre. Así que se lo dijo:

—Si yo no hago esas cosas tampoco las haces tú y entonces nos echarán a los dos.

Y no supo qué fue lo que más le molestó, si que la llamase vaga o que verbalizase que aquel trabajo era de ambos, que le robase una parcela en lo único de su vida que parecía sagrado y constante. Así que Gaspar recibió un bofetón que le recordó al de las películas, su cabeza se giró de forma casi cómica hacia el espejo del dormitorio y allí se vio, todavía un niño pero casi igual de alto que aquella mujer con sobrepeso, cara de pájaro y rostro enrojecido que le había tocado como madre y que no se parecía a ninguna otra

madre de las que iban al colegio, de aspecto tan benevolente, tan responsable, tan afectuoso. A él le había tocado esta y de repente no la odió exactamente a ella, porque a ella nunca podría odiarla, sino a sí mismo, a su propia suerte, al azar. Así que la empujó, y cuando empujó a su madre no quería empujarla a ella, a ella nunca habría querido empujarla, solo quería golpear cualquier cosa y ella era todo lo que tenía, lo único que podía golpear. Enseguida se arrepintió de haberla golpeado a ella y le iba a pedir perdón cuando ella lo agarró de un brazo, lo sacó del dormitorio hacia el pasillo, le dio otro empujón y Gaspar se cayó por las escaleras, un tramo entero desde el segundo piso hasta el primero. Eso también le recordó a las películas, porque había un fundido a negro y de repente estaba al pie de las escaleras con un dolor frío e intenso en un tobillo y un líquido caliente que se le deslizaba por la frente. Su madre, arrodillada frente a él, lloraba y sus lágrimas se le caían encima y se mezclaban con el reguero de sangre en su frente. Le lamió la sangre de la frente como si fuese un animal.

Al médico le dijeron que se había caído jugando. Gaspar apoyó esa versión. La torcedura del tobillo tardó un mes en curarse. Aprendió a amar la cicatriz en la ceja, incluso la palabra, con esa musicalidad trágica: *ci ca triz*. Le recordaba a su madre, a la que acabaría llamando Cicatriz en un cuento, muchos años después. *Su nombre era Cicatriz Ferrer*, escribiría. La hubiese llamado Dolores, pero no sería preciso. Su madre no estaba comida por el dolor, exactamente, sino por lo que venía después.

—Cicatrices —susurró Gaspar, que demasiado a menudo terminaba sus pensamientos en alto.

—Vámonos.

Eva se había levantado bajo el cielo estrellado y parecía gigante frente a Gaspar, como su madre cuando lo empujó. Los tres subieron

el sendero de arena y rocas en silencio.

—Perdona, tío —le susurró Iván.

Gaspar sintió que florecía. Nadie le había llamado *tío* nunca. Se subieron a la furgoneta. La música que sonaba entonces en el descampado de Kefi era electrónica y cuando se alejaron y dejaron detrás de sí el campo de tierra se oían ya únicamente leves golpecitos y, al final, vibraciones. Dejaron a Gaspar en la puerta de la casa de los Ottaviano. Iván dijo:

—Hablamos. —Y miró con curiosidad hacia el enorme portalón y al muro.

Y Eva no dijo nada.

Cuando la furgoneta se alejó, Gaspar no entró en la casa. Caminó por la carretera, la que llevaba al pueblo, a paso lento y firme, disfrutando de la brisa marina, tan nueva para él, y de ese júbilo desmañado que le habían dado sus primeras cinco cervezas. Y cuando estaba a unos cien metros, a una distancia prudencial, se dio la vuelta y lo comprobó. Al lado de la casa de los Ottaviano se podía intuir otra más grande tras los enormes cipreses, recortando el cielo negro pero con una tonalidad de negro diferente. Una oscuridad dentro de otra.

Llegó a su cuarto un rato después. Se metió en el baño, se desnudó, se puso de espaldas al espejo y giró la cabeza para ver la mancha en forma de corazón debajo del culo.

—Tienes dos corazones porque yo te di el mío —susurró, de nuevo pensando en alto.

Miró a su alrededor, al reflejo del espejo, al reflejo de su cuerpo en la enorme mampara de la ducha, aquel cuerpo desnudo y adulto que le resultaba todavía extraño porque dos años antes, tal vez

incluso uno, no estaba del todo ahí. Repitió la frase. Volvió a mirar su reflejo en el espejo, al de la mampara, después a través del quicio de la puerta y a la habitación en penumbra. Era imposible invocar a su madre. El mundo estaba lleno de fantasmas, aparentemente, pero ninguno era el de ella. Tal vez había muerto como fantasma también. Tal vez había muerto dos veces.

Se acostó. Le daba vueltas la cabeza, pero no tardó en quedarse dormido. En un momento dado de la noche aún cerrada, soñó con el ruido del viento y con otro ruido crujiente y quebradizo que sonaba cercano a su ventana. En el sueño, Gaspar estaba allí mismo, en su dormitorio, y se levantaba y se acercaba a la ventana y veía una sombra en el jardín, una sombra en silla de ruedas que daba vueltas sobre sí misma, como si la criatura (*la criatura*, así, verbalizada por la voz de Eva, le resonó en pleno sueño, si es que realmente aquello era un sueño) estuviese bailando sobre sus ruedas. En esa neblina confusa se volvió a acostar en la cama, se volvió a dormir un rato y volvió a despertarse, aún mareado, todavía de noche, porque había de nuevo ruidos en el jardín. Más crujidos. Volvió a la ventana. Allí estaban los cipreses, agitados por vientos que llegaban de otras islas, y detrás el muro. Pensó que la señora Ottaviano o el señor Ottaviano o la criatura seguiría con su insomnio rodando a solas por el jardín, pero a lo lejos, entre los arboles del jardín, vio la silla vacía, sola, en medio del verde oscuro del césped, sin ninguna criatura encima. Abrió la ventana para gritar su nombre, pero no sabía muy bien qué nombre gritar. Y estaba pensando en cómo nombrarla (gritar «¡criatura!» no era una opción) cuando oyó otro ruido quebradizo, crujiente, este más cerca de su ventana, y al mirar hacia abajo lo vio. La criatura estaba de pie, frente a uno de los enormes ventanales, bajo el dormitorio de Gaspar, mirando hacia el

interior de la casa, en el jardín oscuro. Susurraba, en bajito, a su propio reflejo:

—¡Vete de aquí!

Gaspar dio un respingo y se metió en la cama sin cerrar la ventana y cubriéndose la cabeza con las sábanas. Tardó en volver a dormirse. O tal vez nunca se había despertado. Cuando abrió otra vez los ojos seguía siendo de noche. Se acercó a la ventana. La silla no estaba allí. En el jardín no había nadie. Volvía a sonar solo el viento y el cuerpo desnudo de Gaspar se reflejaba en el espejo lejano del cuarto de baño. En vez de el de un hombre volvió a parecerle el de un niño.

Cada vez que Gaspar cortaba pan y fruta en la mesa de mármol en el salón principal el ruido provocaba un sonido seco que llegaba al techo y volvía en forma de eco, así que intentaba hacerlo más fuerte y más veces para que hubiese en aquella casa algo parecido a ruido. Salió a la mesa bajo la sombra del cenador para dar de desayunar a la criatura. Sentada frente a él, vestida de lino de arriba abajo y con gafas de sol negras, dijo:

—Anoche volviste tarde.

Gaspar supuso que le había visto volver a través de los ventanales, o que esa era una de las noches en las que dormía en las tumbonas bajo el cenador, o en los sofás del salón, y lo vio pasar hacia su cuarto. O que tenía cámaras instaladas por toda la propiedad y las observaba con detenimiento desde un sótano. Se preguntó si la casa tendría sótano. Todavía no la había recorrido entera y pensó que ni siquiera le apetecía y, al pensar eso, al notar su desánimo, se preguntó si le embargaba una tristeza plúmbea, si echaba muchísimo de menos no solo al fantasma de su madre sino también al de Pandora, o si solo estaba teniendo su primera resaca.

—Me encontré a unos chicos españoles. Me enseñaron la isla.

—¿Hay españoles aquí?

—Dos. Conmigo tres. Y con ustedes... —Gaspar se vio incapaz de terminar esa operación matemática.

—Cinco. —La criatura la terminó por él—. Tendremos que irnos a otra isla.

Gaspar iba a preguntarle si no le gustaban los españoles, pero esperó a que la criatura leyese su mente, como había hecho otras veces. Así que optó por una observación que mantuviese la conversación viva. Durante aquellos días había aprendido algo sobre la distribución de muebles caros en mansiones vacías y también sobre la distribución del lenguaje en conversaciones castradas.

—Esta isla es muy bonita.

—Sí, ¡¿pero españoles?!

Había funcionado. Gaspar sintió por fin algo parecido a la alegría en aquella casa. Estaba consiguiendo romper un código, crear una nueva forma de comunicación.

—Están por todas partes. Era horrible cuando nos los encontrábamos por el mundo. Venían al teatro y... —Aquí se detuvo y dio un sorbo al café que ya se había enfriado—. Nos los encontrábamos y creían que teníamos que ser amigos. Decían: ¡hablamos el mismo idioma! Nosotros les contestábamos que no, que no hablábamos el mismo idioma, solo utilizábamos las mismas palabras.

—Podríamos ir a pasear hoy por el pueblo si quiere. —Gaspar se inquietó por si a la criatura le parecía que esa era una pregunta indirecta y le despedía—. Intentaré no cruzarme con españoles.

—A veces una conversación —prosiguió la criatura— es más honesta con alguien que no habla demasiado bien tu idioma. —Se detuvo de nuevo a beber café frío—. Alguien que no habla tu idioma mide las pocas palabras que conoce para decir exactamente lo que quiere decir. No hay dobleces. Deberías hacerte solo amigo de gente que no hable del todo tu idioma. Nosotros lo hacíamos así.

—Entonces no podré ser amigo de ustedes —razonó Gaspar.

—Sí puedes. Nosotros hablamos muy lento, cada palabra nos cuesta un mundo. Después del accidente nuestro lenguaje se

convirtió también en un idioma que tuvimos que aprender.

Gaspar pensó que para costarle un mundo hablar no se callaba nunca. La criatura añadió:

—No sabes hasta qué punto debo medir lo que digo, Gaspar.

Y le acarició la mano con su mano pequeña y rosa. Después la retiró para probar un par de bocados del pan integral que le había preparado la cocinera con lonchas de pavo y queso fresco y lo dejó en el plato.

—Qué asco. Vete a buscar los cacahuetes y dame vueltas al jardín. Hoy desayunaré solo cacahuetes.

Fue a por los cacahuetes que tenía en su dormitorio, bajó, se los entregó a la criatura y comenzaron a pasear en silencio mientras la criatura zampaba directamente del bote de plástico con sus manos pequeñas y rosas. Había una brisa fresca que se suavizaba a la luz del sol. El césped permanecía segado, limpio y plano. La criatura indicaba a veces el camino que deseaba seguir: entre los árboles, o subiendo a las partes cubiertas de madera o baldosa o paseando a la sombra de los toldos amarillos que protegían la parte donde había unos parterres de jardín donde nadie había plantado nada.

—Queremos saber más cosas de ti —dijo la criatura—. ¿Te molesta responder a nuestras preguntas?

Gaspar no consideraba que responder afirmativamente fuese una opción.

—No.

—¿Cómo son esos españoles?

—Él es simpático, ella es rara.

—¿Por qué?

—Apenas me habló.

—No la conoces de nada, ¿no?

—No.

—Es normal que no te hable. Los jóvenes tenéis una manía curiosa de rellenar los silencios. Los silencios son lo normal, no lo extraño.

A Gaspar le volvió a parecer irónico.

—Creo que no le caí bien.

—Cuando era joven me bastaba con la compañía de la gente. Solo su presencia bastaba para alimentarme. Era como vampirizar la energía de los cuerpos. No pedía nada más. No recuerdo ni una sola conversación que haya tenido con amistades de juventud. Simplemente estábamos juntos hablando de... nada. Es cuando te haces mayor que empiezas a exigir cosas a la gente, a esperar una respuesta de ella. Me encantará volver a preguntarte dentro de veinte años de qué hablabas con esos chicos de los que te has hecho amigo. No te acordarás. Solo recordarás haber estado con ellos y haberte sentido bien. Pero todas las palabras que has pronunciado tú o han pronunciado ellos se te olvidarán.

Como la criatura hablaba muy despacio, ese parlamento completó una vuelta entera al jardín. Después, la criatura pidió enfilar hacia la playa por el camino de madera entre los almendros, los cipreses, los limoneros y los olivos.

—No estabas hablando, estabas viviendo, solo viviendo —prosiguió la criatura, deteniéndose ante algunos de los saltitos que provocaban los tablones de madera—. Creo que nada de lo que digas hasta los treinta años importa realmente. Luego llegas a una edad en la que ya no te queda nada por vivir, solo hablar de lo vivido. Entonces empiezas a hablar. Demasiado, te puedes llegar a convertir en un filósofo. Creo que eres un poco filósofo tú. Creo que estudias a la gente. Te estás perdiendo la parte en la que vives. No seas de esos escritores que se confunden con filósofos. Los odiamos. Todo el mundo los odia.

Gaspar se centró en los ruidos de los tablones. *Tocotó, tocotó, tocotó*. No sabía qué responder a eso.

—No seas un viejo prematuro —le pidió la criatura.

Gaspar abrió el portón que daba salida hacia el camino de la playa. Avanzaron por la plataforma de madera.

—Báñate desnudo —pidió la criatura—. Es un placer que hay que vivir. Un placer juvenil. No lo harás de viejo.

A Gaspar le vinieron varias preguntas a la cabeza que podrían haber servido para declinar la invitación. Por ejemplo: ¿ahora? Pero era un momento como cualquier otro. También: ¿con el frío que hace? Pero no hacía frío. O: ¿y si me ve alguien? Pero nadie lo iba a ver. Excepto la criatura, que miraba con atención tras sus gafas de sol. En esos momentos, Gaspar se convencía de que estaba ante el señor Ottaviano.

Pero entonces la criatura dijo:

—Si te resfrías pediremos a la cocinera una sopita.

Y entonces se convencía de que aquella era la señora Ottaviano.

—Nos gusta verte disfrutar.

Y esa era la criatura simulando ser los dos a la vez.

Gaspar solo se había desnudado ante el médico. La última vez, tras el episodio de las escaleras. Le había dicho que los moretones desaparecerían pronto, que tuviese más cuidado la próxima vez bajando las escaleras y que la cicatriz de la ceja le haría interesante ante las chicas.

—¡Invéntate cómo te la has hecho! —le había dicho el doctor—. ¡Crea una historia interesante!

Y ahí, probablemente, supo que quería ser escritor. Se quitó la camiseta blanca, los pantalones vaqueros, las sandalias. Para quitarse los calzoncillos se dio la vuelta, con el mar al frente. Miró

hacia la carretera vacía a un lado, hacia la montaña de color ocre al otro lado y después hacia su propio cuerpo blancuzco.

—Debería ponerme crema —musitó.

Caminó hacia el agua ya desnudo. La criatura, envuelta por un chal de seda, le miraba con atención. Gaspar se metió rápido, sin miramientos, aunque estuviese fría, y se quedó todo lo que pudo bajo el agua, pensando en lo bonito que sería poder permanecer allí durante horas, como las ranas de la laguna artificial de las obras cercanas al hotel. Además, le estaba viniendo bien para el dolor de cabeza que le acompañaba desde que se había despertado. Había visto tubos de buceo en el supermercado. Se podía comprar uno. También se podía poner el bañador todos los días bajo la ropa antes de los paseos, por si aquello se convertía en una costumbre. Pensó si debería tomar el sol en los ratos libres para no ser un ridículo cuerpecito blanco, aunque tal vez la exposición ante los rayos ultravioletas para volver la piel de otro color no fuese un chiste de buen gusto en aquella casa. Aunque por otra parte empezaba a pensar que el chiste era él, que la ironía era un producto químico con el que se frotaban todas las superficies de aquella mansión cada mañana. Podría darle la vuelta, hacerse bufón con todas las de la ley, buscar en las tiendas de souvenirs del pueblo el traje de baño más ridículo. Si iba a ser bufón, no le gustaría ser un bufón desnudo. Sacó la cabeza del agua, satisfecho por lo mucho, rápido y bien que se pensaba allí debajo. La criatura lo miraba desde la plataforma, a lo lejos, extendiendo la cabeza. Por un momento Gaspar creyó que, más que mirarlo, lo estudiaba.

Por la tarde, cuando ya se estaba poniendo el sol, se acercó al punto del jardín al que iba a dar su ventana. Delante de él estaba el muro

de hormigón, delante de este los cipreses, más cerca, los lentiscos. Detrás, los enormes ventanales que daban al interior de un segundo salón. Bajo sus pies, las hojas de los lentiscos, que formaban un pequeño sendero que rodeaba la casa. Cuando las pisó, emitieron un sonido crujiente y quebradizo que le recordó a algo.

Pasó una semana. La criatura tenía horarios extraños. A veces se pasaba horas por la mañana fuera de la casa y no aparecía hasta casi la hora de comer. Otras veces Gaspar se despertaba por las mañanas y allí estaba, a los pies de su cama, con las gafas de sol, el traje de lino y la pañoleta de seda sobre la cabeza como si fuese un perro que está esperando a que lo saquen. En esas ocasiones Gaspar se levantaba y aún con sus calzoncillos bóxer de cuadritos, o de rayas, o de pájaros, tal cual estaba, se detenía un momento en la cocina principal para echarse café en un termo y enfilaban el camino hacia la playa porque la criatura quería ver amanecer. Aquella semana empezó a hacer calor y por las mañanas, al amanecer, la criatura le pedía a Gaspar que se bañase, le decía que los baños en el mar eran especialmente bonitos al amanecer, y aunque los dos primeros días Gaspar repitió la letanía del bañador, de indicar que tal vez debería ir a buscarlo a su cuarto, al tercero ya se desnudaba y se metía en el agua, convencido de que ese era el orden natural de las cosas allí e incluso de que, si un día animaba a la criatura a bañarse con él, tal vez podría saber por fin si era el señor o la señora Ottaviano.

La criatura seguía haciéndole preguntas sobre su vida y a Gaspar se le había ocurrido inventársela. Cuando le preguntaba cómo se llamaba su madre, le decía otro nombre. Cuando le pedía ver una foto de ella, le decía que no tenía ninguna. Cuando le preguntaba

detalles sobre el hotel en el que había crecido, creaba historias que solo habían ocurrido a medias. Convirtió a la rana a la que había matado en un ratón, a Enrique Piernavieja en un antiguo amigo de la familia y al incendio que su madre causó en el parque en una maleta arrojada al río. Inventando otra infancia inventaba a otro muchacho. Le parecía que era una venganza dulce por no permitirle hacer preguntas a él y que, además, si estaba allí para entretener a la criatura, era mucho mejor entretenerla con una vida emocionante. También se inventó que la cicatriz de su ceja se la había hecho al caerse de una silla del hotel cuando intentaba capturar a una ardilla que se había metido para comerse todo el pan duro que se guardaba para rayar y rebozar las tiras de pollo. Y cuando le preguntó por la mancha en forma de corazón que apreciaba en su trasero al bañarse desnudo le dijo que eso no era una mancha sino una quemadura que se había hecho justo antes de llegar a la isla cuando, desnudo en una cocina, había golpeado la cafetera italiana con el culo. Ahí, cuando le dijo eso, la criatura se rio pero de una forma extraña, diferente a las demás, y le dijo:

—Me encanta que siempre estés mintiendo.

Fue al supermercado un par de veces durante aquella primera semana en la isla, aprovechando sus paseos por el pueblo para hacer acopio de más vino, cerveza y cacahuetes y otras cosas que le apetecían a la criatura y que sus doctores, esos a los que Gaspar aún no había visto, no le dejaban comer, como pepinillos, patatas fritas sabor vinagreta o una especie de fideos fritos hechos de harina de garbanzos que venían en bolsas enormes. Pero no vio a Iván, que ya había debido de empezar su época de continuos repartos a los restaurantes que abrían en la temporada de turistas. En una de sus

visitas al supermercado compró cervezas extra para él. Las metía en la nevera de su habitación, escondidas en los cajones donde se suponía que iban las verduras, y a veces se bebía un par antes de bajar a dar la cena a la criatura, porque si se bebía dos cervezas antes la encontraba más divertida, más ocurrente y también se encontraba más divertido y ocurrente a sí mismo.

Una de aquellas noches la criatura volvía a mirar obsesivamente a un punto fijo del jardín. Y preguntó a Gaspar:

—¿Ves a alguien ahí?

Señaló con su mano pequeña y rosa a un punto al pie de los cipreses. Gaspar negó con la cabeza.

—Ah... —Guardó silencio—. Serán los fantasmas. Todos tenemos los nuestros. Imagínate a nuestra edad. ¿No tienes tú uno?

Gaspar también negó con la cabeza.

—¿Tu madre?

Si su madre había tenido la oportunidad de ser un espectro y presentarse ante alguien, no lo había elegido a él. Gaspar negó con la cabeza otra vez.

—Los fantasmas son rencorosos —dijo la criatura—. ¿Hiciste algo para disgustarla y que no quiera aparecerse?

—No.

—¿Piensas hacerlo?

—No.

—«Mis obras no las conocéis ahora, mas las conoceréis después».

Gaspar guardó silencio.

—Es una frase que escuchamos una vez. Los fantasmas están en un lugar desde el que lo ven todo. Lo que ha pasado ya y lo que no ha pasado todavía. Puede que te esté castigando por algo que aún no has hecho.

—Eso no es justo —Gaspar protestó por primera vez ante la criatura—. No se puede castigar a alguien por algo que aún no ha hecho.

—Eso es porque lo vas a hacer.

—El futuro no está escrito.

—En la muerte está escrito todo. Puedes creernos, sabemos mucho sobre la muerte.

A la criatura pareció ablandarle el rostro desencajado que vio en Gaspar.

—No nos hagas caso. Nos gusta decir este tipo de cosas. Esta isla se presta a hablar de los muertos. Pero tú eres muy joven —susurró la voz—. Ya te llegará. A partir de cierta edad a todos nos asignan nuestro propio fantasma.

La criatura dio un sorbo al vino y comió más cacahuetes.

—Y si ves un fantasma que no te apetece que te acompañe —prosiguió— no lo mires directamente a los ojos. Una vez entablas contacto visual no hay manera de librarse. A menos que no quieras librarte de ellos. De algunos no te quieres librar. Aunque a veces es complicado diferenciarlos, ni ellos saben quiénes son. A veces se te juntan dos fantasmas o tres en uno. No sé si me explico. Se te presenta un fantasma que es a la vez dos o tres personas que has querido. O dos o tres personas que has odiado.

Gaspar se rio de forma nerviosa. La criatura añadió:

—Dejamos una radiación. Nuestro cuerpo tiene isótopos de uranio, contaminamos, dejamos una estela. En realidad ya somos algo parecido a un fantasma cuando estamos vivos. En un rato nos iremos a dormir, pero algo seguirá flotando en el aire de nosotros, aquí, bajo el cenador. Estarás durmiendo ahí arriba, pero a la vez estarás aquí. Ya eres un fantasma y aún no te has muerto.

Gaspar, sin preguntar, animado por las cervezas que se había bebido en su cuarto, se echó vino de la jarra en su vaso y dio también un claro sorbo. La criatura lo miró atentamente, como aprobando aquel gesto.

—Los tuyos también aparecerán.

Gaspar asintió y se alegró muchísimo de estar allí en aquel momento, se notó flotando en una especie de corriente cálida que enseguida identificó como una leve borrachera. Al acabar de cenar, cuando la criatura se despidió de él desde el ascensor, Gaspar se fue a su habitación, se puso la camisa de Etro que había heredado de Pandora y un pantalón de pinzas y salió de la casa por el portalón que conducía a la carretera principal. Había escrito «KEFI» en un papel. Caminó bajo la luz de un cielo azul oscuro por la carretera hacia el pueblo. En el pueblo se dirigió a la parada de taxis que había visto en la calle del supermercado. Estaba vacía. Esperó diez minutos a que apareciese uno, mientras fumaba un cigarro de la cajetilla con letras griegas que había comprado en el supermercado señalándola a través de una vitrina. Cuando apareció un taxi mostró al conductor, a través de la ventanilla, el papel que llevaba en el bolsillo. Tardaron apenas quince minutos en llegar. Gaspar pagó la carrera mientras de fondo sonaba música, esta vez guitarrera, la versión de alguna canción famosa en inglés de los setenta u ochenta. Si Iván estaba allí, estaría contento.

Gaspar había llevado un par de latas de cerveza de las que escondía en su habitación. Se abrió una mientras caminaba por el campo de tierra hacia la multitud cerca de las furgonetas aparcadas y de la banda que tocaba, esta vez en un pequeño escenario sobre unos viejos tablones y con un par de focos. Buscó a la mujer con peinado de Cleopatra y al chico fuerte con barriga incipiente y rostro cuadrado, pero no los vio por ningún lado. Los cuerpos que bailaban,

charlaban, bebían, fumaban, se besaban o miraban al suelo, al frente o al cielo formaban una masa de desconocidos que por primera vez no se le antojó hostil. Empezó a mover la cabeza al ritmo de la música convencido de que podía desentrañar el misterio de aquella masa de desconocidos si se limitaba a hacer lo mismo que ellos y de repente, en medio del gentío, encontró un rostro conocido que lo miraba fijamente, de rizos rubios y rostro anguloso, amigable.

Solo había visto aquel rostro en dos ocasiones. Una mientras robaba plantas y otra mientras se daban una paliza en medio de la nieve, pero sentía haberlo visto muchas más, muchas noches en casa de Pandora cuando, tras las fiestas, lo veía también en su cama y fantaseaba con él intentando no hacer ruido hasta que se quedaba dormido.

El rubio se acercó. Cuando la luz escasa y el humo que flotaba en el ambiente le permitieron verlo más de cerca, comprobó que no era él. Solo alguien que se le parecía mucho. Gaspar iba a seguir su camino, pero el rubio le sonrió de un modo casi insolente, como si supiese que un tipo muy parecido a él se le había aparecido más de una noche en la memoria cuando no podía dormir. A Gaspar, tal vez influido por la cerveza, le pareció que solo con esa sonrisa alguien podría activar una central térmica.

El hombre se acercó a él y le habló en inglés. Gaspar, que no hablaba mucho inglés, le respondió con otra sonrisa, de las mejores, de las que le habían hecho protagonista de los últimos álbumes fotográficos de la vida de Pandora, y le dio la sensación de que al rubio le gustaba su sonrisa, porque le dedicó otra.

—*Don't speak English* —dijo Gaspar mientras pensaba que cuando volviese a casa tendría que ponerse a ello, y al instante, al

pensar en volver a casa, se dio cuenta de que en realidad no existía casa a la que volver.

—*Italiaaaaano* —dijo el rubio, señalando con su dedo a Gaspar y hundiéndolo en su pecho.

—Español. —Gaspar no quitó el dedo del hombre de su pecho.

—*Essspañol!* —El hombre negó con la cabeza—. *I don't know* español.

—*I don't know English.*

El hombre retiró el dedo del pecho de Gaspar y apuntó con él hacia arriba, como si estuviese teniendo una idea o pidiese al cielo que le enviase una, y después volvió a señalar a Gaspar y con el mismo dedo le indicó que le siguiese. Atravesando la multitud que hablaba en varios idiomas desconocidos llegaron a una pequeña barra donde una mujer de unos setenta años con el pelo azul agitaba una botella enorme y a continuación depositaba su contenido sobre unos vasos de plástico con hielo. El rubio le dio la espalda a Gaspar, habló con la mujer, le dio un billete y volvió con dos vasos de plástico enormes. Le entregó uno diciéndole algo en inglés.

—*Thank you* —dijo Gaspar.

El hombre le cogió la mano y lo llevó de nuevo hacia la multitud, que ahora se había puesto de acuerdo para bailar porque el grupo de versiones guitarreras había dejado de tocar y alguien había puesto una agradable música disco con violines y campanas. Hacía una noche fresca pero Gaspar, que llevaba solo la camisa y la corbata, no sentía frío. Lo que le había dado el rubio estaba bueno y beberlo le hizo sentir extrañamente ligero, como si de repente se hubiese quedado sin vergüenza ni secretos, así que bailó de forma torpe y le dio igual hacerlo así. Solo había bailado alguna vez con su madre cuando en los bares ya medio vacíos improvisaba con él lo

que ella consideraba un twist, un pasodoble o un vals, según lo que hubiese bebido, pero allí, a su alrededor, nadie seguía un baile concreto ni unas reglas, se diría que ni siquiera un ritmo, así que Gaspar imitó los movimientos del rubio, que se movía dando saltitos desde el suelo, como si la tierra quemase. Miró al cielo, que le pareció de nuevo amigable, abarcable, cercano, y cuando bajó la mirada se cruzó con la del rubio, que había puesto sus ojos otra vez sobre él de una forma procaz, como el que roba algo y espera una felicitación a cambio, pero que no puso incómodo a Gaspar. Todo lo contrario. Le hubiese parecido incómodo en cualquier otro momento de su vida pero no en aquel, aunque no sabía explicar por qué. El rubio se acercó a su rostro y Gaspar miró a su alrededor y se echó atrás, avergonzado, pese a que ninguno de los presentes, de los bailarines aficionados que los rodeaban, parecía ni siquiera darse cuenta de que estaban allí. El rubio de pelo rizado le sonrió (otra vez la central térmica), enseñó los dientes ordenados y pequeños que dibujaban una especie de luna creciente, y Gaspar dio otro sorbo al vaso enorme con hielo y le gritó al oído:

—*My name is Gaspar!* —Eso sí sabía decirlo, había sido lo primero que había aprendido a decir en las clases de inglés del colegio y nunca se le había pasado por la cabeza que un día lo repetiría tan lejos, ante un desconocido y con una erección.

Sentía la necesidad de decirle su nombre y de confesarle todos sus secretos, como si por primera vez, en vez de darle calor y equilibrio, le pesasen. Se preguntó si acaso tenía calor de verdad, si la borrachera daba tanto calor que quería quitarse la camisa. El rubio le cogió de la mano y sus dedos le parecieron gigantescos. Se acercó a su oído y le dijo su nombre, aunque Gaspar no lo entendió muy bien, pero asintió con la cabeza sonriendo, entrecerrando los ojos y mirando de nuevo al cielo, en el que ahora se veían las estrellas que

hace apenas minutos no estaban ahí y que también parecían bailar al ritmo de la música disco con violines. Como sus pensamientos querían salir de forma rápida y desordenada por su boca, musitó al oído del rubio, señalando a los altavoces:

—Violines —musitó.

El rubio repitió la palabra, pero Gaspar no entendió si estaba diciendo *violines* o *violencia*. Después le apretó la mano. Gaspar sintió más calor.

—*Gasparrrr* —dijo el rubio en su oído.

Le encantaría poder contarle lo de los Ottaviano, que eran un poco como violines y violencia, que solo había uno y que podía ser una cosa o las dos a la vez. *Gasparrrr*. El rubio seguía diciéndole al oído cosas que no entendía, pero su voz era melódica y hermosa, así que le gustaba escucharlas de cualquier modo. La gente había empezado a bailar más animadamente porque la música se había vuelto más rápida y al mover los pies sobre el terreno levantaban la tierra y esta se elevaba hasta el cielo y se confundía con la estrellas, cada granito de tierra formando una galaxia pequeña sobre sus cabezas. Gaspar estaba mareado, pero un mareo que le resultaba placentero porque la gente, el viento, la música, las estrellas y los granitos de tierra lo sujetaban cada vez que se iba a caer hacia los lados, habían formado un sistema solar con sus propias fuerzas gravitacionales. Cuando se cayó sobre el pecho del rubio este lo cogió por los mofletes y Gaspar decidió hacer lo mismo, puso sus manos a ambos lados de su cabeza y se asombró de lo hermosa que podía resultar la anatomía de un cráneo, que aquel hombre le gustaría incluso aunque un animal salvaje le arrancase la piel y tuviese que besar su calavera. También había pensado eso de Iván mientras conducía la furgoneta y daba golpes a las cosas por el camino el día anterior, aunque ese pensamiento solo se había

manifestado ante él de forma explícita allí: había tenido que acariciar una cabeza para saber que deseaba otra. O podía querer ambas, tenía diecinueve años de reservas de deseo. Decidió besar al rubio, pensó que era el momento adecuado, pero cuando iba a hacerlo, al acercar su cabeza abriendo los labios en un gesto de deseo lastimero, el rubio ya había decidido otra cosa y tiraba de él para alejarse de la multitud. En la cabeza de Gaspar las dos cosas ocurrían a la vez. ¡Era la bebida de limón! Tenía que ser eso. Terminó el campo de tierra, atravesaron el camino estrecho entre dos furgonetas, caminaron un minuto entre gente que estaba meando, fumando, besándose o drogándose y el rubio tiró de Gaspar por el sendero que bajaba a la playa, el mismo que había bajado con Eva e Iván algunas noches antes. El rubio se quitó sus zapatillas, Gaspar también; el rubio se quitó la camisa, Gaspar también; el rubio se quitó los pantalones, Gaspar también. Tenía un cuerpo bonito, esbelto, como si no hubiese comido nada que llevase grasa en un año, cubierto de un vello clarito que a Gaspar le pareció exótico y lo miró con atención, carente de prudencia o reparo (¡era la bebida de limón!), y el rubio le dijo, mientras aleteaba con los brazos:

—*Swim!*

Eso Gaspar lo entendió y fue detrás del rubio, que ya se metía en el agua. Estaba fría, pero cuando los dos se sumergieron por completo y el rubio lo abrazó, la central térmica que tenía dentro de la boca calentó el mar entero. Le volvió a agarrar el cráneo, Gaspar hizo lo mismo con el suyo, y el rubio metió la lengua en su boca de una forma casi infantil, desesperada, como si estuviese intentando saborear entero su paladar o robarle trozos de la cena que se habían quedado atascados entre sus muelas. Sabía a limón, a tabaco, a saliva, a fruta pasada, a sal y a su madre cuando le despertaba por

la noche para hablarle sin rumbo. Se preguntó si el interior de todas las personas olía igual y si besase a quien besase, a partir de ese momento, olería igual que el rubio o si todas las salivas sabían diferentes y si una saliva en concreto sabría mejor. La lengua del rubio salió de la boca de Gaspar y recorrió su cuello, su nariz y su pecho. Al notar su textura, a Gaspar le recordó a las manos de Iván. Pensó en Iván durante un momento y bajó su mano para tocar la polla del rubio, que también estaba dura. El rubio se puso a hablar de nuevo en su oído, cosas en inglés que seguramente eran lascivas e impúdicas y daba igual que lo fuesen o no porque a Gaspar le sonaron así. El rubio de pelo rizado tiró de Gaspar hacia fuera del agua y lo arrastró de la mano hacia un claro de la playa donde la arena era fina, rodeados de palos de sombrillas, apenas iluminados por la luna, una luz a la que los ojos de Gaspar ya se habían acostumbrado aunque lo viese todo borroso y las cosas bailasen a su alrededor. El rubio empujó a Gaspar a la arena y este se rio nervioso, en parte porque le hacía gracia y en parte porque sintió ganas de vomitar con el golpe y hasta la posibilidad de vomitar le hizo gracia, hasta eso se había cubierto de un manto de hilaridad. Si vomitaba, sería el mejor vómito de su vida. El rubio se colocó encima de Gaspar, él abrió la boca y sacó la lengua para volver a besarle y de repente el hombre le dio la vuelta y se encontró boca abajo, con el rostro hundido en la arena. El rubio le había bajado los calzoncillos y estaba lamiéndole los cachetes del culo. Cuando se detuvo, Gaspar alzó la cabeza para mirarlo. El rubio estaba observando su mancha.

—*A heart.* —Gaspar entendió eso.

Iba a responderle algo, iba a repetir la frase de su madre, ¿sería *I have two hearts*? Pero el rubio volvió a besarle el culo, esta vez entre los cachetes, y Gaspar sintió que un dedo se introducía en él. Dijo:

—No, no. —Sabía que eso se decía igual en inglés.

El rubio le besó la nuca, le mordió las orejas, cogió sus manos y las juntó sobre su espalda, agarrándoselas con fuerza mientras le volvía a meter un dedo por el culo, puede que dos, porque la presión era mayor y Gaspar notó dolor esta vez.

—No, no, no —susurró Gaspar, riéndose, y al reírse le entró arena en la boca y todo le supo a saliva, a sal, a limón y a piedras. El ruido de los granitos en sus dientes repiqueteó en su cabeza. Sonaron más palabras susurradas en inglés y Gaspar notó más presión dentro de su culo, tal vez algo que ya no era un dedo, mientras el inglés o americano o australiano o neozelandés o lo que fuese respiraba de forma salvaje y entrecortada en su oído, ahora tapándole la boca para que Gaspar dejase de decir que no, o al menos para no tener que escucharlo. Gaspar sintió un dolor que le subió desde el culo al estómago, y de ahí a la boca, y expulsó por la boca un chorro de vómito que sabía a limón, a sal, a la saliva del rubio y a la arena de Kefi. El rubio sacudió la mano en el aire para limpiársela y volvió a taparle la boca para seguir metiéndole la polla. Gaspar se revolcó sobre la arena, consiguió liberar un brazo y lo agitó en el aire hasta golpear con su codo en las costillas al rubio, que gritó de dolor, dijo algo en inglés y dio la vuelta a Gaspar para mirarlo cara a cara y darle un puñetazo en la mejilla que lo dejó levemente sordo durante un momento. De nuevo le dio la vuelta, le abrió el culo con los dedos y otra vez le metió la polla, que entraba tímida mientras Gaspar hacía presión para expulsarla y se revolvía sobre la arena.

Notó más presión. El rubio le apretó la cabeza contra la arena, llenándole de granitos la nariz y la boca. Gaspar consiguió girarla para tomar aire. Vio la arena a su derecha, los palos que pronto serían sombrillas y se preguntó si podría llegar a ver esos palos

convertidos en sombrillas o la maldición que mataba a la gente a su alrededor, a la que amaba y a la que odiaba, se encargaría de él esta vez, si la muerte lo había perseguido hasta la isla.

Volvió a vomitar. La arena se humedeció.

Y de repente notó que ya no había presión. Se preguntó si el rubio había terminado y se había ido, pero aún oía su voz diciendo algo en inglés. También otras voces. Sin levantarse giró la cabeza: ahora la arena estaba a su izquierda, el cielo a la derecha y al lado de las futuras sombrillas había una mujer con peinado de Cleopatra gritando unas palabras que podía reconocer. Eran en su idioma.

—¡Iván! ¡Iván!

Gaspar se subió los calzoncillos, temblando repentinamente de frío. Eva se acercó a él y se agachó para ponerle una toalla en los hombros. Frente a ellos, Iván estaba dando puñetazos al rubio.

—¡Que lo vas a matar! —gritó Eva.

Iván se dio la vuelta y se acercó a Gaspar.

—¿Qué te ha hecho? —chilló.

Gaspar negó con la cabeza, o tal vez eran solo temblores.

—Nada —pronunció por fin.

Iván lo agarró por las mejillas y lo miró fijamente. Parece que esa noche a todo el mundo le gustaba tocar su cráneo. Gaspar le respondió llevando sus manos, también, al cráneo de Iván. Era enorme, como acariciar el cráneo de un gigante. Iván puso sus dedos alrededor de los ojos de Gaspar y los extendió para ver sus pupilas de cerca. El aliento de Iván también olía rico. A tabaco y a cerveza. Gaspar se preguntó cómo sabría su saliva.

—¿Qué has tomado?

Gaspar seguía negando con la cabeza.

—Una copa —musitó.

Eva e Iván miraron los vasos enormes de plástico aún tirados en la arena. Al extender sus miradas más allá, vieron que el rubio se había levantado y corría hacia el otro extremo de la playa y se perdía en la oscuridad.

—¡Hijo de puta! —gritó Iván antes de salir corriendo detrás de él.

—¡Iván! —gritó Eva.

A Gaspar aquellos gritos le taladraban la cabeza.

—No gritéis —musitó.

Eva se puso de pie y no le hizo caso.

—¡Iván!

Pero Iván y el rubio ya se habían perdido en la oscuridad. Eva bajó la cabeza y miró a Gaspar. Su peinado de Cleopatra caía por delante de sus mejillas y la hacía parecer una especie de principito con progeria.

—¿Conocías a ese tío?

Gaspar negó con la cabeza.

—¿Te invitó él a beber?

Gaspar asintió.

—¿Te bebiste lo que te dio un guiri que no conoces de nada?

Gaspar asintió otra vez.

—¿Pero tú eres gilipollas? —chilló.

Eva suspiró, se arrodilló frente a él y llevó su cabeza a su pecho.

—Perdona. No tengo ningún tacto.

Eva lo abrazó, ella también olía a tabaco y a cerveza. Y a un perfume intenso. Después acarició con ternura la mejilla de Gaspar, que se incorporó.

—Me gusta tu peinado —musitó Gaspar.

—¿Se ha corrido?

Gaspar negó con la cabeza.

—¿Sangras?

Gaspar se llevó la mano al culo y la metió entre sus cachetes.

—No.

—¿Te duele?

—Ya no.

Eva sacó una cajetilla de su bolso. Le ofreció otro cigarrillo a Gaspar. Los dos lo encendieron.

—Estás drogado, ¿lo sabes?

—Es muy agradable.

—Es más agradable si no te violan.

Eva fumaba rápido, nerviosa. Se acabó su cigarrillo cuando Gaspar, que se había acostado de nuevo en la arena y miraba al cielo, llevaba solo dos caladas.

—Te han violado, es mejor que lo sepas ahora y no te des cuenta dentro de dos años o de cinco. ¿Lo llevarás bien?

—No sé.

—Se supera. Y además Iván lo ha molido a palos. No sé si lo ha encontrado. No tendría un cuchillo, ¿no?

Gaspar negó con la cabeza.

—Aparte de su puta polla —susurró Eva.

—Era guapo.

—Ya. Esos te violan más fácil. Y tú eres un poco idiota.

Gaspar no dijo nada.

—Eso también lo superarás. Ser idiota. Puede que esta noche mismo. Deberías ver el lado bueno. No te volverá a pasar. Has dejado de ser idiota para siempre.

Iván regresó respirando entrecortadamente.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Eva.

Se agachó para observar a Gaspar, aún con resuello.

—No. ¿Estás bien?

Gaspar asintió con la cabeza.

—Está más ciego que un topo —informó Eva—. Antes de darle una paliza podrías haberle preguntado quién le pasa el éxtasis. Es bueno.

—¿Quieres que llamemos a la Policía? —preguntó Iván acariciando la mejilla de Gaspar.

Nunca le habían acariciado tanto las mejillas y con tantas intenciones diferentes. Eva soltó una risotada.

—¿A la Policía? ¿Les vas a explicar en griego esto? Se reirán en griego de ti.

—¿Se ha corrido dentro?

—No. —El no de Eva fue firme—. Está todo en orden. Tampoco sangra.

Iván se sentó al lado de Gaspar y le pidió que se incorporase.

—Escúchame. —De nuevo le estaba agarrando la cabeza—. No vuelvas a venir aquí solo. A partir de ahora, siempre con nosotros.

Gaspar hubiese querido decirle que esa había sido siempre su intención, que había pasado varias veces a buscarlo por el supermercado del turco y también por los bares para poder ir allí con ellos. Se abrazó a Iván como se había abrazado antes a Eva, desprovisto todavía (¡era el limón, era el éxtasis!) de vergüenza y decoro. Y le gustaba, le encantaba que toda la vergüenza y el decoro se hubieran evaporado igual que se había evaporado la tierra de la pista cuando bailaba con aquel tipo. El peso que sintió que había perdido era todavía más liberador y más importante porque hasta entonces no sabía que le había pesado tanto. Después Eva e Iván le invitaron a levantarse para irse los tres. Cuando lo hizo descubrió que sí, que le dolía un poco el culo, pero supuso que se le pasaría.

Eva e Iván vivían en el primer piso de una casa blanca que tenía en la planta baja un restaurante que parecía haber cerrado sin previo aviso y en hora punta. Sus mesas y sillas permanecían dispuestas en círculos que parecían acoger el debate literario de unos fantasmas. Su apartamento era muy pequeño, estaba desordenado y tenía pocos muebles, pero también unas ventanas enormes que estaban abiertas cuando llegaron, hacían que corriera el aire y daban a la estancia un aspecto irreal que la convertía, más que en un lugar pequeño, en el rincón acotado de un espacio infinito. Como fuera todo estaba oscuro, aunque se intuía un horizonte en forma del rastro de luz que llegaba de las escasas farolas que iluminaban las calles empedradas en cuesta que subían hasta allí, a Gaspar le pareció una especie de apartamento en el centro del universo.

—Vivís en un apartamento en el centro del universo —dijo sentado en el suelo en medio de la estancia mirando hacia las ventanas. El éxtasis, al parecer, le invitaba a decir todo lo que se le pasaba por la cabeza.

Eva metía cervezas en una nevera pequeña que a Gaspar le recordó la que tenía en su habitación en la casa de los Ottaviano. Se dio cuenta de que su dormitorio era tan grande como el apartamento entero, que no tenía divisiones y juntaba en la misma estancia un pequeño salón, una cama enorme que era en realidad un colchón en el suelo y una cocina empotrada que nadie parecía haber usado nunca y cuya encimera estaba llena de ropa apilada.

—Hemos metido un poeta en casa —musitó Eva.

—Soy escritor. —Gaspar nunca había verbalizado eso, le parecía pomposo definirse así, pero los neurotransmisores que bailaban en su cerebro a esa hora de aquella noche se habían abandonado a la pomposidad—. Seré escritor. —Tal vez no se habían abandonado del todo.

—No seas de esos escritores que luego escriben todo lo que les cuenta la gente —pidió Eva.

Gaspar se acercó a la ventana para ver el universo, pero solo intuyó en la oscuridad un tejado de aluminio y, más allá, lo que parecía un solar abandonado con una barca de madera descompuesta. Después se dio la vuelta y miró a Eva mientras acariciaba una extraña alfombra rugosa que cubría el suelo.

—¿Qué es esto?

—Tatamis.

—No sé qué es un tatami. —Pero le hizo gracia la musicalidad de la palabra y después ahogó un eructo—. ¿Por qué te caigo mal?

Iván levantó la vista desde el sofá donde liaba cigarrillos. Eva respondió:

—Debería preocuparte menos cómo me caes y más que te acaban de violar.

Iván gritó el nombre de Eva en tono de reproche.

—Es mejor que se haga a la idea hoy y no mañana con la resaca.

—No empecemos.

Eva dijo algo que Gaspar no oyó, abandonó la cocina para meterse en el cuarto de baño, aparentemente el único lugar de aquel pequeño apartamento en el que alguien podía hacer mutis, y dio un portazo. Iván corrió detrás de ella. Gaspar volvió a mirar por la ventana, hacia aquella oscuridad que parecía inmensa, y de repente se le ocurrió que su madre le podía estar viendo y llegó a la conclusión de que si el éxtasis le hacía pensar en que su madre podía verle es que el éxtasis le hacía creer en la vida después de la muerte y por lo tanto tal vez el éxtasis le había hecho ganarse por fin su propio fantasma. Miró al cielo, a través de las enormes ventanas abiertas, y pensó en todas las frases que querría decirle a

su madre sobre cómo habían discurrido las cosas desde que le había dejado solo en el mundo.

Susurró:

—El éxtasis te hubiese encantado.

Después vomitó. Lo que quedaba de cena y bebida en su organismo provocó un tintineo líquido al caer sobre una superficie metálica e invisible un par de metros más abajo. Gaspar se limpió la boca con el antebrazo y se tumbó en el colchón que reposaba en una esquina junto a unos cuantos libros apilados que hacían de mesita para un cenicero. De fondo, en el cuarto de baño, continuaban los gritos de Eva e Iván, que se convirtieron en una agradable nana para poder conciliar el sueño, la voz humana que necesitaba escuchar para dormirse.

Abrió un ojo de nuevo cuando una luz cegadora atravesó sus párpados. Había soñado con animales enormes. En su sueño, creía, había abrazado a alguno. No, estaba siendo abrazado por uno, más bien. Sin moverse, reconoció a escasos centímetros de su rostro el peinado de Cleopatra. Era la cabeza de Eva dándole la espalda. Estaba abrazado a ella, su pierna derecha abrazando la de ella también. Detrás de él, profundamente dormido y abrazándolo a él, estaba Iván, cuya mano dormida reposaba sobre el pecho de Gaspar y cuya pierna cubría las dos suyas y tocaba, con su pie gigante, un pie pequeño de Eva. Respiraba de forma rítmica y suave, olía a una mezcla de sudor y desodorante fresco. Gaspar levantó lentamente la cabeza. Los tres estaban en ropa interior, una maraña de piernas y brazos que alguien parecía haber dispuesto de forma estudiada y serena, como si estuviese pensando en esculpirlos. Observó la mano áspera y grande de Iván en su pecho y retiró la suya del pecho de

Eva para tocarla, solo un segundo, como si quemase. La cogió con cuidado y la acercó a su cara. La olió. Se acarició la mejilla con ella, como si la mano fuese suya. Después volvió a dejarla con cuidado donde estaba, echó una mirada al resto de la habitación. Identificó un sofá cubierto con una tela de cuadros escoceses y un gran ventanal. El apartamento en el centro del universo era una estancia muy fea encajada entre dos casas blancas de pintura desconchada. Desde la calle llegaba un murmullo de voces. Tenía frío. Vislumbró su camisa y su pantalón pulcramente doblados sobre el reposabrazos del sofá. Se preguntó cuál de los dos los había dejado allí con ese tacto. Deseó que hubiese sido Iván. Tenía la boca seca, le sabía a metal. El dolor de cabeza despertó un poco más tarde que él, y pronto despertaron también todas las demás zonas que le dolían: la mandíbula, el culo, todos los huesos de la cara, los del cráneo, incluso algunos que no sabía que poseía, como si hubiese estado toda la noche intentando masticar golosinas de hierro. Se escurrió del abrazo de Iván, se escaqueó de la cama por la parte inferior del colchón y se vistió en silencio mientras miraba a la pareja en la cama. El rostro de Iván se hundía elegantemente en la almohada. Quiso volver a tocar algo de él, su pelo, sus manos o sus pies, pero no lo hizo. Salió del apartamento con las zapatillas en la mano, sin hacer ruido. Bajó unas escaleras de cemento que conducían a un jardín descuidado, pasó por delante del restaurante abandonado, saltó un muro de piedra, rodeó la furgoneta de Iván con el logo del cerdito sonriente del supermercado y siguió carretera abajo el sonido de un pueblo que, como él, empezaba a despertar.

Gaspar entró en la casa de los Ottaviano por la cocina y se dirigió a las escaleras para subir a su dormitorio y cambiarse. Pero la mujer bajita de rasgos orientales que a veces estaba en la cocina y en la que Gaspar apenas había reparado, porque tal vez era parte de su trabajo que nadie reparase en ella, se interpuso en su camino, le agarró la cara y lo miró fijamente.

—¡Ay! —dijo.

—*¿Ay?* —preguntó Gaspar, su voz repentinamente más apagada y cavernosa que la de la criatura que vivía allí.

La mujer se llevó la mano a su ojo y gritó:

—*Eye!*

Con sus manos giró la cabeza de Gaspar como si fuera la de un muñeco hacia el cristal que cubría un aparador con vajilla nueva que nadie parecía haber usado nunca y señaló el punto donde se reflejaba su ojo izquierdo, rodeado de un azul que hacía unas horas había sido rojo y que, Gaspar esperaba, pronto sería amarillo y al final no sería de ningún color especial. Con tantos moretones que había recibido en los últimos meses sintió que conocía su cara mejor que nunca, como una casa cuyo dueño solo conoce realmente cuando la derriba para reformarla. La mujer tiró de la camisa de Gaspar, que olía aún a alcohol, y lo condujo por un pasillo estrecho hasta un pequeño cuarto de baño de servicio. Señaló una banqueta. Gaspar se sentó en ella.

—*Eye!* —repitió.

La mujer se dio la vuelta, abrió un armario y se hizo con algodones y unos cuantos botes blancos. Volvió hacia Gaspar y él se fijó en su cara oronda, vieja y benevolente, con aquellos ojos almendrados tan pequeños que lo estudiaban como si fuese un pez al que debía cortar en dos. Se acordó de Marieta y del ladrón de minicipreses. Aquella mañana, con resaca o aún probablemente drogado, se sintió por primera vez viejo, sintió que ya tenía un pasado con el que medir todas las cosas, con el que compararse. Se preguntó si se había cumplido la profecía de Rico. Si, tras haber visto el mar y tras haber tenido relaciones sexuales, o lo que fuese que había ocurrido la noche anterior, su rostro ya había cambiado para siempre.

La mujer empezó a frotar el moretón con un líquido que le escoció y Gaspar dio un grito que lo devolvió al presente.

—Me duele —se quejó Gaspar.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Eres china?

Ella siguió sonriendo y asintiendo con la cabeza. Le aplicó otros ungüentos que le escocieron menos que el anterior.

—¿Sabías que es mucho más probable recibir un puñetazo en el ojo izquierdo que en el ojo derecho porque la gente que te lo da suele ser diestra?

Ella sonrió y asintió con la cabeza mientras decía:

—*Good, good.*

—Solo un diez por ciento de la población somos zurdos. Lo supe en una conferencia.

Secó su ojo con un pañuelo de papel. Después aplicó delicadamente una crema pringosa.

—Deberían intentar que los diestros peguen a los diestros y los zurdos a los zurdos, así todos tendremos bien el ojo que está del

lado con el que vamos a dar el siguiente puñetazo —dijo Gaspar—. Sería una cadena de puñetazos benevolentes.

Siguió hablando. El éxtasis aún no había abandonado del todo su cuerpo.

—Siempre hay una señora como tú que me echa cosas en el ojo cuando lo traigo morado. —La mujer cerró sus ojos y se los señaló, así que Gaspar cerró los suyos y notó como le aplicaba la crema también por los párpados—. Una vez me lo hizo mi madre. Un tío al que había traído a la habitación nos había pegado a ella y a mí. Ella me curó primero el ojo a mí y yo luego a ella. Fue bonito porque nos reímos al vernos los dos con el ojo igual. Me alegré de que nos hubiese pegado. A veces pienso ese tipo de cosas horribles, ¿no piensas tú cosas horribles que no se le pueden decir a nadie que hable tu idioma?

—*Ok!* —dijo ella.

Gaspar abrió el ojo.

—¿Nunca te ha pasado algo horrible que en realidad te ha gustado? —preguntó Gaspar—. Anoche...

—*Good!* —lo interrumpió la mujer, asintiendo con la cabeza—. *Good eye!*

Se dio de nuevo la vuelta y guardó las cremas en el armario. Gaspar le tocó el hombro.

—¿Tú sabes quién es la criatura? ¿Cuál de los dos?

La mujer analizó su ojo y sonrió satisfecha.

—*Good! Better?*

Iba a salir del cuarto de baño pero Gaspar se interpuso en su camino.

—¡Un momento!

Le hizo una señal con las palmas de las manos.

—Ottaviano.

La mujer asintió con la cabeza y señaló a su alrededor.

—Ottaviano —repitió.

Gaspar apretó los puños y los movió hacia delante y atrás al lado de sus caderas, simulando una silla de ruedas. Después señaló al cielo.

—Ottaviano. *Man? Woman?*

La mujer se rio de forma estridente y musical, hizo ruido por primera vez desde que Gaspar había llegado, y después salió del baño, de nuevo muy silenciosamente. Dejó a Gaspar solo. Caminó hacia la cocina y miró otra vez su reflejo en un aparador. Tenía mejor aspecto, pero necesitaría unas gafas de sol. A pesar de la resaca, del ojo morado y de su delgadez, o puede que gracias a todo ello, se vio guapo, guapísimo, más atractivo que nunca.

—Hoy estás extraño —dijo la criatura.

Estaban en la plataforma de la playa. Había un viento fresco de la mañana que azotaba los cipreses que sobresalían del muro de hormigón de la casa y también el pañuelo de seda que rodeaba la cabeza de la criatura, que ondeaba como una bandera blanca alrededor de su cara de color rosa. Gaspar se había sentado en la plataforma y hundía sus pies descalzos en la arena, recordando como la noche anterior la arena se le había metido en la boca, en los ojos y entre los muslos. También estaba pensando en la posición de los cuerpos cuando había despertado aquella mañana. Se preguntaba por qué él se había despertado en medio de...

—Báñate.

La criatura interrumpió sus pensamientos. La telepatía también parecía funcionar con fines fastidiosos.

—Si te bañas se te pasa todo. Ojalá pudiéramos bañarnos nosotros.

A Gaspar le pareció buena idea. Sin discusión se quitó la camiseta, luego el pantalón y luego los calzoncillos, pero se dejó las gafas de sol.

—Tengo conjuntivitis —dijo.

La criatura lo miró, también con sus gafas de sol. En otro momento, Gaspar se hubiese preguntado a qué parte de su cuerpo estaban mirando exactamente los ojos tras las gafas. Pero en ese momento, cansado, solo quería desaparecer en el mar. Gaspar caminó hacia el agua y se metió, enseguida, hasta que el agua lo cubrió por completo. Permaneció todo lo que pudo bajo el agua. Se alegró de que aquella playa tuviese una orilla angosta en la que el agua enseguida cubría. Había visto otras en fotos, en las que la orilla parecía no terminar nunca y los turistas, cien metros mar adentro, seguían caminando sobre un agua que les llegaba apenas a las rodillas. Si la criatura hubiese querido verlo bañándose cada mañana en una de esas playas, si aquella casa estuviese en una esquina del Caribe en vez de en una isla griega, la tarea podría llevarle media hora hasta que el agua lo cubriese, otra media hasta que regresase a la orilla. Para entonces, la criatura podría haber entrado ya en combustión bajo el calor del toldo de la plataforma. Claro que una vez hubiese combustionado podría acercarse a ella, quitarle la ropa y ver si lo que había debajo parecía de un hombre o de una mujer. Pensó en todas esas estupideces para intentar opacar una profunda sensación de tristeza y desesperanza que empezaba a surgir en él y, se figuró, debía de ser la resaca de lo que el tipo rubio le había dado anoche o simplemente la resaca de habérselo encontrado. Salió de nuevo a la arena y caminó hacia la plataforma. Se puso los

calzoncillos y se sentó en el borde de la madera, cerca de la silla de ruedas, dando la espalda a la criatura bajo la luz del sol.

—¿Y tu bañador? —preguntó la criatura.

—Me lo he olvidado.

—No te has quitado las gafas ni para bañarte.

—Tengo conjuntivitis.

—¿Y te has bañado en agua salada teniendo conjuntivitis?

Gaspar asintió con la cabeza.

—¿Puedes quitarte las gafas? —preguntó la criatura.

Gaspar permaneció quieto, en silencio, unos segundos. Y después se dio la vuelta, miró a la criatura y se quitó las gafas. La criatura escrutó su ojo morado, ahora también un tanto blanquecino después de que las cremas que le había aplicado la mujer oriental se disolviesen en el agua salada y creasen una especie de lágrima blanca que caía desde su ojo y desaparecía un poco más arriba de su labio.

—¿Quién te ha hecho eso? —La voz de la criatura parecía haber cambiado. Resultaba menos ronca, sonaba furiosa. Parecía un hombre—. Hay que curártelo. —Y ahí parecía una mujer.

Gaspar recordó las excusas que a veces había puesto su madre ante clientes del hotel o ante el señor Román si estaba de visita y lo ridículas que resultaban siempre. Decidió apostar por una de esas.

—Alguien me confundió anoche con otro tipo al que quería pegar.

La criatura lo miraba atentamente, tan quieta que si Gaspar la hubiese cubierto de arena en ese momento podría haber pasado por una estatua.

—Al darse cuenta de que yo no era ese tipo que buscaba me pidió perdón y le disculpé. Y se fue a seguir buscando.

La criatura seguía sin hacer un movimiento facial tras sus gafas de sol. Si estaba respirando bajo aquel traje de lino que le cubría

hasta las manos y los tobillos, no se notaba.

—Le dije que le podía pasar a cualquiera y le animé para encontrar a esa persona a la que quería pegar. Nos dimos la mano.

La criatura habló al fin:

—Eres una criatura fascinante, Gaspar.

—Ustedes también lo son.

La criatura le hizo una señal con uno de sus dedos pequeños, gordos y rosados para que volviesen a entrar en la casa.

Cenaron en el jardín. La criatura pidió:

—Cuéntame algo de tu madre.

—Siempre me pregunta por mi madre.

—No te he preguntado por tu madre. Te he dicho que me cuentes algo de ella, lo que tú consideres.

Todo lo que Gaspar quería formular a continuación eran preguntas. La criatura pareció notarlo.

—Yo apenas recuerdo a la mía. Me gustaría tener más recuerdos de ella. Si tú compartes un recuerdo de ella yo podría hacerlo mío.

—Eso es raro.

—Cuéntamelo como si fuese yo. Como si el recuerdo estuviese en mi cabeza.

Gaspar guardó silencio unos segundos, intentando recordar.

—Y que esta vez sea cierto —pidió la criatura—. Regálame un recuerdo con tu madre que sea real.

Gaspar asintió con la cabeza. Se acarició su ojo amoratado.

—Estoy intentando recordar.

La criatura también asintió y dejó los cubiertos sobre su plato con sus manos pequeñas y rosadas.

—Había tres mesillas en la habitación. La de una cama a la izquierda, la de la otra a la derecha, y en el medio otra que podíamos compartir, pero casi siempre tenía cosas de mi madre...

—De mi madre —corrigió la criatura.

—De su madre. Su madre le había dicho que podrían compartir esa mesilla, pero casi siempre la usaba ella. Además tenía una puertecita con llave y usted no tenía la llave.

—¿Por qué la cerró con llave? ¿Qué guardaba ahí?

—Usted pensaba todo tipo de cosas. Cuando quería mucho a su madre pensaba que guardaba ahí un uniforme de heroína. Estaba convencido de que si desaparecía por las noches era porque se ponía el traje con capa y salvaba a otra gente por ahí.

—¿A otros niños?

—No, a otros niños no.

—No quería pensar que pudiese salvar a otros niños en vez de salvarme a mí, ¿no es así?

—Puede.

—¿Salvaba solo a otros adultos?

—Solo a otros adultos.

—¿Y qué había dentro del mueble con llave cuando yo odiaba a mi madre?

—Cartas de su padre. Cuando odiaba a su madre estaba convencido de que todas las cartas y las fotos de su padre estaban ahí y golpeaba la puerta durante horas cuando se quedaba solo. Buscaba la llave por toda la habitación, pero sabía que la llave no estaría allí.

—¿Dónde estaba la llave?

—Eso nunca lo llegó a saber. Nunca la encontró.

—¿No recuerdo, entonces, haber abierto jamás aquel mueble?

—No, no hizo falta. Una mañana, simplemente, lo encontró abierto.

—Sí, lo empiezo a recordar. ¿Ves cómo funciona? Una mañana el mueble estaba abierto.

—Pero su madre está allí, entonces no se atreve a acercarse. Ella está haciendo cosas por la habitación y usted no puede hacer más que mirar la puertecita entreabierta de la mesilla y desear que ella no se dé cuenta. Se pregunta si debería ponerse delante, sentarse a ese lado de la cama, bloquear la visión de la mesilla con sus piernas que son aún pequeñas y no hace demasiado que le llegan al suelo.

—Recuerdo tener las piernas así de pequeñas. Lo recuerdo perfectamente.

—Pero se queda donde está, inmóvil, hasta que ella por fin se va.

—¿Este recuerdo que guardo es feliz?

—Sí.

—No lo parece.

—Tiene que esperar a que termine.

—Continúa.

—Entonces su madre por fin abandona la habitación, sin haberse dado cuenta de que esa mañana ha dejado esa puertecita del mueble abierta.

—¿Por qué ha olvidado cerrarla?

—Usted no lo sabe.

—¿Lo ha hecho a propósito?

—No, de eso está seguro. Su madre no es calculadora.

—Es impulsiva.

—Sí.

—Entonces me acerco al mueblecito por fin.

—Sí.

—Y abro la puerta.

—Sí.

—¿Y qué hay dentro?

—Lo que hay dentro en realidad le decepciona. Son botellas medio llenas.

—¿Esto es una respuesta al misterio que yo podría esperar cuando quería a mi madre o cuando la odiaba?

—Cuando la odiaba.

—¿Por qué entonces este recuerdo es feliz?

—Tiene que esperar.

—Sigue.

—Usted siente furia, pero no sabe con quién. Le pasa muy a menudo. No sabe si la furia es contra su madre, o contra usted, o contra el mueblecito, por no contener las cartas y las fotos de papá. La palabra *papá* es extraña, ahí piensa en ella por primera vez. *Papá* es una palabra que solo aparece con la furia.

—Pero este recuerdo es sobre mi madre. Necesito un recuerdo sobre mi madre.

—Entonces coge dos botellas y...

—¿Cuántas hay?

—Hay como seis o siete.

—¿Cómo hacía su madre para sacarlas sin que yo lo viese?

—Esperaba a que usted durmiese.

—Y ahora tengo las dos botellas en la mano.

—Y va a vaciarlas al retrete, sin pensarlo demasiado.

—¿Las vacío todas?

—Primero esas dos, luego vuelve a por otras dos.

—Pero ella lo va a saber.

—Sí, pero mientras lo hace le da igual.

—Yo también soy impulsivo.

—No, al revés. Desea que lo sepa.

—Yo sí que soy calculador.

—Alguien tiene que serlo.

—No me parezco a mi madre.

—No, en eso no. Solo en eso.

—¿Y termino de vaciarlas todas?

—No. Cuando le quedan una o dos, su madre está de nuevo en la puerta y lo mira. Está allí, ha aparecido sin hacer ruido, como un fantasma. Y parece un animal herido, no entiende por qué hace eso.

—¿Me va a hacer daño?

—Sí.

—Sigo sin entender que este recuerdo sea feliz. Te he pedido uno feliz, uno que pueda hacer mío. Recuerdos así ya tengo yo demasiados...

—Debe esperar.

—¿Qué hace mi madre?

—Se sienta en la cama, al lado de la puertecita abierta de la mesilla, y le dice que se siente a su lado.

—¿Me pega?

—No, en este recuerdo no. Hay un vaso en la mesilla, uno que ha usado ella para beber agua por la noche, tal vez, o para tomar alguno de sus medicamentos, y lo llena hasta la mitad con lo que queda de alguna de las botellas...

—¿Con qué?

—Usted no lo sabe. Es demasiado joven para saberlo.

—¿Cómo es esa bebida? ¿Es marronácea?

—No, es transparente.

—¿Parece agua? ¿Es como agua lo que echa mi madre en el vaso?

—Sí, al principio parece agua.

—Entonces probablemente es vodka eso. Aunque no lo puedo saber siendo aún tan joven.

—Usted no ha podido fijarse en lo que pone la botella. Los nervios le pueden y se pregunta qué va a hacer su madre.

—Me lo pregunto, ¿pero me lo imagino? ¿Tengo una idea en la cabeza de lo que va a pasar a continuación?

—Sí.

—¿Qué creo que va a pasar?

—Usted tiene la seguridad de que ese vaso que llena su madre no es para ella.

—¿Es para mí?

—Sí.

—Pero yo soy demasiado joven.

—Sí.

—¿Y me va a obligar a bebérmelo?

—Sí. Ya está haciéndolo, obligándolo a bebérselo entero delante de usted. Le dice: «¡Así la próxima vez sabrás lo que estás tirando, la próxima vez sabrás lo que me estás arrebatando!». Le dice: «¡Te lo vas a beber todo delante de mí! ¡Y después de este vaso, probarás otro!».

—¿Y eso ocurre?

—Sí. Usted llora porque sabe mal, está amargo y le quema la garganta. Cuando le llega al estómago le parece que ha tragado ácido. Pero su madre le dice que quiere que se lo termine enseguida, que quiere que valore lo que ha tirado por el retrete.

—Y yo logro terminarlo.

—Sí.

—Y veo cómo mi madre empieza a llenar otro vaso.

—Sí.

—¿Con otra botella?

—Sí.

—¿Y este líquido es también transparente?

—No, este tiene un color que parece el de la miel.

—Es tal vez whisky. Pero soy demasiado joven para saberlo.

—Huele fuerte y dulce. Tan solo el olor le da una arcada.

—¿Voy a vomitar?

—Sí, pero no quiere hacerlo allí, en el dormitorio, porque su madre se enfadará aún más. Así que corre al retrete y allí aún le entran más ganas porque huele a otros alcoholes, a las botellas que había tirado antes. Todos los olores y sabores desagradables que ahora también tiene en el estómago se mezclan de repente.

—¿No tiré de la cadena cuando vacié las dos primeras?

—No, estaba esperando a vaciarlas todas para eso. Su madre siempre le ha dicho que hay que ahorrar agua, toda la que no ahorran los huéspedes, que se duchan durante media hora y tiran todos los papeles al retrete.

—Y entonces me pongo a vomitar. ¿Qué hace mi madre?

—Se arrodilla a su lado y le acaricia la espalda. Empieza a decirle cosas bonitas, que se le pasará pronto, que pronto estará bien.

—Se ha visto reflejada en mí.

—No lo sé. Tal vez. Están los dos de rodillas junto al retrete, usted vomita y su madre le sujeta la cabeza y le acaricia todo el cuerpo.

—Ella me ve vomitando y piensa en sí misma vomitando. En todas las veces que ha vomitado lo que hay dentro de las botellas de la mesilla.

—No lo sé. Sí, tal vez.

—¿Y el recuerdo feliz es este, entonces?

—El recuerdo feliz es que su madre, de repente, le besa por todos lados. Tiene una forma de besarle cuando ha hecho algo así

que es...

—¿Qué es *algo así*?

—Cuando le ha tratado mal.

—Entiendo.

—Le besa por toda la cabeza y por el cuello. Cuando ella trata de pedirle perdón es tierna. Como si fuese mejor madre cuanto peor madre ha sido. Hay un tipo de amor que solo le sale después del odio.

—Y a mí me gusta que me bese así.

—Sí.

—Pero sé que solo me besa así después de tratarme mal.

—Sí.

—Entonces debo provocarlo.

—Sí.

—¿Esta es la parte feliz del recuerdo, Gaspar?

—Supongo..., luego hay otra, pero no tiene tanta importancia.

—Quiero escucharla también. Quiero recordarla yo.

—Ese día no solo le da muchos besos, sino que se lo lleva de paseo, porque entonces todavía hay un par de trabajadoras en el hotel que hacen las habitaciones por la tarde, ahí todavía no se han ido, y usted puede salir con su madre. Y le dice que le comprará algo porque se ha portado bien.

—¿Qué le pido?

—Le pide un disco.

—¿Y me lo compra?

—Sí. Es de un grupo de chicas que tiene el mismo nombre de una película que a su madre le gustaba, antigua, en blanco y negro, que sale la jungla. Y al volver lo ponen en una de las salitas del hotel, que es una sala de estar que casi nadie usa, porque este hotel no es uno de esos en los que la gente usa las zonas comunes, no

son tan bonitas como para estar ahí, en realidad. Nadie sabe por qué siguen ahí, pero siguen, y hay un tocadiscos y ponen la música y hay una canción que a usted le gusta que dice: *ojalá mi corazón tuviera freno y marcha atrás y volviera a oír tu corazón haciendo bang, bang*. Y su madre lo canta con usted y cuando la canción dice *bang, bang* su madre hace una pistola con la mano, como que le dispara a usted. Y usted se ríe y le dice que el *bang, bang* no es el sonido de una pistola en la canción, sino de un corazón, y dice su madre: «Es que yo no tengo. Recuerda que mi corazón...».

—¿Su corazón qué?

—Nada. Y se ríe. Y en un momento dado, mientras bailan, ella le dice algo que se le queda grabado. Le dice: «Hoy ha sido uno de los días más felices de mi vida».

—Esta es la parte bonita del recuerdo.

—Habla usted más rápido ahora. Más que cuando llegué.

—Tú me ayudas a que pueda volver a hablar bien, Gaspar. Ese era tu trabajo aquí. Pero el recuerdo...

—Su madre le había dicho: «Hoy ha sido uno de los días más felices de mi vida».

—¿Y yo lo he entendido?

—No, se pasará toda su vida intentando entenderlo. Se pasará toda su vida pensando en cómo deben ocurrir las cosas para que se repita otro momento así.

—¿Y lo consigo?

—No, nunca le vuelve a salir bien. El único momento en que su madre le dice que es feliz es ese, ese día, cantando esa canción.

—Para ser tan joven estoy demasiado pendiente de la felicidad.

—Porque la felicidad nunca está pendiente de usted.

A veces la criatura reía y, al reírse, parecía una mujer. A veces se indignaba y, al indignarse, parecía un hombre. Al terminar de cenar aquella noche, cuando la criatura subía en el ascensor hacia su dormitorio, Gaspar salió de la casa por el portón de la playa y caminó un rato siguiendo la arena hasta llegar a la mansión contigua. Había otra plataforma en la arena semejante a la de la casa de los Ottaviano. Tumbonas, una mesa, enormes toldos. También un camino de madera que la conectaba con un gran muro de hormigón. Lo siguió y llegó a un portón metálico. Al otro lado, a través de algunos agujeros que decoraban la puerta, pudo ver un jardín frondoso, con árboles parecidos a los que habían plantado los Ottaviano. Había parterres donde las flores sí habían crecido e identificó alguna estatua y una fuente.

—¿Hola? —gritó a través de la puerta metálica.

No oyó nada. Si acaso, el crujir de hojas un poco más allá, dentro del jardín. Pero eso podría haber sido su cabeza.

Observó el muro durante un rato más. Volvió a la plataforma en la playa. Las tumbonas y las sillas parecían llevar largo tiempo sin usarse. La arena las cubría en parte. Deshizo el camino por la playa, llegó a su playa, a su plataforma, y siguió caminando de largo para alcanzar la carretera y, de allí, llegó hasta el pueblo.

Fue a buscar a Iván al supermercado, que estaba cerrando. Se lo encontró en la puerta. Iván estudió su ojo como si fuese un doctor en prácticas y le dijo que tenía mejor aspecto. Se encaminaron hacia la cuesta empedrada que, pasada la plaza principal del pueblo, cruzaba el río casi seco y conducía al bar en el que trabajaba Eva. Pero cuando habían dado unos pasos, Iván pidió a Gaspar que primero fuesen a dar un paseo hasta el puerto. El puerto era, en realidad, una plataforma cuadrada y fea ganada al mar con el suficiente espacio para que cuatro ferris pudiesen escupir sus grupos

de turistas a la vez. Iván estaba raro. Caminaba un metro por delante de Gaspar. El viento arrastraba botellas de agua vacías y tickets usados de los barcos turísticos. Cuando llegaron al extremo más alejado del puerto, ya sin barcos que llegasen ni partiesen a aquellas horas, Iván se detuvo y miró hacia el mar, aunque a Gaspar le dio la sensación de que no tenía tanto interés en ver el mar como que el pueblo no lo viese a él.

—¿Estás bien? —preguntó Iván a Gaspar sin mirarle a la cara.

Gaspar asintió e Iván rompió a llorar de una forma desconsolada, casi infantil. Se preguntó si esa no era la respuesta correcta. También si acaso Eva le había dejado, si el turco le había echado del supermercado o si en sus juegos de conducir por la isla como un loco golpeando todo lo que se encontraba había matado a alguien y le iba a anunciar que abandonaba la isla para huir de la Policía, aunque Gaspar enseguida recordó que desde su llegada no había visto ni a un solo policía. Finalmente aclaró:

—Me da mucha pena. —Pausa, sollozo—. Lo que te pasó.

Gaspar iba a responder justo cuando Iván se giró hacia él y le dio un abrazo fuerte, torpe, como el de un hombre que no ha abrazado demasiado, o que al menos no ha abrazado demasiado a otros hombres. Aunque sí que lo había hecho, mientras dormía, la noche anterior. Siguió diciendo cosas con la voz entrecortada por las lágrimas, pero Gaspar no podía escucharlas todas porque la mejilla de Iván tapaba su oreja y por la otra solo oía el viento que azotaba la plataforma cuadrada y creaba un ruido ensordecedor.

—Es tan injusto. —Solo oía frases sueltas—. No te lo mereces.

También entendió:

—He llorado varias veces en el supermercado.

Y también entendió la aclaración:

—Y yo nunca lloro.

También entendió, rodeado de otras palabras más agitadas:

—El putísimo turco de los cojones.

Después dejó de abrazarlo y, mientras seguía llorando, preguntó a Gaspar:

—¿Y tú? ¿Tú lloras?

Gaspar negó con la cabeza. Le pareció buena idea, incluso cómica, parecer más hombre que él.

—No quiero llorar delante de Eva —remató Iván.

—Podemos quedarnos aquí un rato.

—Deja que acabe de llorar.

Iván lo hizo dando la espalda al pueblo y a él, pero aun así tapándose el rostro y mirando hacia el suelo, como si algunos de los veraneantes pudiesen saltar al mar para ver el espectáculo desde allí. Gaspar se creyó que nunca hubiese llorado. Esas lágrimas parecían un primer ensayo de llanto, un intento desesperado y torpe de ser expulsadas: caían por su cara, mojaban todas las direcciones de sus mejillas y como no tenía un pañuelo de papel a mano, porque era un hombre que nunca lloraba, se intentaba secar las lágrimas con la mano y al extenderlas por toda la cara parecía que la había metido en un charco. Gaspar pensó que estaba guapísimo así, llorando. Deseó poder hacerle llorar otra vez.

—Perdón —dijo al fin. Y miró a Gaspar—. Me he quedado con su cara. Como vuelva a ver a ese hijo de la gran puta lo voy a matar. Llevo mucho tiempo queriendo matar a alguien —ahogó otro sollozo — y ese violador de los cojones es una persona perfecta para que la mate porque no merece vivir.

—No hace falta —respondió Gaspar—. Pero gracias.

—Supongo que ya se habrá ido. Habrá cogido el primer ferry de esta mañana. Sabe que esta isla no es demasiado grande. Así que no podré arrancarle las putas muelas. Pero te juro que si le veo le

aplasto la cabeza. Y reza para que no haya un tipo parecido a él, porque le arrancaré también todas las putas muelas. Incluso aunque sepa que no es él, le romperé las piernas igualmente para quedarme tranquilo. Voy a moler a hostias al primer hombre rubio que aparezca.

Iván sacudió la cabeza como un perro que se quiere secar y soltó un grito sostenido durante unos segundos hacia el mar que sonó por encima de las ráfagas de viento y espantó a algunas gaviotas. Después dijo:

—Ya está. Vámonos.

Abandonaron el puerto de los ferris y cruzaron el puente.

—Qué ganas tengo de darle una paliza a alguien. Siento que tengas que oír esto, pero yo esta mala hostia que llevo dentro me la tengo que quitar de encima de alguna manera. Deberían poner unas habitaciones con hijos de puta dentro, hijos de puta comprobados, gente que haya hecho cosas realmente malas, para que podamos ir a darles de hostias y matarlos y quedarnos tranquilos sin remordimientos, ¿no crees que eso sería un negocio? Hay que pensarlo. Un almacén de hijos de puta. Y tú pagas y les puedes dar una paliza. Y si pagas más los puedes matar. Doble servicio a la comunidad.

—Y el dinero de la entrada se podría donar a sus víctimas —sugirió Gaspar.

—A sus víctimas mis cojones. El dinero para mí.

Siguieron caminando en silencio. Gaspar pensó en Enrique Piernavieja con una peluca rubia, pero de repente no sintió ganas de que Iván le partiese las piernas. El cáncer ya se estaría encargando. Pensó en que le gustaría volver a saber algo de todos ellos. Pensó en llamar a Marieta, que le había dado el contacto de la casa de una familia en la que se iba a quedar una temporada. Luego recordó que

ni siquiera sabía cómo se llamaba a España desde allí, que tal vez ni siquiera sabría usar el teléfono que había en la cocina de los Ottaviano.

—Si no te importa —pidió Iván—, antes de ir a buscar a Eva al bar, vamos a coger la furgoneta del turco y golpeo algunos contenedores. Si no quieres venir, no vengas, yo comprendo que no es plato de gusto. Pero tengo que darle golpes a algo.

Gaspar aceptó con la esperanza de poder volver a ver cómo Iván lloraba. Llegaron al patio trasero del supermercado, ya cerrado. Se subieron a la furgoneta. Iván miró a Gaspar desde el asiento del conductor.

—Gracias por comprenderme.

Puso su mano enorme en el muslo de Gaspar y le dio unas fraternales palmaditas. Gaspar quiso volver a tocarla, solo un momento, como había hecho esa mañana.

—Siento que te pasara eso.

Después encendió el motor y sonó un rugido de furgoneta vieja.

—¿Dónde hay contenedores?

Y empezó con un contenedor que había allí mismo, en el patio del supermercado, del que cayeron varias cajas de huevos, frutas podridas, platos precocinados y siete u ocho ratas que huyeron en varias direcciones tras ver interrumpida su cena. Gaspar se agarró fuerte al asiento y en ese momento pensó que era feliz.

Llegaron al bar donde trabajaba Eva, pequeño, oscuro, apenas una barra con cuatro taburetes y espejos que cubrían las paredes de arriba abajo y daban una falsa sensación de amplitud y una verdadera sensación de turbiedad. Eva salió de la barra para mirarle el ojo de cerca y le acarició la espalda. Solía ser tan borde que

cualquier gesto suyo alcanzaba la categoría de afecto. Después dio un beso fugaz a Iván en la mejilla. Iván fue al cuarto de baño. En cuanto salió él, entró Eva. Iván sacó dos cervezas de un arcón desde el interior de la barra. Gaspar se sentó en un taburete, frente al que se apiñaban las botellas de licores y una achacosa máquina para hacer granizados ante un espejo, y volvió a fijarse en su reflejo. Le encantaba su moretón. Deseó poder tatuárselo. Guapo y herido para siempre.

—¿Te ha preguntado la criatura por tus golpes? —quiso saber Iván—. ¿Te ha dicho ya quién es?

Gaspar negó con la cabeza justo cuando Eva volvió a entrar en la barra.

—Está jugando contigo —sentenció ella—. Es retorcida. Es una mujer.

—Bonito comentario de otra mujer —observó Iván.

—Ahora nos ha salido feminista —se burló Eva.

—Los hombres también podemos ser retorcidos.

—Créeme que lo sé.

—Tiene las manos pequeñas —informó Gaspar.

—Y bebe ese repugnante vino retsina que solo gusta a las mujeres. Es la señora Ottaviano —opinó Iván.

—Le gusta ver cómo me baño desnudo —prosiguió Gaspar.

Eva e Iván lo miraron en silencio. Él lo interrumpió:

—Entonces es un tío.

—¿Una mujer no puede disfrutar viendo a un chico joven desnudo? —quiso saber Eva.

—¡Tú has dicho que tiene que ser mujer porque las mujeres sois retorcidas!

—¿Ahora entiendes por qué?

Iván depositó con fuerza la botella de cerveza sobre la barra, cuya base se rompió con el golpe.

—¡Estoy hasta los huevos de que me montes pollos todo el día, por cualquier comentario que hago, o porque no lo hago, simplemente porque estoy callado! ¡Y siempre delante de gente! —Señaló a Gaspar con un dedo en el que había un reguero de sangre —. ¿Tú qué te crees que pensará de nosotros?

—Te sale pluma cuando gritas —espetó Eva.

Iván golpeó furioso la superficie de la barra, donde aún quedaban algunos cristales.

—Te has cortado —susurró Eva. Cogió de nuevo la bayeta. Limpió la superficie de la barra con tanta fuerza que parecía más bien que pretendía borrarla—. ¡Vete al baño a ponerte algo en esa herida y deja de mancharme todo el bar!

Iván obedeció y dio un portazo antes de meterse en el pequeño cubículo. Gaspar dio un sorbo a su cerveza y se mantuvo en silencio.

—¡Di, habla! —espetó Eva—. ¿Qué piensas de nosotros?

—Sois muy simpáticos. —Gaspar escogió con tacto sus palabras.

Eva cerró los ojos y suspiró. Dejó la bayeta sobre la barra y se metió también en el cuarto de baño con Iván. Gaspar oyó que gritaban. La música de rock antiguo que sonaba no le permitía entender demasiado. Se agachó y metió algunos trozos de cristal del suelo en una servilleta de papel. Eva e Iván salieron del baño aparentemente reconciliados. Iván sonreía, Eva volvía a su nivel de seriedad habitual. Se acercó a Gaspar y, a su lado, se miró al espejo tras la barra y se arregló su peinado de Cleopatra y se pintó los labios de rojo.

—No te cortes con eso —alertó a Gaspar.

—Vuelvo ahora —dijo Iván. Y abandonó el bar.

Eva y Gaspar se quedaron solos.

—Me gusta pintarme aquí —musitó Eva poniendo los labios como un pez mientras se los teñía de rojo—. Así me veo como me ve la gente al otro lado de la barra. Aquí es donde más guapa me veo de toda esta isla, en este espejo y con estas luces. Si un día las cambian me tendré que ir a trabajar a otro sitio. ¿Sabes que soy cantante? Tú eres escritor y yo soy cantante. Un día puedes escribirme letras.

—Cántame algo —pidió Gaspar.

—Ayer te canté mientras te quedabas dormido, pero no te acuerdas.

A Gaspar le pareció curioso que esa faceta de Eva no se hubiese revelado antes, como si fuese una ambición que prefería ocultar por si nunca se cumplía.

—¿Tienes algún disco? —preguntó Gaspar.

—¿Tienes tú algún libro?

Gaspar aceptó la derrota con un asentimiento de cabeza.

—¿Te pinto los labios? Los chicos estáis guapos con los labios pintados.

Gaspar se encogió de hombros. Eva empezó a hacerlo con delicadeza. A Gaspar le gustaba que le sujetase la cabeza.

—Iván se ríe de mí y me dice que lo deje, que estoy vieja. Pero yo quiero intentarlo toda la vida. Perseguir el sueño es parte del sueño. No alcanzarlo no es fracasar, es solo no haberlo completado. Es algo así como quedarse con tres cuartos del sueño. Si me muero intentándolo, me moriré convencida de que podría haberlo conseguido.

Acabó con los labios, miró a Gaspar y sujetó su cabeza como si fuese un busto y alzó un poco su mentón.

—Así. Mira siempre más hacia arriba. Estás guapísimo con ese puñetazo. Ahora el rojo del ojo se conjunta con el de los labios.

Cuando yo he tenido un ojo morado también me he encontrado guapísima, pero en mi caso no debería decirlo demasiado por si me hacen más.

Gaspar la miró.

—No, nunca ha sido Iván. Sería incapaz. Solo descarga su violencia contra otros hombres. A veces nos hemos dado de hostias los dos, pero nunca me ha pegado de esa manera. De todos modos deberías encargarte de que no te den más hostias. No era el primero, ¿verdad?

Gaspar negó con la cabeza. Los dos volvieron a mirar a su reflejo tras el espejo con las botellas.

—Te han pegado muchas veces. Lo sé. Nos reconocemos entre nosotros.

—Canta algo —pidió Gaspar.

—Algunas personas parecemos un imán para las hostias. —Ella hizo como que no le oía—. Hacemos un servicio a la comunidad, porque al dárnoslas a nosotros no se las dan a los demás. Pero llega un momento en que ya te apetece que se las empiecen a dar a los demás. Espero que no tardes tanto como yo en darte cuenta.

Gaspar quiso hacerle preguntas, pero no preguntó nada.

—Ha estado llorando por ti —añadió Eva—. Cree que no le he visto. Jamás ha llorado por mí. Ni una vez.

—Seguro que sí ha llorado por ti.

—No es culpa tuya. —Eva lo besó en la cabeza, de nuevo agarrándola como si fuese un busto—. Eres adorable. No me extraña que haya llorado por ti. No puedo competir con lo adorable que eres.

—Tú también lo eres.

Eva lo soltó y volvió tras la barra.

—No me mientas.

—A veces.

—A veces sí. Anoche me lo dijiste muchas veces.

Gaspar frunció el ceño, avergonzado.

—Perdón. Era...

—El éxtasis vuelve a todo el mundo adorable, incluso al tipo que te está violando.

Eva sacó otra cerveza del arcón y la abrió para Gaspar. Le invitó a un cigarrillo.

—¿No te vale con cerveza para encontrarnos adorables?

Gaspar dio un sorbo y asintió con la cabeza. Permanecieron en silencio.

—¿Adónde ha ido Iván? —preguntó Gaspar.

—Al puerto.

—¿A qué?

—A encargarse de encontrarnos más adorables todavía.

Eva cerró el bar, no sin antes robar unas cuantas cervezas que guardó en una mochila, y se fueron a la playa del pueblo, que no era tan bonita como la de Kefi pero tenía una arena más suave, algunas barcas en las que uno se podía sentar e incluso acostarse y estaba iluminada de forma tenue y agradable por los pocos bares y hostales de primera línea que estaban abiertos antes de la temporada de verano, por las luces del puerto cuadrado y feo y por las cinco farolas del pantalán. Iván dio instrucciones a Gaspar. Le indicó que no cogiese demasiado, que solo lo que se le pegase a la punta del dedo tras humedecérselo muy poco con saliva. Le advirtió de que sabría amargo y tenía razón. Gaspar había dudado. Debía trabajar al día siguiente, pero al parecer su imprudencia era genética. Después de él lo hicieron Eva e Iván.

—¿Y ahora? —preguntó Gaspar.

—Ahora nos quedamos aquí esperando a que esto haga el efecto deseado.

—¿Cómo lo sabré?

—Lo sabrás.

A los quince minutos lo supo.

Se acabaron rápidamente las cervezas mientras hablaban de cosas que Gaspar olvidaría pronto. Iván sugirió ir a Kefi, pero Eva le prohibió coger la furgoneta y en su lugar lo mandó a por más cervezas al único bazar del pueblo que cerraba tarde. Iván se alejó caminando por la arena y desapareció bajo la luz cálida que iluminaba la cuesta que llevaba camino al centro. Eva se acercó a Gaspar, que miraba al cielo, y le besó en los labios de un modo que parecía más maternal, un deseo de buenas noches, que erótico. Después se acostó a su lado y le dijo:

—¿Qué quieres que te cante?

Gaspar le dijo que cualquier cosa. Ella empezó a cantar con una voz ronca pero afinada una melodía que parecía caminar a ciegas pero no se salía de su lugar en el pentagrama. Era igual que la de *Piel canela*.

Construimos con las piedras un castillo
Con tus manos y las mías, si no quién
Cuando estaba listo el puente levadizo
Me dejaste fuera, no acabó muy bien

Se detuvo y miró a Gaspar.

—No es muy fácil rimar «quién». Pero me gustaba la idea de una pareja que construye un castillo con sus manos.

—Pero esa canción ya existe.

—La melodía sí, pero la letra es mía.

—Puedes rimarlo con sien —sugirió Gaspar—. *Me golpeaste con las piedras en la sien.*

—Es una canción de amor.

—Pues con cien. *Yo por ti hubiese construido cien.*

—Mmm. —Eva se rio de forma sonora por primera vez delante de Gaspar—. No, eso es demasiado. Si sale mal el primer castillo no construyes más. Tienes demasiadas ganas de enamorarte tú.

Eva se giró, apoyó su codo sobre la arena y su rostro sobre su puño. Miró a Gaspar.

—¿El de ayer era el primero?

Gaspar asintió. Ella le preguntó si era la primera mujer a la que besaba y le dijo que también, aunque no le dijo que, más bien, había sido ella quien le había besado a él. Le preguntó por sus padres y Gaspar le dijo que su padre se llamaba Charlie y había invertido bien y su madre se llamaba María José pero prefería que la llamasen Pandora porque consideraba su propio nombre muy vulgar y que a él mismo siempre lo había llamado Gas para que la gente pensase que se llamaba Gustav. Eva le acarició en ese momento la mejilla y luego le pasó las manos sobre los labios y le dijo que con esa cara y esas cejas y esa sombra de bigote Gaspar parecía cualquier cosa menos sueco y luego se rio otra vez. Luego le preguntó si le estaba sentando bien y él le dijo que sí, que estaba muy feliz, extrañamente feliz, feliz de una manera que no había estado antes, como si su cerebro le estuviese ordenando ser feliz y todos sus órganos obedeciesen.

—Eres muy inocente si crees que todo lo que te dice tu cerebro es cierto —dijo ella—. Te lo digo por tu bien.

Después le sugirió que se besasen otra vez y Gaspar metió su lengua en la boca de Eva, se encontró con su lengua y se preguntó cuál sería la suya y cuál la de ella. La piel de la cara de Eva era

suave, pero echó de menos la barba rubia del tipo de la noche anterior y, con la claridad mental que le daba el éxtasis y aun teniendo en cuenta que su cerebro podía estar engañándole como decía Eva, echó de menos ese momento en que lo estaba tumbando sobre la arena y le sujetaba las manos con fuerza.

Cuando dejaron de besarse volvieron a mirar los dos al cielo, que con el éxtasis parecía estar cerquísima. Gaspar estiró la mano para intentar tocarlo.

—Es verdad que no es muy comercial cantar sobre castillos —musitó Eva—. Por eso Iván me dice que no triunfaré nunca. Tengo otra sobre barcos.

Iván volvió sin cervezas porque la tienda había cerrado, así que se fueron a otro bar en el que chuparon más polvito de la bolsa por turnos y bailaron. A veces Eva e Iván iban juntos al baño y Gaspar se quedaba bailando solo. Cuando cerraron el bar pasearon por el pueblo vacío. Iván vio unos muebles apilados en la esquina de un paseo y los destrozó a patadas. Gaspar se le unió y rompió un par de espejos. Eva vomitó tras un coche. Consideraron la idea de volver a la playa, pero Eva objetó. Dijo que había ya viento nocturno y pasaría frío. Después Iván dio un par de patadas a unas piedras.

—*Construimos con las piedras un castillo* —canturreó Gaspar.

—¿Se la has cantado? —preguntó Iván—. ¡Tardó años en cantarme a mí!

Eva lo miró triunfante y se encogió de hombros.

—Tampoco me ha pintado nunca los labios.

Decidieron ir de nuevo al apartamento en el centro del universo.

—Es verdad que parece un apartamento en el centro del universo —dijo Iván detenido en la puerta de su casa, mientras Eva se abría

paso para meterse en el cuarto de baño—. Si miras desde aquí —se agachó y se quedó de rodillas en el suelo—, desde este mismo punto, a través de las ventanas solo se ve el universo.

—Y está muy estrellado —dijo Gaspar, que se había arrodillado a su lado—. ¿Soy yo o está lleno de estrellas?

—Lo está. Parece de verdad que flotamos en el cielo.

Iván abrió la bolsita, metió el dedo y chupó. Después volvió a meter el dedo, pero lo llevó a la boca de Gaspar, que chupó el dedo de Iván unos segundos más allá de lo necesario sin que a Iván pareciese importarle. Eva salió del baño y se acercó a una minicadena.

—No soporto el silencio.

Iván sacó rápidamente el dedo de la boca de Gaspar. Eva puso música de algo que sonaba a rock triste.

—¿Qué hacéis ahí de rodillas?

—Ven —dijo Iván—. Si te pones aquí parece que de verdad estamos en el centro del universo.

—Ahora en vez de un poeta en casa tengo dos. —Abrió la nevera y sacó una cerveza.

—Creo que la criatura camina —dijo Gaspar.

Eva e Iván miraron a Gaspar. Gaspar siguió hablando de rodillas, Iván se sentó en el suelo, para escucharlo, y Eva empezó a encender velas para espantar el olor a tabaco que pronto invadiría el apartamento pese a tener todas las ventanas abiertas, así que la escena pasó a parecer una especie de misa nocturna.

—La primera noche en que me llevasteis a Kefi volví borracho y me dormí. Soñé que la veía por la ventana de pie en el jardín, mirando al interior de la casa.

—Lo soñaste —aclaró Eva.

—Oía un crujido muy raro, un sonido de algo rompiéndose. Al día siguiente vi las hojas, justo bajo mi ventana. Son las hojas de esos árboles de los que sacan la...

—La resina —aclaró Eva.

Mantuvieron silencio.

—El otro día pisé esas hojas y el ruido era justo...

Eva lo interrumpió:

—Lo soñaste. No me gusta hablar de paralíticos que caminan estando colocada. Luego soñaré yo también que estoy en silla de ruedas.

Eva subió el volumen de la música. Iván se levantó y se encendió un cigarrillo.

—Al menos cambiaré esta música. Esto sí que son canciones de paralíticos.

La música que puso Iván sí que se podía bailar, así que lo hicieron. A veces, Iván agarraba a Eva de la cintura. Otras veces agarraba a Gaspar. Otras, lo hacía con los dos a la vez y los tres se restregaban bailando, como si ahora fuesen ellos los que estuviesen quitándose la resina de sus cuerpos. Hubo un momento de una canción en el que Eva besó a Iván y después a Gaspar y repentinamente los labios que se pegaron a Gaspar fueron los de Iván, no los de Eva, pero eso duró poco porque Eva los separó. Siguieron bailando sin decir nada más. Eva se mareó, se alejó de ellos y se metió en el baño a vomitar de forma escandalosa. Iván entró a verla. Al salir, detuvo la música y le dijo a Gaspar que lo acompañaría a su casa. Él le dijo que no hacía falta, pero Iván insistió en que le vendría bien airearse. Cuando salieron del apartamento de una sola estancia, Eva ya se había metido en la cama, se había cubierto entera con una sábana de colores chillones

y el bulto de su cuerpo parecía un caramelo gigante envuelto a toda prisa.

Gaspar e Iván salieron en silencio, cruzaron el jardín marronáceo lleno de las sillas y mesas del restaurante cerrado para siempre y comenzaron a bajar la cuesta de piedra que conducía al pueblo.

—Me da pena irme —dijo Gaspar, o más bien el cerebro de Gaspar, colmado de éxtasis y sinceridad—. Me gusta estar con vosotros.

Iván se encendió un cigarrillo y dio otro a Gaspar. Nunca había fumado tanto. Su boca le sabía a cenicero, pero era agradable. Caminaron por la carretera en pendiente rodeada de casas bajas y blancas, de camino al pueblo, a la playa, al puerto.

—Nunca he tenido amigos —Gaspar no era capaz de cerrar la compuerta de palabras—, así que a lo mejor actúo raro. No sé muy bien. No sé cómo va.

Iván se rio y lo abrazó por la espalda.

—¡Lo haces muy bien, Gaspar! Lo haces muy bien.

Acabó la cuesta y llegaron al pueblo vacío. Un viento marino insolente se deslizaba por las callejuelas de bares cerrados y sillas y mesas apiladas ante las puertas y arrastraba latas y papeles. Había pocas farolas de luz tenue y amarilla y en las calles estrechas creaban pequeños círculos que parecían estar pavimentados con oro.

—Te acompaño hasta tu mansión —dijo Iván—. Así se me baja esto.

Atravesaron el pueblo, llegaron al puerto, enfilaron hacia la plaza principal, cruzaron el puente sobre el río que no tenía agua, caminaron por la carretera que llevaba hacia la casa de los Ottaviano, iluminada solo por la luz de la luna, y cuando vieron una playa, o lo que era en realidad un pequeño banco de arena que en temporada alta se llenaba de turistas con tantas ganas de hallar una

playa que acababan considerando que aquel banco de arena podía ser una, dijo Iván:

—¿Nos quedamos un rato aquí y nos acabamos la bolsa?

Gaspar aceptó. Aún era de noche. Dieron las últimas chupadas a aquello tan amargo. Se tumbaron en la arena y por un motivo o por otro acabaron hablando de la vida de Iván, que le dijo a Gaspar que no tenía ni madre ni padre. Ahí Gaspar lamentó haber mentido, deseó poder contarle a Iván que él tampoco y, de hecho, su cerebro embotado por la droga le urgía a hacerlo, pero podía más su sentido de la dignidad: pensaba que había resultado una persona interesante hasta entonces para Eva e Iván y no quería estropearlo revelándose como un mentiroso.

—Es triste pero a la vez no lo es —musitó Iván.

La conversación se desarrollaba con ambos mirando al cielo, observando las estrellas y sintiendo que bailaban ejecutando una coreografía que, gracias al éxtasis, solo ellos dos en toda la isla podían admirar.

—En el colegio me dijeron —prosiguió Iván— que tenía que honrar a mi padre y a mi madre.

Gaspar asintió con los ojos entrecerrados, aunque a él no le habían dicho eso. Tal vez no estaba asintiendo, sino bailando una melodía que solo oía él. Deseó que no amaneciese nunca.

—Cuando no tienes a nadie a quien honrar eres libre para ser una deshonra.

A Gaspar le pareció bien y siguió asintiendo con los ojos cerrados.

—Los que estamos solos en el mundo —prosiguió Iván— somos los únicos libres. Podemos ser una deshonra para todos sin serlo para nadie.

—¿Las estrellas están moviéndose de verdad? —preguntó Gaspar.

—No.

—Pero tú también las ves.

—Sí. Pero yo las veo quietas.

—No, fíjate. Están bailando.

Iván dijo, probablemente mintiendo:

—Es verdad. También las veo bailar ahora.

Y a Gaspar le sirvió.

Se quedaron dormidos en la playa, los dos tirados sobre la arena, aunque en el sueño ligero de Gaspar iban cambiando de posición: primero los dos tirados como si estuvieran muertos, luego él abrazado a Iván, luego Iván abrazándole a él. Tenía pensamientos fugaces que aparecían entre cabezada y cabezada. Un pensamiento: que se quedaría a vivir allí, en los brazos de Iván. Otro: quería contar las costillas de Iván, recorrerlas con su brazo por debajo de su camiseta e imaginar el esqueleto que había debajo. Contó una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho costillas, sus dedos subiendo por una escalera imposible de trepar. Acercó su cara al cuello de Iván, que olía a tabaco, a sudor y a una colonia fresca, o tal vez *aftershave*, o tal vez no olía a nada y aquel olor fresco, como el baile de las estrellas, no estaba realmente allí. En otro pensamiento se besaban, entre sueño y sueño, en la oscuridad. O tal vez ocurrió de verdad. La saliva de Iván sabía mejor que la del rubio y mejor que la de Eva, la saliva de Iván era lo más rico que Gaspar había probado nunca. Si hubiese una piscina con la saliva de Iván, se tiraría y bucearía en ella horas, se compraría un pequeño submarino para vivir siempre dentro de su boca. En otro momento de aquel sueño ligero en la playa se restregó contra Iván, como un gato que marca a su dueño, y mientras le besaba el cuello y la cara y las orejas y el pelo y la frente y los hombros vio el tatuaje de Eva en su bíceps y supo que si le borraba el cabello, aquel peinado de

Cleopatra, ese dibujo podría ser él. Otra escena de aquel sueño ligero en la playa al lado de la carretera: Gaspar cerró los ojos para oler de nuevo a Iván, su boca, su pecho, sus axilas, y se quedó allí, acurrucado, y cuando los abrió justo a continuación, el cielo era de color azul y ya era de día. Habían cambiado de sitio, era Iván quien lo abrazaba y una generosa erección se clavaba contra algún punto de su nalga o su cadera, puede que en su muslo, bajo el culo, donde tenía el segundo corazón. Se volvió a quedar profundamente dormido. Unos movimientos firmes de Iván contra su cadera lo despertaron muy poco después. Lo empujaba de forma rítmica: un empujón, otro, otro. Abrió los ojos cegado por la luz del día que regaba la playa. Miró a Iván, que también parecía despertarse a la vez que él. Detrás de Iván había una sombra gigante que recortaba el cielo. Era Eva, que daba patadas en la espalda de Iván, chillando tantas cosas a la vez que era imposible entender ninguna de ellas, aunque en uno de los momentos se dirigió a Gaspar y pudo entenderlo perfectamente.

—¡Lo de que te follen en las playas lo vas pidiendo a gritos!

Y más patadas a Iván, que se levantó intentando evitarlas y trató de agarrarle las manos y los pies. Cuando lo consiguió hizo una señal a Gaspar para que se fuese. Gaspar se alejó mientras Eva, que volvió a liberarse, empezaba a golpear a Iván con los puños en la cara y en la cabeza, los gritos y los sonidos secos de los porrazos rompiendo el silencio de la mañana. Caminó sobre la arena hasta abandonar la playa. En la carretera, llegando a la casa de los Ottaviano, cuando ya no oía los gritos, vomitó.

Gaspar bordeó la casa de los Ottaviano para llegar primero a la playa, se quitó la ropa, se metió en el mar y espabiló un poco. Imaginó que debía de seguir drogado porque, pese a lo que acababa de ocurrir, sentía un extraño optimismo. Le apetecía desayunar cerveza y cigarrillos. Salió del agua, entró en la casa por la puerta de la playa y atravesó el jardín con su ropa seca en la mano, él empapado, en calzoncillos, echando de menos sus gafas de sol. Intentó apuntárselo en la cabeza: llevar las gafas de sol cuando volviese a Kefi, por si se le hacía otra vez de día. Se dirigía a su cuarto cuando oyó el sonido de algo rompiéndose. Giró la cabeza. En el cenador estaba la criatura, sentada al lado de la enorme mesa de piedra, mirándole atentamente, con sus pies rodeados de cristales rotos. Vestida como siempre, de blanco sedoso, su cráneo cubierto por un pañuelo, las gafas de sol oscuras tras las que se adivinaban unos ojos pequeñitos sin pestañas y clavados en Gaspar.

—¿Has visto caer la jarra? —preguntó.

Gaspar iba a decir algo, pero sus palabras se agolparon y detuvieron en su garganta.

—Yo no la he tirado —prosiguió la criatura—. Algo la ha tirado, yo no.

De nuevo Gaspar iba a decir algo, pero lo único que llegó a su boca fue un chorro de vómito líquido que le supo a cerveza y expulsó inmediatamente sobre la hierba recién segada. La criatura mantenía su mirada clavada en él, en silencio. Hasta que al fin dijo:

—Tal vez esto es la parte feliz de algún otro recuerdo que quieras compartir conmigo.

Lo susurró, aunque todo en la criatura sonaba como un susurro. Gaspar se acercó a la mesa. Supo que ahí, justo ahí, había expulsado toda la droga que le quedaba en el cuerpo. Ya no sentía optimismo. La cerveza, tras vomitar medio litro, ya no le apetecía. Tomó unas servilletas de papel y se limpió la boca. La criatura hizo una señal a través de la cristalera. Unos segundos después apareció la mujer oriental de la cocina, barrió los cristales en silencio y pasó una manguera por la zona donde Gaspar había vomitado.

—Siéntate —pidió la criatura.

Gaspar lo hizo. La criatura le acercó un plato con una rodaja de piña.

—Córtala en trozos pequeños, por favor. Y come algo tú. ¿Por qué estás en calzoncillos?

Gaspar empezó a cortar la fruta. Le temblaba la mano. Observó que las de la criatura temblaban también. De repente la mesa de piedra le pareció demasiado pequeña para cuatro manos temblando a la vez. Observó que no quedaba café en su taza y se levantó, el cuerpo inclinado unos cuarenta y cinco grados, confiando en que el protocolo para rellenar tazas de café aplicase para hombres en ropa interior.

—Ayer apareces con el ojo morado, hoy vomitando por la mañana, temblando y en calzoncillos.

—Supongo que me van a despedir.

Gaspar se preguntó si Iván le conseguiría un trabajo en el supermercado, si con ese sueldo sería sencillo encontrar un lugar pequeño en el que vivir, si podría arreglárselas para no irse nunca de la isla. Si podría vivir con ellos en el apartamento en el centro del universo.

—¿Qué te dedicas a hacer por las noches? —preguntó la criatura.

Gaspar quiso preguntarle lo mismo. Quiso decirle que le había visto en pie, caminando por el jardín, mirando a través del cristal, hablando a la nada. Que sabía que no había sido un sueño.

—Has venido a trabajar —insistió la criatura.

—Trabajo con usted todo el día.

—Gaspar, fabrica un recuerdo feliz para nosotros, uno que esta vez no sea parásito. El vómito está bien, pero ahora necesitamos esa parte en la que aparece un aprendizaje o un momento de belleza.

Gaspar no dijo nada y apretó su ropa, que formaba una bola húmeda sobre su regazo.

—¿Quiénes son esos amigos tuyos?

—Una pareja.

—¿A qué se dedican?

—Ella es camarera. Él trabaja en el supermercado.

—¿Los españoles?

Gaspar asintió con la cabeza sin demasiada fuerza, por si vomitaba otra vez. Pensó en la espalda de Iván.

—Si apareces vomitando y con el ojo morado tal vez no son tus amigos.

También pensó en sus costillas, recordó que las había contado. Y en sus orejas, que estaban frías cuando las había mordido.

—Usted los ha llamado amigos, no yo.

La criatura soltó una risa aguda que podría haber sido de asombro, de nervios o de sorpresa pero sonó, al igual que todas las demás, como un carraspeo. Por un momento, sonó a una risa de mujer. Gaspar se puso alerta.

—La resaca te vuelve belicoso —dijo tras reír.

Gaspar cogió un vaso de la mesa y se sirvió agua.

—Sigue —lo animó la voz cavernosa—. Queremos conocerte. Nos interesa este Gaspar. Dinos la verdad. Olvida lo del recuerdo. Vamos a sustituirlo por una verdad sobre ti.

—No quiero ser belicoso. No quiero ningún problema con ustedes.

—Ábreme tu corazón, Gaspar. Dime cómo te sientes.

Gaspar le hubiese preguntado por qué de repente había pasado a ser una especie de figura confesora, pero no podía hacer preguntas. Además, ¿le diría confesor o confesora? ¿Cómo podía, con su lenguaje limitado y estúpido, lidiar con la criatura? Se sintió fracasado. Él, que quería trabajar con las palabras, que aspiraba a escribir libros que contuviesen cien mil o doscientas mil, no encontraba ninguna para poder hablar con la criatura. Había dado con una persona con la que el vocabulario que él conocía no servía para nada. El lenguaje lo había abandonado.

—Me siento solo —acertó a decir finalmente—. Estoy solo.

—Ese es otro recuerdo triste —observó la criatura.

—No es un recuerdo. Es de ahora. Y no es para usted.

Gaspar miró su cuerpo semidesnudo y volvió a parecerle el de un niño. Le extrañó encontrar vello en sus propios muslos.

—Tu padre nunca ha salido en nuestras conversaciones.

Gaspar siguió en silencio.

—Entiendo —musitó la criatura.

Después bebió más café. Gaspar, más agua. Unos hombres habían vuelto a la piscina para recoger hojas con una red.

—¿Alguna vez lo has querido buscar?

—No.

—¿Por qué no?

—No tengo nada que buscar.

Gaspar recordó a Iván y decidió tomar prestadas sus palabras.

—Sin padre ni madre a quienes tener que honrar soy libre.

—Libre para pelearte, emborracharte y vomitar —dijo la criatura —. La resaca también te vuelve trascendental.

Gaspar miró al suelo. Algo brillaba bajo la mesa, a los pies de la criatura. Era un trozo de cristal que la mujer oriental no se había llevado al limpiar el estropicio. Se agachó, se estiró bajo la mesa y cogió el cristal con su mano. Lo observó, pequeño y puntiagudo en sus dedos.

—¿Me has oído, Gaspar? —La voz de la criatura llegó débil desde el otro lado de la mesa de piedra—. Vuelve a sentarte.

Miró las piernas de la criatura, cubiertas por el amplio pantalón de lino.

—Vamos a volver a nuestro plan de fabricar un buen recuerdo para mí hoy.

Gaspar pensó durante un instante. Miró su mano temblorosa con el trozo de cristal. Tal vez el éxtasis no lo había abandonado del todo, porque tenía ganas de decir la verdad.

—Cuéntame algo, Gaspar. ¿Qué haces ahí abajo?

—Creo que mi madre nunca me quiso.

Gaspar tanteó con su pulgar la punta afilada del cristal.

—¿Y algo feliz?

—Estoy enamorado.

Gaspar continuaba agazapado debajo de la mesa. Su mano empezó a temblar más, puede que por la resaca, puede que por los restos de éxtasis que aún había en su cuerpo o, lo más probable, por el miedo a hacer lo que estaba a punto de hacer.

Acercó la punta de cristal a la tela que caía sobre las piernas de la criatura. La colocó sobre el tejido.

—He escuchado las dos. Sal de ahí y hablemos.

—También necesito hacer algo por mí —susurró Gaspar.

En un movimiento limpio y seco, clavó el cristal con fuerza sobre la tela, que rápidamente se volvió roja cuando la punta atravesó la piel. La criatura dio un respingo, agitó ambas piernas y soltó un grito que no sonó cavernoso. Fue un grito con una voz fuerte, masculina.

Gaspar salió de debajo de la mesa con el trozo de cristal enrojecido en la mano. Lo dejó encima de la mesa, de forma cortés y educada, como quien entrega un arma a la Policía. La criatura lo miraba con su rostro hierático, protegido tras las gafas de sol. Gaspar se levantó y se alejó sin decir nada. Los tipos de la piscina observaban en silencio.

Gaspar llegó a su cuarto, se quitó los calzoncillos y se duchó lentamente, quedándose bajo el agua caliente mucho más tiempo del que debería, con la cabeza embotada. Al salir se vistió, bajó de nuevo las escaleras de servicio que le llevaban a la cocina y se acercó al cenador. La criatura ya no estaba allí. Entró en el salón. Tampoco. La buscó en la cocina, en su dormitorio, en el otro dormitorio, en el resto de los salones, en los cuartos de limpieza, de invitados, en la bodega y en los cuartos de baño. Rodeó el jardín, también se acercó a la playa. Nada. Esperó un rato en el cenador a que volviese. La mujer oriental de la cocina sirvió la comida en silencio. Pero la criatura no apareció. Un rato después, la mujer regresó a por ella, ya fría.

Gaspar se acercó al pueblo y observó a lo lejos el supermercado, por si veía a Iván. Rondó por el bar de Eva, por si estaban allí. Caminó de forma prudente y silenciosa por las calles empinadas que llevaban al apartamento en el centro del universo y llegó a observar desde lo lejos la ventana, escondido entre un muro blanco y un coche, pero tampoco. Volvió a la casa y esperó a la criatura esa noche, pero no

apareció. Tampoco la cocinera oriental, ni los tipos que cuidaban la piscina. Gaspar se preguntó si habrían huido todos juntos. Supuso que, si la criatura había huido, se habría llevado al servicio. Se bañó por primera vez en la piscina, caminó por la casa un rato y cuando fuera se estaba poniendo el sol se atrevió a meterse en la habitación de la criatura esperando descubrir algo, sin saber muy bien el qué. Estaba empujado por un extraño arrojo, como la bravura que había poseído a su madre cuando quemaron la ropa de aquel tipo en el parque. Se reconoció en ella, se preguntó si eso era una especie de posesión, si lo observaría orgullosa desde el cielo o desde el infierno. Abrió los armarios, buscó entre la ropa que se repetía de forma casi enfermiza: trajes de lino blanco, azul y beige, unos ocho o diez. En otro armario encontró dos maletas. En ellas había algunos periódicos de España, con fecha de un par de meses atrás. Abrió los cajones. Medicamentos. No los medicamentos que estaban en su cuaderno con anillas. Eran medicamentos diferentes. También había tabaco. Nunca había visto fumar a la criatura, pero encontró ceniceros en su habitación. Y también fotos. Fotos de un chico rubio, de ojos azules, orejas de soplillo y una sonrisa entristecida que, descubrió al instante, se parecía a la suya. Fue una revelación: nunca había pensado en la fisionomía de su boca, de su propia sonrisa o de su propio dolor hasta que lo vio en otro rostro. El chico rubio de las fotos no solo se parecía a él en su sonrisa, juraría que también en su tristeza. Otra foto estaba tomada de forma algo torpe, aparentemente por el mismo hombre que posaba en ella, que estiraba el brazo hacia la cámara creando una composición extraña, con su rostro algo deformado por la lente, los dos, el joven y el mayor, abrazados ante un montón de muñecas que observaban la escena impertérritas. Eran unas muñecas enormes, que parecían globos, con las bocas abiertas. ¿Eran muñecas hinchables? Gaspar

las había visto en un documental. Lo eran. Volvió a la cara del hombre mayor. Le resultó familiar. Sus facciones orondas, su nariz achatada. Era como ver a alguien con el que había soñado. Era como ver a alguien que conocía pero había olvidado que conocía. Era un hombre al que había visto ya. Tardó unos segundos en darse cuenta de que aquel hombre era la criatura antes de arder.

PARTE 3
NELSON

(Esto es lo que Gaspar escribió, muchos años después, sobre Nelson.)

Nelson Salaverry había vivido en demasiados sitios, en tantos que a menudo tenía que hacer un esfuerzo para recordar dónde habían sucedido ciertos episodios capitales de su vida: dónde estaba cuando su padre detuvo el coche en el arcén de una autopista para que pudiesen ver las estrellas, dónde estaba cuando su madre llamó para decirle que a su padre lo habían estrangulado o dónde le habían mordido el culo tres pastores alemanes mientras intentaba penetrar a un amante jovencito en un parque. Recordaba con algo más de exactitud todo lo que tenía que ver con el alcohol, porque la tipología y localización de los licores componían un índice mucho mejor catalogado que sus recuerdos: si una noche se había desmayado tras ingerir él solo un litro de mezcal tenía que haber sido en México, o al menos por allí cerca, y lo de bañarse en una barrica de ron tenía que haber ocurrido en Cuba o en la República Dominicana o en Venezuela o en esa zona de por ahí, aunque por otro lado ya había casi todo tipo de alcohol en todo el mundo. Además, recordaba despertarse desnudo en el asiento trasero de un coche tras haber bebido casi tres botellas de whisky y jamás había estado en Escocia. Y también haberse quedado con el curioso nombre de un vino, retsina, que le había gustado mucho en Grecia o que tal vez alguien le había traído de Grecia, porque no recordaba

del todo haber estado allí. Trabajar como intérprete en importación y exportación le había permitido viajar a muchos sitios, olvidarlos casi todos y imitar muchos acentos. Se le daba especialmente bien el argentino, el colombiano, el estadounidense del sur, ya pegado a México, y esa forma tan curiosa que tienen de hablar en los pueblos que están justo entre España y Portugal, porque una vez se había enamorado de alguien que era el alcalde de uno de ellos. Una vez, borracho e imitando acentos delante de un desconocido, resultó que el tipo era director de teatro y necesitaba un Quijote resacoso que se le había caído del cartel a punto de estrenar y él supo al instante que podía imitar el acento antiguo y también una resaca, o mejor aún, podía llevarla de casa. El resultado salió tan bien que empezó a interpretar a otros personajes. Como a menudo no se acordaba del guion y le dejaban improvisar, empezaron a llamarlo actor de método, aunque él consideraba que más bien se inventaba los diálogos y deberían soltarle menos alabanzas y entregarle más *royalties*, porque algunas de sus ocurrencias eran bastante buenas. En una representación de algo llamado *Los dos Quijotes*, que no era la del Quijote alcohólico sino otra obra en la que don Quijote se enteraba de que tenía un gemelo malvado chino llamado Etojiuq, cambió la frase «¿Dónde estás, señora mía?» por «¿Dónde coño está esta tía?». Era una estupidez, una pasmosa simpleza, pero la reacción entusiasta del público llevó al director a cambiarlo en el texto y a llenar el guion de tacos, siguiendo las improvisaciones de Nelson, que eran siempre celebradas por el público, como cuando en vez de «cobardes y viles criaturas» dijo «hatajo de putas dentudas». Medir las sílabas y meter palabrotas con una musicalidad semejante era uno de sus grandes talentos, si no el mayor. Le salía solo, como si existiese una métrica del agravio que solo él había estudiado. De repente todo el mundo quería contar con él y le decían: «¡Sea usted

mismo, diga sus frases!». Así que Nelson se preguntaba si estaba siendo actor o solo bufón, aunque cualquiera de las dos opciones le parecía bien dado que había empezado a ganar mucho dinero, mucho más que traduciendo gestiones comerciales con los tipos aburridos de importaciones y exportaciones. Pudo permitirse vivir en hoteles dignos y pagar el amor de unos cuantos chicos que siempre acababan dándole más lástima que excitación, porque se desnudaban ante él de un modo mecánico y mohíno, tenían cuerpos flacos y cuando le estaban penetrando parecían estar pensando en otra cosa, en algo trágico. A veces él les preguntaba: «¿En qué piensas?». Y algunos de ellos, los muy cabrones, en vez de decirle «en ti» o «en nada», que sería un modo elegante de salvar el compromiso, tenían la grosera idea de responderle la verdad. Y le decían algo tipo: «En mi novia, que hace muchísimo que no la veo». O: «En mi madre, que se murió la semana pasada». Todo esto mientras seguían penetrándole para no romper el contrato. Hubo una vez en que Nelson respondió: «La mía también murió, sé lo que se siente». Y como respuesta solo recibió un gemido triste y al principio pensó que el chico sollozaba, que sentía su pena, que había conectado de una forma especial con aquellos chicos que pasaban silenciosos por su vida y nunca le daban nada parecido al amor, pero enseguida comprobó que simplemente se había corrido, y a continuación salió de él, cogió su dinero y salió también de su dormitorio. Nelson, por su parte, nunca terminaba. En ese sentido, era un poco como en sus obras de teatro: era incapaz de recordar su arco argumental, que consistía en poco más que intentar correrse. Pero nunca llegaba ahí, o lo hacía ya solo, una vez los chicos se habían ido, pensando siempre en otros chicos, los chicos de las revistas o de las cintas de vídeo, que no se parecían en nada a los chaperos flacos y tristes que a su vez no se parecían en nada a los

chicos de las fotos con las que se anunciaban en las revistas. La rueda de las expectativas.

Las obras de teatro le llevaron a hacer monólogos cómicos a los que cada vez acudía más gente y en los que se limitaba a reírse del físico del público. A veces le esperaban fuera para darle una paliza. Si tenía suerte podía acabar haciéndole una felación al que le estaba agrediendo, porque la violencia era a menudo lo más parecido que Nelson podía encontrar al afecto. Muchas mujeres se enamoraban de él, a saber por qué. Él sospechaba que buscaban un hijo díscolo o un hermano tonto más que un marido fiel y le dejaban cartas en los bares donde hacía sus monólogos o en las taquillas de los teatros donde plagaba de tacos todas las obras clásicas que le ofrecían porque necesitaban a un hombre corpulento de voz cavernosa y ojos tristes. En *Sueño de una noche de verano* cambió «Ve con Dios, ninfa» por «Que te den, pelma» y tuvieron que detener durante un minuto la obra porque las carcajadas del público hicieron imposible proseguir. De una comedia bíblica no cambió ninguna frase por si los productores, que eran medio meapilas y muy ricos, lo despedían, pero decidió añadir tras su diálogo «Mis obras no las conocéis ahora, mas las conoceréis después» un «Por el interés te quiero Andrés» que hacía reír hasta el llanto a los espectadores. Aún con medios precarios, empezó a viajar a diferentes capitales a representar obras con palabrotas y organizar sus números de insultar al público. En Ciudad de México se desnudó y se metió en la enorme pecera del vestíbulo de un hotel. En Bogotá intentó estrangularlo un camello, lo cual le pareció un bonito homenaje a su padre. En un espectáculo en Lima apostó con los presentes a que se podía beber cincuenta pintas de cerveza y acabó despertándose en la cinta de equipajes del aeropuerto de Arequipa, incapaz de recordar si había ganado la apuesta y mucho menos si la había cobrado. En Buenos Aires estuvo

toda la noche metiéndose con un señor llamándolo «gordo inútil» sin darse cuenta de que era paralítico y sus dos hijos le dieron una paliza al terminar la obra. En Montevideo incendió la cama de un hotel al quedarse dormido con un cigarrillo. En Madrid vomitó encima de un niño en el metro a primera hora de la mañana. En Palermo un promotor intentó ahogarlo en el puerto de vela tras engañarlo afirmando que sabía hablar italiano y limitarse, una vez en el escenario, a enumerar nombres de alimentos y actores famosos: *gelato*, *minestrone*, Marcello Mastroianni, Stefania Sandrelli, aunque Nelson mantenía que al público le había encantado. En Parma fue detenido durante unas horas por intentar robar dos quesos. En Marsella se le congelaron la nariz y las orejas por empeñarse en beber pintas al aire libre del invierno y tuvieron que vendarle la cara con paños calientes durante dos horas. Y en París, haciendo un monólogo con la nariz y las orejas todavía de color negruzco por la congelación de Marsella, conoció a Louis y pensó que en él se concentraba todo el calor del mundo.

¿O acaso alguna vez lo conoció realmente? Debería decir más bien que lo encontró, o que Louis lo encontró a él. Louis era de madre francesa y padre español, aunque su madre había muerto de cáncer y a su padre lo odiaba después de que lo hubiese repudiado por ser homosexual. Louis y su padre se detestaban de una forma tan enorme, proporcionada y mutua que el suyo era uno de esos odios circulares y perfectos que podrían convertirse fácilmente en amor si se hubiesen dado las circunstancias adecuadas, si se hubiesen sentado el uno frente al otro y hubiesen unido las piezas de todos esos sentimientos opuestos que encajaban perfectamente, pero eso nunca sucedió. Louis prefirió buscar otro padre: se acercó a un monólogo de Nelson para españoles emigrados en París que se llamaba *Ma merde*, o más bien se coló, porque apenas le quedaba

dinero de su sueldo como camarero en un bar gay en el que tenía que trabajar en *shorts* para pagarse una habitación, comida y *shorts* más llamativos y bonitos que los de sus compañeros. A la salida del espectáculo, Nelson lo vio esperándolo en la calle con sus piernas al aire, unos muslos preciosos, fortísimos para su cuerpo menudo, y sintió que brillaba más que el resto de los transeúntes y expatriados que esperaban para pedirle un autógrafo, que una flecha torpe hecha con polvo de estrellas lo señalaba en el aire y que emanaba de él una especie de aura roja que se parecía a la calefacción. Y desde esa misma noche se fue a vivir a su apartamento. Louis era rubio, menudo, orejas de soplillo, ni un solo pelo en el cuerpo, una especie de criatura lasciva y a la vez inocente que jugaba a desviar cualquier conversación hacia el sexo, como si eso fuese todo lo válido y bello que había en él. Pongamos un ejemplo: si le decía Nelson «buenos días», él respondía con su extraño acento entre español y francés: «Para buena, mi polla», y la señalaba. Pero a menudo entraban más ganas de abrazarle y darle de desayunar que de hacerle una felación, aunque en realidad Nelson siempre acababa haciendo ambas cosas. Mirado desde cierto ángulo, mientras dormía, podía aparentar once años aunque tuviese dieciocho, y a veces Nelson pensaba que le costaría hacerle el amor porque era como hacerle el amor a un niño, pero en cuanto empezaba se le olvidaba aquello de que iba a costar y no le costaba nada. Para Nelson las erecciones y la moralidad nunca eran compatibles. Casi siempre le penetraba Louis a él. Nelson se sentía así menos culpable, menos invasor de aquella belleza suprema. Cuando follaban, Louis siempre parecía estar pensando en otra cosa, su cuerpo con un pie en el placer y otro en el futuro. Lo que Nelson sentía por él era un amor extraño, en parte un deseo sexual intenso, en parte una fascinación malsana y en parte una pena profunda por aquella criatura sola en

el mundo, tan sola como él. Nelson escrutaba la cara de Louis cuando se corría, porque ahí, solo ahí, parecía realmente feliz. A veces, tras correrse, Nelson se ponía a llorar, sin saber muy bien por qué, y Louis, que ya estaba sentado en el borde de la cama limpiándose, sin mucho interés en ver correrse a Nelson, solo exclamaba:

—¿Otra vez?

Louis dejó el bar en el que tenía que trabajar en *shorts* y empezó a seguir a Nelson en sus giras de monólogos incorrectos y obras clásicas adaptadas con palabrotas. En cada hotel le preguntaban a Nelson si querían que pusiesen una cama adicional para su hijo y Nelson decía que sí con hastío, pero Louis lo miraba con sorna, como si eso le pareciese divertido, así que de repente a Nelson le parecía divertido también, y esas noches, si follaban, Louis gemía más fuerte a propósito cuando se corría, para escandalizar a los huéspedes de las habitaciones cercanas y mortificar a Nelson, que creía al día siguiente que todo el hotel daba por supuesto que se acostaba con su hijo. Louis lo acompañaba en sus giras pero casi nunca iba a verlo, afirmaba que ya se sabía los monólogos de memoria y que además no entendía las gracietas de las obras de teatro, que no era capaz de encontrar la gracia en cambiar las frases de obras cuyas frases originales y verdaderas desconocía. De hecho él pensaba que la frase «¿Qué es la vida?/Un cojón, una polla, una ficción/Y el mayor coño es pequeño» era la original y que un tal Calderón de *lo Barco* había escrito eso realmente. Louis desaparecía durante el tiempo que duraba cada obra y cuando Nelson volvía al hotel o al piso de alquiler aún caracterizado, para darle una sorpresa a Louis, para jugar a algo divertido, como que por ejemplo un jovencito rubio, atractivo y francés sodomizaba a Segismundo y establecía una nueva subtrama que a Calderón de *lo Barco* no se le había ocurrido,

él no estaba. Desaparecía durante toda la noche, a veces durante una noche y un día entero, y Nelson tenía que desmaquillarse con tristeza y dormirse preocupado, rezando para que a Louis no le ocurriese nada. Louis no daba muchas explicaciones cuando volvía, a veces con un ojo morado, y se enfadaba si Nelson se las pedía. Le espetaba que él no tenía padre ni madre y que no necesitaba que nadie le diese un sermón, Nelson le preguntaba si había estado follando con otros y Louis se ponía a llorar y daba a entender que follar o ser follado era la única forma que él tenía de dar amor o recibirlo y Nelson le explicaba que tenía todo el amor del mundo para él, le decía que incluso aunque Louis no le quisiera de vuelta, él tenía amor suficiente para los dos, que su amor era tan grande que podían repartírselo aunque Louis no tuviese un gramo de amor para aportar al conjunto, y que no dejase que su cabeza joven se viese contaminada con ideas extrañas y alocadas sobre lo que era el amor, que el amor era la calma, el silencio, la distensión y escuchar la respiración del otro, y Louis seguía llorando (era tan guapo mientras lloraba que Nelson fantaseaba con hacerle una mamada mientras lloraba, de hecho una vez lo consiguió) y se quedaba dormido en sus brazos asintiendo con la cabeza y Nelson lo amaba profundamente, más que nunca, el amor era una especie de radiación en su interior que podría volver de color rojo los árboles de todos los bosques desde París hasta Reims. Después, cuando se despertaba, Louis no estaba porque se había ido a follar de nuevo por ahí. Y se cabreaba, se prometía olvidarle, pero cuando volvía se alegraba tanto de verlo, era tan feliz por tenerlo cerca, que Nelson aceptaba vivir emocionalmente secuestrado. Convertirse en el bulto con el que Louis tropezaba al salir de la cama a oscuras cuando se iba a follar con otros le parecía un precio justo a pagar por tener cerca a una criatura tan especial. Louis nunca juzgaba a Nelson por ser un

desastre, nunca le preguntaba si estaba loco, nunca lo cuestionaba cuando vomitaba en un fregadero, se quedaba dormido con la cabeza apoyada sobre unos restos de ravioli o se comía una planta decorativa en un restaurante asiático. Solo lo miraba con una sonrisa que era de pura complicidad. Su relación podía ser un secuestro, pero la sonrisa de Louis era el rescate.

Nelson nunca se acordaba de dónde había ocurrido nada, pero jamás olvidó dónde había ocurrido lo que ocurrió en Barcelona cuando Louis cumplió veintiún años. Nelson estaba representando una versión de *Las suplicantes* en la que las danaides, en vez de actrices, eran muñecas hinchables, y él, en vez de danaides, las llamaba *danones*, una broma que consideró absurda pero hacía reír al público durante toda la hora que duraba la función, lo cual le llevó a incluir una broma nueva que decía: «¡Estos chistes sobre las Danones nunca caducan!». Nelson preparó a Louis una fiesta para intentar hacerle olvidar que estaba solo en el mundo, así que compró una tarta y cientos de velas que colocó por el pequeñísimo apartamento alquilado que compartían en Barcelona. Pidió a los productores que le prestasen esa noche todas las muñecas hinchables para ponerlas alrededor de la mesa donde había dispuesto la tarta, las copas y las velas, a modo de público. Louis se entusiasmó ante la idea, especialmente cuando Nelson le prometió que podría follarse a alguna de las muñecas después de soplar las velas si la limpiaba antes de devolverla al escenario (él se entusiasmó, además, ante la idea de poder verlo). Borrachos los dos, vaso de ginebra en mano, un chorrito de limón, sin hielo, Nelson le pidió que se hiciesen una foto juntos porque se dio cuenta de que no había ninguna en la que apareciesen ambos, y como no

había nadie para hacérsela, él estiró el brazo de forma torpe y confió en que el objetivo de la cámara los captase a los dos si juntaban mucho sus rostros. Se sintió repentinamente más enamorado de él, como si haber posado juntos ante una foto reconociese su relación ante una fuerza mayor, una imagen que ya permanecería para siempre. Fantaseó con el pie de foto: *Nelson Salaverry y Louis Durand García, fotografiados en Barcelona el día del vigésimo primer cumpleaños del segundo*.

Tras la foto, Louis pidió soplar la tarta al lado de las muñecas y Nelson se alejó para hacer una foto de aquel instante, el broche de aquel cumpleaños solitario pero feliz que le había llenado de esperanza en el futuro. Nelson empezó a cantarle el *Cumpleaños feliz*. Después del «te deseamos todos» desafinado y alargado en el tiempo que entonaba su voz cavernosa surgió la bola de fuego y humo que lo consumió todo. La bola de fuego la recordaba bien, pero no la había percibido en aquel momento como el último instante antes de que todo cambiase. Pensó que era un rayo tras la ventana, una bombilla estallando, un principio de infarto, un fallo de sus córneas, un sobresalto más. En el orden de recuerdos de Nelson, justo después del «te deseamos todos» y el fuego, él se despierta en un hospital, con su rostro y sus brazos quemados, y Louis está muerto y «te deseamos todos» es una forma bonita, lógica y certera de dedicarle un epitafio, la frase que resume la vida cortísima de Louis Durand García, nacido en Nîmes en 1971 y fallecido por las graves quemaduras sufridas en Barcelona en 1992. Louis Durand García, al que solo amó un hombre pero al que siempre desearon todos.

Nelson se curó pronto de las heridas y soñó tantas noches con Louis que llegó a convencerse de que lo mantenía con vida, que ocupaba una parte de él, que si se le estaba cayendo la piel a tiras es porque Louis había aprovechado el fuego para meterse dentro de él y había olvidado cerrar desde dentro, como quien se mete dentro de un saco de dormir con prisa y rompe la cremallera al tirar de ella demasiado fuerte. Le empezó a dar miedo hacerse las curas por si Louis aprovechaba para abandonarlo de nuevo. Por su negativa a hacerse las curas, se le infectaban más. Como le dolían más, le daban más calmantes. Como le daban más calmantes, podía soñar mucho más a menudo con Louis. Pero un día empezó a verlo fuera de sus sueños. Mantenían largas conversaciones como las de antes. Nelson le preguntaba cosas como:

—¿Te irás de dentro de mí si me quitan la piel muerta?

—No lo sé —respondía Louis—, estoy bastante más hacia el interior, no creas que lo tengo fácil. Depende de las intervenciones a las que te sometan. —El fantasma de Louis era mucho más locuaz y resuelto que el Louis vivo, hablaba igual que Nelson—. Te tendrían que sacar mucha piel y muchos órganos para salir, ahora vivo dentro de tu esternón.

—¿Cómo es estar muerto?

Louis le respondía:

—Es mejor que como estás tú.

Nelson dejó de actuar. No había papeles para actores de voz cavernosa que tenían las manos, la nariz, la boca y parte de la frente quemadas. Vivió de ahorros y ayudas por sus heridas, de ciudad en ciudad. Acudió a alguna reunión de alcohólicos anónimos para intentar dejar de beber, pero escuchar las crónicas ajenas sobre la adicción y el dolor solo le daba más ganas de comprar cerveza y además un día lo echaron de un grupo porque se empezó a reír

cuando una mujer contó cómo había intentado ahogar a su bebé. Solo cuando soñaba con Louis o compartía tiempo con su fantasma era feliz. El fantasma de Louis no estaba quemado, era igual que siempre. Y, como era igual que siempre, también desaparecía durante días. ¿Podía ser infiel un fantasma? ¿A quién se le aparecería? ¿A todos los hombres con los que lo había engañado? ¿Ni tan siquiera un fantasma podía ser fiel al único vivo que lloraba por su recuerdo? Cuando Nelson estaba borracho lo veía y lo sentía más claramente: no era solo un fantasma, sino que juraría que hasta dejaba su característico olor a axilas sudadas por toda la casa. Nelson pensaba a menudo en el suicidio, pero no estaba seguro de que una vez muerto pudiese seguir viendo a Louis, de igual a igual. Una vez se lo preguntó a él.

—No sé muy bien cómo funciona. Dependerá sobre todo de tus creencias y todo eso. —Nelson amaba a este Louis tan resuelto, tan adulto, que lo conocía tan profundamente y le daba siempre las respuestas que él esperaba oír—. Pero supongo que no. Si funcionase así sería un desastre, ¿no crees? Se suicidaría todo el mundo que pierde a alguien a quien ama. No habría viudos. Y el mundo necesita viudos.

—Tú no creías en la vida después de la muerte y aquí estás.

—Porque no me dejas irme. Tal vez si te suicidas desapareceremos los dos. Ya no habrá quien nos eche de menos a ninguno.

Tenía sentido. Nelson asintió con la cabeza y hasta eso le dolió, hasta ese punto le tiraba la piel quemada del rostro y el cuello.

—Louis, ¿tú estás en el cielo o en el infierno?

—En el infierno, supongo —respondía Louis señalando el apartamento oscuro, feo y triste a su alrededor.

—¿Me amarías igual con esta cara quemada? ¿Me harías el amor igual?

—Mmm. —Louis fruncía el ceño—. No creo. —Al menos era honesto, más que durante su relación.

—¿Entonces por qué sigues aquí?

—No tengo otro sitio al que ir.

Y Nelson volvía a llorar al recordar cuánta soledad había arrastrado Louis en su corta vida y solo deseaba haber logrado aplacarla del mismo modo en que Louis había aplacado la suya.

—No deberías volver a mezclar velas con alcohol y muñecas de plástico —musitaba Louis mientras Nelson lloraba.

—¿Desaparecerás si me enamoro de otro hombre?

Y ahí Louis se echaba a reír y seguía sentado en el sofá, riéndose. Nelson diría que cuando su fantasma se burlaba de él adquiría más claridad, más presencia, casi como si volviese a estar vivo, como si su cuerpo pesase de verdad sobre los cojines y los hundiese dibujando en ellos su culo redondo, pequeño, ya para siempre joven, deseable y perfecto.

—Bueno, ¿te suicidas o no? —insistía Louis.

Vivió en diferentes ciudades, primero de sus ahorros, luego de ayudas, al final de una pensión. Y diez años después, el día en que Louis hubiese cumplido treinta y uno, Nelson decidió, casi a la edad de la jubilación, que era un buen momento, teatral y significativo, para hacer por fin eso que llevaba un largo tiempo postergando: suicidarse.

Hacía tiempo que el fantasma de Louis no se le aparecía y se sentía solo. Al encontrarse en un piso séptimo en un atardecer notablemente triste, con unas nubes filamentosas que llevaban unos

días cubriendo la ciudad después de las grandes nevadas de aquel invierno, se asomó por la ventana, miró hacia la calle y pensó que era el momento de tirarse, por si la felicidad que llevaba tanto tiempo anhelando podía haberse escondido entre las grietas del pavimento. Pero el teléfono sonó cuando abría la otra hoja de la ventana. Era una mujer con acento que podía ser alemán o polaco o sueco o finlandés y le dijo, en un inglés imperfecto y recio, que le quería hacer unas fotos para un papel. Nelson le dijo, con su voz cavernosa por el tabaco, que llevaba años sin actuar y le resultaba impensable que alguien pudiese acordarse de él y querer contratarlo. La mujer le dijo que cualquiera que le hubiese visto en sus buenos tiempos lo recordaba, aunque le sonó a una frase mecánica y repetida. No se la creyó. Conocía los dejes de una interpretación. Pero a continuación la mujer añadió que había alguien interesado en pagarle una suma generosa por un papel importante. Nelson supo ahí que la intriga le podía más que las ganas de morir. Decidió que las nubes filamentosas eran, bien miradas, vaporosas y etéreas, como hilitos de algodón y seguramente una señal de que el sol saldría pronto de nuevo y, por lo tanto, tal vez no tenía que suicidarse todavía.

Una mujer acudió unos días después a su casa, puso un gesto de asco por el olor a cerrado y le pidió con su inglés imperfecto de acento extraño si podrían salir fuera a hacer las fotos. Allí, en el largo pasillo de color mortecino del edificio, le preguntó si tenía una silla, cualquier silla, y sacó de una bolsa un traje de lino, un chal de seda y unas gafas de sol.

Después preguntó si había algún lugar del edificio donde diese el sol. Nelson respondió que justo al otro lado del ascensor, donde un pequeño descansillo ofrecía una cristalera con vistas a los hoteles de arquitectura triste y funcional que se apelotonaban cerca del

aeropuerto. La mujer le pidió que se acercase a la cristalera y mirase hacia el sol para fotografiarle.

Le dijo, en inglés: «Es por su piel».

Nelson frunció el ceño.

La mujer le preguntó, en inglés: «¿Puede darle el sol?».

Nelson asintió con la cabeza. La mujer añadió en inglés: «El papel podría ser bajo el sol».

Pasaron unos días. Nelson no sabría decir cuántos si alguien le hubiese preguntado, no los solía contar ni era muy consciente de en qué tiempo vivía. A veces, si otro borracho entablaba conversación con él en un bar y salía el asunto del tiempo, él solo decía:

—Yo no vivo en años después de Cristo, yo sobrevivo en años después de Louis.

Pero ningún borracho se interesó nunca por quién era Louis. Por eso le gustaban las charlas de borrachos: eran poco más que monólogos por turnos. Uno soltaba su rollo liberador y luego le tocaba al siguiente. Nelson sí que identificaba los sábados, solo los sábados, porque había más gente en las plazas cercanas y en los bares, y también los domingos, porque todo estaba cerrado y había aprendido a olerlos como se huele el miedo y a comprarse con antelación el alcohol que necesitaría para sobrellevarlos. Aunque a la mujer de acento raro le había mentido y le había dicho que no bebía. Ella había insistido mucho en eso, en que el trabajo no se podía hacer si bebía y, si lo hacía, el contrato se rompería. El teléfono volvió a sonar un día que no era sábado ni domingo y al otro lado apareció de nuevo la voz femenina con acento raro y le preguntó si le vendría bien volar a Grecia, que querían verlo. Que el papel iba a ser en principio en Madrid, pero que algo había sucedido,

una muerte inconveniente entendió, que había movido todo a Grecia. Él pidió volar en clase *business*, ahogando una carcajada y mirando a su alrededor, esperando a un público (también fantasma) que le riese aquella petición desvergonzada. Pero la voz femenina dijo al otro lado: «Por supuesto». Y él dejó de reír.

El vuelo fue placentero. Recordó cuánto había volado en sus años de intérprete de importación y exportación y después de actor cómico y cuánto le gustaba. Deseó, también, que se estrellase el avión. Un suicidio involuntario, una muerte asistida, una argucia que le permitiese ir al cielo. Pero no ocurrió, y tras aterrizar en una isla y tomar un ferry a otra, lo recogió la misma mujer que había ido a verle a su casa, hombruna, gigante y de pelo corto, que pronunciaba su nombre como si lo gritase con un acento que sonaba bruto y podía ser alemán o polaco o sueco o finlandés.

—*Nel-sonnn!*

Y lo metió en un coche oscuro y enorme. *«Nel-sonnn»*, decía la mujer, rodeado de frases en inglés lamentable que le costaba entender. Él preguntó en inglés si la obra iba acaso a ser en inglés. «¡No, no!», gritó la mujer. «¡No, no, *Nel-sonnn!In Spanish, Nel-sonnn!*»

Le iba a gastar el nombre.

Vio unos bares en el pueblo, a lo lejos, que parecían prepararse para la temporada de verano. Deseó beber. Una pareja se gritaba en el puerto en español. Olía muy fuerte a mar. Se acordó de cuando Louis y él habían ido a la playa en el norte de España. El agua estaba congelada pero se sumergieron del todo y juntaron sus cuerpos muchísimo para sentir el calor del otro y de repente pareció templarse el mar entero. Llegaron a una casa enorme, gigantesca, rodeada por almendros, cipreses y olivos y allí lo condujeron a través de pasillos llenos de muebles antiguos y fotografías de una pareja

que parecía muy elegante a un salón donde había una chimenea apagada y varios sillones orientados en diferentes direcciones. En medio estaban dos personas en silla de ruedas con sendos rostros indescriptibles, que parecían los de dos monstruos a los que acababan de planchar. Al parecer, estaban muy enfadados. Nelson pronto supo por qué: esperaban a otra actriz que, a última hora, había cancelado el trabajo.

(Esto nunca lo escribió Gaspar.)

El señor Ottaviano colgó el teléfono y resopló. Su esposa, cuya silla de ruedas permanecía unos metros alejada, lo estaba mirando con desprecio, aunque llevaba mirándolo así unos treinta años. Solo dejaba de hacerlo cuando dormía. A Nelson, que los miraba sentado desde uno de los muchos sillones del salón, le parecía que se había quedado encerrado en un cuadro romántico que no entendía, o en una borrachera suya de muchos años atrás, o en el sueño de otra persona. Pero a la vez se sentía bien consigo mismo: su rostro quemado, comparado con aquellos dos, resultaba incluso hermoso, humano. Por primera vez veía a dos personas mucho más feas y deformes que él.

El señor Ottaviano era gordo, enorme, más que Nelson. Su cuerpo parecía salirse de la silla de ruedas, como si fuese una criatura hecha de piel quemada y blandiblú, nada de huesos. A Nelson le recordó a Marlon Brando en *La isla del doctor Moreau*. Aquella había sido la primera película que se atrevió a ver en el cine años después de la muerte de Louis. Había llorado en la sala oscura mientras el resto de los espectadores reían porque, al parecer, era muy mala. Siempre le daba la mano a Louis en el cine para asegurarse de que seguía allí, para que no se escapase a otro asiento a hacerle una felación a otro hombre. Siempre había deseado que los asientos del cine tuviesen cinturones de seguridad,

como los aviones. Siempre había deseado que cualquier lugar en el que se sentase Louis tuviese un cinturón de seguridad. ¿Pero de qué serviría sujetarlo a ningún sitio si al final fue él mismo quien le prendió fuego y lo mató? Intentó no pensar en Louis para no llorar delante de los Ottaviano. Ella tenía un rostro excesivamente femenino, las pestañas largas, los labios enormes, todo sobre una piel extraña, hinchada, cuarteada. Era como si llevase una máscara de sí misma que le quedaba grande. Un monstruo niña. Se diría que a él no le había preocupado volver a parecer humano. Los rasgos de su cara estaban ahí, cumpliendo su función para poder ver, comer y respirar, pero no para mirarse a ningún espejo. O al menos esas eran las conclusiones que sacó Nelson con la poca luz que había en aquel salón. Antes de llegar a la casa le habían dicho que no salían al exterior por el sol. Nelson se había preguntado para qué se habían ido a vivir a una isla griega entonces.

—Nelson —dijo el señor Ottaviano con una voz ronca que casi parecía un susurro—. Vas a estar solo, al final.

—¿No hay señora Ottaviano? —replicó él.

La señora Ottaviano fumó de nuevo.

—Eso me resulta familiar —susurró. Aunque tal vez no era un susurro, tal vez la voz era así. Todo se escuchaba perfectamente en aquel salón aunque hablasen tan bajito, Nelson pensó si lo habían diseñado para poder destrozarse la vida a susurros.

La señora Ottaviano miró a Nelson como si le leyese la mente, y le dijo, también en un susurro:

—No puedo hablar muy alto. El humo también hizo que nos quemásemos la garganta.

En realidad las palabras salían expulsadas de dos en dos, como si necesitasen una fuerza centrífuga limitada que solo podía encargarse de unas pocas sílabas cada vez. *El humo. También hizo. Que nos*

quemásemos. La garganta. Nelson la miró, le dedicó una sonrisa estúpida, complaciente, parecida a la de un perrito, y asintió con la cabeza. Tomó nota. Las frases tenían que salir muy lentamente. *Como si. Tuviesen puntos. Y seguidos. Entre ellas.*

—Tal vez es una señal —susurró la señora Ottaviano.

—Por favor. —El señor Ottaviano también susurraba, pero de una forma más profunda. Era, más bien, un ronquido. Nelson intentó imitarlo en bajo, colocando el origen de su voz en la garganta, un discurso que era casi un carraspeo, o un eructo—. Ya hemos llegado hasta aquí.

—Hasta aquí. —Otro susurro irónico de la señora Ottaviano. Entre la iluminación tenue, la niebla de la habitación y sus rostros monstruosos Nelson se preguntó si no habría muerto y sería esto el infierno y por eso apenas veía ya al fantasma de Louis, porque la ausencia de Louis era el infierno—. Dices *hasta aquí* como si esto fuese a ser el final —añadió la señora Ottaviano.

—Pensé que estabas de acuerdo —carraspeó el señor Ottaviano con tono cansino.

La señora Ottaviano miró a Nelson. Al acostumbrarse a la luz, Nelson pudo apreciar por primera vez sus ojos. Eran verdes. Debía de haber sido una mujer bella antes de ser un monstruo niña.

—Al señor Ottaviano —susurró— le ha entrado la prisa por encontrar un heredero. No se lo pude dar yo.

No. Se lo pude. Dar yo. Aquí la cadencia se hizo más lenta. Nelson tomó nota también. Miró de nuevo la fotografía que le habían pasado: un niño de apenas un año, durmiendo desnudo sobre una cama con colcha desgastada. Parecía un hotel. Tenía una mancha curiosa en el muslo, casi en el culo, en forma de corazón.

—Sí, es un corazón —dijo a lo lejos el señor Ottaviano cuando vio a Nelson observando de nuevo la foto.

—¿Saben? —explicó Nelson—. La gente piensa que la forma del símbolo del corazón obedece a unos pechos femeninos, a un culo o a una vagina. Pero en realidad tiene la forma de la hoja de una higuera.

—En esta casa —susurró la señora Ottaviano— sabemos más de higueras que de corazones.

—La señora Ottaviano tuvo uno hace años —carraspeó él.

—Entonces, ¿estaré solo?

—Sí.

—¿En esta casa?

—No. En la de al lado.

—¿Por qué no se lo dicen directamente?

El señor Ottaviano miró a su esposa esperando que su comentario hiriente hiciese que él no tuviese que responder, pero ella supo ser más hiriente todavía al limitarse a mirarlo y esperar una respuesta.

—Quiero estar seguro —carraspeó él—. Y además, no me atrevo a hacerlo yo.

—Porque es un cobarde —participó ella.

—Si no hay señora Ottaviano, ¿soy el señor Ottaviano?

—No. —El carraspeo del señor Ottaviano fue rápido, casi urgente.

Al otro lado, la señora Ottaviano pareció reír, o emitió un sonido gutural que se parecía a una risa.

—Te da miedo hacerlo tú, te da miedo no hacerlo tú. Te da miedo ser tú incluso cuando no eres tú, cuando hay otro que hace de ti. Y todo para enfrentarte a un niño. Menos mal que tiene un corazón en el muslo y no un rifle.

Un corazón. En el muslo. Y no. Un rifle. Estirada como un chicle, pronunciada de forma lenta y mortífera, la sorna dolía el triple. Las palabras crueles de la señora Ottaviano eran como una tira de cera

que se arranca despacio. Y sin embargo el señor Ottaviano la escuchaba, lentamente, como si hubiesen llegado a un pacto tácito en el que iban a dejar que uno terminase de humillar al otro antes de responderle. Un matrimonio bien avenido es un matrimonio que respeta los turnos para el desprecio.

—No sé si será creíble... —musitó Nelson. Se calló y se señaló a sí mismo.

—No serás la señora Ottaviano —dijo ella—. No soportaría que hubiese dos. Una ya me duele bastante.

—No le digas cuál eres —solucionó el señor Ottaviano.

Nelson asintió con la cabeza.

—Pero preguntará. Querrá saber dónde está la señora Ottaviano.

—No hay señora Ottaviano si tú no eres el señor Ottaviano. No le digas quién eres.

—Preguntará sobre nuestra vida. No puedo interpretar un personaje sin ninguna información.

—Prohibiremos que pregunte nada. Si no hay preguntas, no necesitas información. No hay tiempo.

—Ni hay ganas —añadió la señora Ottaviano.

Nelson dejó escapar una risa nerviosa.

—No decirle cuál de los dos soy es cruel.

—Pero es divertido —opinó el señor Ottaviano.

—Se puede ser ambas cosas a la vez. —Nelson pensó otra vez en Louis.

—Usted compruebe que tiene esa mancha. Confírmeme que es él. Y cuando lo haya confirmado, cuando esté seguro y solo cuando esté seguro, venga a decírnoslo y se acaba su papel, cobra y se va. Cuanto antes lo consiga, antes terminamos.

Nelson firmó el contrato. Eran dos monstruos, posiblemente tres, pero con orden al reglamento.

Nelson se puso nervioso durante los días anteriores a que llegase Gaspar. Hacía mucho que no actuaba. Y estar todo el día sobre la silla de ruedas, que parecía un plan tan cómodo, no era tan agradable al final. Le dolían los riñones al rato de sentarse, así que se saltaba las normas y se levantaba a menudo para estirar las piernas. Además no había alcohol en la casa y tenía prohibido consumirlo mientras durase el papel. Le presentaron a la mujer oriental que se encargaría de algunas cosas de la casa, pero apenas hablaba inglés. Los Ottaviano lo consideraron mejor así. No habría incidentes. La piscina la estaban todo el rato arreglando para que estuviese lista cuando llegase la temporada alta y una familia de millonarios de verdad alquilase la casa. Al parecer, era parte del acuerdo con los dueños. Nelson creyó volverse loco. Una tarde se fue al pueblo. Estuvo bebiendo por los pocos bares que había abiertos recién llegada la primavera. Eso le dio la fuerza suficiente para renunciar al trabajo. Se preguntó qué hacía allí, en aquella isla, cómo había pasado de querer suicidarse a estar participando en el juego de una pareja de locos a miles de kilómetros de su casa. Decidió que se lo diría al día siguiente a los Ottaviano. Y lo hubiese hecho si no fuese porque esa misma noche, al volver borracho, lo vio por primera vez.

Cuando se acercó en la silla de ruedas él ya dormía. Pensó en cuánto se parecía a Louis. Allí, en la cama, era Louis, Louis durmiendo, su mano bajo la almohada, siempre quejumbroso porque por las mañanas le dolía el hombro sobre el que había apoyado su cabeza, la boca abierta, porque no respiraba bien del todo por la noche, el pelo revuelto pero tan bello, las orejas de soplillo, las cejas pobladas. No era igual que él. Louis era rubio,

Gaspar era moreno, pero todo su espíritu estaba ahí. Hubiese saltado de la silla para abrazarle y preguntarle: «Louis, Louis, ¿dónde te habías metido? Ahora que vuelves a estar vivo, ¿me dirás cómo ha sido estar muerto?». Pero no lo hizo, permaneció en la silla, mirándolo durante minutos, tal vez una hora. Cuando el chico abrió los ojos, se incorporó en la cama y lo miró fijamente, se quedó de piedra. Solo acertó a decir su frase más ensayada.

—El humo también hizo que nos quemásemos la garganta.

Gaspar le recordaba a Louis, aunque Gaspar parecía más hombre, más enjuto, más alto, como si Louis hubiese nacido en una buena casa castellana en vez de en un barrio deprimido del sur de Francia. Vio a Gaspar iluminado por la luz del día la mañana en que este fue a buscarlo a su dormitorio, pero Nelson ya se había acomodado en la mesa bajo el cenador tras no haber dormido en toda la noche. Bajó las escaleras con su figura espigada y su pelo revuelto y Nelson encontró encantador cuando intentó salir con la bandeja del desayuno pero, como no tenía manos para abrir la puerta, tuvo que regresar al salón, dejar la bandeja en aquella horrible e impersonal mesa de mármol propia de una casa de alquiler para millonarios sin alma, regresar para abrir la puerta y coger de nuevo la bandeja. Se fijó en su trasero. Parecía casi tan bonito como el de Louis. Y al pensar en el trasero de Louis volvió a pensar en Louis. Y tal vez por eso, Louis volvió a aparecer, invocado por los celos.

Fue justo el primer día, cuando siguiendo las órdenes de los Ottaviano intentaba comprobar si Gaspar tenía la mancha en su muslo. Ocurrió cuando estaban en la plataforma de madera de la playa y le invitó a meterse en el agua, pero no logró que se desnudase del todo. Una pena. Louis apareció allí mismo, en la

plataforma de madera en la playa, y miraba a Gaspar con cierto desprecio.

—¿En serio te recuerda a mí?

Louis parecía indignado no solo por la comparación, sino porque Nelson estuviese admirando el cuerpo de otro jovencito. Fue su primera bronca con un fantasma y también su primera bronca con Louis, y Nelson lo encontró tan emocionante que se conmovió hasta las lágrimas. Había descubierto una manera de hacer que volviese: no era el duelo lo que lo había invocado, sino su posible sustitución.

—¿Te gusta? —Y lo volvía a mirar con el ceño fruncido, como si un alma en pena pudiese sentir celos además de pena. Y a continuación, como leía su pensamiento, como vivía en su cabeza, añadía—: Los celos son una variante de la pena, en realidad.

—Entonces eres un alma en celo.

—Soy un fantasma de tu propiedad, puedes llamarme como quieras.

Ya ni siquiera tenía acento francés. Años de muerte habían pulido su forma de hablar afrancesada y ahora sonaba como la de Nelson. Incluso su voz era igual que la de Nelson. De pronto, seseaba.

—Si estás dentro de mi cabeza no hace falta que me preguntes si me gusta —argumentó Nelson—. Ya sabrás esas cosas.

—Siempre me acusaste de no darte conversación.

—Nunca te acusé de nada.

—Tú sabrás entonces por qué te culpas de eso.

—¿Por qué me das conversación ahora?

—Porque ahora solo me ves tú.

—¿Qué has hecho todo este tiempo?

—Obviamente nada.

—Pareces más listo.

—Al final hasta te ha venido bien que me muera.

—No digas eso.

—Yo no he dicho nada. Todo este diálogo, incluidas estas palabras que suenan con mi voz, lo estás pronunciando tú.

Se había propuesto hablar siempre en primera persona del plural, para no liarse con las palabras y que se le escapase algo innecesario. *Nosotros pensamos esto, nosotros creemos aquello. Báñate para que podamos verlo. Báñate y nos bañaremos contigo de forma parasitaria.* Pero a veces volvía sin querer al singular. *Háblame, Gaspar*. Decidió dejarlo así, ir y venir en su forma de hablar. Confió en que a Gaspar le encajaría como forma de hablar de una persona loca. También creyó inventarse algunos asuntos sobre los cuidados de un quemado. ¿Podían los Ottaviano, con sus heridas y cicatrices, bañarse en el mar? No lo sabía, pero él decidió que no. Él, desde luego, podía. Pero no había llegado a leer el informe que le dejaron al respecto sobre los cuidados que los Ottaviano debían recibir. Empezó, pero le aburrió. Observó que Gaspar sí lo tenía en su mesilla y tal vez lo había leído. Era mucho mejor persona que él. Cualquier persona era mejor que él. Excepto los Ottaviano, visto lo visto. Lo cual le pareció un consuelo.

Una noche en la que Gaspar llegó borracho y se durmió profundamente, Nelson fabuló con la idea de subir a su cuarto y masturbarse mientras lo veía dormir, como a veces había hecho con Louis. Pero no lo hizo. En su lugar salió a pasear con la silla de ruedas por el jardín y el fantasma de Louis se presentó de nuevo y se metió a husmear en la casa. Temeroso de que rompiese algo, o incluso de que hiciese daño a Gaspar, Nelson se levantó de la silla de ruedas y se acercó al ventanal del salón para echarlo de allí, para gritarle que se fuese.

—¡Vete! —Y unas hojas secas crujieron bajo sus pies.

Nelson creyó ver el corazón en el muslo de Gaspar al tercer día, cuando logró que se bañase desnudo. Tenía un culo precioso, casi tanto como el de Louis. O tal vez había idealizado el de Louis. Hacía años que no lo veía, su fantasma siempre se presentaba vestido. Era más puritano de muerto que de vivo. En cualquier caso, no quiso dar una información determinante a los Ottaviano sobre la mancha tan pronto. Solo quería estar más tiempo con Gaspar. Le habían dado muchas normas a seguir y algunas las respetaba (abandonar lo mínimo posible la silla) y otras no (no beber alcohol), pero algo que no le habían prohibido era enamorarse de Gaspar.

Cuando fue a casa de los Ottaviano para informarles de sus avances, les dijo:

—Puede ser que tenga la mancha o puede ser que no. No puedo verlo con seguridad desde la plataforma de la playa. Él se mete en el agua y no lo veo. No está bien pensado. Me ha dicho que es una quemadura. Puede no ser él.

Aunque en realidad hubiese querido decirles: «Me he enamorado de su hijo. Necesito estar algo más de tiempo con él».

—Ofrécele dinero por desnudarse ante ti —sugirió el señor Ottaviano.

Y aclaraba:

—No saldrá de tu tarifa.

Padre regular, jefe magnánimo.

—No puedo hacer eso —argumentaba Nelson—. No quiero ser ese tipo de persona.

—Piernavieja lo hizo.

—Y a él no le funcionó. Por eso me han llamado. Puedo ganarme su confianza.

Nelson empezaba a odiar al señor Ottaviano. Y empezaba a amar a Gaspar. Le traía alcohol del supermercado y hablaban mientras cenaban, se inventaban sus propias vidas: Nelson por contrato, Gaspar por rebeldía. Nelson se relajó. Aparentemente, empezó a salirse del papel. Un día Gaspar le dijo:

—Habla usted más rápido ahora. Más que cuando llegué.

Y Nelson se puso alerta. Pero a la vez le parecía que el juego estaba equilibrado. Gaspar también mentía. Se inventaba las cosas. Y cuanto más se inventaba Gaspar su vida, más le gustaba a Nelson. Él era actor, al fin y al cabo, él sabía mejor que nadie que el amor también es algo que nos inventamos.

Gaspar empezó a desaparecer como Louis. Volvía tarde por la noche, o temprano ya por la mañana, a menudo borracho, magullado. Una mañana, desde una de las ventanas del dormitorio, Nelson seguía con la mirada el camino de Gaspar desde el portalón de la playa hasta la puerta trasera de la cocina, ensimismado y todavía drogado, y Louis empezó a reír satisfecho, armado de repente con toda la razón de la que se podía apoderar un muerto.

—¡Es exactamente tu tipo!

Una de esas mañanas Nelson fue a la habitación de Gaspar para hacerse con una de las botellas de vino de su nevera para desayunar. En la cocina echó el vino en la jarra de cristal de siempre, junto a algunos hielos, salió al jardín y se acercó a la mesa bajo el cenador, frente a la que los operarios de la piscina seguían haciendo sabía Dios qué pese a que los Ottaviano le habían dicho que esos arreglos en la piscina que le estaba prohibida durarían dos o tres

días. Louis apareció cuando casi se había terminado la jarra entera y lo miró de forma incriminatoria, primero a él, después a la jarra vacía, después otra vez a él.

—No deberías estar bebiendo aquí.

Y Nelson supo que estaba enloqueciendo de verdad. No porque viese a un fantasma, eso siempre le había parecido parte de su realidad más absoluta y juiciosa, sino porque Louis nunca le había reñido por beber, ni vivo ni muerto. De hecho, juraría, su problema con el alcohol era algo que había llegado a considerar divertido, la parte de su personalidad que le hacía chispeante. Llegó a la conclusión de que tal vez se estaba hablando a sí mismo, y fue aún peor cuando Louis cogió la jarra y la tiró. ¿O lo hizo él mismo? Justo cuando iba a gritar a Louis, apareció Gaspar por el camino de madera, empapado, en calzoncillos, y se sentó frente a él.

—¿Has visto caer la jarra?

Gaspar guardó silencio.

—Yo no la he tirado. Algo la ha tirado, yo no.

Gaspar vomitó y tuvieron una conversación en la que interrogó a Gaspar con cierta autoridad, como si Louis lo estuviese ahora poseyendo. Le preguntó qué hacía por las noches, por qué llegaba vomitando, quién era esa pareja con la que le había dicho que había hecho amistad, cuestionó si era acaso una buena influencia. Gaspar desapareció bajo la mesa y desde allí le dijo que estaba enamorado. Y Nelson pensó que esa verdad era un buen momento para que también se revelase la suya. Estaba a punto de contárselo todo cuando notó el pinchazo, agudo y profundo, en su pierna. Y ahí es cuando sacudió todo el cuerpo y emitió un grito. Antes de que pudiese decir nada, Gaspar se fue.

Ese día se escapó al pueblo, sin silla, sin su uniforme de paciente de unidad de grandes quemados. Por fin vestido de civil, se emborrachó. Primero con cervezas en la playa, después con vino en un bar. Decidió gastarse parte del sueldo que le habían adelantado por el papel de señor y señora Ottaviano con un champán caro en una terraza de la que le acabaron echando cuando vomitó sobre una planta. Bebió más en la playa, bebió más en un bar al lado de una iglesia, bebió apoyado en un muro, vomitó cerca de un río seco y al final de todo eso se metió en el único bar abierto que encontró cerca, uno lleno de espejos y donde atendía una camarera que parecía Cleopatra. Notó enseguida su acento y le preguntó si hablaba español. Ella, distante, solo le preguntó qué quería beber y él le respondió que quería beberlo todo. A ella pareció hacerle gracia, le sirvió un whisky rebajado con agua y le preguntó con quién había ido a la isla. Parecía que ninguno de los dos tenía un buen día. Cuando él le dijo que estaba solo en el mundo, ella le respondió que, desde hacía unas horas, ella también.

El mismo día en que Gaspar escapó de la playa mientras Eva daba una paliza a Iván, el mismo en que pinchó a la criatura y comprobó que podía moverse y gritar con voz de hombre, el mismo en que vagó por el pueblo buscando a Iván y también el mismo en que al volver a casa encontró fotos de un joven y de un hombre adulto e identificó al hombre adulto como la criatura, ese mismo día en que ocurrió absolutamente todo, ya al atardecer, cuando se ponía el sol, decidió tumbarse un rato en la hierba del jardín, convencido de que tantas revelaciones se merecían un descanso y tal vez encontraría una respuesta entre las hojas de los olivos, los cipreses, los limoneros o los almendros. Se había comido la dorada a la plancha que la criatura había dejado intacta tras calentarla en un microondas y, por primera vez, había descubierto que le gustaba el silencio de aquella casa. Disfrutaba del silencio y también de una sensación de incertidumbre que le daba una extraña satisfacción, y también pensaba en la noche anterior, intentando recordar a Iván y la playa, preguntándose cuántas de las cosas que creía que habían ocurrido habían ocurrido de verdad. Entonces volvió a oír el ruido crujiente y quebradizo de unas hojas. Miró a su alrededor y recordó las palabras de la criatura sobre la jarra de agua que se había caído. «Algo la ha tirado», le había dicho. También recordó la frase: «A partir de cierta edad a todos nos asignan nuestro propio fantasma».

Después escuchó la voz, apenas un susurro:

—Gaspar.

Y a los pocos segundos, otra vez:

—Gaspar.

Venía de entre los árboles, más allá de los cipreses que amortiguaban el paisaje gris del muro que separaba la casa de la playa. Gaspar se acercó lentamente y vio la silueta tras la reja de la puerta, recortada sobre el azul oscuro del mar, tan reconocible que ya no era un cuerpo, ni un rostro, era más bien una efigie. Al ver a Iván al otro lado constató que ya no lo consideraba un hombre, o al menos no un hombre normal. Estaba iluminado de un modo diferente, tenía una paleta de colores más vivos que el resto del paisaje, se había enamorado de él de forma estúpida e infantil. Porque incluso con ojeras, magullado, con pelos de loco y la respiración entrecortada, le pareció la criatura más hermosa del mundo y se preguntó si tal vez ese era al fin su fantasma, si enamorarse no era lo mismo que agenciarse un fantasma sin que mediase la muerte, hallar a alguien cuyo retrato se le aparecería a uno durante el resto de su vida cada vez que cerrase los ojos.

Le preguntó dónde había estado todo el día e Iván le dijo que deambulando, que no se atrevía a ir a casa. Que había dormido a ratos en la playa y a ratos en la furgoneta y que empezaba a desfallecer cuando decidió acercarse a casa de los Ottaviano para pedir asilo, algodón y desinfectante. Gaspar llevó a Iván al mismo cuarto de baño donde la mujer oriental había curado sus propias heridas unos días atrás y, mirándose al espejo, al ver el reflejo de los dos con sus propios moretones, dejó escapar una risa.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó Iván.

—Parece que nos hemos matado entre nosotros.

Siguió mirando su reflejo en el espejo.

—De repente me veo distinto.

—Eso es porque ahora eres un hombre, Gaspar.

Gaspar se preguntó por qué se sentía igual que las dos noches en las que había consumido éxtasis y se dio cuenta de que eso también podía ser el amor, que lo volvía demasiado hablador. Y un poco estúpido también. Elevándose unos centímetros por encima del suelo, tal vez él mismo era ya también un fantasma. Tal vez allí, iluminados por la luz blanquecina del tubo fluorescente en la pared, Iván y Gaspar eran dos fantasmas juntos.

—¿Dónde está la criatura?

Gaspar se encogió de hombros.

—No lo sé.

Como Iván había dormido a ratos durante casi todo el día no tenía sueño, así que propuso ir a Kefi. Condujo tranquilo, sin atropellar contenedores, sin espachurrar cajas de cartón, sin asustar a ningún gato salvaje. Gaspar lo consideró una señal de que algo había cambiado y quiso convencerse de que había sido a mejor. No preguntó por Eva. Ninguno la mencionó. Abrió la ventanilla. Amaba la sensación del viento del atardecer, con el cielo ya anaranjado más allá de las montañas sin árboles, golpeando su cara. Casi nunca había montado en coche. Su madre casi nunca lo llevaba a ningún lado. Se preguntó si a su madre también le gustaba que el viento entrase por la ventanilla del coche, si estaba disfrutando de eso mismo cuando se estrelló. Le hubiese gustado quedarse dando vueltas a la isla en aquella furgoneta con Iván al volante hasta el fin de sus días, dar vueltas eternamente hasta que ambos desapareciesen. Cuando estaba subido a aquella furgoneta sentía, por primera vez, que iba hacia algún lugar, aunque deseaba no llegar nunca.

Pero llegaron a Kefi. Se metieron entre la multitud que ya bebía deprisa para estar borrachos cuando fuese noche cerrada. Enfrentarse sobrios a la oscuridad no era una posibilidad en aquella

isla. Gaspar solo había visto borracha a su madre y tuvo que ver a más, a muchos juntos, tuvo que ser él uno de ellos para entender la comunión que se establecía desperdiciando el tiempo, para entender que tal vez lo que construía la idea de juventud era la suma de desperdicios satisfactorios y ordenados. Se sentía joven con Iván a su lado, pero no porque Iván fuese mayor que él. Al contrario: sentía que Iván era el dueño de la juventud en sí misma, que había conseguido destilar su esencia y la había perfeccionado, se había convertido en su dueño. Y también sentía que tal vez la podía vampirizar, imitar, incluso robársela, llegado el momento. Nunca lo había visto tan joven como aquella noche, magullado y triste. Parecía un niño, o al menos tan niño como él. Dos niños lisiados a los que habían dejado solos. No eran dos fantasmas, no, eran dos fantasmitas.

Estaban sentados sobre unas rocas, lo suficientemente cerca de la música medio tribalista que tocaban unos hippies sobre una de las furgonetas como para poder escucharla y mover los pies a su ritmo, pero lo suficientemente lejos para poder hablar sin tener que subir mucho el tono de voz y convertir la conversación en una especie de ópera.

—¡Mírame! —exclamó Iván en un momento dado, pero no hacía falta que lo pidiese porque Gaspar no había dejado nunca de mirarle —. En una isla griega con mi propia furgoneta en la que dormir. Los sueños se cumplen.

Gaspar no supo qué contestarle. Estaba demasiado ocupado pensando en que por fin había encontrado unos brazos sobre los que caer.

Acabó la música de los hippies tribalistas. Empezó un grupo de rock que cantaba en algún idioma balcánico. La gente protestó, alguna se quedó, otra fue a sus caravanas a mear, a drogarse o a

por más cerveza. Se levantó algo de viento. Iván sacó de su bolsillo otra bolsa, la abrió, mojó con el dedo, se lo llevó a la boca y ofreció a Gaspar. La música volvió a cambiar. Varias veces. Iván dijo algo sobre Eva, pero Gaspar no prestó mucha atención. Escucharon música, miraron el mar. Gaspar no sabía cuánto tiempo había pasado desde que habían chupado las piedrecitas blancas de la bolsa por primera vez, pero le pareció buena idea hacerlo una segunda. Había oscurecido casi del todo y ante ellos se representó una escena llamativa: de entre dos rocas apareció un cerdo que los miraba con curiosidad, con dos ojos negros vacíos y amables, mientras movía el hocico con precaución, como si pudiese oler algo que no entendiese, y sacaba la lengua en un gesto cómico o lascivo o simplemente estúpido. Durante un momento el cerdo tumbó su cuerpo rosa y rechoncho en el suelo y miró a ambos con algo parecido a la complicidad. Los tres guardaron silencio. Alguien gritó algo en un idioma desconocido. Griego, alemán, puede que francés. Un hombre con rastas, Gaspar juraría que el mismo que tocaba algo tribalista sobre la furgoneta un rato antes (¿o había sucedido horas antes?), les dijo algo en tono amable, se dirigió al cerdo y se lo llevó. El animal siguió mirando a Gaspar hasta que desapareció más arriba, tras una de las furgonetas.

—He leído que en el futuro —susurró Gaspar— te podrán trasplantar el corazón de un cerdo.

Envalentonado, tal vez por el éxtasis, o por aquel olor a final que había en el aire, o porque no tenía demasiado que perder, o por la mirada astuta del cerdo, se acercó a la cara de Iván para besarle, pero este lo apartó con delicadeza y le dijo que allí no. El cerdo gruñó a lo lejos.

Estaban desnudos los dos, Gaspar e Iván, o intentando dormir o haciendo como que intentaban dormir, esperando al menos a que amaneciese para que la luz del día les diese nuevas ideas. Iván se incorporó y le dijo, rompiendo el silencio:

—Tienes un corazón en el culo.

Gaspar asintió con la cabeza.

—Tengo dos. Es por si un día se me para el del pecho.

Gaspar se giró después y tocó el brazo de Iván. Le preguntó:

—¿Cuándo te la tatuaste?

—No es Eva —respondió Iván—. Es mi madre. Tenía el mismo peinado. Le dije a Eva que era ella y empezó a llorar, ¡a llorar de emoción! Así que me dio reparo decirle la verdad. Pensé que tal vez era una señal, mi madre indicándome algo, diciéndome que Eva era buena para mí.

Horas antes, antes de desnudarse los dos y tirarse exhaustos en la cama de Gaspar en la casa de la criatura, habían estado acabándose el éxtasis que había quedado de la noche anterior, o del día anterior, o que tal vez se había mezclado con el que habían comprado el mismo día en que Eva le había dado una paliza. Iván también había ofrecido a Gaspar speed. El speed los mantenía despiertos y enérgicos y el éxtasis los sumía en una cálida neblina de alegría y excitación. Iván le había contado que había besado a muchas mujeres, a algún hombre y a una persona que había conocido en una *rave* en Berlín que nunca había sabido si era hombre o mujer pero le había besado con pasión, le había hecho una mamada larga y cariñosa en un coche estacionado en un aparcamiento y después se había ido y le había robado las drogas y la cartera. Era una criatura, le había corregido Gaspar. Si no era ni un hombre ni una mujer, era una criatura.

Ninguno de los dos sabía exactamente qué día era ni cuánto tiempo llevaban allí. Se había vuelto a hacer de día, se había vuelto a hacer de noche y no habían dormido. Solo se habían drogado y habían hablado. Gaspar le contó que solo había besado al hombre rubio de Kefi y que creía que a él.

—Creo que eso pasó —susurró Gaspar.

—Creo que no —respondió Iván.

Luego, parlanchín por el speed, por el éxtasis y por el amor, Gaspar le contó lo del hombre que se había levantado una vez de la cama de al lado en el hotel y, mientras su madre se duchaba, se había acercado a él, que estaba medio dormido, y le había dado un largo beso en la boca, rozándole con su lengua enorme su lengua y sus dientes pequeños. Iván lo miró primero triste y luego furioso, con la mandíbula contraída, y luego triste otra vez, y le dijo que no era justo. Que debería saber cómo era un beso con ternura, que no podía haber conocido solo besos violentos e invasores, y le dio uno, que empezó como algo didáctico, también un poco solidario, pero enseguida pasó a un beso normal y luego apasionado. Gaspar no le dijo que él ya conocía cómo eran esos besos, no le reiteró que ya había conocido ese sabor de sus babas en la playa algunas noches antes. Ahí lo confirmó, porque ese sabor no se le había olvidado. Pero le pareció mejor que Iván creyese que no había ocurrido, consideró indeciblemente hermoso besar a Iván por primera vez dos veces, y más hermoso aún que las dos veces pareciesen la primera.

Después se habían besado más, no solo en la boca, también por toda la cara, como si fuesen dos náufragos lamiendo los últimos restos de comida de la cara del otro, y aunque Gaspar tenía siempre los ojos cerrados los abría a veces para observar a Iván, que tan pegado a él, besándolo con tanta fuerza, parecía querer absorberlo entero. Las manos gigantescas y agrietadas de Iván, aquella piel

cuarteada que había creado una nueva forma de suavidad, lo acariciaban, lo apretaban y lo pellizcaban, en la espalda, en los muslos, en la cara, en el culo, en la polla, pero Gaspar se resistía y solo quería besarlo en la boca. A veces dejaba de besarle la boca para besarle las pestañas, la nariz o las orejas y entonces le agarraba la cabeza notando la forma de su cráneo, sintiéndose poderoso por tener todos los pensamientos de otro hombre entre sus dedos; la sujetaba frente a sus ojos como quien sujeta un galardón o una sandía y acariciaba su pelo mojado por el sudor, y le besaba también el pelo con cierta desesperación, por si fuese a encontrar algo debajo, tal vez otra nariz, otra oreja u otra boca, y como insistía, apasionado, como seguía besando, encontraba la nariz, la oreja o la boca, pero no eran otras nuevas, era simplemente que había recorrido toda la cabeza de Iván lamiendo su cabello como si fuese un gato hasta dar la vuelta y volver al punto de partida, a buscar de nuevo el sabor irresistible de su saliva. Iván había sido el primero en abandonar la boca para besar los pezones de Gaspar, lo que hizo que Gaspar ahogase un gemido avergonzado, porque nunca había gemido delante de nadie excepto cuando el hombre de la playa intentaba penetrarlo, pero aquel no le había dado vergüenza, en primer lugar porque era de dolor, y porque aquel hombre probablemente ni lo había querido escuchar. Iván podía oír todos los sonidos que salían de Gaspar en aquella casa donde reinaba el silencio, hasta el sonido nervioso y titilante de sus tripas. No había música, no había sonidos de fondo, y como las tripas de Gaspar rugían de nervios y decidió que eso le avergonzaba más que sus gemidos, en un momento decidió gemir más alto, lo cual también animó a Iván, y entre los dos crearon una melodía entrelazada de suspiros. Gaspar dejó de sentir vergüenza, ni siquiera la sintió cuando Iván agarró su polla y la lamió de forma suave,

delicada, amorosa, como si siguiese un rito de iniciación en el que la mamada era un acto de amor por entregas, y Gaspar solo acertó a alcanzar una camiseta tirada en el suelo para taparse la cara y la camiseta olía al sudor de Iván, así que empezó a morder el tejido como si quisiese comérselo, del mismo modo en que antes había pensado en comerse de verdad sus labios, su nariz, sus cejas o su pelo. Pero de repente Iván le quitó la camiseta de la cabeza y le besó de nuevo y esta vez Gaspar fue el que lo rechazó para reptar por la cama y meterse la polla de Iván en la boca. Hubiese querido ser tan dulce como Iván, besarla como quien besa un objeto sagrado, pero él tenía necesidades más urgentes y juveniles y enseguida empezó a chuparla con desesperación, como si en esa polla estuviese la solución a una vida entera llena de soledad. Después de muchos minutos más lamiéndose, comiéndose y repasando entero el cuerpo del otro, y sin que ninguno de los dos se corriese, simplemente se dejaron caer, exhaustos, y pensaron que podían dormir.

Fue ahí cuando Iván vio que en el culo de Gaspar, iluminado por la luna bajo la ventana, había una especie de corazón. Y fue después cuando Gaspar le preguntó por el tatuaje de Eva en su bíceps.

Gaspar volvió a besar el brazo de Iván. Luego Iván empezó a besar el culo de Gaspar. Luego Gaspar quiso hacer lo mismo con Iván. Le besó el culo, primero solo los cachetes, después lo abrió, cada vez más, hundiendo la cabeza y lamiendo su ano y explorando con la nariz como si allí también hubiese esperanza, salidas, respuestas, y por eso no oyó que Iván le estaba diciendo algo hasta que Iván, con un movimiento un tanto extraño, tanteó su propia espalda para llegar a la cabeza de Gaspar, hundida entre sus nalgas, y le dio un toque. Gaspar levantó la cabeza y lo observó desde las dos montañas de vello suave que formaban el culo enorme de Iván.

Iván no le estaba diciendo nada, en realidad, solo le estaba ofreciendo algo mientras abría más las piernas, y Gaspar tuvo que ponerlo bajo la luz de la luna, sobre el culo precioso, redondo y blanco de Iván, para ver que era un condón. Miró a Iván, pero este ya había hundido de nuevo la cabeza en la almohada y había levantado las caderas a modo de ofrenda.

Gaspar abrió un ojo cuando parecía que era de nuevo de día, pero le resultaba imposible calcular la hora. Iván, a su lado, dormía profundamente. Tardó en ver la figura a los pies de la cama. La criatura observaba a los dos chicos desnudos con curiosidad y, al cabo de unos segundos que se hicieron eternos, abandonó el dormitorio de una forma nueva y Gaspar se dio cuenta enseguida de por qué le había resultado extraña: lo había hecho andando.

Se vistió y salió en silencio de su dormitorio. Bajó las escaleras que conducían a la cocina, corrió al cuarto de baño de servicio y vomitó. Después se lavó la cara, escudriñó su rostro y se preguntó cuánto pesaba y cuánto hacía que no comía. Salió al jardín. Bajo el cenador, sentada frente a la criatura, también estaba Eva, con su peinado de Cleopatra especialmente compuesto aquel día, como si quisiese ser más Eva que nunca, como si su presencia en el mundo aquella mañana, o aquella tarde, fuese necesaria. Tenía las manos en las rodillas y una actitud alerta, tal vez sospechando que su estancia allí tendría que ser, aparte de necesaria, corta. Gaspar se acercó a ellos en silencio y, como si ejecutase una coreografía bélica, se sentó tras observarlos durante unos instantes y los siguió observando unos instantes más antes de hablar. Eva miraba de forma alterna a Gaspar y la criatura. La criatura se había hecho con

un cruasán que trinchaba con desesperación y se llevaba a la boca, dejando migas por toda la mesa y por su traje de lino.

—¿Qué hora es?

—Son las cinco de la tarde —respondió la criatura.

—¿Quién eres? —preguntó Gaspar.

—¿Dónde está Iván? —interrumpió Eva.

—Conocí a esta señorita en un bar —dijo la criatura con su voz cavernosa pero firme, diferente, ya sin pausas, mientras señalaba a Eva—. Dio la casualidad de que te conocía a ti también. Esta isla es tan pequeña. Iba a irme, pero ella me convenció para que volviese aquí. Acabamos contándonos nuestra vida entera. También la tuya, si no te molesta. En esta isla ya no quedan secretos.

Gaspar la miró.

—¿Quién es? —preguntó señalando a la criatura.

—Se llama Nelson —respondió Eva—. ¿Está arriba Iván?

Sin esperar respuesta, se levantó de la silla y cruzó las puertas de cristal del salón. Olía a perfume, estaba perfectamente maquillada. Su peinado de Cleopatra apenas se movió.

—¡Está arriba, sí! —gritó Nelson, que de repente sí podía gritar—. Si Iván es el hombre que dormía desnudo con Gaspar, está arriba. Hay muchas habitaciones, pero acabarás encontrando la suya. Todo se acaba encontrando en esta casa. Todos los caminos llevan al dormitorio de Gaspar.

Eva desapareció por las escaleras en curva del salón.

—Ya me contó que le dio una paliza —prosiguió Nelson—. Es una persona fascinante. Me encanta vuestra relación con la violencia. Estás obsesionado con las palabras y con la violencia. Eres un escritor de verdad, Gaspar. ¿Sabes que a mí me han dado muchísimas palizas también? Deberías escribir sobre mí. Deberías escribir mi historia.

—¿Quién eres? —repitió Gaspar.

—Me llamo Nelson Salaverry.

—¿Dónde están los Ottaviano?

Nelson hizo una señal hacia el muro de hormigón.

—Los Ottaviano viven en la casa de al lado. Y quieren hablar contigo. Todo lo que quieres preguntarme a mí tienes que preguntárselo a ellos. Aunque no te lo creas, aunque ellos tampoco se lo hayan creído, había algo que no pude confirmar hasta esta misma mañana, cuando te vi de cerca, durmiendo desnudo con... con el novio de esta mujer tan fascinante.

Gaspar iba a hablar, pero la respuesta llegó a su cabeza al mismo tiempo que la pregunta.

—Está todo listo. Puedes ir a hablar con ellos.

Gaspar se levantó y dio un par de pasos. Después se dio la vuelta y preguntó a Nelson:

—¿Hay dos?

Nelson asintió. Gaspar continuó su camino.

—¡Oye! —le gritó.

Gaspar miró a Nelson. Este le hizo una señal para que se acercase, señaló la silla vacía de Eva y le susurró:

—Ahora querrán ser tus amigos.

Y a continuación llevó su mano pequeña, regordeta y rosa a la cara, la estiró, sus dedos formando una araña, cubrió su rostro con ella y después se la alejó, como si se estuviese quitando una máscara. Otra vez.

Gaspar se alejó hacia los árboles que escondían la puerta hacia la playa. A lo lejos, mezclados con sus pasos sobre el camino de madera, se escuchaban los gritos de Eva desde la ventana de su dormitorio, una pelea primorosamente coreografiada, perfecta en su ejecución. De repente, ya no había silencio en la casa. Gaspar pensó

que había regresado cierto orden de las cosas. Salió del portón de hierro, caminó pegado al muro de la playa hasta llegar a la casa contigua, se acercó a la puerta metálica que ya había inspeccionado unos días antes y cuando dio unos cuantos golpes, esta vez alguien abrió desde dentro.

El jardín de los Ottaviano era más grande que el de la casa de la criatura. Había fuentes, setos, rosales, senderos y una serie de arbustos que parecían nacer hermosos pero con rabia, preguntándose qué hacían en una isla tan seca y qué vida mustia les esperaba allí. En los parterres sí que crecían las flores, algunas exóticas como tulipanes, y los caminos eran de piedra en vez de madera y en algunas partes estaban acompañados de bancos de hierro forjado. Al fondo había un invernadero de cristal y un riachuelo artificial. La puerta de la casa la abrió la mujer de modales brutos y aspecto masculino que lo había guiado el primer día, semanas atrás, desde el puerto hasta la casa de la criatura. Lo guio de nuevo en silencio a través de un par de salones que se intuían decorados de forma barroca en la penumbra. La luz entraba, a trocitos, por ventanales cubiertos por gruesas cortinas de terciopelo o por persianas venecianas siempre abiertas lo justo para que la luz se reflejase en el techo y devolviese apenas un suspiro de luminosidad al suelo. Había cuadros por todas partes, piezas de arte, antigüedades que según cómo Gaspar las mirase parecían dignas de atención y embelesamiento o unas cosas viejas y chuscas de hierro más propias de un mercadillo. También había libros viejos y libros nuevos, apilados en rincones o dispuestos en estanterías eternas, ceniceros de pie que nadie había utilizado, muebles de madera tallada, viejos o que parecían viejos o que solo le resultaban viejos a

Gaspar, un piano, chimeneas, ninguna de ellas encendida ni tan siquiera con leña, carritos con licores y decenas de candelabros en los que no había ni una sola vela. Gaspar se detuvo cuando encontró una consola llena de fotografías donde un matrimonio saludaba a gente blanca, negra, china, dirigentes encorbatados, curas con el gesto torcido, puede que algún papa. Parecían guapos. ¿Qué edad tenían? ¿Qué edad aparentas cuando ardes? ¿Te quedas joven o te quedas viejo para siempre? Avanzaron por un pasillo que estaba también en penumbra, aunque la vista de Gaspar se había acostumbrado ya y todo le parecía claro, o al menos un tipo de penumbra más amable. Al final del pasillo había un salón grande, con otra chimenea también apagada, y diferentes sillones orientados en muchas direcciones, como si estuviesen esperando a que una conversación, un debate o un pacto entre caballeros se produjese sobre ellos. La mujer buscó con la mirada, achinando los ojos de su rostro rotundo y blanquecino, y cuando encontró lo que buscaba dijo algo en un idioma que podía ser alemán o polaco o sueco o finlandés. Una de sus manos se posó amable sobre el hombro de Gaspar y la otra señaló el único sillón habitado de la estancia. Y le susurró:

—*Good luck.*

Gaspar caminó sorteando los sillones y se acercó al único de ellos que acogía a alguien. Allí había un hombre. Su rostro parecía hecho de retales, con diferentes injertos que no eran del mismo color que el injerto de al lado. El pelo, probablemente también injertado, o quién sabe si una peluca, en cualquier caso de un color demasiado oscuro, le salía de la frente de forma un tanto cómica pero convincente, como los muñecos a los que había que regar para que les creciese pelo que Gaspar había tenido en su infancia en el alféizar de su habitación en el hotel. Después observó los pliegues

de terciopelo de los sillones vacíos. Con una voz cavernosa que se parecía a la de Nelson cuando hacía de él, el señor Ottaviano dijo:

—La tela se llama *Jacquard.* —Lo pronunció en perfecto francés, el resto en convincente español—. Resistente a la abrasión.

Con un gesto de la cabeza lo invitó a sentarse en uno de ellos. Gaspar lo hizo en el que estaba más cerca. El señor Ottaviano hablaba bajo, pero se le escuchaba perfectamente. Aquel salón lleno de tejidos parecía diseñado para escuchar con precisión a alguien que no podía levantar la voz. Era su propia ópera con su propia acústica. El señor Ottaviano asintió con la cabeza y dirigió la mano a una mesita que tenía a su lado y le dio una fotografía. Mamá posaba desnuda, en una de las camas del hotel, con Gaspar, también desnudo, tumbado en la cama, la mancha en forma de corazón visible en el muslo, debajo del culo.

Miró al señor Ottaviano. Este levantó sus dos manos, como quien se dispone a defenderse.

—¿Me ha robado la foto?

—No. Esta es mía.

El señor Ottaviano miró hacia la puerta e hizo una señal a la mujer alta y hombruna, que observaba con atención. Esta abandonó el salón y cerró la puerta.

—Deja que te lo explique con detalle y deja que lo haga solo una vez —susurró el señor Ottaviano—. Mi voz no es un torrente infinito. El humo también hizo que nos quemásemos la garganta.

(Este es el monólogo del señor Ottaviano tal cual lo recordaría y escribiría Gaspar años más tarde. Anotó: Si lo representa un actor, debe tener voz cavernosa, cadencia lenta y hacer pausas incómodas. Llamen a los teatros argentinos. Pidan grabaciones de un actor ya fallecido que se llamaba Nelson Salaverry.)

Por supuesto que nunca te dijo nada, sabía que nunca te contaría nada. De todas las chicas que venían, era mi favorita. Tenía una timidez que se iba derribando con capas y a veces aparecían capas nuevas y eso lo hacía más adictivo todavía, como si me estuviese enamorando por capítulos. Tal vez es porque ya no amaba a mi mujer como antes y me creía que amaba a todas las demás que venían a esta casa. A mi mujer le daba igual. Yo a veces le decía: «Trae tú a hombres, hazte tu propio harén». Me preguntarás por qué no nos divorciamos, pero cuando ella es ella y yo soy yo el matrimonio no es una cuestión de amor, es una cuestión de...

(Aquí el actor hace una pausa, se piensa la siguiente palabra.)

... dividendos. Además nos queríamos, aún nos queremos, aunque ahora seamos dos criaturas que viven así, en la penumbra. Pero no nos hemos suicidado, ¿crees que soportaríamos esto si no nos quisiéramos? Algo positivo de lo que nos ha pasado es que nos ha hecho ser como las flores de los parterres del jardín: nos ha

obligado a quedarnos aquí, a no buscar más lugares. Quedarnos aquí es la victoria. Que algo te obligue a que las cosas permanezcan ya para siempre tal cual están es muy liberador. Pero eso es difícil de explicar a un joven, os empeñáis en cambiarlo todo. Si alguna vez escribes esto no pongas la palabra suicidio, por favor. Eso es lo que hacéis los escritores, ¿verdad? Embellecer lo que decimos los demás. Busca otra manera de decirlo. ¡He conocido a muchos! Una raza complicada, los escritores, pero ni la mitad que los actores. Esos nos han rodeado siempre. A tu madre le pregunté desde el principio: ¿no serás actriz? Ella me dijo que no, que las actrices eran todas unas desvergonzadas, que ella era libre, simplemente libre. Supongo que era hippie. Y nos reímos, ¡una hippie en 1985! Era como una criatura fuera de época, ¡y aquí! Eso es lo que fue tu madre siempre, una criatura fuera de su espacio y de su tiempo. Es verdad que esta isla estaba llena de burros y había hasta algunos pelícanos, pero ¿hippies? Pues bien, si escribes de nosotros no escribas sobre el suicidio. El suicidio implica mucho arrojo o mucha estupidez y nosotros no hemos tenido ninguna de las dos cosas. Además, yo tenía algo que hacer antes, esto que estoy haciendo ahora. Perdón por divagar, continúo con la historia. Yo le decía a mi mujer: «Tráete tú a hombres». Me había quedado ahí, ¿verdad? Eso no lo hacía casi ningún hombre. Y menos por aquel entonces. Tampoco pido un premio, es solo que me parecía lo justo. Admito también que me podían las ganas de que ella me respondiese que prefería traer a mujeres y que yo también pudiese formar parte de eso. No era tan extraño, siempre ha sido una mujer muy abierta, pero lesbiana no, ni siquiera bisexual, aunque ahora todo el mundo es bisexual, o eso leo en la prensa. Siento pena por haber llegado viejo y quemado al nuevo siglo. ¡Y tú tan nuevo, tan lleno de vida y posibilidades! Me enamoré de tu madre, pero creo que ella de mí no. Ella no quería

acostarse conmigo. Otras mujeres llevaban viniendo a la mansión desde los sesenta. Con otras intenciones, ya me entiendes. Pero solo tu madre se quedó embarazada. O eso creo. Alguna vez he pensado si es posible que haya más. Pero solo te he buscado a ti, Gaspar, por cómo salieron las cosas. Yo no recuerdo nada de la noche en que tu madre se quedó embarazada. Aquí, en la casa, y en la playa, con las fiestas... No me justifico, es que no lo recuerdo de verdad. Yo no me veo capaz de hacer algo como eso, pero tampoco creo que tu madre se lo inventase. Pasaban demasiadas cosas que yo no recuerdo. Se lo dije a mi mujer. Le pregunté: «¿Crees que yo he podido hacer lo que esta mujer dice que le he hecho?». Ella respondió con otra frase de negocios: «Somos una sociedad», me dijo. Nunca supe si eso era un sí o un no, pero tampoco he querido saberlo. Estoy seguro de que no fui agresivo, aunque no sé si eso puede hacerse sin agresividad. Yo no soy agresivo. ¿Puedes hacer algo horrible y olvidarlo? Podrías llamar a la Policía, esto es una confesión. Imagínate que a mi edad y con mi condición me encarcelan, habría algo de cómico en eso, una cárcel dentro de otra, la muñeca rusa de las prisiones. La busqué durante años, supongo que para pedirle perdón y también pedirte perdón a ti. Yo le intenté pedir perdón de la única manera que sé, que me enseñaron, y ella aceptó y se fue, cambió de nombre, de aspecto, o eso me dijeron. Solo sabía que quería abrir un hotel, eso me lo había contado, antes de que pasara eso. ¡Un hotel! Me decía todo el rato que le gustaban los hoteles. Que quería vivir en un hotel, como Bette Davis. ¿Era Bette Davis quien vivía en un hotel? Mucha gente vive en un hotel ahora. Nosotros no podríamos, no hay hoteles para gente como nosotros, ni siquiera los que nadie puede pagar. Se empeñan en abrir las ventanas y ventilar. Suite luminosa, enorme terraza, dicen. Pues un hotel me parecía un capricho encantador, la primera hippie

emprendedora. No supe que lo había conseguido hasta hace muy poco. La busqué durante años. ¿Cómo puede alguien esconderse hasta el punto de desaparecer? ¿Cómo era vuestra vida? Quiero saberlo. Cuéntamelo todo. Te había dado por perdido. A ella, a la señora Ottaviano, hasta le parecía bien la idea de que lo hubiese olvidado, no quería problemas, no te quería aquí. Y entonces alguien en España leyó ese artículo del hotel... Y tú sales en el artículo, y luego había unas imágenes en televisión y me las enviaron y simplemente hice cuentas y llamé al tipo que lo escribió y le hice llegar una copia de esta foto que tienes en la mano... tu madre envió la foto a esta casa, pero no a mí. Se la envió a mi mujer. En esa foto hay amor pero también revancha. Creo que intentaba decirme: de eso tan horrible que ocurrió, de una persona tan horrible como tú, ha salido esto tan hermoso. Tú eres escritor, sabrás que siempre hay revancha en el amor y también hay... no sé, escribe cualquier sentimiento negativo, ponlo en mi boca, cualquier sentimiento horrible que pueda anidar en uno hermoso, cualquier vileza que pueda anidar en la bondad. Yo mismo llevo años sintiendo odio hacia mí mismo y por eso el amor que me descubres ahora tú, el amor que siento al verte, sale de un lugar quemado, purulento, arrasado, imagínate qué amor gigante y resistente tiene que ser ese para haber sobrevivido. Es como si una selva apareciese en esta isla. Como las plantas exóticas que los jardineros se empeñan en mantener vivas en la tierra quemada de este jardín. Pero no me justifico, ¿puede uno justificarse de no estar justificándose? Hacía muchísimo tiempo que no hablaba tanto, me duele todo, desde los pulmones a la boca. Decora este monólogo cuando lo escribas, no tiene orden alguno. Ese periodista... perdona por divagar, me he perdido.

(El actor guarda silencio.)

Ese periodista vio la foto y me dice que podrías ser tú o no, claro, y la única manera que tengo de saberlo es esa mancha, supongo. Soy consciente de que podrías haberla perdido, pero era mi último cartucho. Y ese periodista me dice que te buscará, pero entonces muere tu madre y ahí, justo ahí, yo solo tengo aún más ganas de verte, si es que tú eres tú, de poder pedir perdón a tu madre porque tu madre vive en ti. No sé si eso es demasiado cursi, pero los muertos viven en nosotros, ¿no? A veces fuera de nosotros, en esta misma casa hay fantasmas. La señora Ottaviano no los ve, pero yo sí. Acláralo en este monólogo cuando lo escribas. Yo mismo, desde que estoy medio muerto, vivo mucho más, ¡la conciencia de mí mismo, de mi existencia en el mundo, de mi presencia en este salón, contigo, es tan grande, Gaspar! ¿Es demasiado rebuscado? Existo más que antes, siento que mi materialidad en el mundo deja una huella mucho más profunda. Mi esposa dice que es por el peso de la silla y por lo que he engordado, ella me humilla cada vez que intento ser poeta. Me lo merezco, me lo merezco todo. Bueno, escríbelo como quieras, tú ordenarás todo esto. Pues bien, ese periodista me dice que por qué no te contrato para venir aquí, a la casa, pero yo necesito estar más seguro. ¡Imagínate que hago venir a un chico que no eres tú! Temía querer pedirle perdón a él igualmente, por pedirle perdón a alguien, convertirlo a él en ti. Y bien, entonces ese periodista me dice: «El chico para todo de mi amiga», ¿Pandora, se llamaba?, pues ese chico «acaba de romperle una vajilla entera, se ha presentado borracho y le ha roto una vajilla entera, y Pandora está furiosa. Lo ha despedido, ha tirado toda su ropa al suelo y le ha obligado a irse y necesita a alguien. Yo puedo traerlo a la casa de Pandora, señor Ottaviano», me dice ese periodista, «e intentar

averiguar si es su hijo». Y yo le pido que lo haga. ¡Alguna vez me atreví a llamar! Pensaba que si oía tu voz la reconocería, que reconocería mi voz en la tuya. Estuve a punto de ir allí, pero ¿me has visto? Entonces decido que prefiero que vengas aquí y comprobarlo yo mismo, pero tampoco tengo valor para eso. Imagínate pasar por todo eso para que al final, repito, tú fueses otro, cualquier otro. Ahí entró Nelson. No es la primera vez que hago esto. Enviaba a actores que hacían de mí a reuniones, a presentaciones, a subastas. Lo hacía al principio porque estaba ocupado, después porque empezó a parecerme divertido. Yo estaba en tres lugares del mundo a la vez. Y lo hice también tras el accidente. Un señor Ottaviano que caminaba y con un rostro perfecto aparecía ante gente que no lo había visto antes y le decían: «¡Qué bien se le ve! ¡Qué recuperado! ¡Parece que no ha sufrido accidente alguno!». Y durante un rato, yo caminaba y tenía un rostro que no hacía que la gente apartase la vista. Lo de Nelson no tendría que haber salido así, tendría que haber durado apenas dos o tres días. Pero él cambió el plan. Los motivos me los imagino. Eso lo habrás notado ya, tú eres muy listo. Nada tendría que haber salido así, ese es el resumen de mi vida, aunque es también el resumen de cualquier vida. Quiero que sea mi epitafio: esto no tendría que haber salido así. La señora Ottaviano siempre me decía: «¿Para qué quieres un epitafio? ¿Quién crees que irá a visitar tu tumba?». ¡Tal vez tú, Gaspar! Ahora estoy más convencido de necesitar un epitafio, solo para ti. Hasta mi muerte tendrá sentido. ¿Se muere alguien de verdad si no se muere para alguien? Yo me moriré solo para ti, el panteón estará construido para que me visites solo tú, una puerta exactamente con tu altura, un banco en el que te acomodes solo tú. ¿Cuánto tiempo llevo hablando? Ahora es cuando puedes hablar,

estoy seguro de que tienes preguntas. Habla, pregunta, yo te escucho.

(El monólogo termina y nadie pregunta nada.)

Gaspar había leído algo sobre un pueblo que llevaba ardiendo cuarenta años. O no exactamente el pueblo, sino el subsuelo del pueblo, desde que estalló un incendio en las minas, pero nadie podía vivir ya en el pueblo porque la tierra se agrietaba y quemaba. Se sintió como si caminase por su plaza central al salir de la casa de los Ottaviano. Ardía todo, ardía el suelo y también ardía él. Tal vez fuese contagioso, tal vez si una persona había ardido irradiaba el fuego y volvía todo incandescente a su alrededor. Como tuvo miedo de provocar un incendio huyó del salón, pero no lo hizo a mucha velocidad porque nadie podía correr para perseguirlo. Simplemente se levantó tras escucharlo todo. Dada la ausencia de reacción del señor Ottaviano tuvo la sensación de que eso era justo lo que esperaba que ocurriese. Cuando salió al jardín pensó que el cielo también ardía, que se había vuelto rojo, y preocupado por arder él mismo y ser igual que todos ellos, como si fuese una maldición hereditaria, atravesó corriendo el jardín, abrió el portón, caminó deprisa por la plataforma de madera que era gemela de la otra plataforma de madera que había unas decenas de metros más allá, en la otra playa, en la suya (¿o era *suya* aquella ya también?), y se metió en el agua del mar, vestido, buscando la profundidad, aquel silencio tan puro y cómodo que había conocido solo unas semanas antes.

Sacó la cabeza a la superficie. El cielo ya no era tan rojo, se había vuelto apenas naranja. ¿Cuánto tiempo había pasado? No

podía volver a estar anocheciendo, no había pasado tanto tiempo en aquella otra casa. *(¿En su casa?)* Se preguntó si el tiempo también era una trampa en aquella isla, si era tan dúctil como las identidades, tan huidizo como los fantasmas que a él se le resistían.

(Aunque ahora estaba Iván, su propio fantasma prematuro y ya vitalicio.)

(Y ahora, de repente, de su padre sí se hablaba.)

En realidad lo del tiempo no era una cuestión importante, porque no sabía ni qué día era, mucho menos la hora. Llevaba demasiado tiempo sin poder dividir su existencia en unidades. Solo podía pensar, ahora que los días y las noches habían muerto también, en una suma de sucesos, uno detrás de otro. Todos se habían agolpado desde la muerte de mamá, unos sobre otros hasta formar una montaña, como si todos los hechos que le tenía deparado el destino viajasen en una escalera mecánica que iba a parar a un muro de hormigón.

De modo que ahora su unidad de tiempo era la muerte, o el amor, o las dos cosas a la vez, y al pensar en el amor volvió a pensar en Iván allí bajo el agua, fantaseando de nuevo con que en vez de agua del mar fuese su saliva y aquellas islas fuesen sus dientes, que al tocar con sus pies la arena bajo el mar estuviese acariciando las oquedades de sus muelas. Iván era el único suceso de todos que le parecía seguro, que le anclaba a algo o que podía darle consuelo, y decidió que aquel suceso nuevo solo tendría sentido cuando se lo contase a Iván y él lo calmase y le dijese exactamente qué tenía que hacer. Tal vez le quedaba más éxtasis o más speed. O podían ir a comprar al puerto. Si volvía a enfrentarse al señor Ottaviano bajo la influencia del éxtasis, con curiosidad eufórica, con el verbo encendido, podría volver a hacerle todas las preguntas que no le habían salido en aquel primer encuentro.

Pero primero volvería a follar con Iván, necesitaba follar de inmediato con Iván. No, de hecho necesitaba que esta vez Iván le follase a él, sentir su cuerpo pesado encima y que así no fuese solo la ansiedad lo que le oprimiese el esternón, sino el cuerpo de Iván, y después de eso, después de follar, después de meterse más éxtasis y más speed, con la mente clara y el cuerpo enérgico, se lo contaría todo y volvería a hablar con el señor Ottaviano.

Salió del agua y regresó a la casa en silencio. Ya no había nadie en el jardín, nadie en el cenador. Entró en la casa, se dirigió a la cocina y bebió agua. Después se metió en el aseo de servicio y vomitó el agua. A continuación subió las escaleras estrechas que partían de la cocina y corrió hacia su dormitorio para ver a Iván, volver a follar y contarle todo, esperando que Eva se hubiese ido ya, esperando que le hubiese dado más puñetazos para que él pudiese curarlo, para que Iván estuviese todavía más herido y más guapo. Se acordó de lo feliz que le había hecho curar a Iván, serle útil y hacer algo por él. Hubiese cuando hubiese sido eso, el día anterior, dos días antes, tres. En su cabeza eran años. El amor que sentía por Iván había estado siempre ahí, incluso antes de Iván. Una vez la criatura (aunque al parecer tenía que empezar a llamarle Nelson) le había dicho, en una de sus diatribas regadas de retsina, que el amor era algo que nos inventamos, pero Gaspar no se había inventado nada. Nelson no tenía ni idea sobre el amor.

—Yo no me he inventado nada.

Se lo dijo a sí mismo, hablando solo. Si el mundo se empeñaba en volverlo loco, él empezaría a actuar como tal. Llegó al dormitorio. Iván dormía en la cama, tapado para protegerse de la brisa marina que entraba por la ventana abierta. Gaspar empezó a quitarse su ropa empapada de agua de mar para meterse dentro con él, para que su cuerpo enorme le diese calor, y cuando ya se había

despojado de la camiseta y los pantalones, cuando estaba en calzoncillos, la vio. Eva también estaba en la cama, encogida junto a él. Iván la abrazaba con fuerza, con los brazos, con las piernas, casi se diría que con su cabeza, que se perdía en el peinado de Cleopatra de ella, parecía que quería tragársela entera. Los observó durante unos segundos mientras el agua del mar iba dibujando un charco en la moqueta. Y como su rostro también estaba empapado, como el agua le caía del flequillo en todas direcciones hasta el mentón, no hubiese sabido decir si estaba llorando, pero creía que sí.

Eva se incorporó en la cama. Estaba desnuda, como Iván.

—Gaspar —susurró—. Vente.

Gaspar se acercó a la mesilla en silencio. Vio un par de bolsas vacías. Si quedaba algo de éxtasis o de speed en las bolsas que habían compartido, se había acabado también. Eva tenía unas ojeras que nunca habían estado allí. Y su cuerpo le pareció, de repente, el de una mujer mayor. Gaspar se preguntó si el tiempo podía haberse vuelto loco, si Eva había envejecido años en dos días o si, simplemente, él acababa de volverse incapaz de apreciar ninguna belleza en ella. Pronto cayó, también, en que la luz de la tarde la estaba iluminando. Casi nunca la había visto sin que fuese de noche o sin que estuviesen drogados. Nunca había visto el rostro de Eva de forma tan transparente.

—Lo sé todo —continuó Eva—. Nelson me lo contó.

Gaspar se sentó mientras Eva lo abrazaba como una madre. Sobre la almohada, al lado de Gaspar, reposaba la mano dormida de Iván, la misma que había estrujado, lamido, mordido, olido y chupado horas antes, la misma que había tocado todo su cuerpo, las partes que estaban a la vista y las que no.

—Quédate y cuéntanos —susurró Eva—. ¿Qué vas a hacer?

Al fondo de la ventana permanecía el enorme muro de hormigón que separaba la casa de la mansión de los Ottaviano. Ante el muro, los olivos, los cipreses, los limoneros y los almendros. Y debajo, una visión familiar. La criatura. Nelson. Miraba fijamente a su ventana. Gaspar le devolvió la mirada.

Y ahí Nelson lo volvió a hacer. Se llevó la mano estirada, sus dedos formando una araña, a la cara, la cubrió y después se la retiró en un gesto teatral.

—Iván y yo te apoyaremos.

Ahora sí querrán ser tus amigos. La voz cavernosa de Nelson resonó en su cabeza.

Apartó los brazos de Eva de su pecho, se levantó y abandonó la habitación.

Tampoco supo en qué momento se encontró de nuevo a Nelson, pero había vuelto a hacerse de noche, el cielo ya era negro. Apareció caminando por la playa, tambaleándose un poco, oliendo a alcohol. Gaspar estaba sentado en la plataforma, los pies en la arena, sus calzoncillos ya secos. Nelson se sentó a su lado. Gaspar miró sus propios pies hundidos en la arena y ahí volvió a llorar. Nelson lo abrazó y se llenó todo de olor a retsina y sudor, pero a Gaspar le recordó a cómo le abrazaba Iván y también cómo le abrazaba su madre y decidió quedarse allí, rendirse a la sensación reconfortante, simple y estúpida que le daba aquel abrazo. Y sin poder dejar de llorar, verbalizó algo por primera vez:

—Estoy solo.

—Lo estabas —dijo Nelson.

La voz sonó amortiguada entre sus brazos.

—Ya no estamos solos.

Gaspar no se movió.

—Por primera vez en mucho tiempo ya no estamos solos. ¡Puedo hacer de ellos, Gaspar, de cualquiera! Todavía puedo. Pregúntame, y yo seré quien quieras. Seré cualquiera. Y ese hombre de ahí arriba también volverá a ser cualquiera. Volverá a aparecer en tu vida, verás. ¡Te dije que no los mirases a los ojos! Lo miraste a los ojos y ahora te perseguirá, ¡te lo dije! ¿Y a tu padre? ¿Has mirado a los ojos a tu padre? Dime, ¿lo has mirado a los ojos a él?

(Gaspar no sabe si Nelson dijo todo eso o él lo inventó años después, cuando lo escribió en un libro. Gaspar no sabía entonces que no se quedaría mucho más en la isla. Gaspar no sabía entonces que la abandonaría con Nelson. Gaspar no sabía entonces que nunca volvería a ver a Eva ni a Iván. Gaspar no sabía entonces que sería Nelson quien le diese un hogar provisional en Madrid y que, una noche, estando los dos borrachos, tras contarle su vida entera, Nelson le pediría que le hiciese lo mismo que le hacía Louis. Gaspar no sabía entonces que él accedería y que se lo haría pensando en Iván y los dos llorarían justo después de que Gaspar se corriese y ahí dejarían también de verse para siempre. Gaspar no sabía entonces que volvería a contactar con el señor Ottaviano. Gaspar no sabía entonces que le diría que necesitaba dinero y que el señor Ottaviano le diría «vuelve a verme» y que Gaspar le diría que jamás haría eso, que jamás le perdonaría, que jamás lo llamaría papá. Gaspar no sabía que acabaría haciéndolo. Gaspar no sabía que cambiaría de opinión sobre aquello de que el amor no puede ser algo que nos inventamos. Gaspar no sabía que un día, frente al señor Ottaviano, hablando sobre el futuro, hablando sobre dinero, aceptando un apellido, el amor fue algo que se inventó.)

PARTE 4
GASPAR

Estimado señor Ottaviano:

He sido ayudante de cocina desde niño en el restaurante de mi madre, aunque en mi currículum solo consta un año de experiencia. Desde pequeño lavo, pelo y corto ingredientes con rapidez, limpio encimeras y utensilios, desempaqueto, guardo y controlo existencias y me preocupo de que no se desperdicien. Preparo menús fríos y calientes, emplato de forma artística, tengo conocimientos matemáticos para las proporciones de las recetas y he hecho un curso de introducción a la repostería. Puedo trabajar también de cara al público. Tengo buena presencia. En el currículum que adjunto solo constan mis servicios en veintidós banquetes, pero desde niño han sido más de cien. Tal vez usted comprenda todo esto si lee personalmente esta carta igual que yo he leído sus libros. Además, nunca he viajado. Me encantaría conocer Grecia.

—Del hotel solo se quedó el hueco de la puerta, el de las ventanas y el de los balcones, también las cornisas, los aleros, las molduras y las sujeciones oxidadas de las tuberías en las que los tipos de la comisión de fiestas ataban el iluminado navideño de la calle mientras yo ayudaba agarrando la escalera. Toda la piedra que rodeaba ese edificio en el que yo crecí formaba lo que alguien en el ayuntamiento llamó *fachada protegida*, que siempre me pareció una forma irónica de llamar a mi hogar, de denominarme a mí mismo. Pude visitarlo una vez, de forma un poco ilícita. Me colé por la noche. Alguien me dijo que sería peligroso meterme en un edificio que llevaba años cerrado, pero yo le aseguré que conocía perfectamente el interior, que incluso después de algunos años podría recorrer el hotel a ciegas, le reté, dije que aunque me vendase los ojos yo podría hacer una visita guiada por las habitaciones, abriría las puertas de los armarios y así, como un ciego, le señalaría dónde estaban las perchas de los pantalones y las perchas de las camisas, dónde dormía mamá, dónde dormía yo o dónde me había encontrado aquel colgante con la F de Kefi escrita en griego. Todavía hoy podría recorrer el hotel a ciegas. Pero al cruzar la puerta no había interior alguno, no había escaleras, no había ascensor, ni siquiera hueco del ascensor. Al cruzar la que era la entrada y bajar los cuatro escalones donde mi madre había pegado tiras antideslizantes ya no había nada más. Ante mí estaba el cielo oscuro, un hueco inmenso con vegetación, la naturaleza reconquistando su espacio, recordándome

que nunca fue mío, y detrás el muro exterior, gigante, con sus ventanas y balcones convertidos solo en un hueco en el aire. Un arquitecto llama a eso *vaciado interior*, que también me pareció siempre un bonito nombre para un trauma, o al menos para el mío. La arquitectura de nuestra desgracia, la demolición de mi memoria. La pared de la que fue nuestra habitación, en la segunda planta, con su balcón, con su ventana, seguía allí, y seguían las marcas de los cuadros, visibles tras la estructura metálica que se alzó para que la fachada no se cayese. Allí construyeron, pocos años después, ¡juro que no me lo invento!, las oficinas de ayuda a la infancia.

Sonaron risas en el auditorio. Gaspar carraspeó frente a la gran pantalla en la que figuraba su imagen gigantesca en blanco y negro al lado del título *La fachada protegida*.

—Nadie me creyó cuando lo escribía, no me creen cuando lo cuento, ¿no es esto el universo guiñándome un ojo? Acudí a menudo a las oficinas de la infancia, intentando reconocer en ella las formas de lo que fue mi casa, mi hotel, pero ya no había nada parecido a lo que había sido antes. Plantas enormes con despachos de cristal, salas de espera con luces halógenas. Siempre me imaginé así el infierno, como algo que parece tu hogar pero no lo es. No hay nada más triste que la destrucción del lugar que consideraste tu primera casa. Eso es vivir una guerra, aunque sea una pequeña, que solo atenta contra ti. Contaba a quien quisiera escucharme que aquel hotel había sido de mi madre, que luego se lo había traspasado a otro hombre porque ella solo había sabido crear un negocio ruinoso, pero nunca me lo había dicho porque tal vez sentía vergüenza y porque estaba convencida de que la vergüenza, y no el odio, es lo contrario del amor. Allí no quedaba nada de mi infancia, pero podía pedir información para la protección de las infancias de otros, para la atención a adolescentes que no saben nada sobre cómo convertirse

en adultos. Ayudaban a la juventud, pero nunca pudieron hacer nada por la mía.

Gaspar se detuvo a beber agua antes de seguir leyendo.

—Y cuando salía de aquel lugar de cristal y aluminio, otra vez estaba ahí, fuera, la fachada protegida, mi hotel, mi casa. Una vez vi a mi madre, vi a su fantasma, a mi fantasma propio, por primera vez. Miraba desde el balcón, el nuestro, el que había sido nuestra habitación en el hotel. He visto más fantasmas después, tengo más muertos, pero cada uno escoge su lugar y su momento. Y no siempre se presentan con el aspecto que nosotros recordábamos. Los muertos, como los vivos, también tienen una especie de orgullo. Los míos nunca me han querido decir la verdad. Pero camino por esta ciudad, o por la isla, y allí están. Siempre están en su lugar, los fantasmas también saben mucho de propiedad privada, ellos son los más fieles. La vigilan. Se quedan para siempre, incluso aunque ya no exista un suelo o una ventana. El suelo también existe para ellos y es capaz de sujetarlos en el aire. La arquitectura también es un espectro.

Alguien levantó la mano entre el público. Una azafata le acercó un micrófono.

—Señor Ottaviano, ¿por qué no compra de nuevo el terreno, derriba las oficinas de ayuda a la infancia y reconstruye su hotel? Usted es millonario.

El público rio. Gaspar estuvo a punto de contar que lo había intentado, que había tratado de buscar a los fabricantes de los muebles originales para conseguir réplicas, de buscar la moqueta del mismo color, de encargar copias de los cuadros del vestíbulo; que había estado a punto, varias veces, de construirlo de nuevo en cualquier lugar, que se había reunido con documentalistas, decoradores y diseñadores de producción de cine y que todos le

habían dicho, mirándolo con cierta lástima, que jamás sería todo lo parecido que él deseaba que fuese. Pero en su lugar solo respondió:

—No me trate de usted.

—¡Te *deseeeeeeamos* todos —el coro era claramente *amateur*, las voces chirriantes— *cumpleaaaañosfeeeeliiiz*!

Y luego el aplauso. Gaspar frunció el ceño, deseando que terminase pronto, y apagó las velas con un cuatro y un dos. Había sido idea de su editora, empeñada en que no podía pasar solo el día de su cumpleaños, aunque era él quien iba a pagar la tarta y la factura de la comida en la que había gente que ni siquiera conocía, como los dos nuevos becarios de la editorial que lo miraban con curiosidad. Una encerrona, en realidad, porque le había dicho que quedarían para comer los dos solos y así discutir sobre si los abogados daban el visto bueno al nuevo libro tal cual estaba y si finalmente acudiría al retiro de escritores en la isla. Le habían recomendado que no lo hiciera después de que uno de los residentes denunciase que la organización le había suministrado éxtasis y que el retiro era en realidad una juerga de un mes en la que nadie dormía y nadie escribía. Tampoco había ayudado que se publicase la noticia de que uno de los escritores había sufrido contusiones tras una caída por unas rocas mientras perseguía a un cerdo en una *rave*.

Se disculpó para ir al cuarto de baño. Se metió en un cubículo, cerró con pestillo y lloró durante un minuto, apoyando su cabeza contra los azulejos fríos. Después sacó un botecito de su bolsillo y aspiró parte de su contenido con una cuchara plateada y elegante, un poco por una fosa nasal, un poco por la otra. Intentaba evitar la ceremonia de las rayas en lugares en los que tuviese algo de

protagonismo. Guardó el bote y decidió que se volvería al hotel. Siempre tenía la esperanza de que la cocaína lo animaría, pero al final solo lo animaba a irse. Al salir, mientras se lavaba la cara y las manos, un joven lo miró con sorpresa.

—He estado en la presentación. ¿Me puedo hacer una foto contigo?

Gaspar asintió.

—¿Has estado llorando? Podemos esperar a que no se te note.

—No, hagámosla así.

El joven estiró la mano para que los dos entrasen en el encuadre de la pantalla de su móvil.

—He leído tu libro.

—¿Cuál?

—Si hablas no podremos hacer bien la foto —se disculpó el chico —. ¿Seguro que quieres salir llorando?

Gaspar asintió y se tragó los mocos mientras el pecho le palpitaba y ya notaba el sabor amargo de la cocaína en el estómago. El chico sacó varias fotos.

—¿Quieres verlas y elegir?

—Escoge una en la que no llore demasiado.

Salió del cuarto de baño, subió de nuevo las escaleras hacia el comedor y vio a lo lejos a la gente de la editorial discutiendo asuntos, cogiendo trozos de la tarta con las manos, muchos de ellos mirando a la vez sus teléfonos móviles. Se acercó a la caja, pagó la cuenta y salió del restaurante. Diluviaba, pero eso le gustó. Le producía un extraño consuelo que el clima combinase con su estado de ánimo. Paró un taxi. Su editora le llamó por teléfono.

—Nos ha dicho el camarero que te acabas de ir. ¿Te has hecho una foto llorando con un lector? ¿Has pagado tú la cuenta? ¡No has comido nada! ¿No te irás al final a Kefi? Habíamos quedado en que

hasta que se arregle lo de la denuncia no ibas a volver y en que no te ibas a hacer más fotos llorando con...

Gaspar colgó. Repasó la pantalla de inicio de su iPhone. Tenía varias menciones en Twitter. Leyó primero la que tenía más *me gusta*. «No os compréis los libros de un tipo que se hizo millonario por perdonar al violador de su madre.» Lo retuiteó.

La editorial le había pagado una habitación en un Marriott pero no se presentó. Siempre le pagaban una habitación en un InterContinental, un Marriott, un Hilton, un Meliá, un Hyatt, un W o un Le Méridien. En casos de ciudades atestadas de turistas, o cuando sus presentaciones coincidían con eventos multitudinarios, se conformaban con un Ibis, un NH o un Novotel. Jamás había acudido a ninguno, pero no dejaban de reservarlos para él. Su editora le decía que era una formalidad insalvable. Su agente le preguntaba si podía usar las habitaciones ella ya que no las iba a usar él. Estaba convencida de que era otra excentricidad de rico. Sus lectores no, ellos le preguntaban a menudo en las firmas si alojarse en hoteles de una estrella era su manera de regresar al hotelucho en el que había crecido y él asentía con la cabeza, dando el asunto por explicado e incapaz de añadir un razonamiento más lógico. Ellos lo habían comprendido rápido, pero ni su agente ni su editora parecían haberlo captado, lo cual le daba cierta tristeza, le hacía pensar en que realmente no leían sus libros, más bien los estudiaban, intentando buscar una buena frase publicitaria para la faja. O tal vez es que se había vuelto mayor y gruñón y la terquedad y el recelo eran su única manera de relacionarse con el resto del mundo. Aquella noche había elegido un hotel de una estrella cuya página web afirmaba respetar la estructura original de un edificio histórico,

lo cual se traducía en que no había ascensor y el suelo de madera natural producía un crujido que se oía en toda la planta. Le había gustado el nombre: hotel Simón. Le atraían sobre todo los que tenían un nombre propio. Hotel Gaspar, había pensado a veces al cerrar los ojos, mientras volvía a ver a mamá arrastrando el carro de las toallas limpias al volver de la tintorería. También le gustaban los que tenían, a secas, un nombre indicativo del lugar en el que se encontraban. Un bonito guiño hacia el huésped el deshacerse de la atractiva posibilidad de tener un nombre propio para servir como parte del mapeo de las calles. Como llamar Julio a un bebé nacido en julio para que nadie olvidase su cumpleaños. Hotel Alameda. Hotel Plaza Mayor. Hotel Puerto. Las palabras «establecimiento de gestión familiar» despertaban su curiosidad, aunque a menudo indicaban, simplemente, que el dueño era el hijo del anterior dueño o el nieto del dueño primigenio, pero los empleados eran jóvenes desinteresados y diligentes con contrato temporal y conocimientos prácticos de inglés. Aquel día no le sucedió: al entrar en el hotel, de regreso de la estúpida presentación y la lamentable comida de cumpleaños, se encontró un gato que curioseaba por la recepción con el ruido de un cascabel. Se abrió una puerta y de ella salió un crío que empezó a perseguir al gato con determinación, sorteando todos los muebles que había en la recepción. Cuando el gato atravesó una puerta y se llevó el tintinear de su cascabel hacia una zona que parecía un pequeño comedor, el niño caminó tras él, serpenteando entre las mesas. El gato volvió a la recepción y se escondió bajo un sofá. El crío se acercó.

—¡Obélix! —gritó el niño.

Tras la puerta entreabierta Gaspar pudo ver que otra niña, en un sofá, veía la televisión. El niño volvió a llamar al gato.

—¡Obélix!

Gaspar se acercó a él, que se había puesto en cuclillas ante el sofá mientras repetía el nombre del gato.

—¿Vives aquí?

El niño asintió con la cabeza sin devolverle la mirada mientras seguía llamando al gato.

—Tu hotel es muy bonito, ¿lo sabías?

—No lo sé.

La niña se levantó del sofá y se acercó al quicio de la puerta. Miró a Gaspar.

—¿No sabes si tu hotel es bonito? —insistió.

—Es ciego —informó la niña.

Gaspar miró al niño, que le devolvió una mirada perdida y vidriosa. Cuando el gato pasó silencioso por delante de él, lo interceptó con celeridad.

—¡Te pillé!

El niño caminó con el gato de nuevo hacia la puerta del saloncito. Cuando Gaspar iba a hacer más preguntas, la niña cerró la puerta.

Gaspar tenía escritas muchísimas páginas de una especie de diario de viaje sobre los hoteles de una estrella en los que se hospedaba. Había escrito un prólogo en el que hablaba sobre ese tipo de belleza que está reservada a los lugares baratos y que no se exhibe ante ti, sino que se revela, y cuando se revela es mucho más valiosa que la belleza visible, expuesta y absoluta que hay en los otros hoteles, en los caros, en esos en los que Gaspar podría dormir y hasta vivir. Sin embargo, nunca sucedería en ellos algo tan emocionante como lo que acababa de vivir. Su agente le había intentado convencer de no publicar esa guía, le dijo que un libro sobre hoteles para viajeros pobres escrito por un hombre rico no sería bien recibido, que sería

difícil que no fuese visto como una burla o, peor, como un ejercicio de condescendencia. Pero él pensaba publicarlo igual. Cuando la recepcionista (¿era la madre de los niños? ¡Debería habérselo preguntado!) le dio su llave, subió y escribió corriendo la historia en su ordenador. *Obélix, gritó el niño*. Al terminar buscó la primera página del documento en el que atesoraba todas sus crónicas y, bajo las palabras *Guía de hoteles de una estrella aún sin título*, escribió: *A Enrique Piernavieja, que me enseñó sin saberlo que el mío era el mejor hotel del mundo*. Después lo borró.

Eran las cuatro. Encontró un vuelo que salía para Atenas a las siete. Había otra fiesta de la editorial unas horas más tarde a la que se había comprometido a acudir, pero mandó un mensaje a su editora, otro a su agente y apagó el móvil antes de subirse al avión y quedarse profundamente dormido. Los billetes eran en *business*. Con los asientos estrechos e incómodos de la clase turista no tenía ninguna relación emocional ni la deseaba. Un libro sobre viajar en asientos baratos no lo podría escribir. Al llegar a Atenas tomó un ferry nocturno. Llegó a la isla y se acordó de su primer amanecer, cuando un barco lo escupió en aquel mismo puerto, ahora ampliado y lleno de casetas de gente que ofrecía a gritos alojamiento, transporte y paseos en burro, mientras mostraba carteles en varios idiomas con códigos QR. Atravesó el puerto, llegó a la plaza, cruzó el puente de piedra sobre el río ya seco del todo y recorrió la carretera, que veintitrés años después había florecido con nuevas casas, nuevos hoteles y nuevos restaurantes que ofrecían comida francesa, café de especialidad, sushi, pizzas al estilo Chicago y tapas españolas en platos muy pequeños a los que los turistas llamaban *teipas*. El banco de arena que había al lado de la carretera, que en

su día había sido apenas un lugar en el que colocar una toalla o dar una paliza a un hombre que duerme junto a otro, había florecido como un negocio de tumbonas a treinta euros separadas por apenas treinta centímetros.

En la que había sido la playa de Nelson Salaverry ya no estaba la plataforma de madera. La casa que los Ottaviano habían alquilado para Nelson y Gaspar se había convertido en un hotelito que al principio había llevado un matrimonio alemán y después había comprado una cadena que tenía otros diez hotelitos en otros diez archipiélagos del primer y segundo mundo. En esa playa, la que había sido su playa, había ahora tumbonas, sombrillas y dos quioscos donde elaboraban cócteles de colores chillones con trozos de frutas tropicales que hacían equilibrismos en un palillo. Una vez visitó el hotel para intentar reservar la habitación que había sido la suya cuando vivía con Nelson en la casa, pero descubrió que también habían tirado casi todo el interior. Solo reconoció partes originales, de repente convertidas en otra cosa. En medio de un montón de sillas de mimbre ocupadas por parejas de turistas que ya no tenían nada que decirse y miraban hacia una pequeña caseta de tipos guapos que repartían toallas limpias supo que allí, exactamente allí, fue donde una noche de borrachera había oído un crujir de hojas y un susurro.

A Gaspar no le había convencido en exceso lo de convertir la mansión de los Ottaviano en una residencia literaria, pero su asesor le convenció porque vender aquella casa a un particular era imposible. Ya no había millonarios en sus cabales que quisieran nada en aquella isla llena de turistas gritones. Alguna cadena hotelera mostró interés, pero Gaspar gritó, aún más alto que los turistas, que

no, que nunca un hotel, ¡que jamás un hotel! Que la palabra hotel era su línea roja. Cuando su asesor le habló de la desgravación de las actividades culturales y también de las ayudas económicas, Gaspar se repensó lo de la residencia literaria y le pareció una ofrenda natural a la casa que a él le había dado para escribir tres libros diferentes.

Una vez su editora le sugirió que dejase de llamar a la casa la mansión de los Ottaviano porque la propiedad era suya y ese modo de referirse a ella despistaba al lector. Gaspar le dijo que no era capaz de llamarla de ninguna otra manera. Y que el señor Ottaviano siempre siguió siendo el señor Ottaviano. Nunca, menos el día en que aceptó el dinero, fue papá.

Gaspar tampoco estaba del todo seguro respecto a ponerse él mismo al frente de la residencia para escritores, no consideraba que él pudiese enseñar nada a nadie sobre escribir, tampoco creía en eso de la comunidad, no consideraba que la inspiración fuese una iluminación grupal, creía en la soledad como motor de la creación y también en que no hay manera de concentrarse en las ideas propias si hay un montón de extraños alrededor pavoneándose de las suyas. Pero se animó a hacerlo bajo sus propias normas: lo haría si quienes fuesen allí se empapaban de todo de lo que se empapó él. Dijo que estaría la residencia literaria, por un lado, y luego estaría Kefi y que un servicio de minibús era lo suyo para que fuesen y viniesen con seguridad. Todas las mañanas los residentes estaban invitados a bañarse para pensar un rato con la cabeza bajo el agua. Al tipo que tenía problemas de otitis y a la otra que sufría de talasofobia se les permitía pensar con la cabeza fuera. El imbécil aspirante a poeta que dijo a la prensa que le habían suministrado drogas no tenía razón, porque nadie suministraba drogas en la casa. Gaspar tenía las suyas y no las compartía. Las drogas se compraban en Kefi y solo las

compraba quien las quisiese, pero, sorpresa, las quería todo el mundo. Y el tipo que casi se rompe las piernas persiguiendo a un cerdo podría haberse caído allí o en otro punto de la isla. No era problema de Gaspar o de la residencia literaria lo que hacía la gente más allá de los olivos, los cipreses, los limoneros y los almendros del jardín. Algunos de los residentes se quejaban de que la comida era escasa, pero Gaspar mantenía que con la barriga llena era imposible escribir y además no prohibía a nadie que en el pueblo se atiborrase de *gyros*, tomates rellenos y calamarcitos a la brasa, solo que él no pensaba financiarlos.

Un joven entró en su despacho una tarde y le entregó un texto unido de forma algo rudimentaria con dos grapas mal puestas en la parte superior de los folios. Gaspar lo abrió, pasando las hojas en vertical en vez de en horizontal.

—Parece un menú, más que un manuscrito.

El joven le respondió mirando al suelo, aparentemente mortificado.

—Es un relato sobre un restaurante. Mi madre era cocinera.

Gaspar apartó el manuscrito y miró al chico.

—Tú no eres residente.

El joven musitó, aún mirando al suelo:

—Soy el ayudante de cocina.

A la quinta página del relato Gaspar ya había decidido que habría que buscar un nuevo ayudante de cocina y alojar a un decimotercer residente, y como no había una decimotercera habitación alquiló una habitación para él en el impersonal hotel boutique que había sido

antes la falsa residencia de Nelson Salaverry. Pero el exayudante de cocina casi nunca la usó porque durante toda la semana estuvo durmiendo con Gaspar. Una noche, cuando los dos estaban en la cama desnudos y borrachos, el residente le preguntó:

—¿Es verdad que a Pandora la mató un mono?

Gaspar le acarició el flequillo para apartárselo de la cara. Le había dicho varias veces que debía cortarse el pelo, que hacía calor en la isla para ir con esa melena y además aquella cara que tenía no podía ocultarse tras un flequillo, y el decimotercer residente siempre decía que lo iba a hacer pero luego no lo hacía y a Gaspar le parecía bien, hasta cierto punto, porque mientras estuviese oculta tras el flequillo, aquella cara sería solo para él cuando, acostado, el cabello se caía sobre la almohada.

—Si te lo has creído, lo será.

—¿Y el resto es verdad?

—Odio la palabra verdad.

—¿Es verdad que a tu madre y a ti os hicieron lo mismo aquí en la isla?

—¿Parece una verdad para ti?

—¿Y qué opinan ellos?

—¿Quiénes?

—Los que salen en tus libros.

—Son personajes.

—Pero existen.

—Cada vez estoy menos seguro.

—Han existido.

—Pero no sé si son exactamente ellos. Los he reescrito. Me los he inventado. Tú también te inventarás tu pasado.

El chico calló.

—Todavía no, eres joven. Todavía recuerdas a tu madre, pero un día tus propias ideas se comerán al recuerdo y ya no quedará nada de lo que ella fue de verdad. Y te la tendrás que inventar.

El chico asintió con la cabeza, como si entendiese. Lo hacía a menudo y Gaspar lo encontraba encantador. Lo hacía con la suficiente convicción como para que la conversación no se estancase, pero sin la firmeza necesaria como para intentar engañar a nadie.

—¿Te han perdonado?

—No lo sé.

—¿Hablas con ellos?

—A veces.

Gaspar asintió.

—¿Qué les pasó a Eva e Iván?

—Iván no tuvo tanta suerte con la quinta sobredosis. Y Eva... como en esta isla no hay acantilados se fue a Citera a buscar uno. O eso es lo que me contaron.

Y después se quedaron dormidos.

Al rato Gaspar se despertó. Era noche cerrada, la habitación estaba solo iluminada por las luces de la piscina, y vio la figura a los pies de la cama, observándolos, la silueta de la criatura sentada sobre una silla de ruedas que negaba con la cabeza a la vez que susurraba, con voz cavernosa:

—Gaspar.

—Quieres que la cierren, ¿no?

—Es adulto —corrigió Gaspar—. Como lo era yo.

La criatura refunfuñó. Gaspar fumaba en el jardín apenas iluminado. El rostro de Gaspar, que siempre había sido aniñado, no

había cambiado demasiado salvando unas facciones más afiladas y algunas canas que empezaban a dejar ciertas partes nevadas por los laterales de su cabeza. El de la criatura cambiaba a menudo, a veces entre parpadeos. Discutiendo así, entre susurros, recordaba a otras voces cavernosas, ya muertas, que se habían llevado los vientos de esa misma isla.

—No se trata de que sea ilegal. —La criatura se había presentado esa noche como alguien curiosamente conservador—. No es ilegal que se droguen fuera de aquí, que se rompan huesos persiguiendo a un cerdo o que se acuesten con el organizador. Es la imagen que das. Si esa es tu intención entonces lo estás haciendo bien, pero si te importa mantener la residencia...

—No me importa mantener nada —le interrumpió Gaspar—. Estoy triste. No sé por qué. Lloro todos los días. Salgo llorando en las fotos.

—Te hemos visto.

—¿Me habéis visto?

—Bueno, ya sabes.

—Siempre he estado solo, pero es ahora cuando me siento solo. No es soledad, es algo más punzante, la soledad era un peso uniforme y soportable, diría que hasta me anclaba al mundo. Esto es más bien una lástima enorme de mí mismo. Es autocompasión, es lo peor que se puede sentir. Ojalá fuese soledad. La soledad la domino, la he perfeccionado. Diría que hasta he inventado nuevas formas de soledad. Pero este chico...

—Es todo por tu culpa —interrumpió la criatura—. Escribes sobre ti mismo, creas esa narrativa de huerfanito. Y lo que es peor, escribes de nosotros. Del resto.

—Pero es mi vida.

—Es también la nuestra.

—Me temo que ese conflicto no tiene solución. —Gaspar miró su muñeca desnuda. Se dio cuenta de que estaba en calzoncillos—. ¿Qué hora es? Este debate a las tantas de la mañana...

La luz cambió de repente en el jardín, apareció un leve resplandor. Alguien se había despertado en una de las habitaciones. Gaspar miró hacia la casa y vio la silueta del exayudante de cocina en el balcón de su cuarto en la primera planta.

—¡Gaspar! —le llamó con un susurro.

Gaspar caminó por el jardín y se acercó a la ventana.

—¡Duérmete! —respondió con otro susurro apremiante.

Gaspar volvió donde estaba la criatura y se sentó a sus pies, sobre el césped.

—¿Por qué voy en silla de ruedas? —preguntó la criatura.

Gaspar se encogió de hombros.

—Esperaba que esto fuese otra cosa, pero me entristece recibir a gente que escribe mal y me entristece muchísimo más recibir a gente que escribe mejor que yo. Si esto sigue, el año que viene convocaré solo a gente que escriba correctamente. Una residencia para buenos mecanógrafos.

Nadie dijo nada.

—Me gusta estar en la isla. Creo que es el único lugar donde he sido feliz.

La criatura acarició la cabeza de Gaspar.

—Pero si te han salido canas, Gasito.

—Hace mucho que no venís.

En el dormitorio del primer piso, aunque la luz principal se hubiese apagado, una silueta juvenil seguía en la ventana, observándolos.

—Él también lo ha leído todo, claro —supuso la criatura—. Lo sabe todo de ti.

Otro silencio. Después la criatura señaló al tipo que aún seguía en la ventana.

—¿Te gusta?

—Me recuerda... a mí.

Gaspar se encogió de hombros.

—Es bonito dormir con alguien.

—Desnudos.

—Hace calor.

—Estás obsesionado contigo mismo.

—Soy mi tema principal. Nunca he encontrado otro. Enrique Piernavieja tenía razón. Díselo si lo ves. ¿O eres tú hoy, Enrique?

—¿Quién quieres que sea?

—Mamá.

La criatura negó con la cabeza.

—El otro día mentiste en Madrid. Dijiste que la habías visto.

—Ya que solo os veo yo, puedo crearos. No sé qué diferencia hay entre un fantasma y una mentira. Si es que no son exactamente la misma cosa.

—Todas las personas y todos los lugares están encantados.

—¿Por qué ella nunca viene?

—Mis obras no las conocéis ahora.

—Vamos a la playa.

Gaspar se levantó. Observó el balcón de su cuarto cuando iba a empujar la silla, pero la criatura empujó sus propias ruedas. Ya no había nadie al otro lado del cristal. El camino de madera no sonó, no hubo *tocotó, tocotó, tocotó* mientras avanzaban hacia el portón que salía a la arena.

Abrieron el portón. Siguieron el camino de madera que desembocaba en una plataforma cerca de la orilla. Gaspar iba a

ayudar a la criatura a llegar al agua, pero esta se levantó de la silla y caminó con energía hacia la orilla.

La superficie pronto les cubrió. Gaspar se sumergió en el agua y pensó que allí abajo sería un lugar seguro y discreto en el que llorar, pero de repente no tuvo ganas. Así que volvieron a subir.

—Podría convertir la residencia en un hotel de una estrella. El hotel de una estrella más grande de la isla.

La criatura se metió de nuevo bajo el agua. Gaspar lo hizo tras ella y la buscó, pero bajo el agua no había nadie.

Al regresar a su dormitorio se dio cuenta de que estaba amaneciendo. Se colaba por la puerta del balcón una luz tenue y dorada que Gaspar no había visto fuera. El exayudante de cocina se incorporó en la cama. Su rostro parecía aún más joven por la mañana. Era aún más guapo recién despierto, cuando las cosas que pasaban en la isla durante el día no le habían hecho fruncir el ceño. Su pelo largo y revuelto formaba un peinado que sus fantasmas le habían hecho con cariño mientras dormía. Eran más amables que los de Gaspar. «A mí me despiertan cada noche», pensó. «Sin embargo los tuyos...»

—No deberíamos seguir durmiendo juntos. —Esto quería pensarlo, pero lo dijo en alto.

Si el joven hubiese preguntado el motivo le hubiese hablado del abismo entre los dos, de lo temerario de cruzarlo y de los fantasmas de uno y otro. Pero ya lo había intentado con otros y lo habían considerado un loco. La indiferencia con la que reaccionó el decimotercer residente le hizo pensar que o bien ya le había dicho demasiadas veces que era mejor que no siguieran juntos y que ya conocía de sobra ese abismo y las palabras ya no tenían efecto alguno o bien que el joven no sentía nada tan profundo como lo que empezaba a sentir él. Solo respondió:

—Ya es de día.

El decimotercer residente se levantó y se acercó a las puertas del balcón. Hacía todo el rato esas observaciones que parecían vacías, pero en realidad constataban la belleza, se la transmitían a Gaspar. Al señalar lo hermoso que había en las cosas, lo hermoso empezaba a existir, como aquel amanecer que a Gaspar se le había escapado mientras volvía a entrar aún mojado en la casa. Gaspar pensó en volver a decirle que no deberían seguir viéndose, en dejar que la belleza siguiese existiendo a su alrededor para que él pudiese verbalizarla para el mundo durante el resto de su juventud. Pero se quedó mirando su cuerpo de espaldas, tan bello que no había ni que pronunciarlo, mientras el chico abría las cortinas y la habitación se volvía de color oro. La piel del decimotercer residente se volvió de oro también. Gaspar había tenido un día un cuerpo así de bonito e inopinado. Pensaba en ello cuando el joven se dio la vuelta. Gaspar no apartó la mirada cuando el chico preguntó:

—¿Con quién hablabas en el jardín?

(Gaspar le respondió que no lo sabía exactamente, que aquello formaba parte de una historia que no sabía por dónde empezar y que mucho menos sabía si existía una forma de terminarla. Desde hacía un tiempo sus palabras, que antes habían sido encendidas y eléctricas, se habían visto reducidas a pequeños titubeos, a una ausencia de necesidad de explicar nada al mundo que no fuese una idea tan esencial de sí mismo que le resultaba hasta ridícula: no soy una mala persona. ¿Quieren comprobarlo? Busquen a alguien que haga de mí. Tengo uno de esos tipos de personalidades que ganan si otro las adopta, existe un disfraz de mí mismo que sienta mejor a los cuerpos ajenos porque no se avergüenzan de llevarlo. Busquen a

alguien que me dé la vida que a mí ya me ha abandonado. En el escenario pongan a un actor de rostro amable pero vacío. Y en el patio de butacas, a unos espectadores ingratos. Y en el exterior del auditorio que haya un mundo en descomposición. Y sobre el mundo, esas nubes espesas, compuestas de cristales de hielo, y más allá de las nubes de hielo, un cielo azul, despejado y limpio, pero ese cielo no lo ve el actor, no lo ve el público, no lo veo yo, no lo ve nadie. El cielo es imposible verlo desde aquí.)

Agradecimientos

Gracias a Raquel Peláez, Silvia López, Marta del Riego, Carlos Jaramillo, David Codina y Jeff Quijano.

El efecto deseado
Guillermo Alonso

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Anton Vierietin / Shutterstock

© Guillermo Alonso, 2025
Representado por la Agencia Literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2025

ISBN: 978-84-322-4878-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta